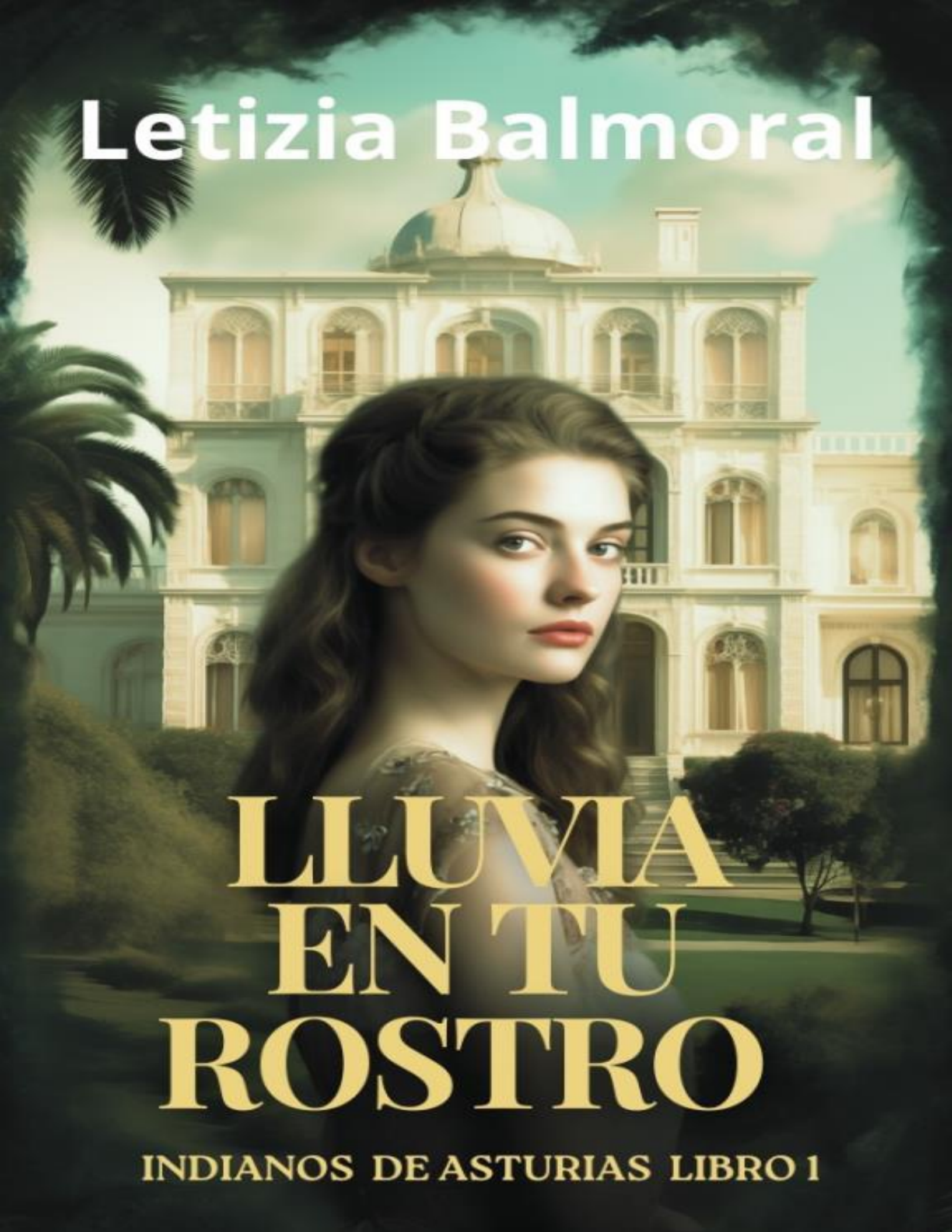
Letizia Balmoral



LLUVIA EN TU ROSTRO

INDIANOS DE ASTURIAS LIBRO 1

CONTENTS

Los comienzos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Nota de la autora

"Lluvia en tu rostro"

Indianos de Asturias, libro 1

Letizia Balmoral

Copyright © 2025 Letizia Balmoral.
Esta es una obra de ficción. Personas (vivas o muertas), lugares o situaciones son producto de la imaginación del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad es sólo una coincidencia.

©Todos los derechos reservados
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, o cualquier otra forma de cesión de la obra sin el consentimiento previo y por escrito del titular del copyright.

LOS COMIENZOS

Villalegre, Avilés, año 1900

Un carruaje se detiene ante la imponente verja de hierro de la propiedad, desde la cual, al fondo del camino de gravilla, puede verse *Villa Beatriz*. Ha sido deseo de Álvaro Quirós bautizar a esta belleza arquitectónica con el nombre de otra belleza, su querida esposa, Beatriz Cruz-Stuart.

Delante de la hermosa fachada neoclásica, carente de las estridencias estilísticas que suelen caracterizar a las casas de los indianos, el servicio, en pleno, flanquea la escalinata de acceso, en protocolario gesto de bienvenida.

Sale a recibirles Olga, quien ya fue niñera de Beatriz, mujer de total confianza que hará las funciones de gobernanta de la casa. Recibe con cariñosas palabras a los tres hijos del matrimonio, quienes contemplan, con una sonrisa, la bonita casa que su padre ha construido para todos ellos.

Ismael, el primogénito, mira con entusiasmo hacia arriba, sobrecogido por la enorme altura del edificio que, visto de cerca, tiene unas dimensiones imponentes y unas formas geométricas que contemplaría durante horas, lo suyo son las matemáticas. Celia, sin embargo, piensa en el jardín inglés que se extiende delante de la propiedad, trazado con pericia para aprovechar los árboles crecidos, ya existentes, en la finca. Está deseosa de oír el susurro de las hojas al atardecer, espoleadas por la brisa, pues a pesar de su corta edad—aún no ha cumplido los diez años—es una romántica empedernida. Su hermana Sofía, la menor de los tres, suelta la mano de su madre, que aferraba hasta ese momento, y sale disparada hacia el edificio que alberga las caballerizas, pero es detenida por la institutriz, quien le dice, en inglés, que los caballos pueden esperar. Sofía es así, un torbellino.

El matrimonio, después de saludar a los sirvientes que, en actitud sumisa, los miran con timidez, franquean por primera vez la puerta del que será su hogar en la patria añorada, después de soñar con el regreso durante tanto tiempo.

Los recibe un imponente hall, al fondo del cual una escalera central se bifurca en dos ramales que conducirán a las dos alas del edificio. Presidiendo la escalera, una vidriera de grandes dimensiones, encargada a Maumejean, el artista de moda. De tema mitológico, no pueden faltar la musa, las ninfas y los alados *putti* que, al ser atravesados por la luz del sol, tiñen el rellano con colores de ensueño.

A mano derecha del recibidor, una puerta doble alberga la biblioteca, forrada de paneles de caoba y presidida por una chimenea enmarcada en madera labrada. A la izquierda, una sala grande y acogedora que, a su vez, se abre al comedor, detrás del cual un pasillo aísla la zona noble de la casa de la cocina, despensa y otras dependencias de servicio.

Sólo han visto una parte ínfima del enorme edificio. La comida ya espera, elaborada en la moderna cocina de carbón, con la que Paulina se ha desenvuelto como pez en el agua, pues estas avanzadas instalaciones le han facilitado, como nunca hubiese imaginado, la ardua tarea de alimentar a la familia y a toda la servidumbre, pues son muchas las verduras que hay que recolectar, pelar y picar, y tantas otras las elaboraciones entre primeros platos, segundos y

postres.
Antes de sentarse a la mesa, la familia Quirós sube por vez primera la escalinata de reluciente mármol, los niños agarrados al balaustre, mirando cuanto les rodea como si quisiesen visualizar la vida que llevarán allí, los espacios donde crecerán.
Los hijos del matrimonio, acompañados por la niñera, se internan en un pasillo largo que conduce a sus respectivos dormitorios, donde no falta una enorme sala de juegos y un gran cuarto de baño, muy del gusto de los indianos, seducidos por la arquitectura americana, a cuyo influjo también ha claudicado Álvaro Quirós en detalles como el tamaño de las estancias.
Beatriz y él se adentran en el ala izquierda, donde se ubica su dormitorio, baño, y cuarto vestidor, además de otras estancias como un saloncito de descanso y varias habitaciones de invitados, con sus baños. Todo en *Villa Beatriz* es un derroche de modernidad, de lujo, de dinero, acorde con el sueño de Álvaro Quirós, el muchacho que emigró a Cuba hace más de veinte años, en busca de esa oportunidad que, según se decía, estaba al otro lado del Atlántico.
Aquella noche, Álvaro Quirós y su esposa Beatriz Cruz-Stuart se amaron con pasión, mientras una luna los envolvía en una luz azulada y onírica y la brisa procedente del cercano mar espoleaba las cortinas con sus dedos invisibles.
Un plácido sueño se apoderó de Beatriz, pero su esposo aún permaneció con los ojos abiertos, contemplando con satisfacción ese lugar soñado, tantas veces imaginado en los planos, que ya era una realidad.
Y un pensamiento le llevó a encadenar los siguientes, y así rememoró su llegada, solo y demasiado joven, a Cienfuegos, la ciudad cubana donde había hecho su enorme fortuna, y el feliz día en que Beatriz, ya casada con él por poderes, desembarcó en Cuba. Allí fue donde nacieron tres de sus hijos, porque la cuarta hija lo haría, nueve meses después de aquella noche, en esa habitación cuyos techos decorados él miraba, en ese momento, con indudable satisfacción, la de un hombre hecho a sí mismo que ha sido capaz, contra viento y marea, de hacer realidad cuanto soñó.

CAPÍTULO 1

Una década después.

Villalegre, Avilés, año 1910

En la boda de Celia Quirós habría un fotógrafo, llegado de Oviedo para la ocasión. Estas fotos serían el recuerdo indeleble de un día muy especial, y recordarían, para la posteridad, la belleza incomparable de la novia.

Colgado con indudable esmero, para evitar arrugas indeseadas, el vestido aguardaba el momento de ser lucido por la hermosa joven. No era blanco, sino de un delicado color marfil, que destacaba el brillo sutil y nacarado de la seda. Las mangas julieta, rematadas con encaje, el pecho cubierto de pedrería y una larga cola le daban el adecuado toque de elegancia y sofisticación esperado en una boda de tal categoría. Desplegado junto al vestido, la delicadeza del velo asemejaba una tela de araña rociada de escarcha invernal.

En el jardín todo estaba preparado, pues la lluvia no estaba invitada ni a la solemne ceremonia ni al fastuoso ágape que vendría después. Olga, el ama de llaves. miraba orgullosa y agradecida al cielo, pues estaba segura de que su ofrenda al *Nuberu* mantendría alejadas las lluvias y las tormentas que días antes no daban tregua. Beatriz Cruz-Stuart desconocía el gesto pagano de su empleada doméstica, pero de haberlo sabido, su escepticismo se hubiese impuesto, pues los años vividos en América parecían haberle hecho olvidar esas viejas costumbres, tan arraigadas y efectivas, que ella parecía despreciar, confiando tan sólo en su suerte, en esa estrella que la había acompañado a lo largo de aquellos años, desde que tuvo la fortuna de casarse con Álvaro y emigrar a Cuba, donde él hizo una inmensa fortuna con las plantaciones de caña de azúcar. Por eso, la bella esposa del indiano, como era conocido en su tierra desde su regreso, creía innecesaria tanta superstición: la boda de su primogénita iba a ser espectacular porque no podía ser de otra manera.

Beatriz supervisaba ahora la labor de los jardineros, asegurándose de que las hileras de flores que flanqueaban los accesos a la casa estuviesen perfectas. Los jardines de la propiedad, presididos por una enorme palmera, eran la antesala de un lujo inimaginable, del que las criadas presumían como propio, estableciendo una curiosa competición con las empleadas domésticas de los Balmori, aunque en ambas viviendas, adelantos como el sistema de calefacción, el agua corriente y los baños, grandes y numerosos, estaban a la par. Los indianos eran así, generosos con ellos mismos y con sus paisanos, pues gracias a tantos emigrantes que hicieron fortuna y decidieron volver a su tierra natal, desde finales del siglo diecinueve Villalegre, el barrio residencial de Avilés donde se asentaron de preferencia, contaba con alumbrado eléctrico y teléfono.

Por el paseo central se acercaba un carro que la gobernanta, atenta a su llegada, dirigió para que descargase por la parte trasera de la casa. Beatriz pensó que sería el champán francés elegido por

su esposo, pero siguió a lo suyo. Afortunadamente, contaba un ejército de sirvientes, coordinados a la perfección para ocuparse de todo.
Desde una de las ventanas de la torre, Celia contemplaba la inconfundible estampa de su madre. Ni siquiera el paso de los años lograba atenuar ni un ápice de su belleza. Era esbelta, de piel clara, cabello oscuro y ojos verdes, almendrados y profundos, rematados por unas pestañas negras y espesas. Beatriz Cruz-Stuart siempre se supo insólitamente hermosa, y dedicarse a mantener, propiciar e incrementar este don, era la razón de su vida. Desde niña, le habían enseñado a valorar el regalo de su belleza, y lo había aprendido a las mil maravillas. El joven Álvaro Quirós, que no tenía, como suele decirse, dónde caerse muerto, se rindió a sus encantos desde que la vio por vez primera. Nadie dudó, nunca, que ese joven de extraordinaria fortaleza, privilegiada inteligencia y una determinación inquebrantable sería, con el paso del tiempo, alguien importante. Tampoco Beatriz lo dudó, pues apostó por él, aun sabiendo que, de equivocarse, habría jugado la baza de su belleza en una apuesta perdida. Pero Álvaro, triunfó. Lo hubiese hecho de todos modos, aunque saber que Beatriz lo esperaba al otro lado del océano propició que, en sólo dos años desde su partida, se convirtiese en un hombre acaudalado, con un futuro más que prometedor.
Ahora, Celia sujetaba con manos temblorosas una carta que, a juzgar por los dobleces, había sido plegada y desplegada varias veces. Miró el papel una vez más. Una lágrima resbaló por su bello rostro, tan parecido al de su madre... Si alguien le hubiese preguntado por el motivo de su tristeza, no hubiese sabido qué decir. Quizás era debida a todo lo que estaba en juego: su familia, los preparativos, su orgullo herido y el miedo al futuro que la esperaba. ¿Quién querría casarse con ella, tras el escándalo que supondría anular la boda?
En ese momento, llamaron a la puerta con los nudillos. Era una de las criadas, la más joven, recién incorporada al servicio de la casa. Observaba con admiración mal disimulada a la señorita Celia, mientras le decía que acababa de llegar otro regalo de boda, y que el señorito Jaime había llegado y preguntaba por ella. Celia se sobresaltó:
—Llara…¿Llara te llamas, verdad? —La chiquilla asintió, esta vez sin mirarla— dile a mi prometido que no puedo bajar ahora, que estoy indispuesta.
Celia se incorporó y se asomó por la ventana. Su madre aún seguía en el jardín, pero ahora le regalaba una de sus bellas sonrisas a Jaime Solís, quien acababa de reunirse con ella. Los vio caminar sin prisa, Beatriz con la elegancia de quien tiene todo el tiempo del mundo para seducir al resto de sus congéneres, su prometido con la seguridad de saberse en el lugar adecuado, futuro yerno de un hombre inmensamente rico. Él procedía de una familia de indudable abolengo y solera, tan conocida, que gozaba del privilegio de ser nombrada en Casa Real, lo cual aportaría la necesaria relevancia social al matrimonio. Así, quedaría completo un tándem perfecto.
Pensó en Jaime: agradable a la vista sin ser guapo, pero excesivamente rubio y blanquecino, lo cual le daba un aspecto aniñado que jugaba en contra de su masculinidad. Era alto, pero poco musculado, y vestía a la moda, aunque de una manera forzada, como si llevase la levita por obligación. Respecto a su carácter, era un señorito, acostumbrado a que le diesen todo hecho e incapaz de aceptar negativas, como bien pudo comprobar Celia cuando, pese a su resistencia, se empecinó en mantener relaciones íntimas con ella, alegando a su favor que, en unos meses, estarían casados. Al día siguiente de tan inadecuada proposición, con el consecuente enfado por parte de Jaime —se puso en exceso violento cuando comprendió que no se saldría con la suya— él se presentó con un ramo de bellísimas rosas y una valiosa pulsera, joya perteneciente a la familia desde hacía varias generaciones, la cual Celia rechazó de inmediato, con el argumento de que el regalo era excesivo para disculparse por algo que, en realidad, no había sucedido. A partir

de este comportamiento, Celia comenzó a plantearse si, en realidad, amaba a Jaime. Le dio muchas vueltas, tantas como dio su cabeza a un lado y otro de la almohada cuando el asunto le impedía conciliar el sueño, pero siempre encontraba una disculpa que le hacía desestimar la gravedad de lo ocurrido. Ahora, a dos días escasos de la boda, sabía que este compromiso era un error. Se maldijo por haberse dejado engatusar, por el propio Jaime y su sonrisa engañosamente ingenua, por su madre, deseosa de emparentarla con tan distinguida familia, por su padre, quien llevado por el entusiasmo de Beatriz, no se había cuestionado en ningún momento la posibilidad de que, en vez de un matrimonio, aquello fuese, más bien, una conveniente maniobra. Pero sobre todo, se maldijo por no haber sido capaz, ella misma, de darse cuenta de que no estaba enamorada de ese petimetre, ahora lo tenía muy claro. Y, echando la vista atrás, comprendía la insistencia de tía Marta cuando, con sumo tacto para no interferir en los estudiados planes de su hermana Beatriz, le preguntaba si estaba a gusto con Jaime, si quizás no era conveniente esperar un poco, para conocerse mejor, y un montón más de pequeñas y sutiles recomendaciones que, a unas horas del enlace, cobraban mucho sentido.

—Celia, cariño…

Esta vez la puerta se abrió sin previo aviso, era Marta. Su tía entró como una brisa de aire fresco en la habitación:

—¿Qué haces aquí encerrada? Te casas mañana, y acaba de llegar parte de la familia, por no mencionarte que el novio está abajo, deseoso de verte por última vez antes de que, en unas horas, lo haga en el altar.

Celia miró a su tía, quien pudo ver en su rostro el miedo, después el titubeo y, finalmente, una inquebrantable determinación, que fue la que la llevó a pronunciar las palabras que ya no tendrían vuelta atrás:

—Tia Marta, no me caso.

Marta sonrió, condescendiente. Los nervios del día antes, pensó. Se sentó en la cama de su sobrina mayor y, extendiendo el brazo, le hizo un gesto para que se sentase a su lado. Celia obedeció en silencio:

—Ya sé lo que piensas, querida. Y ya ves que te lo dice una solterona empedernida —rió Marta sus propias palabras—, pero les pasa a todas las novias: son los nervios propios del paso que, en unas horas, vas a dar. Algo muy normal.

Celia suspiró, ojalá su tía tuviese razón, pero ella sabía que no era así. Estaba cansada de todo: de la dichosa boda, del jaleo que se había adueñado de ese paraíso de calma y tranquilidad que era habitualmente la casa, y estaba cansada de llorar, llevaba dos días haciéndolo sin que nadie se hubiese percatado, ocupados como estaban en preparar una boda magnífica para ella. Normalmente, su tía Marta siempre reparaba en los estados de ánimo de quienes la rodeaban, y Celia, al igual que sus hermanos, eran sus personas preferidas, sus niños queridos, a pesar de que, salvo la pequeña Aurora, de niños ya tenían muy poco. Pero Marta, al igual que los demás, llevaba unos días envuelta en la vorágine y, por ello, le había pasado inadvertido el abatimiento de esa sobrina suya, protagonista de la boda de aquel verano de mil novecientos diez.

—No, tía Marta—repuso Celia con seriedad—. Lo que acabas de oír es una decisión muy meditada, llevo un día entero pensando sólo en ello.

Marta comenzó a asustarse un poco. Conocía a Celia, y si tuviese que definir a su sobrina, diría de ella que era una jovencita madura y sensata, capaz de tomar decisiones propias sin importarle la opinión del resto del mundo. Por eso, si había llegado a tal determinación, no le cabía duda de que tendría razones muy sólidas para hacerlo. Físicamente, su sobrina era un calco de su hermana Beatriz, pero en personalidad, ambas eran polos opuestos: Beatriz vivía por y para la

impresión que causase en los demás, siempre pendiente de gustar, de ser la más bella, la más refinada, la más elegante. El motivo de su vida era la perfección. Su hija, sin embargo, distaba bastante de considerarse perfecta, pero no le importaba demasiado.

—Celia, aquí estoy, para servirte de apoyo, para aconsejarte y, llegado el momento, si no queda más remedio, ayudarte a enfrentar el asunto con tu madre, pues sabes que, si decides suspender la boda, vas a darle el mayor disgusto de su vida: ser la comidilla, para mal, de los salones, nunca ha entrado en sus planes.

—Lo sé, tía, pero es mi vida, y no voy a tomármela a la ligera. Mis padres han hecho un gran esfuerzo, soy consciente de todos los gastos que esto ha ocasionado, y sé que mamá se va a llevar una enorme decepción: creo que soñaba con el momento de aparecer, con el vestido que ha encargado para la ocasión, entre los invitados. Lamento de verdad el follón que esto va a suponer, pero no me queda más remedio que hacerlo.

—Bueno, tú cuéntame, cariño, que a lo mejor estás dramatizando, y luego no es nada. Anda, dime que es eso tan grave, sabes que no voy a intentar convencerte, pero en el caso de que estés equivocada, trataré de abrirte los ojos, a veces nos empeñamos en mantenerlos cerrados y eso no es bueno, nos impide ver la realidad tal y como es.

—Toma, juzga tú misma. Ojalá pudieras abrirme los ojos, como tú dices, pero creo que ya me los han abierto.

Celia fue hasta el cajón del escritorio y sacó de él, doblada al medio, la carta que había recibido hacía dos días. Su tía Marta la miró inquisitiva, la desdobló, y comenzó a leer.

CAPÍTULO 2

«Papá, que no me caso».
Mientras Celia bajaba las escaleras, iba ensayando mentalmente las palabras adecuadas, sin encontrarlas. ¿Cómo decirle a un padre, a escasas horas de la boda que con tanto empeño había organizado, que la ceremonia no se celebraría? A su lado, Marta la miraba con aprensión, rezando para que su cuñado interpretase su presencia al lado de Celia como un simple apoyo, no como la instigadora de tal decisión.
Álvaro Quirós estaba en la imponente biblioteca de la casa, sentado en un sofá que daba la espalda a los amplios ventanales, facilitando así que, quien se sentase allí con un libro entre las manos, recibiese la adecuada luz natural para la lectura. Pero el hombre no leía, tan sólo se deleitaba con una copa de coñac mientras aspiraba, relajado y pensativo, el humo de un habano, a los que era tan aficionado.
—Papá…—saludó Celia sin demasiado entusiasmo.
— ¿Pero qué dice la novia más bonita del mundo? —los ojos se le iluminaron al ver a su hija, y dedicó una sonrisa amable a su cuñada, con la que mantenía una excelente relación.
— ¿Podemos sentarnos aquí, contigo? —Álvaro se extrañó ante el tono de la petición y, al mirar de nuevo a los ojos de Celia, advirtió la tristeza que los nublaba. Comenzó a comprender que negros nubarrones se cernían sobre aquella tarde apacible, preámbulo del día feliz de la boda de su primogénita.
—Claro, hija, no estaba ocupado, sólo me deleitaba un rato, mientras pensaba que, mañana, todo saldrá a la perfección.
Celia y su tía se miraron rápido, con la angustia reflejada en los ojos, y a Álvaro Quirós no se le escapó el gesto de complicidad.
— ¿Sucede algo que yo deba saber, señoritas?
Celia bajó los ojos, que miraban sin ver el movimiento nervioso de sus dedos retorciéndose. Como la joven no se decidía, Marta trató de allanar el camino:
—Verás, querido Álvaro: nadie mejor que tú sabe que la vida es complicada, y da extraños giros que, de buenas a primeras, lo cambian todo.
—Déjate de evasivas, Marta, ¿qué sucede?
Un silencio denso e incómodo flotaba en el aire de la fastuosa estancia. Marta abandonó la vista en los bellos artesonados de madera de caoba del techo, pues era el momento de que su sobrina hablase. Pero la joven seguía en silencio y continuaba sin levantar la vista.
—Me estáis asustando, de verdad. ¿Queréis decirme de una vez qué es lo que pasa? ¡Celia, hija! —Al oír su nombre, la aludida levantó instintivamente la cabeza— ¿No se habrá propasado contigo ese canalla? ¿No te habrá dejado —Álvaro no se atrevía a pronunciar la palabra— encinta antes de tiempo?
Marta negó con un movimiento, y Álvaro resopló, aliviado.
— ¿Qué pasa, entonces? ¡Que alguna de las dos se decida a hablar, por Dios! ¡Me tenéis en ascuas!
Celia comprendió que, si se había armado de valor para llegar hasta la biblioteca, ya no le quedaba más remedio que explicarle a su padre lo sucedido. Respiró hondo, soltó el aire de golpe

y habló:
—Papá, no voy a casarme mañana.
La cara de Álvaro Quirós era de total confusión.
— ¿Qué quieres decir, que deseas aplazar la boda? No importa, hija, bueno, sí importa, ya está todo preparado, pero, ¿por qué deseas retrasarla?
—No, papá, no me has entendido: no quiero retrasar la boda, no voy a casarme con Jaime, ni mañana, ni nunca.
Álvaro dejó el cenicero, se apoyó en el respaldo y suspiró mientras se mesaba el cabello con ambas manos.
—A ver si lo entiendo, hija mía, ¿me estás diciendo que vamos a suspender esta boda, a la que llegarán, de invitados, un montón de personas ilustres y muy influyentes? ¡Todo está a punto, Celia, he tirado la casa por la ventana! ¿Esto no será cosa tuya, Marta? —Miró amenazador a su cuñada— todos sabemos que tienes a Celia demasiado consentida, y que sueles secundar sus locuras.
—No, papá, tía Marta no tiene nada que ver con esto. Ella me ha acompañado porque sabe mis motivos. Me ha visto y ha comprendido que algo me sucedía, cosa que le agradezco mucho, porque nadie más habéis reparado en el estado de ánimo que me ronda desde hace un par de días.
Álvaro Quirós se avergonzó de su reacción, al preocuparse únicamente por lo que implicaría la cancelación del fastuoso evento y no por las razones que impulsaban a Celia a tomar una determinación tan difícil como aquella. Y conociendo a su hija, una jovencita muy sensata, sus motivos debían de ser incuestionables. Aun así, insistió:
—Hija, ¿No serán los nervios de la boda? ¿Eres consciente de lo que estás diciendo? ¡Vamos, Celia! Seguro que, sea lo que sea, podemos solucionarlo, ¿no te parece?
—No, papá, esto no admite discusión. No amo a Jaime, he comprendido que nunca lo he amado.
Álvaro Quirós se levantó del sofá, y comenzó a caminar de un lado a otro, indudablemente nervioso. Estaba enfadado, era evidente.
—Marta, tú, como persona adulta y responsable, ¿no has podido aconsejar a tu sobrina? ¿No ves que esto es una completa locura?
Marta le miró, indignada:
—Álvaro, sabes que te aprecio mucho, pero cuando pierdes el control, te incapacitas para pensar.
El hombre la miró con insistencia:
— ¿Tú crees que si yo perdiese el control y mi capacidad de pensar, habría sido capaz de sacar mis negocios adelante? No sé a qué viene eso, Marta, creo que nos conocemos bien.
— ¿Acaso has escuchado a tu hija? —continuó ella sin atender a sus últimas palabras— Además, que te quede claro, de una vez por todas, que no he tenido nada que ver con esto. Al contrario, primero la he escuchado y después, la he aconsejado que reflexionase bien acerca de su decisión. Pero en cuando me he dado cuenta de lo que siente, no he tenido alma para convencerla en contra de lo que le dicta su corazón, por muy grave que sea la cancelación de esta boda.
— ¡Su corazón! ¡Vaya fantochada!...
Entonces Celia intervino, con lágrimas en os ojos:
— ¡Dejad de discutir entre vosotros, por favor! Papá, no metas a tía Marta en esto. Sencillamente, he comprendido que no amo a Jaime.
—Pero Celia, hija, ¿no has podido darte cuenta antes? —el enfado era ya visible en el tono y los ademanes de Álvaro Quirós.
—He recibido una carta, en la que se me advierte acerca de mi futuro esposo. Y eso me ha hecho comprender que, en realidad, no me une nada a él.

— ¿Y por qué ahora? ¿No lo podías haber pensado antes? —Álvaro hubiese soltado una palabrota, pero se mordió la lengua, no quería darle la razón a su cuñada en eso de que, cuando se enfadaba, perdía el control.
—Papá, escúchame, por favor: no he podido decidir, me impusisteis a Jaime. Estoy cansada de oír la cantinela de lo buen partido que es, un joven con ambiciones y prestigiosos parientes, lo cual es fabuloso para todos. Tanto mamá como tú— con esto no os estoy recriminando nada— me fuisteis envolviendo, hablándome de las magníficas cualidades de ese hombre al que, en realidad, nadie conocíamos. Él, no puedo negarlo, es zalamero, adulador, y me hacía sentir como la princesa del cuento de hadas que todo príncipe busca y desea. Creasteis entre todos un mundo irreal en el que me vi inmersa, hasta que la verdad afloró: Jaime no es buena persona, papá, créeme. Entre otras cosas te diré, aunque me da mucha vergüenza hacerlo, que he tenido que defenderme de él, en varias ocasiones, para no perder mi honra.
Álvaro Quirós se quedó boquiabierto, no sabía qué decir. Si era cierto que ese malnacido había intentado propasarse con Celia, iría y le partiría la cara en dos.
—Papá— Celia interrumpió sus pensamientos, le conocía demasiado bien— no merece la pena hacernos un enemigo, bastante duro va a ser para él la cancelación de la boda, porque me consta que él me quiere como esposa, porque me desea como mujer. Pero esta es mi decisión, y no la voy a cambiar. Lo lamento muchísimo, papá, de verdad. Pero sólo tengo esta vida, y no voy a sacrificarla por el *qué dirán*.
Álvaro Quirós asintió en silencio, pero a continuación tomó de nuevo la palabra:
— ¿Y esa carta a la que te refieres? ¿Quién te la ha enviado? ¿No habrás creído, de buenas a primeras, en alguien que quizás lo único que busca es perjudicarnos?
—La persona que me la ha enviado no tiene ningún interés en que esta boda se cancele, estoy segura. Y aunque no he hablado con ella, sí he hecho las averiguaciones oportunas, para comprobar que no miente.
Marta la miró, y Celia respondió a lo que ella le preguntaba con la mirada:
—Le pregunté a Crispina, ella sí sabía algo, al igual que el resto de las criadas. Habían oído hablar del asunto pero, como es lógico, no se les pasó por la cabeza venirme con el chismorreo.
—Pero, ¿de qué se trata? ¿Me lo podéis explicar de una vez?
Y Celia pasó a relatarle a su padre el contenido de la carta que acababa de cambiar su vida. Cuando terminó, Álvaro Quirós guardó silencio, pues las razones de su hija, como él ya había supuesto, eran de peso. Podría encontrar argumentos que justificasen o, al menos, quitasen importancia a la conducta de Jaime, pero no lo intentó, porque sabía que la inesperada noticia había sido la excusa perfecta para que su hija abriese los ojos a una realidad inequívoca: no estaba enamorada de su prometido, y casarse con él haría de ella una persona tremendamente infeliz.
Álvaro tomó su copa de coñac, le echó un buen trago, que saboreó con detenimiento, y dijo lo único que podía decir:
—Tu madre, ¿ya lo sabe?

Cuando Marta y Celia le informaron de la cancelación de la boda, Beatriz tuvo que tomar asiento. Estaba aturdida, fuera de la realidad.
—Beatriz, yo…—inició Marta su discurso, pero su hermana la cortó sin miramientos:
—Ahora no, Marta, por favor. Celia, hija, ¿no hay posibilidad de que cambies de opinión?
Celia movió lentamente la cabeza, las lágrimas corrían por su rostro, consciente del daño que su decisión estaba ocasionando a toda la familia. Pero prefería llorar ahora, no el resto de su vida.

Ante su negativa, Beatriz la miró con fijeza y cierta frialdad:
— ¿Eres consciente del escándalo? ¿Has pensado en la familia de Jaime, en cuánto te odiarán? —al ver la expresión de sorpresa en la cara de su hija, Beatriz se reafirmó en sus palabras—Sí, te odiarán, porque me consta que Jaime te adora, y para él, que le dejes plantado casi en el altar supondrá, además de una humillación, un desengaño horroroso, porque creo que te ama profundamente.
—Mamá, lo de Jaime no es amor, créeme.
— ¿Pero qué va a saber una criatura como tú lo que es el amor? ¡Virgen santísima, lo que me faltaba por oír!
—Mamá, mamá…Tú amas a mi padre, ¿verdad?
—Claro que sí, Celia, pero un amor como el nuestro no surge todos los días, es casi una casualidad. Normalmente, los matrimonios se construyen en base a otras consideraciones, y el amor, en forma de respeto y cariño hacia la otra persona, suele llegar con el tiempo.
Marta la miró sorprendida, y Celia contestó sin hacerse esperar:
—Mamá, sé que mi decisión trae consigo un montón de problemas, pero creo que no me equivoco. Lo siento, sería incapaz de convivir con Jaime.
— ¡Podrías haberlo pensado antes! Celia, hija, ¿de verdad que no vas a reconsiderarlo? ¡Piénsalo bien! Quizás sólo estés confundida y nerviosa y…
—No, mamá, no me obligues con tus argumentos, por favor. Ya sé lo que en verdad siento por Jaime: le detesto.
Ahora fueron Beatriz y Marta quienes se miraron, sorprendidas.
—De acuerdo, Celia, pero, ¿has pensado que quizás, después de esto, te quedes soltera para siempre? ¿Qué hombre va a arriesgarse a pedir tu mano, sabiendo que podrías humillarle de la forma en que piensas hacerlo con Jaime?
Aquellas palabras fueron demasiado para Celia, quien salió de la habitación con lágrimas en los ojos, dispuesta a encerrase en su dormitorio y llorar hasta la extenuación, que era lo único que le apetecía hacer.
Beatriz y Marta se quedaron solas, ambas sentadas una en frente de la otra, abatidas, sin saber qué paso dar a continuación. Fue Marta quien rompió el silencio:
—Alguien tendrá que decírselo al novio. Y debemos ocuparnos de hacer llegar la noticia de que la boda se ha cancelado.
—No, Marta, de eso nada. Puedo obligar a mi hija a cumplir con el compromiso que ya ha adquirido, y lo voy a hacer. En cuanto se calme un poco, lo reconsideraremos y, si es preciso, la obligaré.
—No puedo creerte, Beatriz —contestó Marta, indignada—. Es imposible que, habiéndote criado con un aya, en una casa donde la figura de nuestra madre era casi un mero ornamento, te comportes así. Escucha a tu hija, ella sabe lo que siente de verdad.
—Querida, para ti es muy fácil decirlo, no eres Beatriz Cruz-Stuart, esposa de Álvaro Quirós, madre de cuatro criaturas a las que debo casar adecuadamente. Si me preocupo por que este matrimonio se celebre, no es por mí, sino por ella, para que lleve, al lado de Jaime, la vida que merece.
— ¿Estás segura, hermana mía? ¿Serías capaz de entregar a tu hija a un hombre por el que no siente nada?
—Muy capaz, por su bien.
—No sé, Beatriz, creo que quieres controlarlo todo, y eso te pierde. Quieres que todo resulte conforme a tus patrones de perfección, necesitas la relevancia social, y te olvidas de lo más

importante, tus hijos.
—Marta, no creo que, siendo soltera como eres, estés en condiciones de hablarme de la maternidad y sus problemas. ¡Álvaro! —Saltó de pronto Beatriz— Este asunto me ha dejado tan confusa, que me he olvidado de él. ¡Ha de saberlo de inmediato!
—Beatriz: tu hija, por voluntad propia, ha sido a su padre a quien ha querido recurrir en primer lugar. Y tu esposo, a pesar del chasco monumental, ha asumido el asunto como algo tremendamente fastidioso que, no obstante, hay que aceptar.
—¡No puedo creerlo! ¡Este hombre me va a oír!
—Beatriz, yo creo que ya tiene bastante disgusto, al igual que tú. Déjale reflexionar en paz.
—No, Marta, ¿Es que no lo comprendes? ¡Estamos metidos en un buen lío, gracias a esa hija mía que yo no sé dónde tiene la cabeza!
—Pues donde debe tenerla, te lo aseguro—contestó Marta.
Beatriz se levantó del sillón y caminó inquieta por la salita, frotándose las manos.
— ¿Y si viene Jaime y habla con ella? Quizás la convenza por las buenas.
Marta negó con la cabeza, mientras pensaba que su hermana no tenía remedio.
—Eso no funcionará, él es el problema, no la solución.
—Pero bueno, ¿qué le ha pasado de pronto a Celia, para cambiar de opinión a pocas horas del enlace? —Beatriz se llevó las manos a la cintura mientras elevaba los ojos al cielo, estaba desesperada.
—Celia ha recibido una carta.
— ¿Cómo? ¿Una carta de quién?
—Una carta en la que alguien le advierte acerca de Jaime. Verás, Beatriz, al parecer, esa persona, sin otro interés que el bien de Celia, le ha desvelado un desafortunado asunto en el que Jaime está implicado: el verano pasado dejó encinta a una chica del pueblo, una criada que trabajaba en su casa. Sin más consideraciones, la pusieron de patitas en la calle. Y Jaime se desentendió de ella de la forma más cruel.
—Bueno, ¿Y eso es para tanto? ¡Marta, el mundo real no es un cuento de hadas! Los hombres, querida, tienen sus necesidades. Y las satisfacen con quienes se dejan hacer.
Marta estaba atónita. Nunca terminaría de comprender la complicada personalidad de su hermana, pero lo que acababa de decir superaba todas sus expectativas.
—Beatriz, parece que no lo has comprendido: en primer lugar, Jaime ha engañado a su prometida—tu hija— con otra mujer, lo cual ya es, de por sí, un acto inadmisible, porque te recuerdo, querida, el refrán: *quien hace un cesto, hace ciento*. Es decir, nadie le puede asegurar a Celia que, una vez casados, no volverá a engañarla. Pero, por si esto fuera poco, deja encinta a la pobre criada, a la cual arrojan a la calle como a un perro. ¿Te fiarías de un hombre así?
—Te repito, Marta, que buena parte de la culpa la tiene esa sirvienta casquivana.
—Y yo te diré, Beatriz, que desconocemos las circunstancias de esa chiquilla. Solo tenía dieciséis años el verano pasado, una niña.
Beatriz calló. Por mucho que aparentase frivolidad, tenía alma. Y, en efecto, los argumentos de Marta eran de peso.
— ¿No podría perdonarle, haciéndole prometer que no volverá a enredarse en faldas ajenas?
—No, Beatriz, no seas ingenua, los hombres como él no cambian. Son de los que toman a las mujeres a su antojo, porque no significan nada. Además. ¿Qué mujer querría semejante padre para sus hijos? El sentimiento de paternidad ha de ser mismo, sea la madre de la criatura una criada o una señora. Mal padre sería para tus nietos un hombre que se desentiende de su progenie. Pero todos estos argumentos se quedan pequeños al lado del fundamental: Celia no

ama a ese hombre.
Beatriz tomó asiento, y comenzó a llorar de esa forma en la que sólo ella sabía hacerlo, sin histrionismo ni aspavientos, sin necesidad de que el mundo se enterase de su sufrimiento. Al cabo de unos minutos, tocó una campanilla de plata que reposaba, a tal fin, sobre la mesita, y una de las criadas apareció de inmediato:
—Que la cocinera baje a la bodega y traiga una botella de champán, por favor.
La sirvienta no se extrañó, era la víspera de un acontecimiento importante en la casa, y las celebraciones —aquella misma noche habría cena especial con algunos de los invitados— eran continuas en los últimos días.
En cinco minutos, apareció la mujer con una botella y varias copas sobre una bandeja plateada.
—Llame al señor, y dígale que la señorita Marta y yo le esperamos aquí.
La criada salió, y Beatriz puso todas sus ganas y mucho empeño hasta conseguir descorchar la botella. Llenó las copas en silencio, y después de tenderle una a su hermana, se sentó a su lado y levantó el brazo en un brindis:
—Por la vida, y sus incomprensibles cambios de rumbo.

CAPÍTULO 3

Nada más entrar en casa de sus futuros suegros, un ambiente casi luctuoso recibió a Jaime Solís. Había acudido sin demora al recibir una nota, entregada por el cochero de don Álvaro Quirós, en la que solicitaban su presencia inmediata.

—Señora, ¿es Celia? ¿Se encuentra bien? —preguntó el joven, alarmado, al ser recibido personalmente por Beatriz.

—Bueno, Jaime, sí y no, o sí y sí, depende de cómo lo miremos—respondió Beatriz sin apenas mirarlo a la cara, pues no sabía cómo enfrentar la mirada del joven—. Celia, ella misma, se lo contará. Pase, por favor.

La dueña de la casa acompañó al recién llegado a la biblioteca, donde su prometida, con los ojos enrojecidos y el rostro demacrado, esperaba sentada frente a su padre.

—Toma asiento, Jaime, por favor —le pidió ella.

El joven obedeció, mientras don Álvaro le tendía una copa de coñac no solicitada, que el recién llegado no rechazó.

—Jaime—comenzó a hablar Celia—, mi familia está presente porque ha sucedido algo que, en fin, trastoca los planes previstos. Lo que he de decirte es muy difícil, pero la decisión está tomada.

—¡No me digas más! Al final has decidido, por tu cuenta y riesgo, que nos casemos en la capilla de vuestra propiedad.

Mientras Jaime miraba a Celia con el ceño fruncido, los Quirós lo contemplaban abrumados. Todos ellos sentían un poco de lástima por él, pues comprendían que la decisión tomada por la novia, a unas horas de la boda, sería difícil de aceptar. Por ello, la joven decidió pasar el mal trago lo antes posible:

—No, no es eso, Jaime. Por el bien de todos, acabemos con esto cuanto antes: no me caso contigo, la boda se suspende.

Jaime detuvo el movimiento del brazo con el cual se llevaba la copa a los labios, mientras los padres de la novia se removían inquietos, conscientes de la gravedad de las palabras de su hija y de su impacto en el novio despechado. Pero nadie se imaginaba que el joven reaccionase como lo haría a continuación, porque se levantó de un salto y se encaró a su prometida:

—¿Qué dices, Celia? ¿Estoy oyendo bien? —dijo, elevando más de lo prudente el tono de voz.

—Sí, Jaime. Espero que algún día puedas perdonarme, pero no voy a casarme contigo.

— ¿Acaso te has vuelto loca? ¡Exijo una explicación! Señor, si le parece —se dirigió exclusivamente a Álvaro— hablemos usted y yo, este asunto no compete a las mujeres.

Los ojos de Álvaro Quirós no pudieron ocultar su asombro:

—¿Cómo dice, joven? Este asunto compete directamente a mi hija, y también a su madre, por serlo. Así que lo que tenga que decir, delante de ellas. Pero, ¿no le parece pertinente escuchar primero lo que Celia tenga que decirle?

Jaime asintió en silencio, enfurruñado como un niño, y su prometida comenzó a hablar:

—Ha llegado a mis oídos una triste noticia, que me impide casarme contigo. Si yo fuese otra mujer, lo pasaría por alto, probablemente. Pero ya me conoces, sabes cómo soy, y no voy a admitirlo. Te repito, Jaime, que lo siento muchísimo, y que espero que, algún día, en recuerdo

del cariño que me has profesado, seas capaz de comprenderme.
Los ojos del joven se empequeñecieron, dándole a su rostro un aspecto mezquino:
—¿Y qué es eso tan grave, Celia, que te ha hecho tomar esta decisión tan poco acertada?
—Ha llegado a mis oídos que, el verano pasado, estando ya prometidos, dejaste encinta a una criada, tan joven que es casi una niña.
La cara de alivio del hombre fue instantánea:
—¡Ah, es sólo eso! —respiró aliviado.
Celia le miró, perpleja:
—¿Sólo eso? ¿Te parece una falta leve?
—Celia, querida, los hombres tenemos nuestras necesidades. No significó nada para mí.
Ahora, la sorpresa de Celia se transformó en indignación:
—Pero para mí sí que significa, y mucho, porque un hombre que es capaz de engañar a su prometida con tanta ligereza y, además, es incapaz de hacerse cargo de las consecuencias de su desliz, no es un hombre a mi medida.
Jaime, más tranquilo al saber de qué se trataba, creyó tener posibilidades de salir airoso. Convencería a Celia, seguro:
—Celia, por favor, eres la mujer de mi vida. Sabes que, pese a mis intentos —en ese momento comprendió que había metido la pata y se ruborizó—te he respetado, porque tu honra no tiene precio. Pero estamos hablando de una criada, y todos sabemos que esa gente no tiene reparos en dejarse deshonrar, no son como nosotros. Yo creo que lo hizo orgullosa de entregarse a un señorito, tendrías que haber visto su cara de satisfacción.
Ante la inconveniencia de las palabras de Jaime Solís, en la sala se hizo el silencio. Él, nervioso, comenzó a estirarse la levita, consciente de que había hablado demasiado, pero con la esperanza de que no se lo tuviesen en cuenta. Sus argumentos eran razonables, y un hombre cabal, como don Álvaro, los aprobaría. Pero no esperaba la respuesta del que, en pocas horas, hubiese sido su suegro:
—Voy a pasar por alto sus palabras, joven, totalmente inapropiadas delante de unas damas. Y también pasaré por alto esos intentos a los que se ha referido, ya no tiene importancia, veo que mi hija sabe cuidarse sola. Y ahora, don Jaime, ya está dicho todo, así que le pedimos disculpas, sinceramente, por este desafortunado hecho de la anulación del matrimonio. Seguro que encuentra usted una mujer a su altura, no me cabe duda.
La respuesta del joven sorprendió a todos:
—De eso nada, señor. Esta mujer va a ser mía. Aplazaremos la boda con la excusa de que la novia está indispuesta y, en unos días, sin tanto boato, nos casaremos antes de mi partida, ya sabe que regreso a Madrid a finales de verano.
—Jaime— intervino Celia—creo que no me has entendido: lo que ha pasado me ha servido para abrir los ojos. Nunca podría hacerte feliz, porque no te amo. Y si te sirve de consuelo, creo que tú tampoco me amas a mí, porque estoy segura de que lo que sentimos no es amor del verdadero, de ese que resiste el paso del tiempo y obra el milagro de que, después de muchos años, dos personas que han envejecido juntas continúen dedicándose, cada mañana, una sonrisa.
—Así que no me amas…¿No habrá por ahí algún otro a quien hayas entregado lo que a mí me negaste con la tozudez de una mula? —El joven Jaime Solís no estaba acostumbrado a las contrariedades, pero sí a decir cuanto le apetecía, sin filtro ni censura. Y debido a esta incontinencia verbal que nunca le habían censurado, acababa de traspasar los límites de lo admisible, porque Álvaro Quirós se levantó, no iba a consentir que ese mequetrefe hablase así a su hija. El prometido de Celia estaba dejando ver su verdadera cara, y lo que veía no le gustaba

nada.
—Don Jaime, será mejor que dejemos esto zanjado de una vez. Lo sentimos mucho, pero las cosas, a veces, no salen como uno esperaba.
—¡Ah, no! ¡No señor! Esto no va a quedar así, desde luego que no—dijo el joven señalándolos a todos con el dedo— porque ningún Solís ha sufrido nunca semejante humillación sin que el causante de la misma haya salido impune. Se lo repito, don Álvaro: mañana me pasaré a ver a mi prometida, con la esperanza de que haya recuperado la cordura. Y, en unos días, nos casaremos —dijo el joven, rojo de indignación.
—Jaime, por favor, la conversación ha terminado— la paciencia de Álvaro se estaba agotando, pues el joven Solís y sus amenazas estaban rebasando los límites—. Tenga la amabilidad de asumir esta contrariedad como un caballero. Le reiteramos nuestras disculpas por los inconvenientes que esta situación pueda causarles a usted y su familia, pero conociendo a mi hija, debería haber sido más considerado con ella.
En ese momento, Celia se levantó y, con la cabeza gacha, se dirigió al joven:
—Lo siento mucho —le dijo, al tiempo que le tendía un valioso anillo de compromiso que él le había regalado. Jaime Solís lo miró unos segundos, y su reacción no dejó a nadie indiferente, pues lo arrojó a los pies de Celia, mientras sus palabras evidenciaban el rencor que sentía contra todos ellos:
—Quédatelo, que te sirva de perpetuo recordatorio del daño que me has hecho. No olvides que deposité en él mi amor por ti, pero ahora está cargado de odio. Tampoco olvides que esto no quedará así, y sólo tú serás la culpable de todo lo que, en adelante, le suceda a esta familia.
Salió sin despedirse, dejando a los tres de pie, en medio de un silencio tenso, desconcertados y apenados por todo lo sucedido.
—No te preocupes por nada, hija mía—su padre tomó la cara de Celia entre las manos mientras la miraba con dulzura— creo que ha sido la decisión más inteligente que has tomado en tu corta vida, ese Jaime Solís se ha quitado la máscara y, lo que he visto tras ella, no me ha gustado nada.
A continuación, depositó un beso en la frente de la joven, y salió de la biblioteca con la sensación de haberse librado, por los pelos, de un yerno que hubiese hecho muy infeliz a su querida hija. Beatriz le siguió, después de tomar entre las suyas las manos de Celia y dedicarle una sonrisa de difícil interpretación, en la que, quizás también, se adivinaba cierto alivio.
Celia se quedó allí, envuelta en los últimos rayos de sol que se colaban por los ventanales. Se había quitado un peso de encima al haber sido capaz de afrontar la situación cara a cara, pero ella sí, conocía bien a Jaime. En demasiadas ocasiones, había atisbado comportamientos indeseables en su prometido, pero siempre los desestimó, apartándolos con excusas absurdas, como que eran producto de su imaginación desenfrenada, imposibles en un hombre de tan buena familia, tan cortés y elegante, avalado por la incuestionable aprobación de sus padres, Álvaro y Beatriz. Ahora sabía que el verdadero Jaime Solís, al que había estado negando todo ese tiempo, era un hombre egoísta, acostumbrado a salirse siempre con la suya, cargado de soberbia e incapaz de comprender el daño que sus acciones irreflexivas podían causar en los demás. Le creyó capaz de cualquier cosa, y tuvo miedo.

CAPÍTULO 4

Al día siguiente, el mismo en el que Celia y Jaime se hubiesen dado el *sí quiero*, Álvaro Quirós afrontó la dura tarea de visitar a la familia Solís, para explicarles personalmente a qué obedecía la decisión tomada por su hija. Celia no le acompañó, no lo consideraron ni necesario, ni prudente.

Antes de recibirle, los Solís le hicieron esperar un buen rato en el hall, donde Álvaro veía pasar una y otra vez al personal de servicio, advirtiendo cierta inquina en sus miradas. Pensó que, como era lógico, los comentarios acerca del asunto no serían, precisamente, favorables a su hija Celia.

Al cabo de un buen rato, los padres de Jaime le recibieron en una salita pequeña, en exceso ornamentada, pero el joven no estaba presente.

—Señor—comenzó don Alfonso Solís, después de soltar la mano lánguida que le había tendido a su visitante— creemos innecesaria su presencia en esta casa. Ya está todo dicho, y el mal, ya hecho. No hay nada más que añadir.

—Don Alfonso, he creído conveniente presentarle mis disculpas por tan desagradable situación, pero también, creo necesario que se conozcan los motivos que han llevado a mi hija a anular la boda.

La madre de Jaime intervino de pronto:

—No le deseo que pase usted por lo que estoy pasando como madre de Jaime. ¡Está destrozado! Ahora, todos nuestros esfuerzos deben centrarse en su recuperación. Y su presencia en esta casa, o la de cualquiera de los miembros de su familia, es un sufrimiento añadido para él, por lo que le rogaríamos que salga de inmediato,como le acaba de decir mi esposo, ya no hay nada que hablar.

—Si ese es su deseo, señora, no tardaré en satisfacerlo, desde luego—contestó Álvaro Quirós, intentando mantener la compostura—. Pero antes, dígame, ¿conoce usted el hecho concreto que ha ocasionado la enorme decepción de mi hija Celia?

La sorpresa de Álvaro Quirós fue mayúscula cuando don Alfonso respondió:

—Por supuesto, estamos al tanto. Su hija, señor Quirós, permítame que se lo diga, es una melindrosa, aparte de ser una jovencita en exceso mimada. Me explico: muchas jóvenes de la alta sociedad estarían encantadas de contraer matrimonio con un excelente partido como nuestro hijo Jaime, y estoy convencido de que todas ellas harían la vista gorda ante un asunto tan nimio. ¡Don Álvaro, por Dios! ¿En qué mundo vive usted? Los bastardos son una realidad, consecuencia de la falta de moralidad de algunas mujeres, y su hija debería dar las gracias por que un hombre como Jaime haya satisfecho sus necesidades masculinas sin mancillar, en lo más mínimo, su honra. ¡Es un caballero de los pies a la cabeza!

—Pues si ese es el concepto que usted tiene de un caballero, lamento decirle que no coincide, en absoluto, con el mío. Créame si le digo que deseamos de corazón que don Jaime encuentre esa mujer que se merece.

—Por supuesto que la encontrará, no le quepa duda. Y si Dios lo quiere, más moderada que su hija, señor. Tiene fama de acatar con disgusto los convencionalismos y las reglas establecidas, y en el fondo siempre supe que no nos traería más que problemas.

Después de oír aquel argumento, Álvaro Quirós decidió no permanecer ni un segundo más en esa

casa porque, de hacerlo, estaba seguro que explotaría y les diría a aquellos estirados unas cuantas cosas que, aunque muy ciertas, no harían sino enturbiar aún más las relaciones entre las dos familias. Ya no le importaba que los señores Solís fuesen incapaces de comprender los motivos de Celia, tampoco le importaba el concepto que aquellas personas tuviesen de ellos, así que se despidió con mucha cortesía y salió de allí a toda velocidad. Una vez fuera, experimentó la misma sensación de alivio que cuando Jaime salió de su casa el día anterior, pero multiplicada por mil: aquel muchacho no valía la pena, porque tampoco la valían sus padres. Pensó, apenado, en los motivos que les impulsaron a Beatriz y a él a considerarlo el esposo idóneo para la mayor de sus hijas y vio, con inmensa claridad, que habían tenido una venda puesta, habían estado voluntariamente ciegos, empecinados en casar a Celia con el pretendiente más deslumbrante, no con el mejor.

De camino a casa, pensó en Beatriz, de la que se enamoró perdidamente, y en la oposición de la familia de ella a su relación, al considerarlo un candidato inadecuado para la hija de un barón. Sonrió con tristeza al constatar que las paradojas de la vida son tan grotescas como sorprendentes, pues al poco tiempo de casarse, el hermano de Beatriz, heredero del título, había necesitado el rescate financiero de Álvaro para impedir que el patrimonio familiar se perdiese.

«No aprendemos, cometemos una y otra vez los mismos errores», pensó, cabizbajo.

Por su parte, Beatriz se recuperó del inconveniente antes de lo que nadie hubiese supuesto. El magnífico vestido que pensaba ponerse el día de la boda lo estrenaría en la próxima temporada de ópera del teatro Campoamor, pues era muy adecuado para dicho evento. Se consoló pensando que no le faltarían oportunidades para lucirlo, porque estaba entusiasmada con la bellísima prenda. Celia estaba tranquila, y eso era lo más importante para ella , a pesar de que, como madre, le angustiaba el pensamiento recurrente de que lo sucedido mermaba drásticamente las posibilidades de encontrar un pretendiente dentro del círculo en el que ellos se movían, el de la alta sociedad.

Los invitados que se habían alojado en la casa con motivo de la boda acogieron sin pesar la noticia. Al fin y al cabo, Álvaro, hombre acostumbrado a darle la vuelta a cualquier inconveniente, decidió obsequiarles con el banquete previsto, así que comieron y bebieron y bailaron en los magníficos jardines de la propiedad hasta altas horas de la noche. Durante aquella celebración, con los novios ausentes, lograron olvidarse del motivo que los había congregado allí y, simplemente, festejaron el hecho de estar reunidos, disfrutando cuanto pudieron del reencuentro. En ningún momento echaron de menos lo único que faltó, la ceremonia religiosa, porque todos ellos, familia y amigos muy cercanos, acabaron alegrándose de la suspensión de la boda, convencidos de que, si la novia así lo había decidido, no había nada que lamentar.

Marta paseaba a diario con su sobrina, y pudo constatar que cada día se encontraba un poco más animada. Hablaban del tema, Celia no tenía inconveniente en hacerlo, porque, en realidad, se sentía como si se hubiese quitado un enorme peso de encima. Cada vez estaba más segura de que nunca había amado a Jaime como se debe amar al hombre con el que hubiese tenido que compartir su vida. Y a pesar de haber descubierto la peor cara de su ex prometido, no podía dejar de compadecerlo y de sentir remordimientos, convencida del sufrimiento que le había causado, sin sospechar que lo único que le atraía a Jaime de ella eran su cuerpo y su bellísima cara, que nunca la había tomado en serio, que una vez casados, la hubiese mostrado como a un trofeo y que, el día que se hubiese cansado de ella, no hubiese tenido inconveniente en buscar emociones nuevas, mujeres hermosas había muchas.

Una de aquellas tarde de paseo, Celia le contó a Marta su intención de hacer una visita a una persona muy especial:

—Tía Marta, creo que debo hacer una visita a esa joven, Silvia Villanueva.
Marta la miró, interesada:
—¿Lo crees conveniente?
—Claro que sí. Estoy segura de que sus motivos han sido nobles y me gustaría hablar con ella. Quizás sin saberlo, me ha hecho un favor al abrirme los ojos e impedir que cometiese la mayor equivocación de mi vida, casarse no es algo que uno pueda hacer y deshacer a la ligera.
—Pero no la conoces, Celia, ni a ella ni a su familia. Sería de pésima educación que te presentases de pronto, sin que hayáis sido presentadas. Además, sabes que apenas se relacionan con la gente de la comarca, tienen fama de ser distantes y muy suyos. Y no estamos para más habladurías, Celia.
—No la conozco en persona, tía Marta. Pero el hecho de que me haya escrito, me da la oportunidad de visitarla, sin que ello suponga una falta de cortesía. Por otro lado, las habladurías de la gente son sólo eso, habladurías. Cuando les conozca, te diré si están en lo cierto.
—Mirado así—respondió Marta.
—No quiero aplazarlo más, siento una enorme curiosidad, así que esta misma tarde, me acercaré hasta allí dando un paseo, vive muy cerca.
—¿Irás sola? ¡Celia!
—No te preocupes tanto por mí, no me pasará nada.
—Pero quiero que se lo digas a tu madre, y si ella no te da el consentimiento, no irás.
—Tía, tía…sabes que sigo tus consejos a pies juntillas, pero esta vez es diferente. Por favor, confía en mí. ¡Ah! Otra cosa: tú no sabes nada de esto, ¿vale?
Marta sabía que, como a Celia se le metiese algo en la cabeza, era imposible convencerla de lo contrario, así que asintió sin demasiado convencimiento. Al fin y al cabo, no era para tanto.
Celia salió después de comer. La casa de los Villanueva estaba a unos tres kilómetros y aunque los días todavía eran largos, le aterrorizaba la idea de que se le hiciese de noche por el camino. Era miedosa, eso lo tenía bien asumido. Y a pesar de ello, siempre había sentido fascinación por los relatos de la rica tradición oral asturiana, que escuchaba sin parpadear al amor de la lumbre de la cocina donde, después de cenar, las criadas se reunían a contar fantásticas leyendas que asumían como ciertas. En más de una ocasión, la cocinera tuvo que acompañarla después hasta su dormitorio, incapaz de subir, sola y a oscuras, las imponentes escaleras y adentrarse después en por el largo pasillo.
Avanzaba repasando mentalmente la conversación que mantendría con la desconocida joven cuando, antes de lo que pensaba, vio recortarse la vieja silueta de la casona de piedra entre los árboles de la finca.
Cuando llegó hasta las verjas de hierro que delimitaban la propiedad, constató que estaban abiertas, así que las traspasó con naturalidad.
La vivienda era un palacete construido siglos atrás, que atestiguaba el abolengo de la familia, pues sin saber con exactitud el título nobiliario que los honraba, Celia había oído referiste a la casa como «el marquesado». A ella, en realidad, esos asuntos le tenían si cuidado, a pesar de que Beatriz, su madre, llevaba con enorme orgullo el intrascendente hecho de ser hija de un barón.
La casa se alzaba con majestuosa prestancia, y cada una de las piedras de su fachada hablaban de la historia que cobijaban sus muros. Se detuvo ante la gran puerta de entrada, y llamó con decisión. Su sorpresa fue mayúscula cuando, en lugar de abrirle una cridada uniformada, lo hizo una mujer entrada en años, ataviada con ropajes más propios de una señora.
—Buenas tardes —saludó Celia Quirós, un poco desconcertada— Quisiera ver a la señorita Silvia, por favor.

Esperó que la mujer, fuese quien fuese, le preguntase si la señorita era conocedora de la visita, pero en lugar de ello, sólo desplegó una sonrisa amable y la indicó que pasase.
Sin más protocolos, la llevó hasta una sala, donde la invitó a tomar asiento en un sillón que debía datar, por lo menos, de la época de María Antonieta de Francia. La mujer la dejó sola tras dedicarle otra cálida sonrisa.
No le había dado tiempo a Celia a inspeccionar mínimamente el espacio, cuando una joven rubia y alta hizo su aparición. Tenía el gesto serio y altanero, y Celia se arrepintió al instante de la visita.
—Celia Quirós, imagino—fue su escueto saludo.
Celia asintió con la cabeza:
—Veo que sabe usted quien soy, a pesar de que nunca hemos coincidido en persona.
—Su belleza es su carta de presentación, si me lo permite. Por estos lugares no hay muchas mujeres como usted— Y enseguida una sonrisa tímida iluminó el delicado rostro de la joven.
Celia sonrió también, un poco apabullada.
—Gracias por sus amables palabras, pero no creo que sea mérito mío—y miró a Silvia Villanueva con la franqueza que la caracterizaba.
—Estaba esperando su visita, me alegro mucho de que haya venido, porque quiero pedirla disculpas.
Celia se extrañó. ¿Disculpas?
—Si le parece, venga conmigo al jardín trasero y tomaremos una limonada, nuestra cocinera la hace como nadie.
La joven salió de la habitación, seguida por Celia. Caminaba muy erguida y sus andares eran elegantes, pero sin pretendida sofisticación. Enseguida llegaron a un salón, mucho más acogedor y moderno que el anterior, que comunicaba directamente con el jardín, a donde salieron. Ambas tomaron asiento bajo una pérgola enredada de rosales.
—Como le decía, señorita Quirós, lamento de verdad la cancelación de su boda. Le pido mil disculpas, mi gesto fue inadecuado, no reflexioné lo suficiente acerca de la conveniencia de enviarle la carta, y de las consecuencias que de ella podrían derivarse, y que, por lo que he sabido, han sido desastrosas. Lo lamento mucho pero, ante todo, quiero que sepa que cuanto le dije es totalmente cierto.
Lo que Celia necesitaba saber fue lo primero que preguntó:
—Me gustaría conocer sus motivos para enviarme esa carta, señorita Villanueva.
— Lo hice porque consideré que estaba usted en su derecho de saberlo, me pareció cobarde y egoísta mirar hacia otro lado y privarla de una información tan importante, sin ocurrírseme que usted, quizás, ya lo sabría.
Celia Quirós guardó silencio, complacida, pues estaba comprobando por sí misma que no se había equivocado respecto a los motivos de Silvia VIllanueva. La miró con detenimiento, y sus ojos azules se enfrentaron a los suyos con franqueza. Sus modales eran elegantes, toda ella era liviana como una brisa primaveral y, a pesar de ello, carecía de afectación. En escasos minutos, Celia había simpatizado con esa joven pálida y delicada, y se sintió satisfecha de haber tomado la controvertida decisión de visitarla. Bebió un trago de la limonada que, esta vez sí, una criada con uniforme acababa de depositar sobre la mesita, e inmediatamente, en su boca explotó la frescura del limón, en una perfecta combinación con la medida exacta de dulzor. Sonrió.
—Veo que le ha gustado— intervino Silvia con timidez.
—Está deliciosa, gracias—respondió Celia sin dejar de mirarla. Enseguida, se dio cuenta de lo inconveniente de su escrutinio, y bajó la vista, avergonzada.

—No me ha dicho usted si acepta mis disculpas—insistió Silvia.
Celia volvió a mirarla, pero esta vez con naturalidad:
—Mire, señorita Villanueva, voy a hablarle con sinceridad— Silvia se revolvió incómoda, dispuesta a escuchar a Celia. Había sido demasiado atrevida, y merecía que la joven que tenía delante le reprochase su atrevimiento con la carta, pero no estaba preparada para lo que Celia le diría a continuación—: lejos de tener que disculparla, he de darle las gracias. En cualquiera otra persona, la información que usted me facilitó hubiese causado una crisis importante, pero no en mí. Me gusta rodearme de personas íntegras, pero mi prometido era un fraude. Lo primero que hice fue confirmar la veracidad de lo que usted me revelaba, pues yo lo desconocía, y una vez convencida de que era muy probable que fuese cierto, comprendí que no amaba a ese hombre con el que me iba a casar. En resumen, Silvia: me ha hecho usted un gran favor, por el que le estaré siempre agradecida.
Silvia Villanueva enrojeció visiblemente, pero sintió un enorme alivio al comprobar que su gesto había tenido un final feliz, a pesar de la anulación de la boda.
—¿De verdad lo dice? —Silvia tomó su vaso y bebió con suma delicadeza— ¡No sabe el bien que me hace oírlo! Créame, desde el día que me enteré de la cancelación de su boda, no he dormido seguido ni un solo día.
—Pues ya puede descansar a pierna suelta, gracias a usted, me he librado de cometer el peor error de mi vida.
Sonrieron a unísono, y Celia le tendió la mano, en un gesto de reconciliación indudable.
—Sin embargo, quisiera preguntarle si tiene usted algo en contra de Jaime Solís.
Silvia elevó los ojos al cielo, guardó silencio unos instantes, y respondió:
—No, señorita Quirós, créame. Nos vimos en una única ocasión, en casa de su familia y, aunque comprendí de inmediato que no me suscitaba la más mínima simpatía, no tengo nada contra él. Mis motivos son otros.
—Los he comprendido, no se preocupe. Pero, ¿y si yo hubiese sido otro tipo de mujer? ¡Sus buenas intenciones podrían haberse vuelto en su contra!
—Lo sé, Celia, pero créame, lo que piensen de mí determinadas personas, me trae sin cuidado. Considero que las mujeres somos víctimas de nuestra sociedad, corderillos mansos conducidos por sus familias a un futuro, en la mayoría de las ocasiones, incierto. Antes de redactar esa carta, con su comprometida revelación, consideré dos opciones: la primera, que usted ya lo supiese, en cuyo caso, la boda se celebraría, pasando por alto el desliz de su prometido, y ganándome, de paso, una enemiga de por vida. La otra opción era que usted fuese desconocedora del asunto y, en ese caso, mi deber moral era hacerla partícipe del mismo, para que pudiese tomar la decisión de casarse con él si era su deseo, pero desde el conocimiento de lo sucedido.
Celia Quirós asintió:
—Yo también soy de la opinión de que las mujeres debemos tomar nuestras propias decisiones. Valoro, ante todo, la honestidad, y Jaime Solís me ha decepcionado por completo.
Silvia Villanueva la miró, y sonrió. Le había caído muy bien esa joven, de cuya belleza, heredada de la mítica belleza de su madre, tanto había oído hablar. Antes de conocerla, había supuesto que Celia Quirós sería superficial y engreída, una mujer sin criterio propio e interesada, únicamente, en contraer matrimonio con el mejor candidato posible. Por eso había dudado mucho antes de tomar la decisión de enviar una carta con semejante contenido.Pero había sido una agradable sorpresa constatar que, además de ser hermosa, Celia Quirós tenía las ideas muy claras.
—Silvia— interrumpió Celia los pensamientos de su anfitriona—, ¿conoce usted a esa chiquilla? Ya sabe a quién me refiero, a la criada a la que dejó encita ese…mequetrefe de Jaime.

A Celia no le pasó por alto la cara de sorpresa de Silvia al escuchar el calificativo aplicado a su ex prometido, ni tampoco la sonrisa contenida que siguió. Y llevada por un impulso, se echó a reír abiertamente:
—Jaime Solís es un mequetrefe, además de un miserable y rastrero pendejo— repitió Celia,y lo dijo con tanta gracia, que,ahora sí, Silvia comenzó a reír con ella.
—¡Pendejo! —Volvieron ambas a reír— ¡Nunca oí una palabra tan graciosa!
—Pero no la repita, es uno de los recuerdos que guardo de Cuba, y si mis padres se enteran de que la he empleado, y delante de usted…
—Celia, tengo una teoría—dijo entonces Silvia Villanueva, poniéndose seria.
La aludida la miró muy interesada:
—Tengo la teoría de que, cuando dos personas se ríen juntas, que continúen llamándose de usted es una pendejada. ¿Qué opina al respecto?
La ocurrencia de Silvia provocó un nuevo coro de alegres risotadas, tras el cual abandonaron definitivamente las formas para tratarse como lo que eran: dos jóvenes con inquietudes similares, que habían simpatizado a los pocos minutos de conocerse.
—Silvia, quiero hacer algo que, para cualquiera, sería una locura, pero quizás tú lo apruebes: me gustaría ir a ver a esa chica. ¿La conoces?
—En efecto, la conozco. Pero, ¿por qué quieres hacerlo?
—Llevo unos días dándole vueltas y, se me ha ocurrido algo que, en fin, puede considerarse una locura. Te acabo de conocer, pero sé que puedo confiar en ti.
—Te escucho.
—Esa chiquilla, la criada, ¿está con su hijo, o se ha visto obligada a darlo?
—Está con el niño. Después de que la echasen de la casa, el motivo de su despido corrió como la pólvora, en boca del resto de criadas y de la propia familia Solís, que no tuvo reparos en dar detalles. Como comprenderás, ninguna casa de las que llamamos “decentes” ha vuelto a contratarla. Vive con su abuela, puesto que es huérfana, y me consta que el párroco se ocupa de llevarles la caridad. Ahora trabaja de nodriza para una familia del pueblo, pero esos ingresos son insuficientes. Así que compré una vaca para ellas. Si la cuidan bien, siempre podrán nutrirse con su leche y, en caso de que les sobre, intercambiarla por otros alimentos. Soy de la opinión de que la mejor caridad no se hace regalando los peces, sino enseñando a pescarlos.
Aunque no había entendido por completo el significado de estas palabras, Celia asintió.
—Quiero ir a verla.
—De acuerdo, no hay inconveniente, salvo que tu presencia allí podría revolver los ánimos.
—Tengo que ir, lo necesito. ¿Me acompañarás, por favor?
—Claro, Celia. Pero debemos ser discretas, esas mujeres ya tienen bastante con que la mitad del pueblo les haya dado la espalda. Sólo les falta que los Solís vean tu presencia allí como una provocación y lo paguen con ellas.
—Eso no sucederá, estoy segura. Pienso que esa gente tiene cosas mejores que hacer que pensar que en ese pobre niño al que han dado la espalda. Y yo no soy tan importante, imagino que un hombre como Jaime Solís enseguida encontrará quien me sustituya.
Sin embargo, Celia no sabía cuánto se equivocaba.

CAPÍTULO 5

Celia y Silvia se habían hecho buenas amigas. Ambas eran de caracteres parecidos: apasionadas, leales, inteligentes y defensoras, ante todo, de las causas perdidas.
Era habitual verlas pasear por los caminos que comunicaban sus viviendas, charlando relajadamente. También, de cuando en cuando, se dejaban ver por Villalegre. Pasaban mucho tiempo juntas, dialogando al sol de la tarde tumbadas sobre la hierba del jardín, o leyendo novelas en la fabulosa y bien surtida biblioteca de *Villa Beatriz*.
Una de aquellas tardes, Celia leía en alta voz «Fortunata y Jacinta», mientras Silvia la escuchaba con atención. Era aquella una novela interesante que, sin embargo, Álvaro Quirós no consideraba adecuada para la sensibilidad de sus jóvenes hijas. Estaban en uno de los capítulos más trepidantes, en el que Pérez Galdós relataba la tediosa vida de casada de Fortunata, tras contraer conveniente matrimonio con Maximiliano Rubín, cuando un joven entró de improviso. Era moreno y espigado y, en su rostro, brillaban con luz propia unos grandes ojos castaños que resaltaban en su tez dorada. Miró a las jóvenes:
—Perdón, señoritas. Celia, no sabía que estabas aquí, venía a por un libro.
— ¡Ismael! Qué bien que hayas entrado, porque tenía muchas ganas de presentarte a Silvia.
El recién llegado se aproximó, y una amplia sonrisa de dientes blancos y perfectos saludó a la desconocida.
—Silvia Villanueva, te presento a mi hermano, Ismael Quirós — El joven, galante, se inclinó ligeramente, con los brazos a la espalda.
—Señorita, es un placer.
—Silvia vive en…—continuó su hermana, pero Ismael la interrumpió:
—Sé dónde vive, Celia. Los Villanueva son de sobra conocidos en la comarca.
Silvia no supo si tomárselo como un cumplido, pero al ver la inmediata reacción del joven, sonrió:
—Es una noble familia la suya, y su presencia en estas tierras nos honra.
—Ismael—detalló Celia—estudia en Oviedo para ser abogado, papá necesita alguien de mucha confianza para que gestione el patrimonio, y nadie mejor que él.
Ismael carraspeó ligeramente:
—Bueno, tampoco se crea usted que soy una lumbrera, pues lo cierto es que estudiar no es lo mío, pero comprendo que mi padre desee contar con un abogado en la familia.
Silvia estuvo a punto de comentar que su hermano era abogado, pero le pareció más interesante seguir el hilo de la conversación del joven. Sin embargo, Ismael la sorprendió:
—Por cierto, señorita, su hermano, él sí, es una lumbrera, al que muchos profesores ponen como ejemplo a la hora de ejercer la abogacía.
Silvia sonrió con timidez mientras asentía, y enseguida volvió al tema:
— ¿No le gusta estudiar? Reconozco que a mí tampoco —dijo la invitada—. Me encanta leer e investigar, pero por mi cuenta, sin que me impongan un temario.
Ismael sonrió:
—A mí, lo que de verdad me gusta son las matemáticas. Ya ve, algo que a casi todos los niños se les resiste y, sin embargo, yo pasaría horas y horas sumergido en esa fascinante ciencia exacta.

— ¡Qué curioso que le gusten! — Comentó Silvia— Es cierto, yo odiaba las matemáticas. Y las sigo odiando.
Sonrieron los tres, Silvia sin apartar los ojos de ese joven que, ciertamente, era el equivalente masculino de su hermana en cuanto a belleza.
—Ismael, nos disponíamos a merendar en el jardín. ¿Te unes a nosotras? —preguntó Celia.
—No sé si será buena idea, parece que va a llover.
—Bueno, si la lluvia se empeña en aguarnos la fiesta, siempre tendremos la posibilidad de entrar corriendo, ¿no os parece?
En ese momento, la pequeña Aurora hizo su aparición.
— ¡Ismael! —corrió a echarse en brazos de su hermano, quien la acogió con cariño. Acto seguido, se dirigió a Silvia:
—Hola, Silvia —miró con admiración a la esbelta joven que, desde su altura de diez años, le parecía altísima y muy, muy bella.
—Hola. Aurora, ¿qué tal estás?
La niña sonrió, complacida:
—Muy bien, gracias, Silvia —A continuación, miró a su hermana con timidez— ¿Puedo merendar con vosotras?
— ¡Claro que sí! Si mamá te da su permiso, por supuesto.
La niña sonreía con los ojos:
—Ya se lo he preguntado, y me ha dicho que sí, pero dice que no os moleste con mis interminables preguntas.
—Tú nunca molestas, bonita—dijo Silvia al tiempo que se agachaba para acariciarle la barbilla, a lo cual respondió Aurora mostrando su satisfacción con una sonrisa emocionada.
—Bueno, pues salgamos, que no se nos enfríe el chocolate.
Salieron los cuatro al jardín tarsero, donde una criada acababa de poner sobre la mesa una bandeja con bizcochos de huevo recién horneados.
—Enseguida traigo la chocolatera, señorita.
—Gracias, Crispina—respondió Celia, mientras el resto se acomodaban en torno a la mesa. Aurora calculó con disimulo dónde debería sentarse para quedar al lado de Silvia.
Llevaban un rato de distendida conversación, cuando comenzó a pintear.
— ¡Vaya! ¡La anunciada lluvia ya está aquí! —dijo Ismael, algo contrariado.
Se levantaron los cuatro, dando por concluida la merienda sólo minutos después de comenzarla. De pronto, esa llovizna débil se trasformó en una aguacero contundente, provocando la estampida, entre las risas alborozadas de la niña y los gritos apurados de las jóvenes. Cuando entraron, el cabello rubio de Silvia, empapado, se pegaba a su cabeza, y su cara estaba perlada de gotas de lluvia. Ismael le ofreció gentilmente un pañuelo impoluto que sacó del bolsillo, pero ella se echó a reír con ganas:
—Gracias, Ismael, pero, ¡estoy calada! De poco me va a servir.
Él la miraba con fijeza, mientras sus bellos ojos, grandes y sinceros, transmitían una inusual calidez. Silvia apartó la vista, pues aunque le agradaba mucho ese contacto, también le producía una extraña turbación que prefería ocultar.
—Si lo desea, la llevaré a casa, no parece que la lluvia vaya a escampar.
—No se moleste—respondió Silvia, con el pelo aún goteando sobre su delicado rostro.
—No es ninguna molestia, Silvia, todo lo contrario. ¿Qué te parece, Celia, llevamos a la señorita Villanueva a su casa?
— ¡Yo también quiero ir!—dijo la pequeña, a quien la lluvia había privado de una tarde

estupenda, pues sus hermanos mayores casi nunca solían incluirla en sus planes.
—Lo siento, Aurora, pero a mamá no le gustará. ¿Qué sucede si tenemos un percance con el carruaje? Imagina que debemos detenernos en mitad del camino, ya oscurecido. No querrías oír a os lobos merodeando a unos metros de nosotros, ¿verdad?
La pequeña negó con la cabeza, asustada, y Silvia la miró con ternura. Le caía muy bien aquella niña, era encantadora.
—Aurora, hagamos un trato: mañana estás invitada a venir a mi casa con Celia, y con Ismael, si él lo desea —Silvia miró de reojo al aludido—, pero ahora no es buen momento. ¿Te parece bien?
Aurora sonrió complacida y, de pronto, estrechó sus brazos alrededor de la cintura de Silvia, la abrazó un segundo y se apartó sin dejar de sonreír.
—Gracias, Silvia, es lo mejor que me ha pasado en todo el verano.
Los tres jóvenes rieron:
—Bueno, algo un poco mejor te habrá pasado, ¿No? —le dijo su hermano.
La niña frunció el ceño, pensativa:
—Si he de decir la verdad, lo de *Bolita* fue aún mejor, pero mamá siempre dice que hay que hacer que los demás se sientan bien, por eso dije que tu invitación era lo mejor—Aurora bajó la mirada después de hablarle a Silvia— espero que no te parezca mal.
Al ver la cara de sorpresa de Silvia, Celia intervino:
—*Bolita* es un cachorro de gato que se encontró este verano y que, ya lo imaginarás, trajo a casa, no se separa de él.
Silvia sonrió enternecida, y se agachó para estar a la altura de la niña:
—Claro que no me parece mal, Aurora. Comprendo que lo de *Bolita* es muchísimo mejor, al menos a mí así me lo parece.
Ismael acababa de pedir que preparasen el carruaje y, enseguida, una criada avisó que ya estaba listo.
—Bueno, señorita, ¡hasta mañana! —se despidió Silvia de la pequeña de los Quirós, quien se quedó en la sala contemplando, con envidia, la salida de los jóvenes hacia su aventura bajo la lluvia.
Los tres se apretaron en el carruaje, Celia entre su hermano y Silvia, pues iban demasiado juntos al ser un vehículo de dos plazas, y recorrieron los escasos kilómetros sin poder evitar la lluvia que les venía de cara. A pesar ello, Silvia e Ismael no pararon de hablar en todo el trayecto.
Cuando llegaron al palacete de piedra de los Villanueva, la joven los invitó a entrar y secarse un poco al fuego, pero Ismael rechazó el ofrecimiento:
—Se lo agradecemos, Silvia, pero está lloviendo demasiado, lo más sensato será que regresemos, no quisiera quedarme embarrado en medio de este camino, enseguida anochecerá —a Celia, sólo con pensarlo, le dio un escalofrío.
Era cierto, la calesa en la que habían salido era un vehículo muy ligero de un solo tiro, y tenía poca estabilidad sobre la tierra mojada.
—Lo comprendo —dijo Silvia, mirando a Ismael—. Ha sido un placer conocerle.
—Lo mismo opino, Silvia. Si me permite el comentario, es raro encontrarse con una mujer joven que no tenga la moda y el matrimonio como la única ocupación de su mente.
Ella sonrió, complacida:
—Yo, desde luego, no soy de esas. Pero debe saber que el papel de la mujer en la sociedad está comenzando a cambiar.
—Por supuesto, Silvia, y yo espero que este siglo, tan joven aún, traiga consigo la revolución

femenina.
—La femenina y alguna más, que buen falta hace…
— ¡Ismael, Silvia, por favor, nos estamos calando!—Se quejó Celia.
Los aludidos dieron por concluida la charla e Ismael saltó del carruaje a tiempo de ayudar a la joven a descender del mismo. Él sujetaba aún la mano que ella le había tendido. Se miraron u segundo:
—Hasta pronto.
—Sí, hasta la próxima vez. Gracias por traerme.
Silvia se adentró en la propiedad, y la vieron correr por el camino de entrada hasta la puerta. En cuanto desapareció tras ella, Celia y su hermano iniciaron el regreso.
—Es encantadora—dijo Ismael—. Y muy guapa.
—Cierto, veo que no has perdido detalle—bromeó su hermana—. Pero lo mejor de todo, es su inteligencia, y que tiene un corazón de oro.
—Quien lo diría…había oído hablar de esta familia, y se los tiene por gente distante y estirada.
Celia le miró, incrédula, e Ismael entró en detalles:
— Sí, había oído comentarios sin importancia: que son demasiado altaneros y no se relacionan con cualquiera, que hay algún secreto en cuanto a su procedencia, ya sabes, habladurías con las que rellenar las vidas desconocidas de aquellos que, por la razón que sea, son objeto de la curiosidad de los demás.
Su hermana asintió.
—Silvia es una buena persona, a mí me ha salvado de cometer un terrible error, y siempre le estaré agradecida.
— ¿Es cierto que son huérfanos?
—Sí, aunque desconozco los detalles. Solo sé que Silvia tiene un hermano, ése al que tú te has referido, que no vive aquí de continuo, pues pasa largas temporadas fuera. Ella está un poco sola, por suerte cuenta con doña Rosita, una mujer encantadora con la que se han criado los dos hermanos, porque los padres viajaban a menudo.
—Pero antes no solía vérseles a menudo por estas tierras.
—Es cierto. La casona es una antigua propiedad de la familia y venían sólo en verano. Pero Silvia decidió, hace casi un año, establecerse aquí.
— ¿Y eso por qué? ¿Cómo una joven tan atractiva y elegante decide enclaustrase en ese viejo palacete y renunciar a la vida social?
Celia se encogió de hombros:
—Según me ha contado, estaba harta de los convencionalismos sociales, de la hipocresía de las amistades de conveniencia, de tener que acudir a fiestas que le aburrían mortalmente… y decidió apartarse una temporada de todo. Ella es pintora, y este ambiente es mucho más propicio para desarrollar su creatividad.
— ¿Pintora? —Preguntó, sorprendido, Ismael— ¡No me extraña que odie las matemáticas! —rió.
— ¡Qué tendrá que ver! —suspiró la joven.
—Pues mucho, Celia: cerebro lógico o cerebro artístico. Uno de los dos, porque juntos, serían un caos.
—Dices unas cosas muy raras—se quejó su hermana, mientras él sonreía.

Cuando llegaron a casa estaban calados. Y mientras Celia subía para cambiarse de ropa, no pudo evitar fantasear con la maravillosa posibilidad de que Ismael y Silvia se enamorasen, pues su hermano no había parado de indagar acerca de su amiga desde que la conoció. Eran dos personas

a las que adoraba, y hacían una pareja perfecta, ambos tan guapos, tan elegantes, como salidos de una novela de época. Sonrió pensando en ello, mientras se despojaba del vestido empapado por la lluvia otoñal.

CAPÍTULO 6

Celia Quirós y Silvia Villanueva tenían una visita pendiente. Habían estado esperando, por prudencia, a que los ánimos se calmasen y, sobre todo, a la partida de la familia Solís, quienes regresaban a Madrid en otoño. Pero por el motivo que fuese, y ya bien entrado septiembre, aún permanecían allí, así que Celia decidió no esperar más.

Aquella tarde, las dos jóvenes llamaron a la puerta de un humilde poblado cercano a Arnao y a poca distancia de Avilés, donde el urbanismo no era sino un caos de construcciones anárquicas sin orden ni concierto, propiciado por la llegada de trabajadores de la cercana mina. Una mujer anciana les abrió la puerta, y su cara se transformó en un gesto de alegría al ver a Silvia en el umbral.

—Pase, pase, señorita.

—Ludivina, esta joven es mi amiga Celia Quirós— quizás la mujer manifestó un ligero gesto de sorpresa que, de ser así, enseguida disimuló— y le gustaría conocer a Celeste y a su hijo.

—Es un placer tenerla en esta humilde casa, señorita, sea usted bienvenida.

A Celia le enterneció la humildad de la mujer, casi servilismo, y se compadeció por su situación. Enseguida pudo ver a una jovencita, sentada en el escaño al lado de la lumbre, que amamantaba a un niño de pecho. En un capazo de mimbre, dormido al calor del fuego, había otro bebé. La joven hizo ademán de levantarse, pero Silvia la detuvo:

—Celeste, no es necesario que te pongas en pie, la señorita Quirós comprende que estas amamantando al niño — En ese momento, Celia se acercó a ella, la saludó con dulzura y enseguida se interesó por el bebé:

—Es precioso. ¿Cómo se llama?

—Es una niña, y se llama Eduina.

—Pero la señorita Villanueva me dijo que tenías un hijo varón—dudó Celia.

—Sí, señorita, mi hijito es el que duerme en el canasto, pero también crío a esta niña, así me gano unos reales—en ese momento, Celia recordó que Silvia le había comentado que trabajaba de ama de cría.

—Tu pequeño es precioso—dijo Celia, al tiempo que una sombra empañaba sus ojos gris azulado. Observó con detenimiento al bebé que dormía plácidamente, ajeno a la dura realidad que lo rodeaba y a las desdichadas circunstancias de su nacimiento. Una morbosa curiosidad la incitó a buscar parecidos, como el cabello rubio del bebé y el remolino que hacía en el lado derecho de su cabeza. Tal constatación de la indignidad de Jaime, padre de una criatura a la que había rechazado ya antes de llegar al mundo, logró entristecerla por un momento. Bendijo, una vez más, esa suerte que la había librado a tiempo de un matrimonio con semejante hombre.

— ¿Qué tal va todo, Celeste? —preguntó Silvia, interesada.

—Podría ir peor, señorita, respondió la aludida—. Si no fuese por la vaca, no sé qué sería de nosotras. Gracias a la leche que nos sobra, tenemos huevos, porque al señor Francisco se le murió la suya y lo que le sobran son gallinas, así que hacemos el trueque.

—Me alegro mucho. ¿Da bastante leche?

—Sí, señorita, es buena vaca, a Dios gracias. No sé cuándo se la podré pagar, porque con el sueldo de nodriza, apenas tenemos para mantenernos.

—Por eso no te apures, Celeste—contestó Silvia con dulzura—. Tu hijo crecerá, y tendrás más tiempo para encontrar un empleo con el que podáis salir adelante con más holgura.
—No se crea, señorita— intervino la abuela—, a mi pobre nieta, nadie volverá a contratarla en una casa decente, ya sabe usted cómo es eso.
Celia miró a la chiquilla, que en ese momento era la imagen misma de la a ingenuidad, de la indefensión. Observó su pecho blanquecino e hinchado, por el que escurría la leche rebosante de la boca de la niña, que succionaba como si quisiera rentabilizar al máximo lo que sus padres pagaban por alimentarla. En ese momento, el otro bebé despertó, y fue la abuela quien lo sacó del capazo y comenzó a mecerlo en sus débiles brazos.
— ¿Podría cogerlo? —preguntó Celia de pronto.
—Cómo no, señorita, pero no sé si callará, aún no ha comido —le dijo la joven, mientras la abuela se lo colocaba entre los brazos.
— ¿Aún no ha comido? —repitió Celia, extrañada.
—No, señorita, él se amamanta con lo que le queda de leche a su madre y, como es muy tragón, a veces tenemos que darle leche de la vaca, porque no se sacia, el mamoncete.
— ¿Alimenta a esa niña antes que a su hijo? —se sorprendió Celia.
—No por gusto, señorita, pero los padres de la criatura han de verla medrar, para eso me pagan —dijo la chiquilla. Celia contempló con infinita tristeza al niño, que parecía no tener consuelo. Se acercó a Celeste:
—Yo creo que ya has alimentado convenientemente a esta niña. Anda, dale el pecho a tu hijito.
Celeste obedeció con sorprendente docilidad, levantándose y acurrucando a la criatura en el capazo que aún conservaba el calor del cuerpecillo de su hermano de leche. A continuación, acurrucó a su bebé entre los brazos y le ofreció un pecho que tomó con ansia, porque estaba hambriento. Sólo el llanto desesperado del niño rompió el silencio triste que lo envolvía todo. La abuela se apresuró a echar la leche del cazo en una tacita sin asa, y con una cucharilla, Celeste se la dio poco a poco a su inconsolable y famélico retoño. Todo cuanto estaba viviendo multiplicó en Celia el desprecio que sentía por Jaime Solís, y también la afianzó en la decisión que había estado sopesando desde hacía unos días. Así que sin demorarlo más, sacó del bolsillo de su capa una bolsita de terciopelo.
—Toma, Celeste, esto es para ti.
La joven la miró sorprendida, al igual que Silvia, a quien el gesto de su amiga la pilló por sorpresa. Cuando dejó caer el contenido de la bolsita, en la palma de su mano brilló un solitario engarzado en oro. El fuego encendido arrancaba magníficos reflejos a la bellísima piedra. Celeste lo contemplaba sin mover un solo músculo, como si hubiese sido víctima de un encantamiento.
—No puedo aceptar esto, señorita.
—Bueno, en realidad no es para ti, sino para tu hijo. Desearía que, con el dinero que obtengas por su venta, te garantices un buen futuro para él.
—No, señorita—protestó la chiquilla—no puedo aceptarlo, esto es demasiado para alguien como yo.
Silvia aprovechó para acercarse a ella, se acuclilló para quedar a su altura y mirándola a los ojos, le habló:
—No estás obligada a aceptarlo, Celeste, si no quieres hacerlo. La señorita Quirós no se molestará contigo.
Celia, que pensaba que Silvia se acercaba a ella con la intención de convencerla para que aceptase el anillo, se quedó desconcertada. Y en ese momento, la abuela, que permanecía al margen, intervino también:

—Imposible, señorita. No, no podemos aceptarlo, sólo somos unas pobres mujeres, no sabríamos qué hacer con tanto dinero.
Celia no daba crédito. Estaban necesitadas, ¿por qué no lo aceptaban?
—Este anillo es mío, sólo mío. Y puedo hacer con él lo que yo quiera. Por lo tanto, es mi voluntad que sirva para que este niño tenga un futuro mejor, Celeste, ése es mi deseo, así que te agradecería que lo aceptases.
Tras unos segundos de indecisión, la chiquilla asintió con lágrimas en los ojos:
—Gracias, señorita, es usted un ángel.
—No lo aceptes, hija—repitió la abuela sin poder disimular la angustia que se había apoderado de ella—no somos merecedoras, y esto nos traerá algún castigo, lo veo venir.
—No le diga eso, Ludivina—intervino Silvia—puesto que sí son merecedoras. Pero han de prometernos que esto no saldrá de aquí: nadie debe enterarse, y han de darnos su palabra.
Celia la miró de reojo, pero le pareció una buena precaución para evitar problemas.
—Mi boca está cosida—dijo Celeste— y la de mi abuela, también.
—Pues está todo dicho—apuntó Celia—. Guárdalo a buen recaudo. Y si te vienen mal dadas —lo cual era sólo una forma de hablar, pensó Celia, porque estaban en una situación penosa— este anillo será un valioso recurso para poder salir adelante.
La abuela miraba la escena sin pronunciar palabra, pero sus ojos mostraban un temor nuevo, como si presagiase la desgracia. Celeste, una vez superada la sorpresa, se mostraba agradecida, aunque sabía que el anillo no significaba un cambio inmediato en sus vidas pues, tal y como le había indicado Celia, serviría, en un futuro aún lejano, para que su hijo tuviese la posibilidad de labrarse un porvenir digno.
Ambas jóvenes se despidieron de las mujeres y mientras cerraban la puerta, aún podían oír los lloros quejumbrosos del bebé hambriento.
Una vez fuera, Celia lloró, tan discretamente que su amiga no se percató de ello. En cuanto enfilaron le camino de regreso y una vez lejos de miradas indiscretas, Silvia se encaró con ella:
—Pero, ¿Cómo se te ocurre, Celia?
— ¿El qué? — su amiga la miró, algo sorprendida.
—Darle ese anillo.
—No comprendo qué tiene de malo, Silvia.
—Si me lo llegas a comentar, te hubiese dado un montón de motivos para no hacerlo.
—Pues ninguno de tanto peso como para retractarme de lo que acabo de hacer. Esa joya era mi anillo de compromiso, el cual quise devolver a Jaime. Pero él me lo tiró a la cara, diciéndome que lo guardase como recordatorio del daño que le había causado. Cuando, por inercia, me agaché a recogerlo, supe que estaba destinado a garantizar el futuro de esa criatura a la que su padre, Jaime, ha dejado desamparada.
—Tus intenciones son buenas, Celia, las mejores. Y tu razonamiento, indiscutible. Pero la vida es muy dura y, a veces, las cosas no son tan sencillas. ¿Quién te dice que esas mujeres no se van de la lengua y entran a robarlas, con fatales consecuencias? Por no hablar del lío que se montaría si la familia Solís se entera.
—No te preocupes, Silvia, nada de eso sucederá. Estoy feliz de haberlo hecho, ese anillo me pesaba en el bolsillo, porque tenía un destino muy claro.
—Ojalá no te equivoques, amiga —fueron las apesadumbradas palabras de Silvia Villanueva.

CAPÍTULO 7

«Álvaro, querido, ¿Dónde estabas?», preguntó Beatriz a su esposo mientras éste depositaba su sombrero y la capa en manos de una de las criadas.
— Disculpa la tardanza, Beatriz, pero el asunto es serio. He tenido un encontronazo con ese insoportable de Enrique Balmori.
— ¡Vaya! —Suspiró ella mientras se dirigía, del brazo de su esposo, al comedor, donde ya esperaba el resto de la familia— ¿Y qué tiene eso de extraño? ¡Lo raro sería que me dijeses que habéis estado de acuerdo en algo!
—Esposa mía, vengo de un humor de mil demonios, no bromees con esto.
Ella sonrió con dulzura:
—Vamos a la mesa y me lo cuentas con detalle.
En cuanto Álvaro y Beatriz tomaron asiento, Crispina llegó con una sopera humeante y, detrás de ella, Llara con la botella de vino, que descorchó delante del señor antes de servirle una pequeña cantidad que él aireó en la copa antes de llevársela a los labios.
—Y dime, querido, ¿qué es lo te ha sucedido con Balmori?
—Se le ha metido en la cabeza fabricar pólvora, y pretende ubicar las instalaciones en unos terrenos que posee aquí, en Villalegre, muy cerca de nuestra fantástica zona residencial, del casino que hay en proyecto y de muchos negocios y hogares.
—Y eso, ¿no será peligroso? —preguntó Marta.
—En efecto, Marta, de ahí mi negativa. Todos comprendemos que los explosivos son necesarios en las explotaciones mineras, pero traen consigo un riesgo importante, que los vecinos no tienen por qué asumir.
Ninguno de los cuatro hijos levantó la cabeza del plato, aunque Sofía seguía la conversación con inusitado interés, del que nadie se percató.
—Pero, ¿la ley no tiene nada que decir al respecto? —preguntó Marta de nuevo, mirando de paso a Ismael, quien se encogió de hombros como si la cosa no fuese con él.
—Pues claro, yo desconozco el reglamento completo —Ismael, has de preocuparte por averiguarlo— pero no me extrañaría que, diga lo que diga la ley al respecto, le diesen el permiso, porque es un cacique, un extorsionador.
— ¿Fábrica de pólvora, dices? ¿Y la dinamita? Yo pensaba que había desbancado a la pólvora— intervino su cuñada.
—La patente de la dinamita la tiene un tal Nobel, un sueco que, por cierto, es el ejemplo vivo de que mi negativa es algo muy sensato, pues este tal Nobel sufrió la explosión de una fábrica en la que, entre otras víctimas, murió su propio hermano.
Todos se miraron estremecidos, y la pequeña Aurora se llevó la mano a la boca.
— ¡Papá! ¡No le dejes hacerlo, por favor! No quiero que muera nadie esta familia—suplicó la pequeña.
—Esto es lo que sucede, querido, cuando se tratan ciertos temas delante de ciertas personitas— dijo Beatriz con suavidad.
—No te apures, mi niña, papá impedirá ese disparate. Y ahora —intervino Álvaro, para cambiar de asunto— hablemos de un tema mucho más amable: la temporada de ópera comienza, querida.

Habrá que hacer una escapadita.
Beatriz sonrió. Conocía muy bien a su marido, y sabía que la discusión mantenida con Enrique Balmori iba más allá de una leve diferencia de opiniones. Balmori era un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya. Álvaro y él se conocían desde jóvenes, y entre ellos había existido una rivalidad poco sana por parte de Balmori, siempre a la sombra del joven Quirós, siguiendo sus pasos con la insana intención de ponerle la zancadilla. Al poco tiempo de emigrar Álvaro a Cuba, Enrique lo hizo a Méjico, donde también amasó una fortuna considerable. Pero a diferencia de Álvaro, su marcado rasgo de soberbia hacía de él un personaje poco apreciado. Beatriz deseó que el enfrentamiento no desatase una guerra que acabase con esa vida apacible y tranquila que se habían construido desde su regreso de Cuba. Hasta el momento, Álvaro había sabido capear el temporal, a pesar de todo el daño que Enrique le había hecho, acusándolo de aquello tan espantoso… Beatriz dejó aparte estos pensamientos y continuó comiendo como si la conversación no le hubiese quitado el apetito.
Pero en cuanto se levantaron de la mesa, Beatriz siguió a su esposo hasta la biblioteca, donde él tenía por costumbre tomarse el café de sobremesa, antes de echar una cabezadita sentado en el sofá.
—Dime que no has soliviantado los ánimos de Balmori—le soltó Beatriz, sin más preámbulos.
—Querida, ya sabes cómo es ese tipo: con tal de llevarme la contraria, es capaz de ofrecer sobornos hasta arruinarse. Y ya sabes que *poderoso caballero es don dinero*. Hay muchos chupatintas dispuestos a conceder permisos a cambio de un buen pellizco, por lo que me temo que, como la idea se le meta entre ceja y ceja, no voy a poder hacer nada al respecto.
—Bueno, no será tan fácil, digo yo, que en eso de los explosivos, tiene que haber muchos intereses por todos lados.
—Sí, pero te repito que, con el soborno adecuado, no te imaginas hasta dónde se puede llegar. ¿Acaso no recuerdas la podrida administración cubana?
Beatriz asintió, sabía que su esposo tenía razón.
—Solo te pido una cosa, Álvaro—le miró con sus bellísimos ojos, esos que, a pesar del paso del tiempo, lograban encenderlo con la pasión del primer día—: no alimentes el fuego, déjale hacer y, si llegado el momento, hay que pararle los pies con la ley en la mano, pues adelante. Hasta entonces, olvídale, querido. Quizás encuentre más obstáculos de los que piensa y abandone la idea.
Álvaro asintió distraído. Se volvió hacia su esposa y la atrajo hacia él:
— ¿Sabes que cada día estás más bella?
—Y tú, ¿sabes que cada día eres más zalamero? —Respondió ella con una sonrisa antes de depositar un beso suave y muy sentido en los labios de Álvaro— ¿seguirás mi consejo?
El asintió, aunque ella no percibió el escaso convencimiento con el que lo hacía. Amaba con locura a esa mujer, pero Enrique Balmori era su talón de Aquiles, su reto particular. Y si se daban las circunstancias, le plantaría cara. ¿No pretendería Beatriz que se diese la vuelta, como un cobarde?
Cuando Beatriz regresó a la salita, Aurora ya no estaba, pues una de las obligaciones de su niñera era asegurarse de que la niña descansaba un rato después de comer. Marta charlaba despreocupadamente con sus tres sobrinos mayores, y Beatriz decidió desahogarse con ella:
—Estoy preocupada, Marta, aunque no se lo he dicho a Álvaro. Si ese es el propósito de Enrique Balmori, habiendo tanto dinero de por medio, nadie le podrá parar. Y temo que tu cuñado se enfrente a él, con las fatales consecuencias que ello acarrearía. Recuerda que estos dos han sido eternos enemigos.

—No te preocupes, Beatriz, Álvaro es un buen hombre, y muy sensato. No le creo capaz de amenazar la paz de vuestra vida por algo tan absurdo como una vieja rivalidad.
—Dios te oiga, Marta, Dios te oiga…
Nadie se percató de la tristeza que asoló el bello rostro juvenil de Sofía. « ¿Por qué las cosas tienen que complicarse tanto?», pensó la joven mientras disimulaba su preocupación con la vista fija en las páginas de un libro que no leía.

CAPÍTULO 8

La tarde estaba despejada y luminosa, y el cielo azul que se atisbaba tras los grandes ventanales de la biblioteca incitaba a recordar los aún recientes días del verano. Celia leía una nueva novela, *Frankesntein o el moderno Prometeo,* pues aunque era extremadamente miedosa, sentía una contradictoria atracción por todo aquello que despertase sus temores. Por suerte, la claridad del día no ayudaba a meterse completamente en el relato, como sucedería si estuviese anocheciendo, y una densa capa de niebla rodease la mansión. Aun así, la súbita irrupción de Ismael en la sala le hizo dar un respingo, al tiempo que soltaba un agudo chillido.

— ¿Pero qué te pasa? —preguntó el joven, sobresaltado por su reacción. Celia rió con ganas:

—Esta novela es terrorífica, y estaba tan concentrada en ella, que me he asustado.

—Celia, de verdad que no hay quien te entienda: la persona más miedosa que conozco, y te torturas leyendo novelas de terror.

—No lo entenderías, hermano…es una atracción irresistible: me aterroriza, pero al mismo tiempo, no puedo evitarlo: una página, y otra, y otra.

Ismael rió:

— ¡Desde luego que no lo entiendo! ¿No sabes qué hora es? Silvia acaba de llegar, y te espera, en compañía de Aurora.

— ¡Vaya despiste! —Dijo Celia cerrando el libro y dejándolo sobre el sofá— ¿Te vienes con nosotras?

—No sé yo, tantas mujeres… ¡No sé si podré soportarlo!

Celia le miró enfurruñada, y él rió con ganas:

—Pero será conveniente que un hombre hecho y derecho — él hizo un gesto con sus brazos, señalándose a sí mismo—os acompañe.

—No sé, Ismael—bromeó ahora su hermana, mientras le guiñaba un ojo— me aventuro a pensar que es la compañía que llevamos lo que te anima a venir, pues no veo necesaria la presencia de un hombre *hecho y derecho* para ir a recoger castañas al bosque.

—En serio, mamá prefiere que os acompañe. ¿O preferís que lo haga la institutriz de Aurora? Porque esa es la otra opción.

— ¡Ven tú, por favor! —Bromeó Celia, juntando sus manos a modo de súplica— ¡Eres mucho más divertido que esa inglesa estirada!

—Date prisa, anda. Ya sabes que, en el bosque, enseguida cae la noche.

— ¡Pero si aún es muy pronto!

—Lo sé, pero quería despertar tus miedos más profundos— Ella le dio un empujoncito cariñoso mientras salían, siguiéndole la broma.

Celia se cambió de calzado, cogió su capa y fue a la salita, donde ya esperaban su amiga y su hermana pequeña:

—Hola, Silvia, no sabía que ya habías llegado, discúlpame—saludó—. Aurora, ¿vienes con nosotros? ¿Seguro que mamá te ha dado permiso?

La pequeña se cruzó de brazos con gesto enfurruñado:

— ¡Pues claro, Celia! ¡No soy una niña pequeña, ya estoy harta de que siempre me apartéis!

En ese momento, Beatriz hizo su aparición:

— ¡Niña! ¿Pero qué modales son esos? Fuera morritos, Aurora, y esa impertinencia de que estás harta, no quiero volver a oírla. ¡No sé qué te estará enseñando la señorita Hughes, pero modales, creo que no! Y te doy permiso para que vayas con tus hermanos, no soy una carcelera, hija. Si la señorita Villanueva no tiene inconveniente, por supuesto—Beatriz miró a la aludida, quien sonrió con ternura:
—Será un placer disfrutar de la compañía de Aurora, doña Beatriz.
Aurora relajó el gesto y se pegó a las faldas de Silvia, quien la miraba con gesto complaciente.
—Vamos—dijo Celia, dirigiéndose a su amiga—. Saldremos por la cocina.
— ¡Celia! —Se dirigió a ella su madre— ¡Qué manía! ¡No vais a salir por la cocina! ¿Acaso no tenemos puertas?
—Vamos a coger las cestas, mamá—respondió Celia, un poco molesta.
Beatriz asintió apenas convencida y se despidió de ellas sin poner más objeciones. En cuanto las chicas salieron, tomó entre sus manos el último ejemplar de la revista de moda a la que estaba suscrita y se puso a ojearlo, una vez más. Se había encaprichado de dos vestidos y un elegantísimo abrigo, pero no terminaba de decidirse, incapaz de determinar cuál de ellos le sentaría mejor, ensalzaría su bella silueta y le daría el aire juvenil, tan necesario a su edad. No era cuestión, por supuesto, de vestir como sus hijas, pero tampoco como una anciana. Y en aquel país suyo, tan diferente de la Cuba que ya dejó atrás, las mujeres respetables, llegadas a una cierta edad, parecían condenadas a esconder sus encantos, aunque aún los conservasen casi intactos. Y eso era algo que Beatriz no estaba dispuesta a secundar.
Celia, Silvia y Aurora— esta última aún pegada a las faldas de Silvia— atravesaron la puerta cristalera que comunicaba la parte noble de la casa con la zona de servicio. Enseguida llegó a ellas el bullicio de la imparable actividad de la cocina. La cocinera se afanaba en desplumar unos capones para la cena, mientras su ayudante pelaba patatas. En el enorme fregadero de granito, una de las criadas lavaba la loza utilizada en la comida, mientras la otra secaba, con un impecable paño, la cubertería de plata.
—Señoritas—dijo la cocinera, extrañada al verlas por allí—, ¿qué se les ofrece?
—Buenas tardes, Paulina. Venimos a por unos cestos.
—Enseguida, señorita Celia—la criada se volvió a la chica que secaba los cubiertos— ¡Luisa! Deja eso y ve a buscar unos cestos, de los que uso yo para recoger hongos.
—No se preocupe, Paulina—añadió Celia—. Sé dónde están, yo misma los cogeré.
La cocinera se encogió de hombros:
—Como guste, señorita—y continuó, afanada en la tarea de arrancarles las plumas a las aves muertas.
— ¿Quiere que cojamos unos hongos, señora Paulina? —la pregunta la había hecho Aurora. La mujer sonrió, y miró a las dos criadas. « ¡Es una ángel de criatura!», dijo, y a continuación se acercó a la niña:
— ¿Ya conoce usted las setas, señorita?
La niña asintió sonriente, con los ojos muy abiertos.
—Pues vaya bien atenta, que a estos capones, unos hongos les vienen que ni pintados. Lo malo es que a Paulina le da en la nariz que aún necesitan un poco más de lluvia para salir.
—Nos vamos, Paulina. Esperamos volver con tres cestas llenas de castañas. ¿No podría hacernos una tarta como la que hizo el otoño pasado? ¡Estaba tan rica! —suspiró Celia.
La cocinera sonrió:
—Se lo comentaré a la señora, y si ella lo tiene a bien, en cuanto me traigan las castañas, me pongo a ello.

—Gracias —Celia esbozó una sonrisa sincera. Nos vamos, a ver si tenemos suerte.
Salieron las tres por una de las puertas de la cocina hacia una habitación donde, perfectamente ordenados en un enorme aparador abierto que recorría las paredes, podían encontrarse todo tipo de utensilios de cocina: enormes bandejas para asar, morteros, moldes de repostería, cacerolas alineadas y ordenadas por tamaño, tamices, damajuanas y cestos variados. Celia se subió a unas escaleras de madera dispuestas con tal propósito, y alcanzó los cestos.
— ¡Vaya, el mío pequeño, cómo no! —se quejó Aurora.
—Si quieres, te doy uno más grande, a ver cuánto aguantas cargando con él—contestó Celia, a quien las protestas de la pequeña comenzaban a cansarla.
—No es pequeña, Aurora, sólo es más manejable. Así, si tenemos que echar a correr, no te quedarás atrás —dijo Silvia, conciliadora y sonriente.
La niña la miró asustada, las dos amigas intercambiaron una sonrisa cómplice y se echaron a reír con disimulo.
Cuando salieron al exterior, Ismael las aguardaba impaciente.
—Señoritas, ya era hora.
—Vamos, y no protestes. ¡Otro quejica no, por favor! —dijo Celia elevando los ojos al cielo, mientras Aurora, que acaba de captar la indirecta, fue a replicar, pero el comentario de Silvia la distrajo:
—Gracias por acompañarnos, Ismael. Yo voy mucho más tranquila, la verdad. El bosque me impone.
— ¿Qué significa *impone*? —preguntó la niña.
—Significa que, aunque no me da miedo, me provoca un poco de inquietud—respondió Silvia.
— ¿Como cuando oyes un ruido por la noche, que sabes que no es nada, pero te da un poquitín de miedo?
— ¡Pero qué lista es esta niña! —celebró Silvia, siguiéndole la corriente—.En efecto, así es.
Caminaron a buen paso, y enseguida se adentraron en un bosque de castaños. En cuanto vieron los primeros frutos caídos en el suelo, el entusiasmo de Aurora alteró la tranquila atmósfera del bosque con agudos gritos de satisfacción al tiempo que se movía de un lado a otro, sin saber por dónde comenzar. Mientras, Ismael y Silvia permanecían parados, poco interesados en agacharse.
— ¿Asistirá a la ópera, Silvia? —preguntó de pronto Ismael.
Ella le miró con ojos encendidos:
— ¿Acaso a su mente matemática le gusta la música, esa sucesión impredecible de sonidos?
Ismael asintió, deseoso de explicarse:
—Nada más lejos de la realidad que lo que acaba de decir, Silvia: las notas de una composición, cuando su melodía es capaz de arrancar emociones, no tienen nada de impredecible. Al contrario, hay notas que, si se suceden juntas en un orden establecido, funcionan a la perfección y nos llegan al alma.
Silvia le miró con ojos soñadores, pero enseguida apartó la mirada, consciente de que la carga emocional de la misma era en exceso reveladora de los sentimientos que sus palabras habían despertado en ella. Ismael le preguntó a continuación:
—Y usted, Silvia, ¿ama la música, como es de esperar en un temperamento artístico como el suyo?
Ella asintió sin dudarlo:
—Toco el piano, es un instrumento bellísimo, capaz de transmitir, como ningún otro, la melancolía de los nocturnos de Chopin —se arrepintió al instante de dejar tan expuesta su vena romántica, pero las palabras del joven la reconfortaron:

— ¿Y qué le parece si nos tuteamos? Nuestra conversación tiene el intimismo que lo propicia, ¿No le parece? —él sonrió, dejando ver unos dientes blancos que resaltaban sobre un rostro que aún conservaba un ligero tono dorado, vestigio del verano que ya habían dejado atrás. Silvia, ensimismada, se dejó envolver por la belleza poderosa y muy masculina de Ismael.
— ¿Le parece?
Ella volvió en sí, un poco azorada:
— ¡Oh, claro! Me parece bien, mucho mejor, Ismael.
Celia les miraba de reojo, mientras Aurora seguía alborotando el bosque con su imparable actividad de niña de diez años.
—Volviendo al comienzo, ¿Irás a la ópera?
—Me encantaría ir, la verdad. Pero si no viene mi hermano, no tengo con quien hacerlo. Podría decírselo a Rosita, pero ella es de otra época, y no admite eso de acompañarme como si, en lugar de mi aya, fuese mi madre o mi tía. A mí me parece absurdo, me he criado con ella, y esa mujer, para mí, no es una sirviente, es mi familia.
—Entiendo lo que dices, pero la gente de una determinada edad no puede aceptar otro orden de cosas que el tradicional. Han vivido siempre con una separación clara entre los de arriba y los de abajo, y esas barreras son difíciles de romper. Pero se me ocurre algo: podrías venirte con nosotros.
Silvia se sonrojó, y habló sin mirarlo:
—No sé qué opinarán de eso tus padres, Ismael. Piensa que sería un poco…incómodo. Parecería que tú y yo nos hemos comprometido—Silvia volvió a sonrojarse, pero él no se inmutó:
— ¡Vaya Silvia! —Ahora sonrió— Acabas de reprobar la actitud de tu aya, pero tú tienes los mismos prejuicios. ¿No puedes acompañarnos, simplemente, como amiga de la familia? Bueno, queda dicho: si no viene tu hermano, vendrás con nosotros.
Aurora levantó la cabeza justo en el momento en que Silvia sonreía encantada, e Ismael la miraba con una admiración imposible de ocultar.
—Celia, ¿Eso es que se han enamorado? —preguntó la niña con naturalidad.
Celia soltó una risita:
— ¡Aurora, calla, por favor! Si te oyen, se sentirán incómodos.
La niña la miró sin comprender, y volvió a preguntar lo mismo.
—Pero, ¿Se han enamorado o no?
—Ojalá, Aurora, eso sería muy bueno, desde luego. Pero no lo vayas diciendo por ahí, ¿eh? Si me entero de que lo vas cacareando, perderás mi confianza, y te trataré como a una niña pequeña por siempre—dijo Celia, temerosa de que su hermana, en su inocencia, hiciese algún comentario que pudiese molestar a su amiga. Aurora la miró, convencida de que el asunto era muy grave si Celia le había amenazado con todas esas cosas. Así que asintió antes de preguntar:
—Entonces, Celia, eso de enamorarse, ¿es algo malo? —dijo casi en un susurro, abriendo mucho sus ojos infantiles.
«Bendita ingenuidad», pensó Celia. Sonrió a su hermana:
—No, Aurora, es buenísimo. Pero si se han enamorado, pretenderán que sea una sorpresa, como lo de los regalos en Navidad, y sólo ellos deben decirlo, cuando quieran hacerlo, ¿entiendes? ¡De lo contrario, se rompería la magia!
Aurora asintió, complacida de que su hermana compartiera con ella un secreto del tal categoría, y continuó llenando su cesta, con la esperanza de ser la que más castañas recogiese, lo cual no iba a resultar nada complicado, pues Ismael y Silvia estaban demasiado ocupados con lo de su amor y Celia, como ya era mayor, no se agachaba con tanta facilidad como ella, ventajas de ser una

niña, pensó.
Cuando llenaron dos cestas con castañas, emprendieron el regreso. Esta vez, Silvia iba unos metros delante con Aurora, quien había acaparado por completo su compañía.
—Parece que os habéis hecho buenos amigos—dijo Celia a Ismael con naturalidad, cuando estuvo segura de que ni su amiga ni su hermana la oirían.
—Es muy especial—dijo Ismael con los ojos brillantes—. Una mujer que, además de ser bella, tiene una conversación muy interesante. No me extraña que hayáis congeniado, pues os parecéis bastante.
—La verdad es que coincidimos en la manera de pensar, aunque con nuestras diferencias. Lo contrario sería aburridísimo. Lo mismo sucede con las parejas de novios, o con los matrimonios, ¿No te parece?
— La diversidad de opiniones, si no es excesiva, es algo bueno, tienes razón: lo contrario sería aburridísimo. La he invitado a que venga a la ópera con nosotros—dijo de pronto Ismael, como si quisiera quitarle importancia al comentario. Celia se detuvo y sonrió:
— ¿Con nosotros, o como acompañante tuya?
Ismael sonrió también mientras reanudaba la marcha:
—No vayas tan deprisa: sólo le he dicho que, si no está su hermano, podría unirse a nosotros, como amiga de la familia.
—Ya—dijo Celia, alargando mucho la «a».
Cuando llegaron a la casa, la niña se soltó de la mano de Silvia y corrió al encuentro de Beatriz.
— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira lo que traemos! —La madre sonrió— ¿Podemos asarlas en la cocina? ¡Seguro que la señora Paulina nos da su permiso!
—Ni hablar—respondió de inmediato Beatriz—, la cocina no es lugar para una señorita. Además, allí están trabajando, Aurora, y no se debe molestar a las personas cuando trabajan.
—Pero mamá…
Silvia intervino:
—Doña Beatriz, si usted no tiene inconveniente, podríamos ir a mi casa. Tenemos una enorme chimenea en una de las salas, allí es donde yo asaba las castañas de pequeñita.
Beatriz la miró, un poco sorprendida:
—Está bien, si no supone una molestia para ti, Silvia—respondió, sin demasiada convicción.
—Pues entonces iremos, ¿te parece bien, Aurora?
La niña dio unos saltitos y aplaudió sin meter ruido, no deseaba que su madre la regañase.
— ¿Cómo iréis? ¡Por supuesto que no podéis ir solas!
—Yo las acompaño, mamá—dijo de pronto Ismael—. Pronto regresaré a Oviedo y entonces no podré hacerlo, así que… ¡Aurora, estás de suerte!
La niña rió y le abrazó, entusiasmada:
— ¿Iremos en tu caballo? — Movida por su entusiasmo, daba saltitos de nuevo pero, ante la mirada reprobadora de su madre, se corrigió de inmediato.
—Iremos en el carruaje, porque Celia también querrá venir, ¿no es así?
— ¡Por supuesto que iré con vosotros!— Dijo la aludida.

Cuando entraron en el vetusto palacete, Ismael y Aurora miraron a su alrededor, el joven con disimulo, la niña con indiscreto asombro.
— ¡Esta casa es tan vieja como las de los cuentos de hadas!
—Antigua, Aurora, antigua, no vieja —la corrigió Celia.
— ¿Y no te da miedo, Silvia? —continuó la pequeña, desatendiendo la corrección de su hermana
— ¡Tiene que haber por lo menos un fantasma! ¡Y duendes!

Silvia se echó a reír:
—Aún no he visto ninguno, pero estaré atenta, Aurora.
Entraron en una sala bastante amplia, en donde el fuego, tal y como explicara Silvia, crepitaba en una antigua chimenea de descomunales dimensiones, con la embocadura de piedra ennegrecida por el humo de siglos.
— ¡Pues sí que es grande! —dijo Aurora.
Enseguida entró Rosita, quien saludó con amabilidad a los Quirós.
—Encantada de conocerlo, don Ismael. Su hermana habla con evidente cariño de usted — Ismael miró a Celia y sonrió— ¿Quieren que les prepare algo? ¿Un chocolate para la joven dama? —dijo dirigiéndose a Aurora, encantada de que esa mujer tan amable no la tratase como a una niña.
—No, muchas gracias, señora—respondió Aurora de inmediato, mientras Celia elevaba los ojos al cielo, temiendo la desinhibida respuesta de la pequeña—. Mi mamá dice que no es adecuado mostrarse entusiasmada, aunque me encantaría el chocolate calentito— Aurora se relamió mientras el resto reían por lo bajo.
—Bueno, pues le diré a la cocinera que prepare chocolate, usted decide si lo toma, señorita.
La niña se quedó pensando en el enorme dilema. ¿Debería aceptarlo, o no?, mientras Silvia y sus hermanos intercambiaban miradas jocosas.
—Claro que te tomarás un chocolate—dijo Silvia al fin, enternecida. Estás en mi casa, y sería de pésima educación que lo rechazases. Y ahora, cortemos las castañas, tardan un buen rato en asarse.
Silvia salió, y al rato regresó con un par de navajitas que había pedido en la cocina, con las cuales Celia y ella comenzaron a rasgar las castañas, antes de ponerlas al fuego.
— ¡Ay! —gritó de pronto la joven, al tiempo que se miraba el dedo, del que manaba un hilo de sangre.
Celia e Ismael fueron hacia ella, mientras Aurora miraba en silencio:
— ¿Te has cortado mucho? —preguntó Celia, asustada.
—No, es sólo un pinchazo, se me ha resbalado la navajita. Iré a por un paño limpio para envolver el dedo.
—Te acompañaré —dijo de inmediato Ismael.
—No es necesario —replicó Silvia, mirándolo a los ojos—es un pinchazo sin importancia.
—Pero cuanto antes te lo ates, antes dejará de sangrar, y no creo que puedas hacerlo tú sola. Si no tienes inconveniente en que vaya contigo, por supuesto.
—No, no, ningún inconveniente, al contrario. Me pone un poco nerviosa la sangre, prefiero no mirarme la herida.
Silvia salió de la sala, seguida por Ismael, dejando a Celia al cuidado de Aurora. El pasillo de la casa era largo y, a esas horas, un poco tenebroso. Subieron por una señorial escalera con la balaustrada de piedra, mientras el joven Quirós pensaba en cuánto generaciones habrían ascendido esos peldaños desgastados. Enseguida, entraron en un cuarto donde, en un armario lencero bastante antiguo, se apilaban, en montones pulcramente dispuestos, sábanas, toallas y paños diversos. Silvia cogió uno de ellos y se lo tendió a Ismael:
—Toma, córtalo en tiras y pónmelo, por favor. Yo no quiero ni mirar.
Ismael hizo lo que Silvia le había indicado. En realidad no era un simple pinchazo, sino un corte un poco profundo del que manaba sangre con fluidez. El joven tomó la mano de Silvia y, con sumo cuidado, comenzó a envolver el dedo herido en la tela limpia, presionando para detener la hemorragia. Silvia temblaba, pero no era a causa del corte, que apenas le dolía y sólo notaba un ligero escozor. Era el contacto con la piel de Ismael lo que le provocaba ese temblor tan

placentero. Le tenía tan cerca, que casi podía contar las pestañas que enmarcaban sus bellos ojos, y sentir el olor suave de su cuerpo, un olor amaderado y masculino.
—Ya está— dijo él de pronto, sobresaltándola—. De ésta no te mueres, Silvia Villanueva.
Ella se ruborizó, estaba tan distraída sintiéndole, que había escapado por completo de la realidad. Ismael la miraba ahora con sus ojos profundos, y Silvia sintió un impulso irresistible de besarlo en los labios, casi podía saborear la dulzura de su boca.
—Bajemos, seguro que las castañas se han quemado, Celia es muy distraída.
Las palabras del joven rompieron la magia. Silvia asintió en silencio y salió de la habitación delante de Ismael. Se le hizo un nudo en el estómago al comprender que, sin saber cómo, se había enamorado del hermano de su amiga.
Ya había anochecido por completo cuando los tres hermanos regresaron a *Villa Beatriz*. Aurora no había parado de hablar en todo el trayecto, en actitud opuesta a la de su hermano Ismael, quien, a las riendas, apenas había abierto la boca. A Celia no se le pasó por alto este comportamiento, al cual sólo atribuyó una posible explicación: ¿habría pasado algo entre ellos, cuando subieron a curar la herida de Silvia? Miró a su hermano de reojo, y aunque deseaba que su amiga y él congeniasen como pareja, la asaltó el temor de que, precisamente a causa de esa atracción que parecían sentir el uno por el otro, la relación entre ambos se complicase. Celia intuía que las relaciones amorosas podían enturbiar una buena amistad.

Mientras, en casa de los Villanueva, Rosita se había sentado a coser en un sillón contiguo al de Silvia, donde ésta miraba distraída la madera que ardía en el hogar.
—El joven Quirós es un muchacho muy apuesto—dijo el aya, procurando que sus palabras sonasen indiferentes.
—Sí, es muy apuesto—respondió la joven. Y muy amable, simpático, inteligente también.
—Te he visto hablando con él, querida—se decidió Rosita— Y por cómo le miras, parece que el joven te gusta de verdad.
Silvia no podía ocultarle nada a Rosita, la mujer que sustituyó a su madre, evitando que se sintiese huérfana por completo. Sentía verdadera devoción por ella, así que no le importó sincerarse:
—Me gusta de verdad. Tiene algo que me hace sentir…especial.
Rosita la miró con ternura:
—Te lo vi en la cara, querida—la mujer se guardó sus palabras, para no alentar falsas ilusiones en Silvia, pues podría equivocarse. Pero le pareció que el joven Ismael Quirós miraba a su querida niña —Silvia— con la misma devoción con la que ella le miraba a él.
Silvia Villanueva suspiró, y una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro.
—Creo que hice bien en instalarme aquí, Rosita. Al principio, tú lo sabes, temí haberme equivocado, pues a pesar de que deseaba esta soledad, a veces puede resultar un poco opresiva. Pero la amistad con la familia Quirós lo cambia todo.
—Parecen buena gente, de eso no hay duda. Y doña Beatriz, ¿qué tal es?
— ¿Por qué me preguntas eso? —inquirió Silvia, interesada.
— ¡Cosas que una oye! Y me ha llegado a los oídos que es muy estirada.
Silvia se lo pensó un poco antes de responder:
—Bueno, es muy estricta con la educación de sus hijos, lo cual no tiene nada de extraño. Ella es una persona afecta a la tradición, no olvidemos que se ha educado en una familia noble.
—Tú también, y de estirada no tienes ni un pelo, querida.
—Pues has de saber que no se nos tiene en esa consideración. Hay quien piensa que somos distantes y pretenciosos.

Rosita abrió mucho os ojos:
— ¡Dios bendito! ¿Pero a quien se le ocurre semejante disparate?
—Ya sabes, la leyenda negra, siempre hay una para las familias nobles, es algo inherente al título. Pero desconocen que somos personas como las demás.
—Yo diría que mejores, querida—sonrió satisfecha Rosita, mientras reanudaba su labor—sólo tendrían que conoceros.

CAPÍTULO 9

El verano ya había quedado atrás, pero a pesar de ello, Jaime Solís aún no había regresado a Madrid. Los negocios en Avilés no estaban marchando según lo previsto, lo cual era la excusa perfecta para permanecer allí, quería estar cerca de Celia, esperando la ocasión propicia para caer sobre ella y castigarla con tanto o más sufrimiento que el que ella le había causado a él. Estaba seguro de que la oportunidad se le presentaría, sólo era cuestión de esperar.

Aquella mañana, su padre le llamó al despacho:

—Hijo mío, las cosas se están complicando más de lo debido. August Meyer sigue empeñado en acabar con la explotación de Arnao.

La mina carbonífera de Arnao era la explotación con la que la Real Compañía Asturiana de Minas había comenzado su andadura. La calidad del carbón, unida a la dificultad que su extracción implicaba, hacían plantearse a los accionistas mayoritarios la conveniencia de seguir extrayendo el mineral submarino, ahora que la empresa se había diversificado hacia el sector metalúrgico, dedicándose mayoritariamente a la producción de zinc. Pero la familia Solís, propietarios de una flota de barcos que dedicaban en exclusiva al transporte y exportación del carbón de Arnau vio peligrar sus intereses.

— Debemos hacer algo, hijo. Y pronto.

—Pero, ¿qué podemos hacer?

—En otras situaciones, los sobornos han sido una buena solución. Pero este hombre, me consta, no necesita nuestro dinero.

— ¿Y si lo investigamos? Quizás nos topemos con algún asunto de su vida que prefiera mantener oculto.

—Ya había pensado en ello, porque no encuentro otra alternativa para hacerle cambiar de opinión. Pero la reputación de Meyer es impecable.

—No te fíes, padre. Sabemos bien que las apariencias engañan, ¿verdad?

Ambos sonrieron con socarronería.

—La baza de los buenos negociantes es precisamente esa, hijo mío: hacer creer a los tontos que te rodean que estás más limpio que ellos. Así, siempre podrás manejarlos a tu antojo, ya lo sabes.

—Si ellos supieran— se jactó Jaime Solís. A continuación, pegó una fuerte calada al cigarrillo que tenía entre los dedos y se dirigió a su padre:

—No obstante, creo que haré una visita a Beltrán Villanueva. He oído comentar que vendrá en breve. Ya sabes que, como abogado, es muy bueno, de los mejores. Quizás pueda asesorarnos respecto a nuestros derechos.

— Inténtalo, aunque no lo creo, hijo. Los accionistas mayoritarios tienen las de ganar a la hora de tomar decisiones como la que nos afecta.

—Padre, estoy pensando—dijo Jaime tras soltar el humo contenido— que quizás no sea conveniente mostrar demasiado interés, podría resultar peligroso.

Don Alfonso sonrió, taimado. Adoraba a su único vástago, era su vivo retrato, no se le escapaba ni un detalle.

—Ya había pensado en eso, pero sabes que nadie va a sospechar de nosotros. Y nuestros colaboradores mantendrán la boca bien cerrada, no querrán matar a la gallina de los huevos de

oro, sus servicios y su silencio son bien retribuidos por nuestra parte.
—Eso es cierto, padre: habiendo dinero de por medio y unos cuantos muertos de hambre dispuestos a aceptarlo, tendremos las espaldas cubiertas. Por cierto, deberíamos arriesgar más en el próximo viaje, por si las cosas se tuercen y no podemos sacar la mercancía.
—No, de momento no. Arriesgar sí, pero cuando sea estrictamente necesario. Vamos a esperar a ver si esto se soluciona. Y ahora debo irme —dijo el hombre, tirando de la leontina tras la cual apareció su reloj de oro—, tu madre me espera para oír juntos nuestra misa diaria. Nada mejor que una buena fachada, hijo mío, no lo olvides nunca.
Pero Jaime Solís no estaba dispuesto a olvidarlo. A estas alturas, ya sabía que una reputación impecable era la tapadera perfecta para, en la sombra, hacer y deshacer al antojo de uno.
—Entonces, ¿te parece adecuado que vaya a hacerle una visita al marqués de Ribadeo?
—Ve, hijo mío, ve. Además, siempre es conveniente mantener buenas relaciones con él, por lo que pueda pasar.
En cuanto su padre salió del despacho, Jaime Solís se sirvió una copa y se repantigó a sus anchas en el sofá. Acababa de tener una idea, y sonrió al pensar que la hora de su venganza, quizás, había llegado.

CAPÍTULO 10

Nadie se percató de que Aurora se había levantado de esa siesta que, a diario y tras la comida, le obligaban a echar, y en la que nunca lograba quedarse dormida. La señorita Hughes, ella sí, parecía haberse adaptado a esa costumbre española, pues dormía tan profundamente, que no se enteró de la salida de la niña.

Aurora, como hiciera su hermana Celia días atrás, bajó a la cocina a por la cesta. A esa hora, la cocinera se había retirado, pero dos criadas frotaban, con evidente trabajo, la placa metálica de la cocina de carbón. Estaban arremangadas, con sus delantales puestos, y por la frente de la mayor de ellas corría un hilillo de sudor. Lo de limpiar la superficie donde se cocinaba era una ingrata tarea diaria que desagradaba mucho a las sirvientas, por lo que estaban enfrascadas en su quehacer, deseosas de acabar cuanto antes. Mientras frotaban la chapa con manos enrojecidas y evidente esfuerzo, aprovechaban para ponerse al día con los chismes referentes a alguien del servicio, de la misma casa o de las ajenas, lo cual era más entretenido que pensar en la aburrida vida propia. Una de ellas vio pasar a la niña y entrar en la despensa, pero no le dio ninguna importancia, pues no era la primera vez que la pequeña Aurora rondaba por la zona mientras su institutriz dormía.

Aurora era muy consciente de que no podía adentrarse en el bosque, pues tenía claro que era un lugar tenebroso cargado de leyendas, y le aterrorizaba la posibilidad de que los lobos la acechasen, escondidos. Pero no le haría falta: aún había castañas de las que recogieron hacía una semana. Pensó en llevarlas en una cesta, pero estaban tan altas que no alcanzaba ni siquiera con la escalera, así que después de abrir y cerrar cajones, cogió una bolsa de tela de las que encontró apiladas en uno de ellos, la llenó de castañas y salió por la puerta de servicio, sin que ninguna de las sirvientas cayese en la cuenta de que la pequeña de los Quirós no había vuelto a pasar por la cocina.

Aurora emprendió el camino, era fácil, sólo había que seguirlo. Caminaba rápido, y en poco tiempo llegaría a casa de Silvia. ¡Qué sorpresa se llevaría cuando la viese allí! No era una niña pequeña, en poco tiempo sería una jovencita, y se lo iba a demostrar a sus hermanos. No hacía falta que la llevasen, iría ella sola y asaría castañas con Silvia en la gran chimenea del palacete de los Villanueva.

Aurora llegó a una desviación que ni siquiera recordaba, pues la única vez que había recorrido ese camino, iba demasiado distraída, manteniendo una interesante conversación con la adorable nueva amiga de su hermana, que era la única que parecía tomarla en serio. Dudó unos instantes y le entró un poquito de miedo: ¿Y si se equivocaba, y aquel camino se adentraba en el bosque?

Titubeando, decidió tomar la senda que parecía más transitada, porque la alternativa era un sendero flanqueado por una vegetación excesivamente crecida, como si hiciese tiempo que nadie se adentraba en él. O eso creyó, porque la ruta por la que optó era un largo recorrido sin salida que, después de muchos kilómetros, lindaba con la finca de los Villanueva. Pero aurora no lo sabía, así que cuando comenzó a caminar, y después de media hora se vio inmersa en una senda rodeada de espeso bosque, comenzó a asustarse. Pensó que tal vez estaba a punto de llegar, aunque su inconsciente había activado, hacía ya un buen rato, una alarma que le advertía que no llevaba la dirección correcta.

Aurora comprendió que estaba metida en un buen lío cuando vio que la espesura del bosque hacía sombra en el camino mucho antes de lo que hubiese deseado. Se paró en medio de la solitaria senda, miró a los lados y dejó caer la cesta con el temor reflejado en su rostro infantil, el cual cubrió con ambas manos, como si el hecho de no ver, la hiciese a su vez invisible ante cualquier amenaza procedente de la espesura y que, de un momento a otro, podría saltar sobre ella. Separó sus dedos, dejando un hueco por el que inspeccionó el camino que aún tenía por delante. No había saltado ningún lobo sobre ella para aferrarse a su garganta y devorarla, así que volvió a coger el cesto y decidió seguir caminando, quizás estuviese ya a punto de llegar.

Las sombras comenzaron a extenderse, amenazadoras, hasta que los contornos de los árboles comenzaron a fusionarse con la creciente oscuridad, creando engañosas y aterradoras imágenes en la mente de la niña. El camino no terminaba, y el bosque era cada vez más espeso. Pensó en dar la vuelta, pero calculó que habría caminado casi una hora desde la bifurcación. ¿Y si continuaba? Ahora las lágrimas resbalaban por sus mejillas, al tiempo que un sollozo desesperado, del que no era consciente, rompía la quietud del solitario camino. A lo lejos le pareció ver que, al lado derecho, el bosque se abría en un extenso prado, pero la luz era ya tan escasa, que le costaba distinguir el paisaje. Lloró, aterrada, consciente de que estaba perdida en medio de un camino oscuro que no llevaba a ningún lado. Cayó de rodillas, sin percatarse de la piedra que se le había clavado en una de ellas, y hundió la cara entre sus manitas en un intento desesperado por evadirse de ese entorno aterrador del que ya nunca regresaría, porque las bestias la devorarían antes de que saliese de nuevo el sol. De entre los árboles surgió un amenazante gruñido y, a continuación, el sonido de una rama rota, y el de la hojarasca al ser pisoteada por un ser de un peso considerable.

Aurora no pudo más. Tenía mucho miedo, tanto que su mente no vio otra opción mejor que la de desconectar, así que la niña perdió el conocimiento, cayendo a plomo sobre ese camino equivocado, que había sido su peor error.

CAPÍTULO 11

« ¡Beatriz! ¡Beatriz!»
El ama de llaves entró de sopetón en el solárium donde Beatriz Cruz-Stuart, rodeada de plantas, observaba el crecimiento de su Encyclia, su preferida entre todos los ejemplares de orquídeas que trajo de Cuba. La señora de la casa se volvió, asustada:
— ¿Pero qué pasa, Olga?
— ¡Ay, Beatriz! —La mujer estaba muy alterada— siéntese, haga el favor.
— ¿Cómo que me siente? ¿Pero qué pasa?
—Es…es…la niña Aurora— pudo balbucear, al fin, la gobernanta.
— ¿Qué le pasa? —inquirió Beatriz, al tiempo que se acercaba, muy asustada, a la mujer.
—Que no está en la casa.
Beatriz no comprendía: ¿Aurora? ¿Dónde estaba, entonces? Así se lo preguntó a Olga.
—No se sabe, Beatriz.
—No entiendo nada… ¿Cómo que no se sabe dónde está mi hija? ¿Y su institutriz?
Beatriz salió del invernadero como un vendaval, seguida por la gobernanta, que no paraba de gimotear. La señora subió las escaleras a toda velocidad, y enfiló el pasillo que conducía hasta la zona de la casa donde Aurora tenía su cuarto de juegos y estudio.
Allí estaba la inglesa, miss Hughes, sentada en un sillón, rodeada por dos criadas que le daban aire con sendos abanicos.
—Se ha desmayado, señora—dijo una de las sirvientas, al verla aparecer.
— ¡Yo sí que me voy a desmayar! —dijo Beatriz, sin ser consciente siquiera de haber abierto la boca— ¿Qué está pasando?
La inglesa abrió mucho los ojos, estaba perdida, y lo sabía. No tenía excusa posible, porque su deber, además de hablar a la niña en su lengua nativa y darle clases, también era cuidarla, Aurora era una criatura de diez años criada entre algodones y, por ello, predispuesta a meterse en líos en cuanto cesaba la vigilancia sobre su persona.
—Señora Cruz-Stuart—dijo la institutriz, muy afectada, conocedora de que ese era su final en aquella casa en la que tan bien se encontraba, pero dispuesta a excusarse, como fuese, del terrible error cometido— no sé dónde está la niña.
En ese momento, Beatriz se dejó caer sobre un sillón, estaba temblando: su hija pequeña había desaparecido de la casa y, a juzgar por la visible intranquilidad de la servidumbre, no era una simple travesura, pues no aparecía por ningún lado.
La institutriz, al ver la cara de la madre, se derrumbó de nuevo. Abandonó sus pretensiones de salir airosa del trance y comenzó a sollozar, presa de un ataque de ansiedad. Aunque lo sucedido le costase el puesto, lo único que le importaba en aquel momento era que la pequeña de los Quirós apareciese sana y salva.
—Señora, me quedé traspuesta, fue sólo un momento. Cuando abrí los ojos, llamé a la niña, pero no me respondía. Desde entonces hasta ahora, no sabemos nada de ella.
— ¿Han mirado bien? ¡Esta casa es enorme! ¿En la zona de servicio, en la zona de cocina, en todos los dormitorios y buhardillas? ¿El sótano, lo han registrado? ¿Y en los jardines? ¿Y las caballerizas? ¿En la casa del chófer y del jardinero? —enumeró Beatriz.

—Dos sirvientas vieron a la señorita Aurora atravesar la cocina, rumbo a la zona de almacenamiento. No saben a ciencia cierta si volvió a pasar por allí, o salió por la puerta de servicio.
— ¡Ay Dios mío! —sollozó Beatriz, con la cara entre las manos.
En ese preciso instante, Celia y Sofía entraron en la sala.
— ¡Mamá! — Su tercera hija se abrazó a Beatriz, sin poder ocultar las lágrimas, estaba muy asustada.
—Tranquila, Sofía, la encontraremos, ya lo verás —dijo Beatriz, deseando creerse sus propias palabras, porque estaba tan angustiada, que el cielo se desplomaba a su alrededor. Además, debía pasar por aquel trance sola, pues no contaba ni con Álvaro ni con su hermana para compartir tan terrible carga. Ambos estaban en uno de los innumerables viajes de negocios que su esposo realizaba, y a los que Marta, que hablaba a la perfección francés e inglés, solía acompañarlo como traductora.
—Traed a las criadas que la vieron en la cocina, quiero hablar con ellas —dijo Beatriz, intentando sobreponerse.
Olga salió a toda velocidad en busca de las dos mujeres, mientras la afligida madre continuaba preguntando a la institutriz de la niña. Después, interrogó a sus hijas:
—Celia, Sofía, ¿habéis preguntado a los jardineros?
—Claro, mamá, hemos preguntado a todos, pero nadie la ha visto.
— ¿No se habrá quedado dormida en una de las habitaciones de invitados? ¿Las habéis registrado todas?
—Sí, mamá, parece que ya han mirado—dijo Celia—. Yo también he subido a las buhardillas, por si estaba jugando por allí.
— ¡Dios mío! —Susurró Beatriz, con lágrimas en los ojos— ¿Y ahora qué hacemos?
Esta vez fue Celia la que se abrazó a ella, en silencio. En ese momento, entraron las dos sirvientas que limpiaban aquella tarde la cocina. Estaban asustadas y no era para menos, porque aunque los señores eran amables con el servicio y los trataban bien, si había que buscar una cabeza de turco, ésta solía ser siempre la de algún criado. Beatriz las miró con ojos vidriosos:
—Me han dicho que ustedes vieron a la niña. ¿A qué hora fue eso?
La mayor de las dos, más resuelta que su compañera, contestó:
—No le puedo decir, señora. Pero en ese momento, estábamos limpiando la cocina de carbón. Esa tarea solemos hacerla sobre las cuatro de la tarde, cuando ya está todo lo demás hecho. A la cocinera le gusta que lo dejemos para lo último, porque dice que así tenemos más tiempo, para sacarla bien de brillo.
Beatriz asintió:
— ¿La vieron pasar de nuevo?
—No, señora, estábamos distraídas con la tarea—respondió la otra.
En ese momento, Celia tuvo una idea:
—Mamá, bajaré a la cocina, ver si averiguo qué buscaba la niña por allí.
Sin esperar respuesta, la joven salió hacia la zona de servicio. Una vez en la cocina, fue derecha al cuarto de almacenaje, donde se guardaban todos los útiles. Echó un vistazo rápido, pero no vio nada que le llamase la atención, hasta que se fijó en uno de los cajones a medio cerrar del aparador que recorría la pared de lado a lado. Lo abrió, y comprobó que la pila de sacos de tela estaba deshecha, como si hubiesen cogido uno, desordenando el resto al hacerlo. Estaba segura de que si ese cajón lo hubiese abierto una de las criadas, o la propia cocinera, lo habría cerrado por completo después de asegurarse de que todo en el interior quedaba perfectamente ordenado.

Y si había sido Aurora, ¿para qué quería una bolsita de tela? ¿Quizás tenía algún animal al que llevar comida?
Celia entró en la cocina de nuevo. En ese momento, la cocinera regresaba del huerto, con un cesto de verduras bajo el brazo.
— ¡Ay señorita Celia, qué desgracia! —dijo la mujer, sin percatarse de lo inconveniente de su expresión.
—La encontraremos, Paulina—se apresuró a decir Celia—. ¿Ha echado en falta algún alimento en la cocina?
La mujer la miró, pensativa:
—No sabría decirle, señorita.
— ¿Miramos en la despensa?
Paulina, seguida por la señorita Celia, se adentró en la despensa. Pero aquello era como buscar una aguja en un pajar. Los estantes de madera estaban repletos: botes de conservas caseras, sacos de café, cajas metálicas con té, saquitos con harina y azúcar, tinajas con aceite, tarros con sal y azúcar, tarros con lentejas, garbanzos y alubias, un cajón de madera lleno de manzanas, otro con patatas, ristras de ajos colgando de un clavo empotrado en la madera. Abrieron las puerta de un armario que hacía las veces de secadero, de donde colgaban las longanizas de chorizo y el tocino adobado. Todo estaba en perfecto orden, pero era muy difícil determinar si faltaba algo. Celia pensó en bajar a la bodega, pero lo consideró inútil, pues era muy improbable que Aurora hubiese buscado algo allí, la oscuridad del sótano la aterraba.
—Gracias, Paulina —se despidió Celia de la mujer antes de regresar al lado de su madre y de Sofía.
Si Celia hubiese bajado la vista, en lugar de centrarse en los estantes, un detalle habría captado su atención. Porque sobre el pavimento de la despensa, ligeramente oculta bajo el armario, había una castaña que se le había caído a Aurora mientras llenaba el saquito. Aquella castaña solitaria hubiese sido suficiente para que Celia atase cabos, en cuanto Paulina le hubiese dicho que las castañas que guardaba para la tarta habían desaparecido.

CAPÍTULO 12

Beltrán había estado cabalgando por las tierras de su propiedad, y decidió volver por el camino para darle a Bayard, que tenía mucho nervio, la oportunidad de galopar un rato.
Ya casi había oscurecido, por eso se vio obligado a detenerse de golpe para esquivar el bulto, apenas visible, que apareció en mitad del camino. La maniobra casi le hizo descabalgar, pues el caballo, sumamente contrariado por la interrupción de la esperada carrera, se levantó de patas hasta casi hacerlo caer.
Una vez en el suelo, comprobó que el pretendido bulto era una niña que, replegada sobre sí misma, le miraba aterrada.
—Hola, pequeña, ¿te has perdido? —dijo el hombre, acercándose despacio para no asustarla aún más.
Aurora se puso en pie con dificultad, una piedra se le había clavado en la rodilla y, al caer sin sentido, se había torcido la muñeca. Había oído de lejos el trote del caballo, y las tenebrosas circunstancias la llevaron a imaginar que era el jinete sin cabeza, protagonista de tantas leyendas, quien se acercaba para cercenar la suya propia de un sablazo, por lo que las piernas le temblaban tanto, que apenas podía tenerse en pie. Por suerte, era un hombre con cabeza quien la había encontrado. La niña sabía que nunca debía hablar con extraños, pero esta vez no lo dudó: aquella situación era excepcional.
—Sí, señor, iba a casa de Silvia y me he perdido—en ese momento, toda la angustia vivida se transformó en un llanto imparable, desconsolado. Ni siquiera le importaba que aquel hombre tan guapo la viese llorar de una forma tan ridícula, como si tuviese siete u ocho años, y no diez.
— ¿A casa de Silvia? ¿De qué Silvia? ¿Silvia Villanueva? —preguntó el hombre, que se había agachado y la tomaba del hombro con ternura, intentando que se sintiese segura y se tranquilizase. Pero no había manera de hacerla callar. Sólo repetía, una y otra vez, que iba a casa de Silvia, así que Beltrán pensó que, como no habría demasiadas jóvenes por allí con ese nombre, era muy probable que se tratase de su propia hermana.
—Sube, soy el hermano de Silvia, te llevaré allí.
La niña no rechistó, y se dejó alzar por ese desconocido hasta la grupa de Bayard, que pateaba, inquieto y fastidiado por haber tenido que renunciar al deseado galope. A continuación, subió Beltrán de un salto y sujetó a Aurora con una mano, mientras con la otra tomaba las riendas del caballo, al que obligó a un trote moderado.
Al cabo de un rato llegaron al palacete de los Villanueva, y el rostro cansado de la niña dibujó una sonrisa:
— ¡Aquí es, señor! ¡Aquí vive mi amiga Silvia! —dijo Aurora, recobrando el ánimo.
Cabalgaron en silencio por el paseo principal hasta la puerta de la casa. Una vez allí, bajaron del caballo. Rosita, muy sorprendida, les recibió:
—Pero, ¿qué hace usted aquí a estas horas, señorita?
—Rosita, ¿sabes quién es?
— ¡Claro que sí, Beltrán! ¡Es la pequeña de los Quirós!
—Voy a dejar a Bayard en las caballerizas, y ahora me lo explicas, porque la he encontrado en medio del camino—dijo el joven.

Rosita llevó a Aurora hasta la sala en la que Silvia practicaba una pieza al piano.
—Mira a quien tenemos aquí—dijo el ama de llaves.
Silvia se levantó de un salto y fue hacia ella:
— ¡Aurora! Pero, ¿qué haces aquí? ¿Estás tú sola? —preguntó Silvia, sin entender la imprevista presencia de la niña en su casa.
Aurora asintió con la cabeza:
—Vine a asar castañas contigo, pero me perdí—a Aurora comenzó a temblarle el labio, no quería llorar, e hizo un esfuerzo por mantenerse serena, pero el recuerdo de lo vivido se sobrepuso, y se abrazó a Silvia, hundiendo la cabeza en su pecho mientras las lágrimas, que ya creía haber agotado, corrían de nuevo por sus mejillas.
Beltrán entraba en ese momento.
— ¿La has traído tú? ¿Dónde estaba? —le preguntó su hermana, mientras Rosita seguía la conversación, también muy intrigada.
Beltrán les contó lo sucedido, mientras ellas seguían el relato con cara de angustia, emitiendo, de cuando en cuando, expresiones de conmiseración hacia la criatura extraviada en la oscuridad del camino.
—Bueno, pues habrá que llevarla a su casa —dijo el joven marqués.
— ¡Su familia debe estar desesperada! —añadió Rosita.
—Ordena que preparen un coche—le apremió Silvia a Beltrán, quien asintió con la cabeza y salió de inmediato. Ya estaba fuera de la sala, pero la llamada de su hermana le hizo retroceder:
—Beltrán, vienes conmigo, ¿verdad?
—Pues tengo mis dudas, no conozco a los Quirós, y estoy muy cansado. Sería más oportuno que os llevase el cochero. Presentas mis respetos a la familia y disculpas mi ausencia.
—No sé—dudó ahora su hermana—Celia Quirós y yo somos muy buenas amigas y su familia es encantadora, estarán deseando saber qué ha pasado, y nadie mejor que quien ha encontrado a la pequeña Aurora para dar detalles.
Beltrán vaciló, pero asintió de nuevo con la cabeza:
—Dame unos minutos, he de cambiarme— se miró, para dar a entender a Silvia que no podía presentarse en casa de los Quirós con la ropa con la que había salido a montar.
—No te preocupes, son de confianza, comprenderán que no hayas querido entretenerte en tu arreglo personal ante la urgencia de llevarles a la niña.
—Pues entonces vámonos ya, que tengo un hambre feroz—se volvió hacia su aya— Rosita, ¿qué tenemos para la cena?
—Como sabía que venías, le dije a la cocinera que te asase un *pitu*—dijo la mujer, con cara de satisfacción.
—Estás en todo, Rosita querida—dijo el joven, agradecido—No tardaremos mucho, iré babeando todo el camino pensando en el asado.
Todos rieron, incluso Aurora, aunque no sabía muy bien por qué.

En *Villa Beatriz*, un ambiente luctuoso envolvía la cercana noche. Beatriz estaba sentada en uno de los sillones, al lado de la chimenea encendida, a pesar de lo cual no dejaba de temblar. Celia y Sofía, a su vez, se habían acomodado cerca de ella y, de cuando en cuando, se dirigían miradas cargadas de angustia. Ahora debían esperar, pues habían enviado a todos los hombres que trabajaban en la casa —el jardinero, los dos mozos de caballerizas, el empleado de mantenimiento y el hortelano— a una batida, en la que recorrerían los alrededores en busca de la niña.

Celia se levantó para acercarse a la ventana, pues le había parecido oír un carruaje deteniéndose ante de la fachada principal. El corazón le dio un vuelco, era un coche desconocido, y quien sabe qué noticias les traería. Se estrujó las manos, presa de un nerviosismo incontrolable.
— ¿Qué pasa, Celia? —preguntó Beatriz, que se había percatado de la repentina inquietud de su hija.
—Acaba de detenerse un carruaje, mamá.
Beatriz se levantó de un salto, y se llevó la mano al pecho cuando oyó el timbre de la puerta principal. A continuación, un barullo de voces, y el grito de la gobernanta. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en el mueble más cercano para no caer desplomada. Pero de pronto, la puerta se abrió de golpe, y un sonido celestial llenó los oídos de la desolada madre:
— ¡Mamá! ¡Mamaíta!
Aurora corrió hacia ella, la abrazó y su cuerpecillo se entregó a los vaivenes de un llanto convulsivo.
Ante la escena, Celia lloraba en silencio, al igual que Sofía. Y también Beatriz, que ahora derramaba reconfortantes lágrimas de alivio, mientras acariciaba la cabeza de su hija pequeña. Tras un par de minutos de completa confusión, en los que se entregaron sin censura a los sentimientos desbordados, Celia se percató de las dos presencias que, inmóviles y sonrientes, observaban en silencio la escena.
— ¿Silvia? — dijo la mayor de los Quirós, resumiendo en la llamada a su amiga todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza. Ella lo interpretó a la perfección:
—Sí, nosotros hemos traído a Aurora, Celia. Mi hermano—la joven se giró hacia él— la encontró en un camino, se había perdido.
Celia se acercó a Silvia y la abrazó ante la atenta mirada de Beltrán, impresionado por la belleza de la joven. La observó sin poder apartar los ojos de ella, sin ser consciente de lo inadecuado de su escrutinio, aunque ninguna de las jóvenes se percató del mismo.
—Gracias, está claro que eres mi ángel la guarda, una bendición, querida Silvia—la aludida sonrió.
—Celia, Sofía, aunque no sea el mejor momento, quiero presentaros a mi hermano, Beltrán Villanueva, heredero del marquesado de Ribadeo.
El aludido se inclinó cortésmente. Era un hombre alto y bien formado, cuyo cabello castaño, ligeramente ondulado, caía sobre su frente con descaro. Tenía los ojos castaños y una mirada profunda y conmovedora, y a pesar de la barba perfectamente recortada, su aspecto era desenfadado y, en cierto modo, salvaje.
—Disculpen lo inapropiado de mi atuendo, pero he pasado la tarde cabalgando —dijo él, mientras su profunda mirada se clavaba en los ojos de Celia con un descaro no pretendido.
— ¡Oh, por favor! No se disculpe. ¡Le estamos tan agradecidas de que nos haya traído a Aurora sana y salva! —Sofía asintió con la cabeza, sonriente— ¿Desean tomar algo?—dijo Celia adoptando el papel de anfitriona que le correspondía a Beatriz pero que, en ese momento, por razones obvias, no estaba en condiciones de desempeñar, pus la pequeña Aurora acaparaba toda su atención.
—Te lo agradecemos, Celia—intervino Silvia pensando en su hermano—pero hemos de regresar
—Disculpad a mamá, por favor, está conmocionada por lo sucedido.
Como invocada por la conversación, Beatriz, sin soltar la mano de su pequeña, se acercó a ellos, pues ni las peores circunstancias lograban distraerla de sus obligaciones como anfitriona:
—Discúlpenme, esto ha sido terrible, creo que se harán cargo —dijo la bella Beatriz Cruz-Stuart, a quien el disgusto no había desmejorado apenas —.No tengo el gusto de conocerle, caballero,

pero el hecho de que haya traído a Aurora le concede el privilegio de ser invitado de honor, vitalicio, en esta casa.
—Mamá, el señor es Beltrán Villanueva, marqués de Ribadeo y hermano de Silvia. Ha sido él quien ha encontrado a Aurora en un camino.
Beatriz, que comenzaba a recuperarse de los instantes de angustia vividos, preguntó por todos aquellos detalles que, como bien vaticinara Silvia, la madre estaría interesada en conocer. Beltrán, cansado del largo viaje a casa y de la cabalgada de la tarde, sólo pensaba en sentarse a la mesa, disfrutar de las magníficas artes culinarias de su cocinera y echarse a dormir, envuelto por la inigualable tranquilidad del viejo palacete, rodeado de campo. Pero muy a su pesar, parecía inevitable que la visita se prolongase más de lo que le hubiese gustado, aunque cada vez que miraba a Celia Quirós experimentaba una repentina recuperación, en la que el hambre y el cansancio desaparecían y sólo existían los bellísimos ojos de esa mujer.
— ¿Acaba de llegar? —Preguntó Celia— Según tengo entendido, estaba usted fuera.
—En efecto, he pasado una temporada lejos, pero ahora me asentaré unos meses por estos lares. Ya tenía ganas de un poco de esta tranquilidad campestre—respondió el joven mientras pensaba que lo de regresar a la casa de sus ancestros, la lado de su hermana y de Rosita, había sido la mejor decisión, teniendo en cuenta la vecina a la que tendría el gusto de ver, cuanto más, mejor. Celia Quirós le había dejado tan impresionado que se sentía torpe e insignificante, rudo, patán y miserable, eclipsado por la feminidad desbordante, la delicadeza y la presencia imponente de tan agraciada mujer.
—Estarás contenta, Silvia— dijo Celia, pues sabía que sentía debilidad por su único hermano.
—Ha sido una grata sorpresa—respondió la aludida, mirando con admiración a Beltrán.
Tras un rato de conversación centrada en lo sucedido, durante el cual Celia y Beltrán no dejaron de mirarse a hurtadillas, desviando los ojos cuando eran interceptados por el otro, fue Beatriz quien decidió dar por finalizada la reunión:
—Han de disculparme, pero esta criatura tiene que tomar un baño bien caliente y cenar. Yo personalmente me ocuparé de ello, por hoy no quiero saber nada de institutrices—dijo sonriendo, mientras todos la secundaron.
—Señora, ha sido un placer poder devolverle a su hija —Beltrán le hizo una leve reverencia a modo de saludo, e hizo lo propio con el resto de la damas presentes. Estaba hambriento, deseando dar buena cuenta del asado, pero estaba dispuesto a morir de hambre con tal de seguir contemplando a Celia Quirós.
—Le reitero mi agradecimiento, Beltrán—dijo Celia, tendiéndole la mano, que él tomó con delicadeza, al tiempo que su cuerpo se estremecía al contacto con la suave piel— Silvia, ¿nos vemos mañana?
—Será un placer, querida. Pásate por casa, tengo algo que enseñarte.
La idea de ver de nuevo a Beltrán provocó en Celia un inquietante cosquilleo, porque la apostura de aquel hombre y su enigmática sonrisa la habían trastornado. Su sola presencia bastaba para llenar la habitación, pues la joven Quirós comprendió, alarmada, el vacío que dejaría en cuanto se fuese.
— Espérame sobre las diez—dijo, suplicando por que a esa hora Beltrán aún estuviese en casa.
—Hasta mañana—respondió Silvia mientras se despedía de ella con un ligero roce de mejillas— Adiós, Sofía.
Celia los vio caminar hasta el carruaje, sonrientes y cómplices. Se deleitó sin censura en la contemplación de la figura masculina de largas piernas enfundadas en las botas de montar, en los hombros anchos y bien formados, en la sutil cintura que la chaqueta entallaba con varonil

elegancia. Él tomó las riendas y partieron en la oscuridad, dejando en todos los habitantes de la casa una inigualable sensación de bienestar.
Sofía aún permanecía en la salita, pensativa.
— ¡Esta niña! —le dijo a su hermana mayor— ¿Pero cómo se le ocurren estas cosas? ¡A mí, a su edad, no se me hubiese pasado por la cabeza semejante locura!
Celia sonrió, condescendiente:
—Bueno, Sofía, es la pequeña. Y piensa que sus modelos de conducta somos nosotros. Ella nos ve entrar y salir, y piensa que puede hacer lo mismo.
—De buen susto se han librado papá y tía Marta.
—Es cierto —dijo Celia, reflexiva—. Ya sabes, lo de *ojos que no ven*.
—Nunca ha sido tan cierto. Por suerte, todo se ha resuelto bien.
Ambas rieron, relajadas, aliviadísimas, felices de que toda la angustia vivida se hubiese disuelto, como un mal sueño al despertar.
—Ha sido una suerte que el hermano de Silvia estuviese por allí. Si no, a estas horas, estaríamos con otro ánimo muy distinto. ¡A saber qué le hubiese ocurrido a nuestra hermanita!
—Es verdad—dijo Celia—Empiezo a creer que los Villanueva son nuestros ángeles custodios.
Sofía rió con ganas:
—Pues a mí no me importaría que me custodiase Beltrán, ¿te has fijado en lo guapo que es?
Celia se ruborizó de inmediato:
—Pues no, no me he fijado—mintió, sin saber por qué lo hacía.
—Pues yo sí. Un poco callado, pero muy guapo.
—Sofía, querida, no te emociones: es demasiado mayor para ti.
—Pues yo lo veo muy adecuado —rió Sofía.
—Procura que mamá no te oiga. ¡Mira que eres atrevida!
Sofía, provocadora por naturaleza, sonrió complacida:
—Ya sabes, hermanita, que me gusta decir las cosas como son. Cambiando de tema, ¿Mamá ha ordenado que sirvan ya la cena? Lo cierto es que las emociones me dan hambre, y esta tarde hemos tenido demasiadas.
—No lo sé, iré a preguntar. Creo que se haya olvidado, porque antes de que apareciese Aurora, teníamos las tres el estómago cerrado, aunque ahora yo también tengo hambre—mintió, pues Beltrán no salía de su cabeza, no pensaba en otra cosa.
Celia salió de la sala en el preciso instante en que dos de las criadas cerraban la puerta, tras informar al mozo de caballerizas que diesen por finalizada la batida, pues ya habían encontrado a la niña. Las criadas, que no la habían visto, hicieron un comentario que le llamó la atención:
—Menos mal que el señor marqués encontró a la pequeña, aunque sea un impresentable. Ya había oído yo rumores acerca de que es altanero y petulante. ¡Salía diciéndole a su hermana que estaba muerto de hambre!
— ¿Y eso qué, mujer? —preguntó la otra.
— ¡Pues algo habló de las señoras, ni que fuesen unas pesadas!
Celia se ruborizó pero, esta vez, a consecuencia de la rabia. ¿Cómo ese Beltrán, por muy marqués que fuese, se atrevía a tales comentarios? Silvia era una bellísima persona, aunque su hermano, por desgracia, no se pareciese a ella, pensó Celia, disgustada.
Lo que Celia Quirós desconocía era que las palabras de la criada no eran más que una interpretación libre, y muy desafortunada, de las pronunciadas por Beltrán, quien tan sólo le había dicho a su hermana que, tal y como temía, se habían demorado en exceso, porque estaba muerto de hambre y muy cansado, deseoso de llegar a casa cuanto antes. Se guardó de decirle

también que, a pesar de ello, se hubiese quedado allí toda la noche, sólo por contemplar a Celia, sólo por aspirar su aroma dulce, sólo por tenerla a unos centímetros de una piel que se erizaba en su presencia.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, Celia pidió que le preparasen el carruaje, había quedado en ir casa de los Villanueva y no pensaba desairar a su amiga Silvia, por muy impresentable que fuese su hermano Beltrán.

Cerca de las diez de la mañana, la mayor de los Quirós llamaba a la puerta, y una criada la condujo hasta la sala donde Silvia ya esperaba su llegada.

—Querida Celia—se acercó su amiga a saludarla— ¿qué tal estás?

—He descansado bastante bien, aunque me desperté en mitad de la noche con la aterradora sensación de que la pesadilla de la desaparición de Aurora aún no había concluido. Pero enseguida volví a dormirme—. Celia guardó para sí el resto del sueño, en el que su hermano Beltrán Villanueva, desfigurado por la incomprensible afición de los sueños a cambiarlo todo, aparecía con el desafortunado físico de su ex prometido, Jaime Solís, y mientras salía de casa de los Quirós, donde no le habían invitado a cenar, se burlaba de la vulgaridad de aquella familia burguesa con ínfulas de grandes señores. Cuando se despertó, aún recordaba perfectamente el sueño, y la inquietó la curiosa asociación con Jaime, pero sobre todo, la insistencia con la que aparecía en él Beltrán Villanueva.

Como si de una invocación se tratase, el hermano de Silvia apareció de pronto. Parecía recién levantado, pues llevaba el pelo ligeramente revuelto y su atuendo era, a todas luces, de andar por casa. Aun así, a Celia le pareció aún más apuesto de lo que recordaba. El rostro del joven se iluminó al verla allí. La había observado con detenimiento el día anterior, aprovechando que la emoción del momento la distraería de su inadecuado escrutinio. Miró ahora con la misma indiscreción sus ojos, de un azul grisáceo salpicado de motitas verdes, su hermosa boca de perfectos y suaves labios, tras los que se escondía una dentadura perfecta, sus mejillas sonrosadas, la nariz recta y perfectamente acorde con sus delicadas facciones. Pero apartó la vista rápidamente, pues hoy la señorita Quirós podría sentirse incómoda ante su involuntaria insistencia en mirarla y admirarla.

— ¡Buenos días, querido hermano! ¿Acabas de levantarte?

Él sonrió, y su sonrisa era adorable, pensó Celia. Lástima que fuese una impostura, pues estaba convencida de la altanería del marqués de Ribadeo.

—Señorita Celia—la saludó cortésmente antes de contestar a Silvia— No, me he levantado hace una par de horas y he salido con Goliat a dar un paseo, sabes que esta campiña es mi debilidad. Pero lo cierto es que he dormido como un lirón, la paz de este lugar propicia un buen descanso, desde luego.

— ¿Has desayunado? —inquirió su hermana.

—Aún no, así que, si hacen el honor de acompañarme, estaré encantado.

La primera intención de Celia fue negarse, pero el entusiasmo de su amiga era tal que no podía desairarla, así que se contuvo:

— ¡Claro que sí! Yo aún no he desayunado, te esperaba, pues pensé que tras el agotador día de ayer, aún dormías. Y respecto a ti, Celia, no creo que seas capaz de resistirte a los pestiños de nuestra cocinera.

Así que Celia se vio obligada a entrar con los hermanos en el comedor de diario, una acogedora

sala con vistas al jardín, que aquella mañana aparecía desdibujado tras una niebla blanquecina y melancólica.
Tomaron asiento, Beltrán a la cabecera y las dos jóvenes a ambos lados. Enseguida, una criada apareció con el café y el chocolate, mientras otra disponía un servicio más para la señorita Quirós. Sobre la mesa había frutas variadas y una bandeja con dulces.
Comenzaron a comer en silencio, pero fue Silvia quien lo rompió:
— ¿Qué tal Ismael? ¿Te ha escrito?
—Por supuesto—contestó Celia—.Escribe a mamá todas las semanas. Dentro de unos días le veremos, pues tenemos pensado ir a la primera función de ópera de la temporada, es la más divertida, no suele faltar casi nadie.
Celia observó el mohín de disgusto en el rostro de Beltrán y no pudo morderse la lengua:
— ¿Acaso le disgusta la ópera, Beltrán? —dijo, dirigiéndose a él.
— ¡Qué dices, Celia! —Respondió Silvia, tremendamente divertida—A Beltrán le encanta la música.
—Disculpe, pero me pareció advertir un gesto de desagrado al hablar de la temporada de ópera— insistió Celia.
—No, no, me ha malinterpretado usted —«Vaya, es de los que piensan que los demás le malinterpretan», pensó la joven Quirós con desazón—.En efecto, habré hecho un gesto inconsciente, pero ha sido motivado por su comentario, pues particularmente, detesto esas funciones en las que el teatro se llena de petulantes que acuden para ser vistos, y a los que la música les entra por un oído y les sale por otro. Yo prefiero acudir cuando se relaja la actividad social, pues la mayoría de ellos no acuden con regularidad, atemorizados por el ridículo de dormirse en el palco.
—Creo que generaliza usted —replicó Celia, dispuesta a no dejarse intimidar—. Es cierto que hay algunos que acuden a la ópera como excusa para dejarse ver, pero son los menos.
— ¿De verdad lo cree así? —Respondió Beltrán— Mi opinión es muy distinta, pues desde que el teatro se llena de mercachifles que sólo van a ultimar negocios, el espectáculo está perdiendo la solemnidad que lo caracterizaba.
—Disculpe, *señor marqués*—dijo Celia, dándole a sus palabras un indiscutible tonillo irónico que su contertulio no pareció captar—, insisto en que la mayoría de los asistentes adoran la ópera. Pero comprendo que a un hombre de su categoría le disguste codearse con tanto advenedizo sin título.
Beltrán, sorprendido, respondió con total sinceridad, aunque Celia no vio en sus palabras sino un nuevo argumento cargado de soberbia y petulancia:
— ¡Oh no! Nada de eso, señorita Quirós. Detesto que me llamen *señor marqués*, se lo advierto desde ahora, para que no caiga usted en semejante inconveniencia. Mi título ha sido una herencia, esa es toda la importancia que tiene para mí.
—Pues celebro que así lo crea, pues en ese argumento coincidimos, desde luego: quizás el antepasado que fue distinguido con el título, lo mereciera gracias a acciones heroicas y nobles, pero no supone, necesariamente, el reconocimiento de ningún mérito para quien lo hereda.
Silvia los observaba estupefacta. ¿Acaso su adorada Celia había levantado el hacha de guerra contra Beltrán? ¿Por qué?
—Estoy totalmente de acuerdo con sus palabras. Por eso acabo de decirle que me incomoda que me llamen marqués, no lo tengo a gala, es un reconocimiento del que no me enorgullezco especialmente.
—Sí, usted puede decir lo que quiera respecto a su título pero, ¿renunciaría a él?

Beltrán no contestó. Pensó con tristeza que se había equivocado con aquella mujer, seguramente envanecida por su deslumbrante belleza, lo cual le hacía comportarse como una niña maleducada, diciendo todo cuanto se le pasaba por la cabeza. Pensó en su hermana Silvia, tan comedida y sensata. ¿Cómo era posible que la uniera una amistad tan íntima con Celia Quirós, quien parecía tan pagada de sí misma?
Silvia también pensaba en la actitud de Celia. Y estaba segura de que habría una razón de peso para que se comportase así, quizás un malentendido. Decidió encauzar la conversación hacia temas menos espinosos:
— ¿Qué tal está Aurora? ¡Pobrecita, si vieses cómo lloraba cuando llegó aquí!
La mirada de su amiga se enterneció al instante:
—Esta mañana estaba desconocida. No ha protestado por nada. Suave como la seda.
— ¿Y la institutriz? ¿Qué decisión ha tomado doña Beatriz al respecto?
—Aún no he hablado con mamá del asunto, no puedo decirte.
— ¿Tu madre y Sofía ya se han recuperado del susto?
Celia asintió. Tomó una cucharadita de chocolate con suma delicadeza para evitar mancharse los labios, y respondió:
—A mamá tardará en pasársele el disgusto, desde luego—se volvió hacia Beltrán, pues Celia Quirós era una persona agradecida, con independencia de la opinión que tuviese del salvador de su hermana—.Fue una suerte que anduviese usted por allí, gracias de nuevo en nombre de mi familia.
El aludido apenas respondió con un ligero asentimiento de cabeza, que aprovechó para mirar de nuevo el hermoso rostro de la amiga de su hermana Silvia. Sin quererlo, sus ojos se empeñaron en insistir en sus facciones, como atraídos por una fuerza desconocida y magnética que pareció incomodar a Celia, porque apartó la mirada de él con brusquedad. Beltrán, consciente de su falta, se prometió no volver a posar la vista en ella, pues estaba visto que la belleza de esa mujer era una trampa en la que caería una y otra vez. Y no estaba dispuesto a darle esa satisfacción.
Mientras, Silvia, ajena a esta corriente de alto voltaje entre su amiga y su hermano, continuaba desayunando y haciendo planes:
—Si te parece, Celia, hoy podríamos acercarnos hasta la escuela de Arnao, quiero presentarte a una persona, la nueva maestra, ya te había hablado de ella y creo que haríais buenas migas. A mí me pareció encantadora, y tiene una propuesta sumamente interesante.
—Vaya, Silvia, cuánto lo siento, pero hoy iremos a Oviedo, mamá quiere dejar preparados los trajes de la temporada, y hemos de ir a la última prueba —Beltrán Villanueva elevó los ojos al cielo, aunque esta vez ninguna de las dos muchachas se percataron del gesto. Pensó que, en efecto, esa Celia Quirós era una bellísima cara en una cabeza vacía de cerebro, estaba casi convencido. En cuanto se fuese, le preguntaría a su hermana Silvia si no había por los alrededores alguien más adecuado con quien hacer amistad.
—Bueno, no pasa nada, iremos mañana en cuanto regreses.
— ¿Quieres venir con nosotras? —preguntó Celia, ilusionada—si a tu hermano le parece bien, por supuesto.
Beltrán la miró y aprovechó para lanzar un dardo envenenado:
—Señorita Quirós, desconozco los detalles concretos de su entorno, los cuales no soy quien para juzgar, desde luego. Pero en esta casa, mi hermana goza de absoluta libertad, y puede ir y venir sin mi consentimiento a donde quiera y como quiera. Es una persona sensata e inteligente, que no necesita de mi tutela.
Silvia le miró sorprendida, al tiempo que Celia lo hacía también. Tenía una apostura única, y esa

seguridad en sí mismo le daba un atractivo adicional e irresistible, por lo que Celia pensó que nunca antes había conocido a alguien que le pareciese tan insoportable como cautivador.
—Me parece lo correcto, desde luego—replicó Celia de inmediato—. No es usted tan mayor como para asumir que, en este siglo que comienza, las mujeres debemos alcanzar, de una vez, un estatus de independencia.
— ¿Acaso es usted, también, enemiga de los convencionalismos? —preguntó él con sorna, y con un afán belicoso que quiso dejar muy claro, no estaba dispuesto a hacer creer a la señorita Quirós que sus palabras eran conciliadoras, ni muchísimo menos.
—Ni amiga ni enemiga, señor—respondió la aludida, mientras Silvia se preguntaba, de nuevo, qué pasaba entre su amiga y su hermano— sólo aplico la lógica y ésta me dicta que las mujeres son tan personas como los hombres y, por tanto, deberían tener los mismos derechos—. Beltrán sonrió con ironía, convencido de que esa jovencita, cuya cabeza era un simple adorno, repetía argumentos sin saber a qué respondían en realidad. Pensó en divertirse un rato a su costa:
—Pero no me negará, señorita Quirós que, en ciertos aspectos, la mujer ha de ser tutelada por el hombre. Es más…vulnerable.
—Todos los seres humanos tenemos nuestro talón de Aquiles. Y si se refiere a que no podemos competir en cuanto a fuerza física, podría llegar a admitírselo. Pero lo compensamos con buen criterio. Así que lamento llevarle la contraria, pero yo tengo ciertas vulnerabilidades como mujer, diferentes de las que usted, como hombre, también tiene. Al final, todo se reduce a que somos personas, con independencia de nuestro género.
Beltrán calló. A ratos, la señorita Quirós parecía hacer gala de una lucidez que contradecía la imagen que se había formado de ella aquella mañana. Y a Beltrán no le gustaban las adivinanzas, era mucho más pragmático que todo eso, por lo que llegó a la conclusión de que Celia, además de vanidosa, era una mujer impredecible y confusa. Decidió dar por terminado el desayuno, así que se levantó:
—Señoritas, si me disculpan, he de ponerme a trabajar de inmediato, así que, sintiéndolo mucho, he de privarme de su grata compañía, el deber me llama.
Las dos asintieron, Silvia aliviada, pues se sentía incómoda en medio de aquel fuego cruzado que, sin venir a cuento, se había establecido entre su hermano y Celia. Esta, por su parte, experimentó un contradictorio e inexplicable sentimiento, porque algo tenía Beltrán Villanueva que, a pesar de resultarle un personaje incómodo y antipático, la atraía con una fatal e irremediable fuerza. Con mucho tacto, Silvia Villanueva intentó indagar en las razones que habían llevado a su amiga a comportarse así con su hermano, el marqués de Ribadeo:
—Celia, lamentaría que te sintieses incómoda en presencia de Beltrán, te aseguro que es un encanto.
Celia comprendió que Silvia se había disgustado a causa del intercambio de pareceres, algo subido de tono, entre Beltrán y ella:
—Discúlpame, querida Silvia, pero sabes que, a veces, me puede la pasión.
—Pero, ¿Beltrán te ha molestado con algo que haya podido decir o hacer? Si es así, prefiero que te pida disculpas y lo olvides, te tengo mucho aprecio y no quisiera que un malentendido os separe antes de llegar a conoceros y apreciaros, porque estoy segura, querida amiga, de que si lo conocieses, lo apreciarías.
—No te preocupes, son tonterías mías—respondió Celia, enternecida ante los intentos de Silvia por evitar la confrontación entre dos personas importantes para ella—.Ya sabes que tengo mis manías y, a veces, no puedo permanecer con la boca cerrada. Si te he hecho sentir mal, lo lamento de verdad. No tengo nada contra tu hermano—mintió Celia muy a su pesar, pues la

sinceridad era una de las cualidades que más apreciaba.
—Hablaré con él, no deseo que se haya formado una opinión equivocada de ti, porque eres un cielo.
— ¡No! —Respondió Celia con excesiva vehemencia —.No le digas nada, a veces es mejor dejar las cosas como están. Te aseguro que la próxima vez que coincida con Beltrán, trataré de ser un poco menos…áspera.
Silvia la miró, algo confusa:
—Pero Celia, ¿tanto te contraría su presencia? ¿A qué se debe?
Celia no sabía qué excusa poner, pues no quería disgustarla contándole la verdad: que su hermano era un maleducado que las había tildado a ellas y a su madre de pesadas. Callaría, por el aprecio que le tenía a Silvia, a la que conocía bien, y que no era culpable de tener un hermano engreído, soberbio, y falto de modales. Así que se disculpó con lo primero que se le vino a la cabeza:
—Si te digo la verdad, me amedrenta un poco su condición de marqués, y eso me pone a la defensiva. Además, como es tan serio…
Silvia rió:
— ¿Serio, Beltrán? ¡Es una de las personas más risueñas que conozco! Pocas personas me hacen reír tanto como él.
Celia calló por respeto a Silvia, pues pensó que el amor fraternal, desde luego, le nublaba la vista.

CAPÍTULO 14

A la entrada del teatro se sucedían los coches de caballos que, en riguroso orden de llegada, iban parando ante la fachada del edificio. Los ocupantes, vestidos de gala, descendían a toda prisa, evitando la molesta lluvia que deslucía el estreno de la temporada de ópera.

Una vez dentro del majestuoso vestíbulo, y tras saludar a unos cuantos conocidos que acudían a disfrutar de la velada, la familia Quirós al completo —sólo faltaba la pequeña Aurora— se encaminó hacia el palco, seguidos por las miradas de admiración que las cuatro mujeres —tía Marta también había acudido—despertaban entre el género masculino.

Sofía, debutante en la temporada de ópera, caminaba admirando la solemne arquitectura interior del edificio, al tiempo que escrutaba, con fingido desinterés, a los jóvenes congregados para la fastuosa ocasión. Todos ellos lucían sus mejores galas, mientras apuraban una copa de champán que, imitando los más afamados teatros europeos, era servida, junto con aperitivos variados, en un área del vestíbulo reservada a tal efecto. Sólo una cara llamaría la atención de la joven Quirós, un rostro que añoraba y que aún no había localizado entre la multitud. Pero de pronto el corazón le dio un vuelco, pues lo vio por fin, a escasos metros de donde se encontraba. Poseída por una repentina timidez, se agazapó discretamente detrás de Ismael, aunque sabía que el encuentro sería inevitable, porque iban derechos al lugar donde Carlos Balmori, pegado a su familia, escuchaba con visible aburrimiento la cháchara imparable de su madre con una opulenta dama que parecía competir con ella en el número de joyas que la adornaban.

Álvaro Quirós y Enrique Balmori se saludaron como los caballeros que eran, pues a pesar de sus continuos enfrentamientos, los modales de ambos eran irreprochables, conocedores de que, como hombres de negocios con una intachable carrera a sus espaldas, guardar las formas en el momento adecuado era una de las claves del éxito.

Por el mismo motivo, Águeda y Beatriz, sin tenerse excesiva simpatía, se tendieron la mano con cortesía, intercambiando después algunas frases hechas. Mientras, los hijos de ambos matrimonios intercambiaban, a su vez, saludos insulsos. Cuando les tocó el turno a Carlos y Sofía, fue él quien tomó la palabra:

—Sofía, apenas te había reconocido. Si me permites, he de decirte que estás muy cambiada.

La joven se sonrojó, a pesar de que pocas situaciones conseguían alterarla. Casi balbuceando, logró articular:

—Hola, Carlos, cuánto tiempo, ¿dos años, creo? ¡Así que casi ni me reconoces!—él asintió con la cabeza— ¿Tanto he cambiado?

Carlos Balmori asintió, para después negar con la cabeza. Se dio cuenta de que estaba actuando como un estúpido, lo cual complicó aún más la situación:

—Quiero decir que no, o sea, que sí has cambiado, pero estás preciosa.

—O sea, que antes era un horror…

Carlos Balmori se puso tremendamente colorado, acababa de tirarse por un precipicio, pues en su torpeza de enamorado, sus palabras confusas podían ser interpretadas de la peor manera. Pero por suerte, la cara de Sofía se iluminó al tiempo que sacó a relucir su más espléndida sonrisa. Beatriz rompió el hechizo tirando con suavidad de su brazo:

—Vamos, querida, la función comenzará en breve.

— ¿Nos veremos, Sofía? —dijo el joven a la desesperada, y ella asintió con vehemencia, aunque no tenía ni idea de cuándo ni cómo volvería a verlo.
A pesar de ello, la noche fue inolvidable para Sofía Quirós quien, desde el palco familiar, asistió boquiabierta a la representación de *El Elixir de amor*, cuyo argumento ya conocía gracias a Beatriz, entusiasta de la ópera. Y cuando sonó el aria *Una furtiva lágrima*, las suyas amenazaron con correr por sus mejillas juveniles, enardecida por la música y por esas sensaciones locas, extrañas, ardorosas e insuperables que le invaden a uno cuando se siente enamorado. El corazón le palpitaba con fuerza al rememorar las palabras de Carlos, «… *estás preciosa*». Se conocían desde muy pequeños, pero ya siendo adolescentes, algo muy especial había surgido entre ellos. Y aunque en las escasas ocasiones en las que se veían apenas intercambiaban unas frases de cortesía, bajo las mismas había un mensaje oculto, una mutua atracción que se comunicaba sin palabras.
En el intermedio de la representación, Beatriz Cruz-Stuart aprovechó para prodigarse por el teatro, no podía evitarlo, era algo inherente a su carácter. Y como era de esperar, despertó miradas de admiración entre los asistentes, pero también cuchicheos, apenas disimulados, de muchas de las mujeres allí presentes, envidiosas de su imperecedera belleza que, además, ensalzaba magistralmente con un impecable estilo a la hora de vestir. Beatriz sospechó—y no se equivocaba—que los cuchicheos de la temporada girarían en torno a la cancelación de la boda de Celia, pero ya no le importaba, al menos no tanto como al principio. Ahora albergaba la esperanza de que siempre habría algún joven de excelente posición dispuesto a contraer matrimonio con su hija, pues su impecable físico era un don difícil de rechazar, a pesar del estigma social que la acompañaba desde lo sucedido. Corroborando sus suposiciones, observó aliviada al corrillo de apuestos jóvenes que rodeaban a Celia, siendo evidente el entusiasmo que la bella joven despertaba en todos ellos.
— ¡Beatriz! —en ese momento, Silvia Villanueva se acercaba a ella del brazo de un apuesto joven, al que la esposa de Álvaro Quirós reconoció de inmediato.
— ¡Silvia, Beltrán! ¡Qué alegría verles por aquí! Ya me dijo Celia que vendría con su hermano, de no ser así, nos hubiese acompañado. ¿Disfrutando de la representación?
— ¡Cómo no, señora! —intervino Beltrán, quien parecía especialmente satisfecho aquella noche — Aunque como mi hermana sabe, prefiero venir cuando hay menos bullicio.
Beatriz le sonrió con coquetería, mientras Beltrán la miraba con la misma intensidad con la que observaba a Celia sin pretenderlo. Beatriz Cruz-Stuart era una de las mujeres más bellas que viera nunca, a pesar de haber visto muchas. Y la hija, desde luego, era un calco juvenil de la madre.
—Yo soy muy aficionada a la ópera. Tanto, que he de confesarle que la escucho a todas horas, en un gramófono. Hay quien opina que hacerlo a través de semejante artilugio es de pésimo gusto, pero no puedo resistirme. Renunciar al placer de la música por tan intrascendente razón me parece absurdo.
—No se preocupe, doña Beatriz—intervino Beltrán— que si es cierto eso que dicen, comparto su pésimo gusto: yo también tengo un gramófono en casa. Y si así lo desea, no tengo inconveniente en prestarle algunos de mis discos.
— ¡Qué amable! —Sonrió Beatriz—. Por mi parte, tiene a su disposición los míos.
En ese momento, Celia, que los había visto, se disculpó ante sus admiradores y se acercó hasta ellos. Se mintió diciéndose que estaba deseosa de saludar a Silvia, aunque fuese la potente presencia de Beltrán lo que, inexplicablemente, la atraía de verdad. Por su parte, Beltrán Villanueva hacía un rato que se había percatado del corrillo de bobalicones que bailaban

alrededor de ella. Había echado unas cuantas miradas de reojo, deseando que todos esos mequetrefes se apartasen de ella. Al tenerla tan cerca, un ligero temblor, apenas perceptible, se apoderó de sus manos mientras observaba, fascinado, los reflejos caoba de su cabello, la piel de su cuello, sus delicadas clavículas, el delicioso principio de un sensual hombro, el discreto escote, salvaguardando un pecho que se adivinaba prodigioso.
— ¿Qué me dice, Beltrán? —la pregunta de Celia le había pillado totalmente desprevenido. Ella se dio cuenta de que, aunque la miraba, no la estaba escuchando, pero no se extrañó: cada vez estaba más convencida de que ya conocía bastante bien al marqués de Ribadeo, tan simple, predecible y maleducado.
—Disculpe, Celia, ya le expliqué en su momento que este bullicio logra desconcertarme por completo—arguyó él, con lo primero que se le ocurrió.
—Claro que lo sé. Ya recuerdo que no es partidario de esta pantomima. Sin embargo, y contraviniendo sus férreas convicciones, hoy está usted aquí—respondió Celia con la intención de ponerle en entredicho, no lo podía evitar.
—He venido por Silvia, señorita Quirós, ella no debe perderse estos actos sociales, está en la edad de ello.
— ¿Y usted no? ¿Acaso se considera ya tan viejo?
En esta ocasión era Beatriz quien asistía, perpleja, al rifirrafe entre su hija y el apuesto marqués de Ribadeo. Pero por suerte, el anuncio de que la función se reanudaría en breve la libró de tan desagradable constatación. En cuanto se quedó a solas con su hija, no dudó en interrogarla al respecto.
—Pero Celia, ¿puede saberse que te pasa con Beltrán Villanueva?
—Es un fatuo, mamá. Es pretencioso y soberbio.
—Sólo le he tratado en dos ocasiones, pero no me lo ha parecido, ¿qué te hace suponerlo?
— ¡Oh, mamá! No es lugar para contártelo, pero te advierto, para que no tengas demasiadas contemplaciones con él: es un grosero, que opina que somos unas pesadas.
Beatriz se llevó una mano a la boca, y ya iba a seguir indagando al respecto cuando la mirada severa de su esposo la incitó a dejarlo para otro momento.
—Por cierto, ¿dónde está Ismael? —susurró Celia muy bajito. Por toda respuesta, Beatriz sacudió la cabeza, señalando un palco en su mismo nivel. La joven cogió sus prismáticos y con mucho disimulo enfocó hacía allí. La sangre se le heló en las venas cuando vio que Beltrán la estaba mirando. Retiró de inmediato la vista, pues ya había averiguado que su hermano se había quedado en el palco de los Villanueva y seguía la representación haciendo comentarios al lado de Silvia, cuyo rostro mostraba el entusiasmo de una chiquilla enamorada. Sonrió, aunque aún no se había recuperado de la incómoda sensación de saberse observada por Beltrán. Por si acaso, desde ese momento, mantuvo la espalda muy recta, y su cara era la viva expresión de la indiferencia más absoluta. Pero ya no pudo dejar de pensar en él ni un solo segundo.
Aquella noche durmieron en el Hotel Emperador, uno de los más lujosos de la capital. Las dos hermanas compartían habitación, así que, tras la emocionante noche de ópera, estaban tan desveladas que aprovecharon para hacerse confidencias. Sofía comenzó a hablar de Carlos Balmori mientras enumeraba, una por una, las intensas emociones que el joven provocaba en ella. Celia asentía en silencio mientras constataba, muy a su pesar, que eran idénticas a lo que ella sentía en presencia de Beltrán, o mientras pensaba en él, lo cual sucedía con indeseable frecuencia. No compartió nada de esto con su hermana, pero dijo algo que provocó la sonrisa de Sofía:
—Sofi, creo que lo tuyo tiene un nombre: no te estás volviendo loca, pero estás locamente

enamorada.
— ¿Tú crees? ¡Esta noche soy incapaz de pegar ojo!
—Que sí, hermana, que eso es el amor.
— ¿A ti te pasaba con…—Sofía dudó unos instantes, temiendo remover un tema del que apenas habían hablado—con Jaime?
Celia negó con la cabeza, convencida.
— ¿Nunca? ¿Ni cuando estabas a punto de casarte con él? —Sofía tenía los ojos muy abiertos, como si aquello le pareciese incomprensible.
—Nunca, Sofi, por eso ahora sé que hubiese cometido el mayor error de mi vida. Nunca sentí por Jaime lo que siento…—Celia se calló, pero era demasiado tarde, Sofía se había dado cuenta, y la apremió a terminar la frase:
— ¿Qué sientes, hermanita? ¿Tú también estás enamorada? ¿De quién? —Sofía, arrodillada sobre la cama, daba palmaditas, animándola a confesar:
— ¡Que no, Sofía! He querido decir que nunca sentí por él lo que siento que debe ser el amor—improvisó Celia con acierto. Aun así, su hermana siguió insistiendo:
— ¡No has querido decir eso! Por favor, confiesa, ¡yo te he contado lo de Carlos!
—Sofí—Celia la miró muy seria—piensa un poco: ¿de quién me voy a enamorar? El único hombre al que he visto en los últimos meses ha sido Beltrán Villanueva, y te aseguro que estoy muy lejos de sentir amor por él, porque no le soporto.
—Ya lo sé —respondió Sofía, he oído a mamá quejarse a papá de lo mal que te llevas con él. Y por lo que veo, es cierto.
Celia asintió, pensativa.
— ¿Por qué, Celia? —Insistió su hermana—A mí me parece una persona muy agradable, por no mencionar lo apuesto que es.
—Es un fatuo.
Sofía abrió mucho los ojos:
—Un calificativo excesivo, ¿no te parece?
—Y me quedo corta.
—Pero bueno, ¿me quieres explicar de una vez lo que te ha hecho? Tiene que ser muy grave para que hables de él en esos términos.
—Lo que *nos* ha hecho —corrigió Celia, y procedió a contarle a su hermana Sofía la breve conversación que escuchó a las criadas, la noche de la desaparición de Aurora.
— ¿Tú estás segura, Celia? ¡Mira que las palabras, sacadas de contexto, lo cambian todo! Además, ¿fuiste tú quien lo oyó, o estás creyendo lo que dijo la criada? Ella pudo interpretarlo a su manera.
En ese momento, Celia dudó. Quizás lo que oyó la enfureció tanto que no recapacitó, porque el argumento de Sofía era, desde luego, bastante sensato. Pero llevada por un impulso extraño, decidió negar a su hermana lo que podría ser una explicación:
—Créeme, Sofi: le he tratado más que tú, y es un prepotente. Cambiando de tema, y volviendo al mismo—Celia le guiñó un ojo a su hermana— he encontrado a Carlos muy cambiado, está bastante guapo. Aun lo recuerdo con la cara llena de granos.
—Aun así, estaba guapo—suspiró Sofía—. Y ahora dime, Celia, ¿crees que papá y mamá se opondrán a nuestra relación?
Celia pensó unos segundos antes de responder:
—Eso dependerá de los enfrentamientos que hayan tenido papá y Enrique Balmori antes de que formalicéis lo vuestro, porque cualquier día se declararán la guerra y, en ese caso, hermanita,

creo que lo tendrás muy complicado.
Sofía le arrojó la almohada, lo que dio lugar a un rato de diversión y risas en el que los almohadones de sus respectivas camas volaron por el aire de la habitación antes de caer al suelo o estrellarse en una de sus cabezas. Finalmente se quedaron a oscuras, la menor de ellas evocando el rostro de Carlos Balmori, por quien siempre había sentido algo muy especial. Y Celia preguntándose qué le estaba pasando, porque lo que le sucedía con Beltrán Villanueva era algo que le quitaba el sueño, no sabía cómo catalogarlo. ¿Estaba enamorada? ¡Imposible, vaya tontería, si lo odiaba! Lo único cierto y seguro era que la presencia del hombre hacía vibrar algo en su interior, algo nuevo, desconocido, desconcertante y muy placentero.

CAPÍTULO 15

Celeste miraba a su bebé con evidente desazón. El niño estaba sofocado y sudoroso tras un nuevo ataque de tos, sobrevenido hacía unos minutos. Los ataques habían comenzado tres días antes, pero cada vez eran más violentos y frecuentes. Ahora, la criatura acababa de vomitar entre alarmantes toses y violentas sacudidas. La abuela lo miraba con la resignación pintada en el rostro, pues había visto morir a tres de sus hijos cuando aún no habían comenzado a caminar, e intuía que su bisnieto sería una víctima más de las múltiples enfermedades que amenazaban, como siniestras sombras, a los lactantes.

— ¡Abuela! —Las lágrimas rodaban, silenciosas, por las mejillas encendidas de la chiquilla— ¡No puedo verlo sufrir así!

—Hija mía, si es la voluntad de Dios, habrás de aceptarlo. Yo perdí a tres hijos antes de que tu madre viese la luz de este mundo, hay que resignarse.

—No —negó la joven, sacudiendo la cabeza—, no he defendido la vida de mi hijo contra viento y marea para resignarme: que Dios haga lo que quiera, pero antes, yo haré cuanto pueda por salvarlo.

La abuela la miró, asustada:

— ¡Celeste! ¡Lo que acabas de decir es una blasfemia!

—No, abuela, soy su madre, y Dios ha de comprender que quiera hacer cuanto esté en mi mano para salvarlo. Llamaré a doctor.

— ¿Y con qué lo pagaremos, infeliz? —replicó la mujer, atormentada.

—Con lo poco que he logrado ahorrar. Nos quedaremos sin nada, pero ya saldremos adelante. Ahora, lo único que quiero es que mi hijito sane.

En ese momento, la niña a la que Celeste amamantaba comenzó a toser también. La abuela se retorció las manos, nerviosa:

— ¿Te has fijado que ella también tose? Desde ayer.

Celeste permaneció en silencio. Sí, se había dado cuenta. Y estaba aterrorizada, pues no quería ni pensar en las consecuencias que tendría que la niña hubiese enfermado por su culpa. Se puso una toquilla sobre los hombros, dispuesta a salir:

—Voy en busca del doctor, abuela. Cuídalos, no tardaré.

Sin embargo, al cabo de un rato Celeste regresó sola:

—El doctor había ido a atender una urgencia, pero le he dejado el recado a su esposa.

—Si no se le olvida…—respondió la abuela, cabizbaja.

—No lo creo, ¿por qué se le habría de olvidar?

La abuela la miró con ojos tristes:

—Parece mentira, hija, que aún no hayas aprendido cómo funciona el mundo. Si el doctor llega cansado, quizás no tenga ganas de sacrificar su descanso por un pobre.

—Me niego a creer que el doctor haga algo así, abuela. ¡Mi hijo es sólo un bebé indefenso! ¿Cómo podría negarle el auxilio?

— ¡Ay, hija! —Respondió la abuela, con gesto dramático— quienes nunca han vivido la miseria, son incapaces de comprender el sufrimiento de los pobres. «Ya tendrán más hijos», he oído decir en alguna ocasión. Los hijos de los pobres son como los frutos, si un año viene helada y mueren

las flores, se resigna uno pensando que, la primavera venidera, habrá cosecha.
Celeste calló, estaba demasiado preocupada para atender las razones derrotistas de su abuela. Desde que el señorito Jaime hizo lo que hizo con ella, había dejado de ser una niña. Ahora comprendía que quien tiene el poder en su mano, doblega voluntades, también quien tiene el dinero. Pero había aprendido a pensar de una forma nueva y poderosa, pues estaba convencida de que si se empeñaba en salir adelante con su hijo, lo lograría. Y estaba dispuesta a defender a ese pequeño, fruto de la peor y más humillante experiencia de su corta vida, costase lo que costase. Habló al fin, con rotundidad, sin dar posibilidad a la réplica:
—Si él no viene, volveré a buscarle. Y si le parece demasiado esfuerzo caminar hasta aquí, yo le llevaré al niño.
Tal y como Celeste predijo, la abuela calló.
Desmintiendo los peores augurios de Ludivina, el doctor se presentó en la humilde vivienda cuando ya Celeste se disponía a salir en su busca. Era un hombre práctico y resuelto, que trataba a sus pacientes como a máquinas, con una asepsia que quedaba muy lejos de la dosis de humanidad que éstos necesitaban. Su esposa le había dado el recado, y él se había limitado a cumplir con su obligación de acudir.
Después de examinar detenidamente al pequeño, que acababa de sufrir otro violento ataque de tos, emitió con profesional indiferencia el temible diagnóstico:
—Su hijo tiene tos ferina, coqueluche, que dicen los galos.
— ¿Tos ferina? —Celeste tomó asiento en un taburete, estaba cansada, nerviosa y ahora, devastada por la noticia. Carecía de conocimientos acerca de las enfermedades infantiles, pero aquella, la tos ferina, era popular entre las causantes de los más elevados índices de mortalidad. La chica se cubrió la cara con ambas manos, derrotada.
En ese momento, el niño comenzó a toser de nuevo. Era tal el acceso, que vomitó los últimos restos de alimento que aún quedaban en su estómago. La violencia de la tos provocó que la carita se le congestionase, al tiempo que los labios se tiznaban de un ligero color azulado.
— ¡Doctor, ayúdelo, por favor! —Suplicó la joven, entre lágrimas — ¿Qué se puede hacer?
—Me temo que nada, jovencita— respondió el doctor con una indiferencia muy profesional que, aun así, helaba la sangre—. Tan sólo seguir alimentándolo, para que entre acceso y acceso, al menos asimile algo de alimento. Y confiar en que su organismo gane la batalla a la enfermedad. Puede darle un cocimiento hecho con hojas de castaño, algo alivia.
— ¿No hay ningún otro remedio? —preguntó Celeste, suplicante.
El medico movió la cabeza a un lado y a otro, negando. Pero la joven madre, cada vez más desesperada, era ahora una fiera que comenzaba a revolverse, inquieta, en su jaula:
— ¿Nada puede ayudar a calmar esa tos terrible? ¡No le creo, doctor!
La abuela, que seguía la conversación en actitud sumisa y resignada, dio un pequeño respingo, mientras el doctor, sin rebajar ni un ápice su indolencia, respondió con seguridad:
— Pues créalo, jovencita, no hay nada a su alcance.
Ante semejantes palabras, la fiera inquieta que Celeste llevaba dentro se preparó para el ataque:
—Doctor, permítame una pregunta: si yo fuese una madre adinerada, ¿habría algo para curar a mi hijo?
El doctor esta vez asintió, de nuevo con la cabeza. Parecía un autómata programado para elaborar respuestas escuetas y certeras, libres de la confusa influencia de los sentimientos:
—Si usted pudiese pagarlo, joven, le pondríamos un novedoso tratamiento con adrenalina.
Celeste lo miró. En su semblante no había odio, ni rabia. No había tampoco ningún deseo de fulminarlo con la mirada, tan sólo había una curiosidad inmensa por conocer la respuesta a la

pregunta que le rondaba la cabeza: ¿cómo podía, un ser humano dedicado al cuidado del resto de los seres humanos, dejar de lado los sentimientos con tanta facilidad? Un largo silencio invadió la pequeña estancia, tan sólo roto por el ataque de tos de la niña que descansaba plácidamente en la cuna, y de cuya presencia el doctor no se había percatado hasta ese momento. Miró hacia el pequeño bulto:
— ¿Y ese bebé?
—Soy su nodriza, doctor.
—Pues sáquelo inmediatamente de aquí. Poco sabemos de la coqueluche, pero sí que es tremendamente contagiosa. Aunque veo que tose, por lo cual me temo que es demasiado tarde, ya estará infectada.
Celeste comprendió que, al problema de su hijito enfermo, se sumaba ahora la terrible circunstancia de que, sin los pequeños ingresos de su trabajo como nodriza, estarían abocadas, definitivamente, a la indigencia. Pero no podía poner en peligro la vida de la niña, así que asintió sin más.
—Ha de informar a los padres, que mantengan aislada a la criatura, no deseamos que el caso de su hijo se convierta en una epidemia que arrase con todos los lactantes de los alrededores. En fin, joven, le deseo mucha suerte—dijo el doctor, cerrando su maletín—. No le cobraré por la consulta, tengo estipulada una caridad diaria, y hoy le ha correspondido a usted.
Celeste, nerviosa, asustada, preocupadísima y sin el más leve indicio de ceder a la resignación, le detuvo:
— ¡Espere! — el doctor se volvió, quizás esperaba que la joven madre le agradeciese haber sido la beneficiaria de su gesto altruista diario, pero se sorprendió al ver su petición:
— Tráigame esa medicina que me ha dicho.
— ¿La adrenalina? ¡Oh, eso no puede pagarlo, joven! —y por primera vez, una sonrisa asomó al rostro impertérrito del doctor, una sonrisa irónica y petulante.
— ¡Por favor, doctor! —Celeste le retuvo, sujetándolo por la manga del abrigo ante la mirada inquieta del impasible médico— ¡Haré lo que me diga! ¡Iré a su casa a limpiar, a cocinar, a planchar, a lo que deseen! ¡Todo el tiempo que quieran!
El hombre hizo un antipático gesto para zafarse de su agarre:
—Ya tenemos sirvienta, jovencita, no necesitamos más. Y entienda que las cosas son como son, yo no las he inventado. Esa medicina cuesta muy cara, ya bastante he hecho con regalarle la consulta, no voy a poner mi dinero para que traigan la adrenalina. Así es la vida, y cuanto antes lo aprenda, mejor será para usted.
De pronto, otro ataque de tos le hizo a Celeste volverse hacia el pequeño moisés donde dormía su hijo. Lo cogió, sin fuerzas ya para soportar la terrible visión del sufrimiento de la criatura. La joven madre rompió a llorar, pero esta vez no lo hacía en silencio: sus lágrimas iban acompañadas de un quejido inquietante que provenía de su boca de dientes apretados. Era la expresión de la rabia, de la desagradable sensación de impotencia y desesperación. Sin pensarlo, dejó al niño en brazos de esa espectadora pasiva que era su abuela, y se dirigió a uno de los rincones de la estancia, donde el suelo de tierra estaba tapado por una única baldosa de barro. Se agachó, la levantó y quedó al descubierto un hueco, de donde extrajo una pequeña bolsita de terciopelo azul, manchada de tierra. El doctor ya entornaba la puerta para cerrarla tras él, cuando Celeste le detuvo de nuevo:
—Puede cobrarse con esto—le dijo, mientras depositaba sobre la palma de su mano el contenido de la bolsita, un anillo de oro y brillantes que relucía, provocativo, a la última luz del atardecer.
El doctor abrió mucho los ojos, antes de decir:

— ¿De dónde lo ha sacado?
—Eso a usted le da igual. Cójalo, y con lo que le den por él, pague la medicina.
Mientras, la abuela miraba la escena aterrorizada: Celeste, presa de la desesperación por salvar a su hijo, no era consciente de las graves implicaciones de lo que acababa de hacer, pero ella sí. Por eso no se sorprendió ante la reacción del médico:
—No pienso apropiarme de un objeto de dudosa procedencia. Chiquilla, la desesperación acaba de ponerla en una situación comprometida: me veo obligado a esclarecer la procedencia de ese anillo, pues de lo contrario, puedo ser el involuntario cómplice de un delito. Respóndame: ¿De dónde lo ha sacado?
—Me lo dieron, pero eso ahora carece de importancia, señor. ¡Lo que importa es el sufrimiento de mi hijo! ¡Acéptelo! —suplicó Celeste, intentando en vano que el hombre tomara el anillo.
— ¡No pienso ni tocarlo! ¿Cree usted que estoy loco? ¡Ese anillo es robado! ¿Quién, sino, y por qué, habría de dárselo?
La abuela, aterrada, se atrevió a intervenir:
—Es cierto, señor, es un regalo.
— ¡Y usted qué va a decir! —replicó el médico, airado—. Me voy, pero le advierto que he de cumplir con mi obligación.
Esta vez, el doctor, muy enfadado, logró salir de la casa sin que Celeste lo abordase, pues la joven comprendió que no había nada que hacer. En cuanto el hombre abandonó la estancia, ella cayó sobre el taburete, derrotada. Aun viéndola así, la abuela no pudo evitar echarle una regañina:
— ¡Celeste! ¿Estás tonta, o qué? ¡No sabes lo que has hecho!
La chiquilla la miró a través de sus ojos vidriosos:
—No me importa, abuela, tenía que intentarlo.

CAPÍTULO 16

Hacía ya varios meses que, de no haberse dado las circunstancias que lo evitaron, Celia debería ser una mujer casada. Con el poso del tiempo sobre las heridas ya cicatrizadas, la joven había desterrado de sus sentimientos la decepción sufrida con Jaime Solís, al que, en algún momento de su noviazgo, creyó el elegido para compartir su vida. Se daba cuenta de lo ciega que había estado, y cada día valoraba más el gesto de Silvia, y la valentía que tuvo al enviarla aquella carta, tan reveladora de la verdadera personalidad de Jaime Solís. Nunca podría agradecérselo bastante, y estaba segura de que muchas otras personas, carentes de la integridad de su amiga, hubiesen mirado hacia otro lado, desentendiéndose del asunto sin remordimientos. Celia estaba convencida de que, si aparecía un hombre que la amase de verdad, nada de lo sucedido tendría importancia para él.

Aquella tarde había salido a dar un paseo, le gustaba enfrentarse a sus pensamientos y, en solitario, rodeada de naturaleza, intentar aclarar sus ideas. Se sentía libre, cada vez más aliviada al comprender que nunca tendría que soportar el tacto indeseado de Jaime Solís sobre su piel. Ahora sabía qué se debe sentir por alguien con quien se compartirá, cada noche, la cama. Imaginó a Beltrán abrazándola en la oscuridad, y la explosión de emociones hizo brotar lágrimas cristalinas de sus bellos ojos, los cuales cerró paras sentir en sus mejillas el contacto del aire otoñal sobre su piel, imaginando que era la mano poderosa del marqués quien la acariciaba. Únicamente a solas era capaz de confrontar sentimientos, lavarse el alma y comprender, sin medias tintas, que estaba enamorada de un imposible. Porque Beltrán Villanueva era un ser detestable que, sin embargo, acaparaba sus pensamientos día y noche y sólo con evocar su rostro, temblaba de emoción.

Sin ella saberlo, a escasos metros de donde se encontraba, Beltrán Villanueva, a lomos de Bayard contemplaba el inminente atardecer con ojos soñadores. Necesitaba despejarse, tomar el aire fresco y dejar de pensar en Celia, la mujer que, día y noche, ocupaba sus pensamientos.

«Lástima que no tenga la calidad humana de su hermana Silvia», pensaba Celia en ese momento, mientras se alejaba para continuar con su paseo, sin poder sacarse el rostro de Beltrán de la cabeza. “Lástima que sea tan inaguantable», pensaba Beltrán en ese mismo instante, mientras se alejaba, con el corazón encogido, al percatarse de que era imposible olvidarse de ella.

Tras en infructuoso paseo, pues lejos de aclararse las ideas estaba aún más confusa, llegando a casa Celia vio aparecer el coche de los Villanueva. Era el landó pequeño, de un solo caballo y descubierto, y Silvia llevaba las riendas. Detuvo el carruaje en cuanto la divisó a unos metros:

—Celia, menos mal que te he encontrado. ¿Puedes acompañarme? Parece que hay un problema grave con Celeste.

— ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. La única información que tengo me la ha dado la cocinera. Algo le han contado, pero ni siquiera sabe si es cierto, o se trata tan sólo de un bulo de los muchos que suele inventar la gente cuando están aburridos.

— ¿Y qué hacemos?

—Acompáñame, por favor. Averigüemos lo sucedido, si es que realmente ha sucedido algo.

—Espera, debo avisar que ya estoy de vuelta, saben que he salido, y se preocuparían si no lo

hago.
— ¿No te pondrán pegas para que me acompañes? Creo que eso de que hagamos de abogadas de las causas perdidas no le gusta demasiado a tu madre, algo de eso me insinuó Sofía.
—Razón no le falta a mi hermana, así que no contaré nada, será lo mejor. Diré que vamos a Avilés, sólo eso.
—Date prisa, por favor. Si es cierto, esa chiquilla necesitará nuestra ayuda, por desgracia creo que somos su único apoyo.
Tal y como le dijo a su amiga, Celia no comentó dónde iba. Sólo le pidió a Crispina que le comunicase a la señora que ya estaba de vuelta de su paseo, pero que salía de nuevo con la señorita Silvia Villanueva. Beatriz odiaba esa costumbre de su hija de ir de un lado a otro sin la compañía adecuada. Dos mujeres solteras de buena familia no deberían ir nunca sin un acompañante de la familia que velase por su reputación. Aquello de montarse en un carruaje sin conductor, coger las riendas y salir por ahí sin vigilancia era algo que su hija no debería hacer. Adoraba a Silvia, era una buena chica de una excelente familia, pero el hecho de que fuese huérfana, había propiciado cierta relajación —abandono incluso— de las normas, porque según le había comentado Celia, se había criado con su aya, una encantadora mujer que la adoraba y la educaba sin demasiado rigor, lo cual nunca era bueno. Y por eso la gente comentaba, pues a pesar del título de la familia y de su indiscutible posición, eran esos pequeños detalles los que, unidos a las constantes ausencias del hermano, propiciaban las críticas de los más conservadores. Beatriz pensaba que Celia, en sus condiciones —había dado un sonoro plantón a su prometido el día de la boda— no debía perpetuarse en conductas que la mantuviesen en boca de los criticones, que eran muy abundantes, pues de seguir así, las posibilidades de encontrar un esposo a la altura de su belleza y posición acabarían mermando drásticamente. No quería ni pensarlo, pero cada vez estaba más convencida de que su adorada hija estaba abocada a un destino muy parecido al de su hermana Marta. Y aunque en el caso de Marta esa decisión había sido voluntaria, Beatriz no se creía del todo sus argumentos, esos que enarbolaba de cuando en cuando, clamando a los cuatro vientos lo feliz que era sin ataduras ni más responsabilidades que malcriar a sus cuatro sobrinos, y que, de tener sus propios hijos y un marido, nunca podría haber viajado como secretaria personal y traductora de Álvaro, ni habría conocido las maravillosas ciudades europeas a las que los negocios les habían llevado.
Ahora, Beatriz Cruz-Stuart tomaba un baño antes de la cena, en la que hoy contarían con unos invitados excepcionales, unos franceses con los que Álvaro tenía pensado ultimar el negocio más lucrativo del lustro. Los alojarían en el ala de invitados y, al día siguiente, harían de guías turísticos, viajando a los lugares más pintorescos del terruño a bordo del deslumbrante Hispano-Suiza. Así hacía Álvaro los negocios: mucha diversión, buena comida y mejor vino, para que la experiencia mercantil quedase asociada a un halo de bienestar que la hiciese muy difícil de descartar. Mezclar placer y negocios era la especialidad de Álvaro y, a juzgar por los resultados, no se le daba nada mal. Sólo quedaba confiar en que no lloviese, porque el agua desluciría la excursión, «aunque estas tierras norteñas pierden parte de su encanto si no están pasadas por agua», pensó Beatriz, con una sonrisa.
Mientras Beatriz se relajaba en el baño de espuma, ajena a lo que más tarde sucedería, Silvia Villanueva y su hija Celia acababan de llegar al poblado donde vivía Celeste. La joven dejó el carruaje aparcado en una calleja, y después de localizar a unos chiquillos desocupados, les prometió un real de recompensa si cuidaban del coche y del caballo.
—He pensado seriamente en comprarme una bicicleta—dijo Silvia mientras caminaban hacia la casa de Celeste—esto del carruaje es poco práctico.

—Yo también lo había pensado, porque lo de aprender a conducir, me parece que no será posible…—Celia sonrió con picardía—Sofía y yo intentamos convencer a nuestro padre, pero comprendo que eso ya es demasiado para él.
Silvia sonrió también, asintiendo:
—Bueno, así al menos tienes posibilidades de que te compre la bicicleta, si le prometes que te olvidarás de lo de conducir.
Ambas rieron como chiquillas. Ya estaban llegando cuando se toparon con una de las vecinas, que las miró con desagrado. No sólo eran las gentes de postín quienes no veían con buenos ojos las modernas costumbres de aquellas dos jóvenes de pasearse a su aire sin la compañía adecuada, también los más humildes lugareños las miraban desairados, como si se sintiesen recompensados por poder ejercer, al menos, su derecho a afear esa falta de rigor en los usos y costumbres. Silvia lo llamaba su particular «derecho al pataleo». La mujer no dejaba de mirarlas, como si la molestase el simple hecho de que pisasen las calles del humilde barrio. Cuando vio dónde iban, se armó de valor y las abordó:
—Disculpen la señoritas, pero no creo que la señora Ludivina esté para visitas, por muy afables que éstas sean.
Silvia la miró con el ceño fruncido:
— ¿Por qué dice eso?
La mujer se alegró de poder ser ella la portadora de la noticia, apenas pasaban cosas por allí, y lo sucedido era digno de contar:
—La guardia se ha llevado a su nieta Celeste.
Ambas jóvenes se miraron, y Silvia, sin esperar más, golpeó en la puerta de la casa:
— ¡Señora Ludivina, ábrame, soy Silvia Villanueva!
Al cabo de unos segundos eternos, y ante la mirada expectante de la mujer, más preocupada por el espectáculo que por las tristes circunstancias de su vecina, la abuela de Celeste abrió. Sólo entornó un poco la puerta, dejando ver claramente su voluntad de que no pasasen, por muy señoritas que fuesen. Silvia dirigió la conversación:
— ¿Dónde está Celeste, señora? ¿Es cierto lo que nos acaba de decir esta mujer?
La señora Ludivina asintió con la mirada vidriosa. Su desesperanza era tal, que casi se podía tocar.
— ¿Qué ha pasado? ¡Déjenos entrar, por favor!
La abuela de Celeste llevaba demasiados años sirviendo y fue incapaz de desobedecer la petición de alguien que estaba por encima de ella en el escalafón, aunque creyera que era la señorita Quirós y su regalo envenenado quienes habían llevado la desgracia a su casa. Así que sumisa y rendida a la pleitesía, entornó la puerta del todo para que entrasen.
Dentro, el panorama era desolador: la lumbre estaba apagada, y un frío desagradable y húmedo penetraba hasta los huesos. En la cuna, el bebé de Celeste dormía un sueño inquieto, y cuando Celia se acercó a verlo, la mujer la detuvo, agarrándola de la manga:
— ¡No lo despierte, señorita, por caridad! Está enfermo, y acaba de quedarse dormido—. La mujer se dejó caer sobre el taburete, apoyó los codos en la mesa y se entregó a un llanto sosegado. Sacó del bolsillo del delantal un pañuelo mugriento, con el que secó las lágrimas de unos ojos que comenzaban a nublarse con la sombra de las cataratas.
Silvia se encaminó a la lumbre:
— Ludivina, voy a encender un buen fuego, y mientras, explíquenos qué ha pasado.
La mujer estaba tan abatida que apenas tenía fuerzas para hablar. Resumió sin ganas y con escasos detalles lo sucedido:

— El *nenu* enfermó, señoritas. Y Celeste llamó al doctor. Como no tenía para pagar las medicinas, le ofreció el anillo que usted le dio—dijo mirando a Celia—. Entonces el doctor la acusó de haberlo robado y llamó a la guardia. ¡*Lleváronla*! —gimió la mujer.
Al oír lo sucedido con el anillo, Celia se había llevado una mano a la boca, mientras los ojos de Silvia descargaban en ella un reproche mudo, «te lo advertí».
De pronto, el bebé comenzó a llorar, y la tos se apoderó otra vez de su cuerpecillo indefenso. Las dos jóvenes se miraron aterradas. Fue Celia quien lo sacó del moisés y lo sujetó con firmeza contra su cuerpo, contemplando atónita la congestión en la cara del lactante.
— ¡Esta criatura necesita un médico, por Dios! —Gritó— ¿Han separado a este niño enfermo de su madre? ¡Esto es una locura! ¡Por favor, Silvia, trae al doctor! —suplicó Celia.
—Me voy a buscarlo, este niño no puede seguir así.
Silvia salió a la carrera. Como no había tiempo que perder, decidió coger el carruaje, ante las protestas airadas de los niños, que vieron evaporarse los reales prometidos.
Mientras, Celia seguía con el niño en brazos. Por suerte, la leña que Silvia había echado en la lumbre había prendido, y aunque no tenía la menor idea de cómo atender un fuego, pues siempre había alguien que lo hacía por ella, resolvió alimentarlo con más leña en cuanto el niño acabase de toser.
—Fue el anillo, señorita. Él nos trajo la desgracia. Ignoro de dónde proviene, pero le digo a usted que está maldito—A continuación, Ludivina se acercó a un pequeño estante donde reposaban tres o cuatro tacitas, restos de vajillas que conocieron tiempos mejores. Cogió una de las tazas, a la que le faltaba el asa, la volcó sobre su mano y, tomando entre el pulgar y el índice el aro, se lo tendió a Celia para que lo cogiese.
La joven Quirós, confundida por la inesperada reacción de la mujer, abrió su mano, en cuya palma cayó el anillo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando le rozó la piel. Rememoró el rostro malévolo de Jaime después de arrojárselo con rabia, y sus palabras posteriores, «… *ahora está cargado de odio*». Y pensó por un momento en ese odio, esparciéndose como un gas letal y contaminándolo todo. Guardó la sortija en el bolsillo de su capa y desterró estos pensamiento absurdos para centrarse en la terrible realidad que la rodeaba: la de aquella anciana, sola, con un niño gravemente enfermo al que no tenía con qué alimentar, y cuya nieta había sido arrestada bajo una falsa acusación. Se sintió derrotada y en cierto modo, también culpable, pues de no ser por su anillo de compromiso, nada de eso hubiese pasado. No supo qué hacer ni qué decir para consolar a esa pobre mujer, así que se sentó cerca del fuego con el niño en brazos, rezando todas las oraciones que sabía para que su amiga regresase cuanto antes con el doctor.
Al cabo de unos minutos, en los que Celia intentaba controlar el impulso de morderse las uñas, un nuevo ataque de tos la sorprendió con el niño en brazos. Esta vez fue tan intenso, que el bebé quedó exhausto en sus brazos. Su corazón parecía haberse detenido, cansado ya de soportar los envites de esa tos maligna, y su carita sonrosada se tornó de un perturbador tono azulado. Los ojos de Celia, enormemente abiertos, contemplaban aterrorizados el cuerpecillo desvalido del bebé. Gritó, presa del pánico:
— ¡No te mueras, chiquitín! ¡No te mueras!
Ludivina se acercó, miró a su bisnieto y emitió su juicio sumarísimo:
—El pobre angelito, hijo de la vergüenza. Que el señor lo lleve a su lado, ¡dónde mejor habría de parar!
Celia la miró sin dar crédito y, por un momento, el miedo que la atenazaba se volvió furia contra esa mujer y su improcedente sentencia, contra todos aquellos que se resignaban a aceptar el destino de inocentes desde la comodidad de dejarlo en manos de Dios, sin necesidad de luchar:

—Este niño, señora Ludivina, no es hijo de ninguna vergüenza, sí de un indeseable. Sepa usted, señora, que el padre de esta criatura era mi prometido y que, a causa de lo que le hizo a su nieta, yo me negué a casarme con él.
La abuela la miró con los ojos acuosos, la mirada de quien ha visto demasiado sin salir de los muros de una mísera existencia. Calló, y Celia no supo interpretar su silencio.
Las lágrimas resbalaban ahora por sus mejillas de la joven, tan desesperada, que no sabía cómo actuar. Con el niño en brazos, comenzó a recorrer la pequeña estancia con pasos anárquicos, sin dejar de mirar al bebé, meciéndolo suavemente, como si con ese movimiento pudiese sacarlo del parón vital en el que se empeñaba en caer su débil cuerpecillo. Mientras, Ludivina comenzó a hacer lo único que sabía: rezar, con las manos juntas y la mirada perdida, arrodillada sobre el áspero pavimento de tierra muerta.
En esos momentos Silvia aparcaba el carruaje ante la casa del doctor, un chalecito con un cierto aire alpino, rodeado por un cuidado jardín. Llamó a la puerta, rezando para que no hubiese salido a una urgencia. Abrió una criada, a la que Silvia preguntó de inmediato por él.
—Pase, señorita, y espere un momento, por favor—dijo la sirvienta, indicándole con un gesto de la mano que tomase asiento en un sillón, pero Silvia rechazó el ofrecimiento con una negativa de cabeza, estaba demasiado nerviosa para sentarse.
Enseguida apareció el hombre, sacudiéndose las migas de la merienda que, sin duda, ella acababa de interrumpir.
—Señorita Villanueva, ¿qué la trae por aquí?
—Quiero que venga a atender a un niño muy enfermo, doctor —dijo ella con inusual dureza, porque no estaba para cortesías, y menos, con él.
—Bien. ¿Y puede decirme quien es el niño en cuestión?
—El hijo de una sirvienta llamada Celeste, me temo que ya sabe usted a quien me refiero.
El doctor lo había sospechado de inmediato, pues sabía que la señorita Villanueva era la benefactora de los más desfavorecidos en varios kilómetros a la redonda, una jovencita rica, desocupada y caprichosa, a la que le había dado por ejercer la caridad en lugar de comprarse sombreros, una excentricidad como otra cualquiera, porque la hermana del marques tenía fama de ser un poco estrafalaria en sus costumbres. Decidió no tomarla demasiado en serio:
—Disculpe, joven dama, pero ese lactante al que se refiere ya ha sido visitado por mí. Además, he de decirle que ha sido agraciado con mi buena acción del día, no le he cobrado a su madre por la consulta.
Silvia ardía por dentro. ¿Hablaba en serio ese miserable? Aun así, decidió mantener la calma, porque no le convenía enfrentarse a él, le necesitaba en casa de Celeste.
—Señor, ¿pude decirme cual ha sido su diagnóstico?
El doctor, muy digno, contestó:
—Secreto profesional, señorita Villanueva. A ese respecto, no estoy autorizado a revelar las enfermedades de mis pacientes.
—Mire, doctor—dijo Silvia con más contundencia de la que hubiese deseado, porque comenzaba a perder la paciencia—: ese pequeñín parece muy enfermo, estoy segura de que necesita la medicación que le ha negado a su madre esta mañana. A mí no me la va a negar, porque yo sí voy a pagársela.
— ¡Cómo se atreve, señorita! —dijo el hombre, muy indignado—.Por mucho que se empeñe, no voy a ir con usted, ese paciente ya ha sido visitado.
Ahí estaba la reacción que Silvia tanto temía, que el hombre se obstinase en no acompañarla. Si no estaba equivocada, el médico era un tipo prepotente sin un ápice de humildad, incapaz de

doblegarse ante la imposición de una mujer. Por eso, se vio obligada a hacer uso de la coacción:
—Pero ha empeorado, así que su obligación como médico es repetir la visita. Y le aconsejo que no se niegue, doctor: mi hermano, el marqués de Ribadeo, es hombre de leyes, y de los buenos. No quisiera estar en su lugar si ese niño muere por falta de atención médica.
El médico se lo pensó. Aquella gente tenía mucho poder, demasiado, mucho más del que aparentaban. Y como era un tipo listo, decidió acompañarla y no empeorar la situación, ya tendría tiempo de poner en su sitio a esa señorita rebelde y pretenciosa. Cogió su sombrero y salió de la casa poniéndose el abrigo. Al ver el coche de los Villanueva aparcado, le dirigió a Silvia una mirada inquisitiva, que ella comprendió a la primera:
—Lleve su caballo, o su carruaje, no me haga regresar para traerle en plena oscuridad, recuerde que soy una señorita—dijo Silvia, aunque el doctor no supo captar la ironía de sus palabras.
Cuando Silvia regresó, Celia abrió sin demora, la estaba esperando como agua de mayo:
— ¡Dime que traes al doctor! ¡El niño no respira apenas! —casi suplicó. A Silvia no le extraño su tono lastimero cuando contempló al bebé.
—Tranquila, viene conmigo, está atando al caballo.
Enseguida entró el médico. La mirada de la señora Ludivina sólo reflejaba indiferencia, ya no tenía esperanzas de que nadie pudiese hacer algo por el bebé. A Celia, sin embargo, se le iluminó el rostro al verle allí.
— ¡Está muy enfermo, doctor! Pero creo que aún respira —le dijo la joven Quirós.
—Déjeme, mujer—la apartó el médico sin miramientos—.Como le dije a su madre esta mañana, tiene coqueluche. La única posibilidad es administrarle adrenalina, pero es una sustancia que yo no tengo en mi consulta. También se le podría administrar cloroformo, pero el riesgo, en un paciente tan pequeño, es extremo.
Ambas jóvenes se miraron.
— ¿Cuánto tardaría en llegar la adrenalina? —preguntó Celia.
—Con suerte, podría estar aquí pasado mañana. Para entonces, no sé si serviría de algo…
Celia le miró, su cara estaba roja de ira:
— ¿Cómo puede hablar con tanta tranquilidad de la vida de un niño? ¡Vamos a hacer lo imposible, doctor!
Entonces intervino Silvia:
—Vaya a la mina, allí tienen teléfono. Comunique con quien crea que debe hacerlo para que envíen con urgencia el fármaco, por el dinero no se preocupe, yo me hago cargo de todos los gastos.
—Pero señoritas—dijo el médico, después de carraspear levemente, como si temiese las consecuencias de lo que iba a decir—no es tan sencillo como ustedes pretenden.
Silvia se acercó a él, y mirándole con dureza le dijo:
—Se lo he advertido, doctor. Así que muévase, haga todo cuanto le hemos dicho, porque si este pequeño muere, va a estar usted en una situación muy complicada.
El hombre salió de allí sin mirarlas, conteniendo la ira que le producía recibir órdenes amenazantes de una jovencita. Tras la ventana, se aseguraron de que enfilaba su caballo rumbo a la mina. Ahora debían esperar, pero la espera iba a ser larga y tensa. Al menos eran dos para turnarse atendiendo al niño y dándose consuelo, porque era descorazonador aguantar, sin poder hacer nada, los ataques furibundos de tos. Celia temblaba, pues estaba convencida de que el organismo exhausto del pequeño no aguantaría demasiado.
—Me dan ganas de ir tras él—advirtió Silvia. Quiero asegurarme de que lo deja todo resuelto para que la adrenalina esté aquí lo antes posible.

— ¡No me dejes, Silvia, por favor! —suplicó Celia en tono lastimero. El niño estaba muy grave, y sabía que no tendría la presencia de ánimo necesaria para afrontar el peor de los escenarios, la muerte del bebé. Pero su amiga la tomó por los hombros, y la habló con firmeza:
—Celia, un desalmado como ese doctor no es de fiar. Es importante que nos aseguremos de que haga lo que le hemos dicho, la vida del niño depende de ello. Tú eres fuerte, sabrás cómo actuar.
Celia asintió, resignada, sin siquiera acordarse de que la tarde comenzaba a dar paso a la noche cerrada, y en casa no había advertido de su ausencia.
Cuando Silvia salió, dejándola sola con el niño y Ludivina, ésta comenzó a lloriquear. Celia se acercó a ella, y puso su mano sobre el hombro de la mujer:
—No llore, señora, ya verá como todo se soluciona.
— ¡Ay señorita! No se crea que no estoy curtida en desgracias, cuatro hijos se me murieron, tres de ellos, *nenus* como este de mi nieta, niños de teta. ¡Pero lo de Celeste! ¡Mi pobre niña! No quiero ni pensar en lo que estará sufriendo la *pobrina*, lejos del *nenu* enfermo.
—Ya pensaremos en cómo ayudarla, no se preocupe. Yo le di ese anillo a Celeste, y nadie va a dudar de mi palabra, no tienen por qué hacerlo. Así que, en cuanto todo se aclare, su nieta volverá a casa. Pero ahora, lo más importante es que este niño…—Celia estuvo a punto de decir «no muera», pero fue incapaz— se cure pronto.
— Que Dios la oiga, señorita.

Beatriz ya se había vestido para la cena y, en ese momento, la estaban peinando.
— ¿Así le parece bien, señora? Este recogido con los rizos cayendo a los laterales le sienta de maravilla, si me permite que se lo diga.
—Gracias, Adela. Así está bien, aún he de elegir la ropa que me pondré, no lo tengo claro todavía—la criada asintió con la cabeza, y ya iba a salir, cuando la señora la detuvo:
—Adela, ¿puede llamar a la señorita Marta, por favor?
Enseguida entró Marta, que aún estaba sin peinar. Ella, por supuesto, estaría presente en la cena, pues su papel como traductora había sido imprescindible para trabar las buenas relaciones que Álvaro había forjado con los invitados de esa noche, potenciales inversores.
— ¡Estas guapísima, Beatriz! ¡Mírame, aún estoy sin peinar!—se quejó Marta, haciendo una graciosa mueca con su cara ante el espejo.
— ¿Me ayudas a decidir el vestido? Tú conoces mejor que yo a nuestros invitados, y sabrás aconsejarme respecto al estilo por el que debo inclinarme. No quiero parecer en exceso clásica, pero tampoco pecar de estrafalaria.
—Yo me pondré el vestido azul, el de las mangas con bordados, ¿Sabes cuál te digo? — Beatriz asintió con la cabeza—.Puede servirte de guía, ese estilo creo que será de su agrado.
— ¿Llamamos a Celia? No suele equivocarse cuando le pido opinión. No es pasión de madre, pero tiene muy buen gusto.
—Lo sé, Beatriz, tenemos una hija y una sobrina con una elegancia natural digna de una reina—sonrió Marta—. Voy a buscarla.
La esposa de Álvaro Quirós había sacado dos vestidos del armario, que Crispina sujetaba entre sus brazos mientras la señora revolvía entre los trajes colgados, en busca de un tercero. En ese momento, Marta apareció de nuevo:
—Beatriz, no sé dónde está Celia: ni en la biblioteca, ni en la sala, ni en su dormitorio.
—Crispina, fuiste tú quien me dio el recado de que la señorita Celia había vuelto a salir con su amiga, ¿no es así?

—Sí, señora.
— ¿Y aún no ha regresado?
—Lo desconozco, señora, he estado con la gobernanta en el comedor, ultimando los detalles para la cena de esta noche.
—Crispina, baja y pregunta a las demás, a ver si alguien tiene constancia de su regreso.
La criada inclinó ligeramente la cabeza y salió a obedecer el encargo de doña Beatriz.
—Esta niña me trae de cabeza con sus idas y venidas. Voy a hablar con Álvaro, a ver si él es capaz de imponerle un poco de autoridad, porque me parece que a mí no me toma en serio.
—Beatriz, es normal que entre y salga con su amiga, son jóvenes, inteligentes y sensatas, no le veo nada malo a esas idas y venidas de las que tanto te quejas.
—Pues yo sí, Marta, porque como siga así, no va a haber ni un solo joven recomendable que la pretenda.
— ¿Ya estás otra vez con eso? ¿No aprendiste nada del error que hubieses cometido si llegas a casarla con Jaime Solís?
— ¡Te dejas llevar por las milongas de tu sobrina! Seguirla la corriente no la ayuda en nada, Marta.
—Tampoco la ayudará que trates de cortarle las alas con la pretensión de que encuentre un buen marido. No quiero ni pensar que otro Jaime se cruce en su camino.
—Basta ya, Marta. Ahora necesito que Celia aparezca de una vez, no estamos en condiciones de suspender la cena porque a la niña le haya dado por hacer locuras con su amiga Silvia.
Pero al cabo de media hora, todavía no se sabía nada de Celia. Álvaro Quirós, al conocer la ausencia de su hija, comenzó a moverse por la habitación como una fiera inquieta, mientras Beatriz insistía en decirle que era demasiado blando con ella. Sofía tampoco sabía nada del paradero de su hermana. Sólo Marta, que conservaba la cabeza fría, fue capaz de aportar una solución sensata:
—Álvaro, manda a alguien a casa de los Villanueva, quizás sepan a dónde fueron Celia y Silvia.
—Tienes razón. Enseguida envío al cochero. Mientras, bajemos y hagamos de tripas corazón, nuestros invitados están a punto de llegar.
Beatriz se puso uno de los vestidos elegidos y terminó de arreglarse sin ganas, estaba demasiado preocupada. Por suerte, tenía a Marta con ella. Su hermana pequeña, a pesar de serlo, siempre había sido su gran apoyo, el hombro en el que llorar y la persona que mejores consejos le daba. Salió de la habitación con el consuelo de saberla abajo, compartiendo su intranquilidad.

Cuando Silvia regresó, Celia estaba hecha un manojo de nervios. A la preocupación por el estado del niño, se sumaba la inquietud de pensar en su familia, que estarían preguntándose qué le habría pasado. Sabía que hoy, en su casa, se celebraba una cena que debía ser muy importante para su padre, pues en la cocina llevaban casi dos días de preparativos.
—Me atrevo a aventurar que está todo solucionado. He sido testigo de cómo el médico llamaba al hospital de Oviedo, y creo que antes de que amanezca, la adrenalina estará aquí— dijo Silvia con el rostro iluminado por la esperanza. Ludivina, agotada por los acontecimientos de un día demasiado intenso, se había quedado traspuesta en el mismo taburete en el que se había sentado al calor de la lumbre. El niño dormía, aunque no sabían cuánto tiempo tardaría en despertarle otro ataque de tos.
—Pero el doctor, ¿no se ha enfadado contigo por seguirle? —comentó Celia, extrañada.
—Claro que se ha enfadado, se ha puesto hecho una fiera, pero me he mantenido firme. Ese hombre no debería ejercer la medicina, es insensible al sufrimiento ajeno y la gente, cuando llama al doctor, necesitan la calidez de un trato humano, además de una asistencia profesional.

—Bueno, al menos el medicamento está en camino. Y ahora, ¿qué hacemos? Creo que en mi casa estarán muy preocupados, Silvia.
—Pues no sé, a mí me gustaría quedarme para asegurarme de que la medicina llega y el doctor se la administra al niño. Por si acaso, le he advertido que estaría aquí, esperándole. Si quieres, te dejo mi coche para que regreses.
—Con ganas me quedaría a tu lado, Silvia, pero me temo que me espera una buena regañina. Me voy con tu coche, espero que ese caballo tuyo me obedezca.
—Vete, Celia. Si puedes, regresa por la mañana. Si no es posible, encontraré un coche de alquiler para que me lleven, no te preocupes.
— ¿Y tu hermano? ¿No se preocupará por ti?
Silvia se mordió el labio, compungida.
—Me temo que sí, Celia. Pero se me ocurre algo, ¿podrías avisarle cuando llegues a casa, y decirle que estoy aquí?
—No te preocupes, enviaré a alguien con el recado.

No hizo falta, porque las jóvenes desconocían que el chófer de los Quirós se había presentado en casa de los Villanueva, y que Rosita le había dicho que habían ido a Arnao, a una casa donde Silvia solía llevar la caridad. Beltrán, que estaba a punto de preguntar por su hermana, pues aún no había bajado a cenar, oyó la conversación.
— ¿Qué sucede, Rosita?
—Mateo, el chófer de la familia Quirós, ha venido a preguntar por Celia. Silvia y ella se fueron, pero aún no han regresado—contestó la mujer, con la angustia reflejada en su rostro afable.
—Voy a buscarlas. Mientras tanto, dígales a los señores que se tranquilicen— ordenó Beltrán al chófer—pues no creo que les haya sucedido nada, quizás se haya soltado una rueda del carruaje, o algún imprevisto por el estilo. Rosita, me voy. Pero dime, ¿sabes a qué lugar han ido?
—Creo que Silvia ha hablado de Arnao.
Mateo salió de la propiedad al tiempo que Beltrán Villanueva se acercaba a las caballerizas y preparaba él mismo un carruaje, el más veloz. En menos de media hora, había dejado el coche de caballos aparcado al comienzo del pueblo, donde decidió preguntar.
Nadie había visto a dos señoritas aquella tarde y, si lo habían hecho, mantendrían la boca bien cerrada, por lo que pudiese pasar. Beltrán comenzaba a pensar que era como buscar una aguja en un pajar, cuando vio el coche de caballos de su propiedad aparcado al final de un camino. El corazón le dio un vuelco, porque si Celia y su hermana no habían tenido un percance, ¿dónde estaban? Comenzó a pensar en terribles posibilidades, como la de que estuviesen retenidas contra su voluntad.
Mientras, en casa de los Quirós, la cena ya había comenzado. Como buenos anfitriones, ni Álvaro, ni su esposa, ni su cuñada Marta manifestaron su nerviosismo. Esta última, cuyo papel era el de traductora, tenía la ventaja de estar demasiado inmersa en la conversación, lo cual la libraba de pensar en su sobrina. Sin embargo Beatriz, a pesar de sus intentos por mantener la compostura, estaba distraída, y apenas mantenía la atención. Pidió disculpas una vez para ausentarse, pues el recado que Beltrán había enviado por medio de Mateo, el chófer, había logrado tranquilizarla un poco al principio, pero al cabo de una hora, transcurrida sin noticias de su hija, la inquietud había regresado a ella multiplicada por mil. Ahora, paseaba inquieta por la sala adyacente al comedor, oyendo la conversación animada de sus anfitriones, mientras las lágrimas afloraban sin poderlo evitar, estaba demasiado preocupada por Celia. Estuvo a punto de ausentarse de la cena con la disculpa de una indisposición, pero se recompuso y regresó a la

mesa con una sonrisa, intentando convencerse de que la teoría de Beltrán era la correcta y que, en unos minutos, Celia aparecería sana y salva. Pero esos minutos se iban sucediendo sin que su hija apareciese.

Beltrán decidió intentarlo, quizás alguien las hubiese visto por allí. Así que llamó a la puerta de la humilde vivienda en cuya calleja lateral estaba aparcado el carruaje. Su cara de alivio fue indescriptible cuando la puerta se abrió y en el umbral vio el hermoso rostro de su querida hermana, Silvia.

— ¡Gracias a Dios, Silvia! —Fue lo único que dijo Beltrán, mientras ella se recuperaba de la sorpresa— ¿Qué haces aquí a estas horas? Y Celia, ¿está contigo? ¿Estáis bien?

Celia se levantó de un salto al oír su nombre en boca de Beltrán y así fue como él se percató de su presencia desde la puerta, pues aún no había entrado.

—Pasa, Beltrán, te lo explicaremos todo.

—No, Silvia, sea lo que sea, debéis venir conmigo de inmediato. En casa de Celia están muy preocupados, han enviado al chófer a casa en busca de noticias vuestras, y he logrado tranquilizarle diciendo que habías venido a Avilés y que, seguramente, hayáis sufrido un percance sin importancia con el carruaje. Pero de esto hace ya demasiado tiempo.

—Beltrán, me haría un gran favor si regresa a mi casa y les dice que estoy bien. Aún debemos permanecer aquí, estamos esperando la llegada de un medicamento para este bebé, que está muy enfermo.

— ¡Ni hablar, señorita! ¿Sabe qué opinión tendrían sus padres de mí, si llego a su casa con semejante mensaje, y sin usted? No me lo perdonarían, y les comprendo.

« ¿Y eso es lo único que le importa?», pensó Celia, entristecida.

—Por favor, si les dice dónde estoy y les explica las circunstancias, estoy segura de que se quedarán tranquilos.

— ¡Celia, razone! ¿Está hablando en serio?-dijo el joven marqués, impacientándose.

—Beltrán, yo me quedo —dijo Silvia con mucha seguridad.

—No, Silvia, al igual que la señorita Quirós, tú te vienes conmigo. Todo tiene un límite, y esta vez, lo has traspasado.

— ¡Pero no podemos dejar a esta mujer aquí, con el bebé enfermo! —Protestó Silvia.

— ¿Y la madre del niño?

La hermana de Beltrán le miró con ojos cansados:

—Está detenida, pero eso es otra historia, ahora lo importante es que el niño se ponga bien.

—Ese medicamento del que habláis, ¿quién lo traerá?

—El doctor, Beltrán, pero no sabemos si podemos fiarnos de él.

—Vamos, señoritas, —dijo Beltrán, instándolas a salir— por hoy ha sido suficiente. Señora, no se preocupe —dijo el joven, dirigiéndose a la anciana—, enseguida vendrá alguien a ocuparse del niño. Vamos, Celia, Silvia. No agotéis la poca paciencia que me queda.

Las chicas, cansadas, agotadas después de tantas emociones, no ofrecieron resistencia, sabían que sería inútil. Silvia, no obstante, acababa de dejar sus preocupaciones en manos de Beltrán, pues no le cabía ninguna duda de que él se ocuparía de que todo fuese bien.

En efecto, antes de dirigirse a casa, pasaron por la del doctor, donde Beltrán estuvo no más de cinco minutos. La conversación que ambos hombres mantuvieron fue un misterio, pero la cara de satisfacción del marqués de Ribadeo cuando subió de nuevo al carruaje fue suficiente para tranquilizar a las jóvenes.

—Enseguida mandará una enfermera a casa de esa mujer, y él mismo acudirá con el medicamento, en cuanto llegue, para administrárselo al niño.

—Beltrán, ¿tú crees que el doctor cumplirá su palabra? ¿O se echará a dormir tranquilamente? —preguntó Silvia, inquieta. El joven sonrió:
—Por la cuenta que le trae, Silvia, te garantizo que lo hará.

Cuando el timbre sonó en casa de los Quirós, ninguno pudo esconder su angustia. Álvaro pidió disculpas y salió del comedor limpiándose la boca con la servilleta, mientras Beatriz le seguía con el gesto descompuesto. Marta optó por quedarse con los invitados, no quedaba otro remedio.
En cuando abrieron la puerta y vieron a Beltrán en compañía de Celia, los padres suspiraron, aliviados.
—Gracias de nuevo, señor Villanueva, parece que su destino es traer a nuestras hijas sanas y salvas—le dirigió Beatriz una de sus mejores sonrisas—. ¿Desea cenar con nosotros? Dudo que haya tenido tiempo de hacerlo.
—Se lo agradezco sinceramente, señora, pero Rosita estará tan preocupada como imagino que lo estaban ustedes hace unos instantes, así que debemos regresar.
—Gracias por ayudarnos a Silvia y a mí, Beltrán—acertó a decir Celia, pero sólo obtuvo un gesto serio y un leve movimiento de cabeza, en señal de asentimiento. Después, Álvaro Quirós y él se dieron la mano y el marqués de Ribadeo se perdió en la oscuridad del jardín.
En cuanto cerraron la puerta, Beatriz se dirigió a su hija:
—Celia, mañana hablaremos y nos explicarás qué ha sucedido para tenernos en ascuas en una noche tan importante para tu padre. Y vete haciéndote a la idea: Silvia es un encanto, pero creo que no es buena influencia para ti. A partir de ahora, si quieres salir, lo harás acompañada de Olga o, si lo prefieres, de la institutriz de tu hermana.
Celia no replicó, era consciente del disgusto que había ocasionado a sus padres desapareciendo sin avisar hasta casi la medianoche, así que fue acostarse después de darles las buenas noches, cabizbaja y triste.
Una vez en su habitación, Sofía llamó a la puerta.
— ¡Celia! —Se abrazó a su hermana, aliviada—estaba escuchándolo todo desde la escalera. Gracias a Dios que has regresado, estábamos todos muy preocupados. ¡Hasta la pobre Aurora, que ni ha cenado! Pero dime, ¿qué te ha pasado?
— Es largo de contar, Sofía, pero estoy desvelada, así que ven, siéntate —Celia le indicó a su hermana que se acomodase en la cama, a su lado.
—Tú sabes quién es Celeste, ¿verdad? —Sofía lo sabía, Celia le había relatado el motivo de su ruptura con Jaime Solís. —Pues bien, su hijito enfermó y…
Las dos hermanas estuvieron hablando casi una hora, hasta que el sueño las venció.
El de Celia fue intranquilo, plagado de enfermedad, médicos sin escrúpulos y un marqués de Ribadeo serio, que la reprobaba de continuo, a pesar de que ella deseaba que la sonriese y la mirase con la ternura con la que un hombre mira a su enamorada. Cuando despertó, sólo quedaban sensaciones, amargas, dolorosas, y Celia, sin saber por qué, lloró.

CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, el matrimonio Quirós, Marta y sus invitados salieron temprano a recorrer los alrededores, en un tour bien estudiado para que los posibles socios franceses de Álvaro conociesen los parajes más bellos de la zona. Antes de irse, Beatriz había dado órdenes a Olga de que su hija Celia no saliese de casa sin la compañía de alguien del servicio.

—No es justo— se quejó Celia. —No soy una criatura, sino una mujer hecha y derecha.

—Si yo te comprendo, Celia, querida—le dijo Olga, acariciándole la cabeza—pero las dos sabemos que contrariar a Beatriz no nos traerá más que problemas, ya sabes que cuidé de ella cuando era niña y han sido muchos años a su lado, la conozco bien.

—Olga, sabes que soy incapaz de comportarme inadecuadamente. Entonces, ¿por qué me hace esto?

—Porque desea, al igual que todos, lo mejor para ti, y dos señoritas casaderas no deben ir solas de un lado a otro, menos aún a altas horas de la noche y por barrios dejados de la mano de Dios.

—Está bien, entonces tendrás que venir conmigo, necesito salir, es urgente.

—Bueno, niña, yo te acompañaré. Pero dame un tiempo para dejar organizado a todo el servicio.

Celia vio alejarse a la gobernanta. Quería a esa mujer como a las abuelas que nunca conoció, pues ambas murieron prematuramente, la materna muchos años antes de que ella naciera, y la madre de Álvaro cuando Celia era un bebé. Olga cojeaba ligeramente de la pierna derecha, pero pese a ello, era una mujer activa y vital, siempre pendiente de cuanto sucedía en la casa, con innegables dotes para el mando y la organización y muy querida por todos, pues era la jefa del personal de servicio, pero nunca necesitaba levantar la voz ni amenazar a quienes estaban bajo sus órdenes para que cumpliesen a rajatabla con su cometido. Sin ella, pensaba a veces Beatriz, la casa no funcionaría como un conjunto de engranajes perfectamente coordinados.

De pronto, Llara apareció en la salita, con su traje negro hasta los tobillos y el delantal impecablemente blanco, al igual que su inmaculada cofia. La pulcra apariencia de los empleados de *Villa Beatriz* también era mérito de Olga, quien los supervisaba para que su aspecto fuese impecable. La chica habló bajito, sin mirarla, era demasiado apocada:

—Señorita Celia, le llaman por teléfono.

El teléfono de la casa estaba instalado en una cabina de madera abierta, donde no faltaba un coqueto banco, forrado de terciopelo granate, en el que acomodarse para hablar. El timbre, a su vez, estaba conectado con los timbres del servicio, pues eran los sirvientes quienes atendían el aparato. La sorpresa de Celia fue mayúscula cuando, al descolgar el auricular, oyó la voz conocida y cálida de Silvia:

— ¡Celia, querida! ¡Tenemos teléfono!—Celia no podía creerlo, aquello era fantástico— Llevan días instalándolo y han terminado hace un rato. La idea ha sido de Beltrán, que lo necesita para su trabajo. Además, como no sabe cuánto tiempo permanecerá aquí, prefiere que estemos comunicados cuando él se vaya.

Estas últimas palabras encogieron un poquito el corazón de Celia. « ¿Me estaré volviendo loca?» pensó, al ser consciente de tan absurda reacción.

— ¡Es una suerte, Silvia! ¡Podremos hablar durante horas! Y dime, ¿qué sabes del niño de Celeste?

—No sé nada aún, pero en media hora voy para allí. ¿Paso a recogerte?
—De acuerdo, pero hay novedades: mi madre me ha impedido salir sin Olga.
—No importa: pediré que me preparen el carruaje grande. En media hora nos vemos.
—Estupendo. Por cierto, te oigo genial.
—Y yo a ti. Vaya invento éste del teléfono. ¿Te imaginas que, además de oírnos, pudiésemos vernos?
Celia rió, divertida:
—Bueno, para eso quedarán siglos, digo yo, si es que es posible, de algún modo, capturar la imagen y la voz al tiempo, no pides tú, ni nada. Te dejo, que tengo que prepararme.
— ¡Hasta luego!
Celia salió como una exhalación hacia su dormitorio, pero antes buscó a Olga. La encontró en la cocina, donde no había demasiado ajetreo, el menú de hoy era sencillo, sólo para los criados y las tres hijas del matrimonio, y Beatriz había ordenado que cocinasen verduras y pescado al horno.
— ¿Podríamos salir en media hora, Olga? Silvia me ha dicho que…
— ¿Pero ya está aquí tu amiga? —preguntó Olga, con los ojos muy abiertos.
—No, qué va, me ha avisado por teléfono, su hermano lo ha mandado instalar en la casa.
— ¡Vaya!—dijo Olga con las manos en la cintura— quién le iba a decir a ese viejo palacio que lo iban a modernizar con semejante artefacto. Bueno, mejor así, podréis hablar sin estar todo el día de una casa a la otra, que vais a desgastar el camino.
—Pero dime, ¿estarás lista?
—Que sí, niña, que sí.
En poco más de media hora, salían las tres mujeres de la casa de los Quirós, montadas en el coche cerrado de los Villanueva. Enseguida llegaron a casa de Celeste. Olga preguntó:
— ¿Bajo con vosotras, Celia?
—Pues claro, Olga —durante el trayecto, las dos jóvenes la habían puesto al tanto de lo sucedido el día anterior. Después de discutir si Beatriz estaría de acuerdo o no con su presencia en casa de Celeste, Celia logró convencer a la gobernanta de que lo que Silvia y ella hacían era ayudar a dos pobres mujeres indefensas, y que no habría una sola persona de buen corazón que se negase a ello, incluida Beatriz Cruz-Stuart. Y Olga, como tenía buen corazón, no pudo negarse.
Cuando entraron en la casa, Ludivina las recibió con una enorme sonrisa.
— ¡Señoritas! —casi se abalanzó sobre ellas, los ojos le brillaban, pero de alegría—. El doctor vino de madrugada, le administró la medicina al niño, y miren ustedes…
La mujer señaló hacia la cuna en la que el bebé de Celeste dormía tranquilamente. Incluso el color de su piel había mejorado.
— ¿Ha comido algo? —preguntó Silvia a la mujer.
—Le he dado un poco de leche de la vaca, con un poquito de harina tostada, según dijo el doctor. Parece que le ha sentado bien. ¡Ay mi Celeste! —dijo de pronto la anciana, juntando las manos en señal de súplica— ¡El niño la necesita tanto!
—No se preocupe por eso, Ludivina—ahora fue Celia la que intervino—. Lo más importante es que el niño sane, pero hoy resolveremos la situación de su nieta.
—Sí, eso mismo me ha dicho el caballero esta mañana.
— ¿Qué caballero? —se extrañaron las chicas al unísono.
—El que vino anoche a buscarlas a ustedes.
— ¿Beltrán ha estado aquí hoy? —Se extrañó Silvia—. Lo cierto es que cuando yo me he levantado, él ya se había ido.
—El joven caballero ha estado aquí, con el doctor. Le ha pagado sus honorarios, y me ha dicho

que no debo preocuparme por nada, que está todo resuelto. ¡Pero tengo una angustia terrible por mi nieta!
Celia no podía apartar de sus pensamientos las palabras de la mujer. ¡Beltrán Villanueva había estado allí! ¿Quizás se había equivocado al juzgarlo? No lo creía, un hombre tan envarado como él tendría algún interés oculto, pues los de su categoría, como solía decir Olga, no dan puntada sin hilo. « ¿Y si no era así? ¿Y si Beltrán Villanueva era un alma cándida, como su hermana Silvia?». Entró en un bucle de pensamientos del que la sacaron las palabras de su amiga:
—Debemos ir a ver a Celeste, hay que aclarar lo sucedido. Pero me temo que necesitaremos un hombre de leyes, deberíamos convencer a Beltrán para que nos preste su ayuda.
— ¡No! —gritó casi sin quererlo Celia, a quien su amiga miró con curiosidad, pues no comprendía el motivo de tal vehemencia en su respuesta. Pero Celia logró salir airosa sin demasiadas explicaciones:
—Ya lo hemos molestado bastante, se va a cansar de sacarnos las castañas del fuego.
—No lo creo, Celia: Beltrán nunca me ha fallado.
—Insisto: deberíamos poder apañarnos solas, Silvia. ¿Dónde quedan tus discursos enardecidos acerca de la independencia de las mujeres y su capacidad para resolver los asuntos sin la mediación de un hombre?
En esta ocasión fue Olga quien intervino, ante la atenta mirada de Ludivina quien, a pesar de no entender del todo el palabrerío de las señoritas, las escuchaba con devoción, no en vano, eran sus salvadoras.
—Celia, querida, si no llega ser por la intervención providencial de marqués, el asunto de ayer se hubiese complicado mucho. ¿Pretendes que vayamos a ver a la chiquilla a las dependencias policiales? ¡Me niego, no puedo consentir que te metas en otro lío!
Celia la enfrentó con la mirada más dulce de que fue capaz, aquella que derretía el corazón de Olga y la incapacitaba para negar nada a su querida niña:
—Olga, te prometo que no nos vamos a meter en ningún lío. Además, tu suposición carece de lógica, ¿acaso hay un lugar más seguro para tres mujeres? ¡Venga, vamos a ver qué nos dicen por allí!
Olga elevó los ojos al cielo, comprendiendo, de pronto, que se había dejado liar por Celia. Pensó en Beatriz, se enfadaría con ella, seguro. Pero ya no tenía más remedio que seguirles la corriente a aquellas dos jovencitas, que tan diferentes eran de las muchachas de su generación y de la de sus madres. Salió tras ellas con el paso renqueante y la resignación pintada en el rostro, pues nunca imaginó que haría de cuidadora de su querida Celia cuando ésta estuviese tan crecidita, tanto, que ya debería haber contraído matrimonio. Sacudió la cabeza en un gesto instintivo del que no fue consciente.
Pusieron rumbo a Avilés. Silvia ya sabía dónde retenían a los detenidos hasta pasar a disposición judicial, se lo había preguntado a su hermano Beltrán como si su interés fuese meramente informativo. Por supuesto, no le había hablado de su intención de acudir allí a deshacer el embrollo en el que ellas, sin quererlo, habían metido a Celeste.
Cuando detuvieron el carruaje, el guardia que custodiaba el acceso no pudo evitar una mirada de soslayo a la puerta del mismo, donde el escudo nobiliario de la familia aún figuraba, aunque algo deslucido por el tiempo. Sólo descendieron las dos jóvenes, Olga prefirió quedarse esperando dentro del coche.
Al cabo de escasos minutos, salieron cabizbajas, derrotadas sin duda:
—No nos han escuchado siquiera. Vamos a necesitar un abogado—le dijo Celia a Olga, la cual, sin quererlo, se alegró, pues allí terminaba esa aventura que, de llegar a oídos de Beatriz, le

traería problemas, sin duda. Pero se equivocaba:
—Iremos a buscar a Beltrán, vendrá con nosotras, y todo se solucionará—Celia asintió sin ganas, pues lo último que deseaba era la intervención del marqués de Ribadeo.
— ¡De eso nada, señoritas! —Dijo Olga en cuanto los caballos se movieron, espoleados por el cochero— ¡Celia Quirós, por hoy, se acabaron las salidas!
—No lo entiendes, Olga—le dijo Celia, apesadumbrada— El bebé necesita a su madre, y ella está encerrada por mi culpa.
— ¿Por tu culpa? —preguntó Olga, que desconocía los detalles concretos.
A Celia no le quedó más remedio que explicarla por qué tenía que declarar ella en persona. Cuando terminó de hablar, Olga se santiguó:
— ¡Virgen santísima! Sólo pido que tus padres no se enteren de este lío. ¡El anillo de tu compromiso, ni más ni menos!
—Olga, mi intención fue buena, si llego a saber las consecuencias, yo…
En ese momento, Olga intervino, autoritaria:
—Celia, parece mentira que, a veces, seas tan impulsiva. Si nos lo llegas a comentar a alguien, no sé… a tu tía Marta o a mí… te hubiésemos abierto los ojos.
—Silvia me lo advirtió, y he de reconocer que tenía muchísima razón cuando me reprendió.
—Celia, no te reprendí—dijo Silvia.
—Pues deberías haberlo hecho. ¡Soy una cabeza loca! ¿A quién se le ocurre algo así? ¡Sólo a mí! Ahora lo veo tan claro…
—No nos lamentemos, Celia—dijo Silvia, inclinándose hacia ella y cogiendo su mano—ahora debemos centrarnos en solucionarlo.
Celia asintió, cabizbaja. No era de su agrado que Beltrán tuviese que intervenir, y pensar en ello le puso de un humor de perros.

CAPÍTULO 18

El carruaje, con las tres mujeres dentro, avanzó por el camino de acceso a la propiedad de los Villanueva y, obedeciendo la orden del cochero, los caballos aminoraron el paso. En el momento en el que el vehículo giró antes de detenerse, quedó a la vista de Celia la puerta principal. El corazón se le paró al contemplar la escena, pues en ese instante, Beltrán Villanueva daba la mano a Jaime Solís quien, a continuación, descendió la escalinata mientras se calaba el sombrero. La joven, aturdida, giró la cabeza, al tiempo que sujetaba por la manga del abrigo a Olga:
— ¡No salgas, todavía no!
Silvia advirtió la súbita palidez en el rostro de su amiga:
— ¿Qué sucede, Celia?
Celia negó con la cabeza. No iba a decirle a Silvia que acababa de ver a su ex prometido saliendo de casa de los Villanueva después de saludar cordialmente a su hermano Beltrán. «Beltrán— pensó la joven— es una caja de horrorosas sorpresas». No pensaba decírselo, pues tarde o temprano caería en la cuenta de la clase de hombre que era su idolatrado hermano. Era extraño que Jaime anduviese por allí, pues a esas alturas debería haber regresado a Madrid como siempre hacía, como hizo el año pasado, cuando aún estaban prometidos. Pero lo cierto es que allí estaba, saliendo del viejo palacete. Celia tuvo el desagradable presentimiento de que su presencia por esos lares no traería nada bueno.
— ¿Te encuentras mejor? ¿Te has mareado durante el trayecto?—dijo Silvia, creyendo a su amiga indispuesta.
Jaime Solís acababa de montar en su automóvil, un moderno artefacto con motor de explosión, el cual concordaba a las mil maravillas con su carácter exhibicionista y esnob. Ya estaba arrancado, así que el chófer aceleró y el vehículo se alejó por el camino, sin que ni Olga ni Silvia se hubiesen percatado de la presencia del joven Solís.
— ¿Es necesario que baje? —dijo Celia, deseosa de evitar a Beltrán.
—Eres la clave de este asunto, querida —dijo su amiga, mirándola como, si de pronto, no la reconociese —.Olga, baje usted también, por favor. Me encantaría que, aprovechando la ocasión, conociese a Rosita.
Olga asintió, sentía verdadera curiosidad por entrar en ese palacio, de cuyos propietarios había oído hablar en tantas ocasiones, aunque estaba segura de que la mitad de cuanto se decía pertenecía sólo al terreno de la leyenda. Mientras traspasaba la antigua puerta de recia madera, recordó el impacto que causó en la comarca la prematura muerte de los marqueses, ocurrida durante uno de sus numerosos viajes. Nunca recuperaron sus cuerpos, desaparecidos en el mar de Alborán, cuando el barco en el que navegaban desapareció durante una fuerte tormenta. Se comentaba— o quizás sólo formaba parte de las habladurías que suelen generar los sucesos impactantes y dramáticos—que venían tocados por la maldición de los faraones. Y poco tiempo después, alguien difundió un romántico y triste relato, en el que el fantasma de la marquesa rondaba por los jardines intentando, sin conseguirlo, entrar en el palacete donde sus hijos, ahora huérfanos, lloraban su ausencia.
La presencia de la mujer que salió a recibirlos hizo que Olga apartase esos pensamientos:
—Señora, soy Rosita, es un placer conocerla.

Ambas mujeres se estrecharon la mano con una sonrisa. Sabía que la gobernanta de los Villanueva había sido la encargada de sustituir, si eso era posible, a la madre que los niños perdieron, y se sintió inmediatamente identificada con ella, pues su papel en casa de los Cruz-Stuart había sido similar, al haber sido la encargada de criar a Marta y a Beatriz.
—Si le apetece, tomaremos un té, acompáñeme, por favor—Olga asintió al tiempo que miraba de reojo a Celia, quien parecía nerviosa. Las dos jóvenes las siguieron, Rosita tocó una campanilla y una criada de uniforme —bastante más vieja que las que conformaban el servicio de los Quirós, pensó Olga— recibió la orden de preparar la infusión.
Las dos mujeres se enfrascaron en una animada conversación, mientras las jóvenes hablaban del asunto que las tenía en vilo, deseosas de solucionarlo cuanto antes, conscientes de que el bebé de Celeste no se recuperaría adecuadamente si su madre no le alimentaba. Estaban en ello cuando Beltrán hizo su aparición. Celia lo miró con desagrado, en profundo contraste con la sonrisa que le dedicó su hermana:
—Beltrán, hermanito querido—le abordó Silvia en tono meloso, que era el que solía utilizar cuando quería desarmar las defensas de su hermano mayor—te vamos a necesitar.
Beltrán saludó a Celia con una sonrisa escueta, pero mientras la miraba, sentada con las manos en el regazo y unas profundas ojeras rodeando sus bellos ojos, sintió de inmediato un inexplicable instinto de protección hacia ella. Deseó tomarla entre sus brazos, acariciar su bello rostro y decirle que no se preocupase por nada, que él estaba allí para protegerla de los sinsabores de la vida. Estos pensamientos sólo lograron confundirlo, porque, ¿acaso no estaba convencido de que esa muchachita petulante se merecía una buena dosis de regañinas, no su protección incondicional? Le desconcertaban sus propias reacciones y lo contradictorio de sus sentimientos, y eso le ponía de muy mal humor, porque le hacía sentirse vulnerable.
— ¿Qué sucede, Silvia? —preguntó el marqués de Ribadeo, con gesto serio.
—Si tienes un momento, Celia y yo te lo explicaremos con todo detalle— dijo Silvia, sin percatarse de que lo último que deseaba su amiga era contarle nada al hombre que, hacía unos minutos, había dado la mano a Jaime Solís. Cualquiera que tuviese tratos afables con su ex prometido le inspiraba desconfianza, porque estaba convencida de que Jaime era una de esas personas malévolas que todo lo contaminan, y que quienes lo tienen cerca, no aguantarán demasiado sin atraer la desgracia a su vida o a la de los demás Sólo hacía unos meses que había estado a punto de unir su vida a él para siempre, pero ahora tenía muy claro cómo era, en realidad, Jaime Solís.
Así que sólo habló Silvia, mientras Celia y Beltrán se miraban y una corriente de algo incalificable fluía entre ellos, tan fuerte que era casi palpable, como si el aire alrededor de la pareja se electrificase. Cuando terminó su exposición, la cara de Beltrán no era, precisamente, tranquilizadora:
—Señorita Quirós, ¿cómo se le ocurre hacer semejante niñería, en qué estaba pensando? —las palabras del hombre encolerizaron a Celia, ya predispuesta contra él. Su rostro cambió de color, se sonrosó ligeramente y respondió intentando mantener a raya el enfado que amenazaba con hacerla explotar:
—Mire, señor marqués, si lo tiene a bien, ayúdeme a deshacer este malentendido, pero no he venido a que me falte usted al respeto.
La respuesta de Beltrán las sorprendió a las dos, por su tono airado:
— ¡Qué no me llame señor marqués, por favor! — Celia, dispuesta a continuar la refriega, vio los cielos abiertos. Repuesta del abatimiento de los instantes previos y armada de cinismo le respondió:

— ¿Y qué es, sino? ¿Acaso reniega de su condición, señor marqués? —dijo remarcando mucho estas últimas palabras, mientras Silvia observaba, atónita y amedrentada, el vendaval que parecía envolver a esas dos personas, a las que tanto quería, en cuanto permanecían unos minutos juntos.
Beltrán decidió no responder a la provocación. Su hermana estaba por medio, y nunca se había apartado de ayudarla cuando lo necesitaba, así que cambió de actitud, haciendo un esfuerzo enorme por tranquilizarse. Celia Quirós le alteraba demasiado, en todos los sentidos.
—Está bien, os acompañaré a los calabozos en condición de abogado, a ver qué podemos hacer. Vamos—dijo levantándose del sillón —Estoy muy ocupado y he de regresar rápidamente.
«Atendiendo los asuntos de Jaime Solís», pensó Celia aunque se mordió la lengua, pues hacer alusión a lo que había visto al entrar en la propiedad era meterse en terreno fangoso. Al fin y al cabo, Beltrán era hombre de leyes y estaba en su derecho de ejercer la profesión con quien solicitase sus servicios, aunque quien lo hiciese fuese un depravado como su ex prometido.
Montaron en el carruaje y enseguida dejaron a Olga en *Villa Beatriz*. La gobernanta no puso objeción en cuanto constató que las jóvenes iban a Avilés en compañía del irreprochable marqués de Ribadeo.
Al cabo de un rato, el carruaje se detenía ante la puerta de las dependencias donde tenían retenida a Celeste. En compañía de Beltrán todo resultó mucho más fácil, pues enseguida Celia pudo prestar declaración y, esta vez sí, la escucharon con atención:
—La acusación por la que tienen retenida a esta mujer no es cierta, señor—acertó a decir, en cuanto comenzó a hablar—. El anillo que estaba en su posesión es mío, pero yo se lo doné, por voluntad propia para que, con su venta, asegurase el fututo de su hijo —el oficial la miraba con severidad, mientras un escribiente tomaba nota de todas sus palabras—.Yo no sabía, señor, que este hecho fuese a traer tan terribles consecuencias, pues de otro modo, nunca se lo hubiese dado a la detenida—estas palabras, acompañadas de la actitud sumisa de la declarante fueron del agrado del hombre, lo cual se reflejó en la sonrisa paternalista con la que miraba ahora a Celia Quirós.
—Señorita, el doctor puso una denuncia, pues la detenida quiso pagar sus honorarios con la joya en cuestión. ¿Podría aclararnos estas circunstancias?
Celia no se sorprendió, porque comprendió de inmediato que nadie le había tomado declaración a Celeste, no se habían molestado en escuchar su versión, porque sólo había prevalecido la palabra del médico.
—Sí, señor. El día en el que todo sucedió, el hijo de la detenida, un bebé de pocos meses, había enfermado de gravedad. Ella llamó al doctor y, como no tenía con qué pagar las medicinas que se necesitaban para curarlo, desesperada, acudió a lo único con lo que podía hacer frente al pago, con ese anillo que yo le había regalado. Antes de entregárselo, le hice prometer que lo guardaría a buen recaudo y que lo emplearía, llegado el momento, para poder ofrecerle a su hijo un futuro mejor. Pero Celeste, llevada por la desesperación y sabiendo que ese fármaco era la diferencia entre la vida y la muerte del niño, le ofreció el anillo al médico, sin pensar en las consecuencias. Cualquiera hubiese hecho lo mismo por salvar a un hijo, ¿no le parece?
Beltrán la escuchaba en silencio. ¿Era Celia Quirós quien hablaba, la misma que él conocía, descarada y consentida? En efecto, era ella, y la sorpresa le había dejado sin habla.
El oficial asintió. La joven pertenecía a una familia intachable, hija de don Álvaro Quirós, cuyas aportaciones económicas habían contribuido en gran medida a mejorar la vida en la comarca. No era de extrañar que doña Celia, siguiendo el ejemplo de su padre, fuese también benefactora de los más necesitados. A mucha gente no le cabría en la cabeza, para él también era incomprensible que alguien se deshiciese de una joya de tanto valor para entregársela a una

pobre muchachita, madre soltera, para más inri. Pero esa gente era inmensamente rica, tanto, que valoraban el dinero de otra forma, pensó. Los hechos estaban bastante claros, con independencia del uso, adecuado o no, que esa joven hiciese de su fortuna, así que, en presencia del abogado y marqués de Ribadeo, todo un referente de intachable conducta, procedió a cursar la orden de puesta en libertad de Celeste, que se haría efectiva en pocas horas —«lo antes posible, señor, tiene un hijo al que amamanta» se atrevió a precisar Celia, ante la sorpresa de los dos hombres.

Celia y Beltrán salieron en silencio y se reunieron con Silvia en el carruaje, pues su hermano prefirió que los esperase allí. En cuanto Beltrán la puso al tanto del éxito de la gestión, se abrazó a Celia, emocionada.

—Espero, Silvia, que no vuelvas a meterte en un asunto como este—Beltrán obvió la mención a Celia— porque sabes que haría lo imposible por ti, pero no es plato de gusto ver a mi hermana envuelta en semejantes líos. Además, no siempre estaré a tu lado para sacarte del atolladero.

—Perdona, hermano, tienes razón. Yo se lo advertí a Celia—miró a su amiga— pero es tan buena persona, que se deja llevar por los sentimientos, sin pensar en la maldad de la gente. ¿Quién nos iba a decir que el buen doctor está tan falto de sentimientos?

—Pecas de inocente, querida—prosiguió Beltrán, eludiendo otra vez la mención a Celia aunque el consejo iba, en realidad, dirigido a ella, pues su hermana era más perspicaz y estaba mejor preparada para enfrentarse al mundo— y debes aprender que la gente no siempre es buena.

Silvia asintió en silencio, aguantando sin rechistar el sermón paternalista de Beltrán, mientras Celia se mordía la lengua, pues hubiese sido una descortesía decirle al marqués que se aplicase sus propios consejos, prestando más atención a quien recibía en su casa. Naturalmente, estaba pensando en el encuentro de Beltrán con Jaime Solís.

En cuanto los hermanos Villanueva se quedaron a solas, Beltrán quiso saber un poco más:

—Silvia, hay algo que no entiendo, ¿Tu amiga Celia va regalando joyas por ahí?

Silvia sonrió, sabía que la curiosidad de su hermano no tardaría en surgir:

—No, ese anillo tiene una historia detrás, y Celia sus buenos motivos para que terminase en manos de Celeste.

Así fue como Silvia procedió a contarle a su hermano la procedencia de la sortija y los motivos de Celia para dejar plantado a Jaime el día antes de la boda de ambos.

— ¿Comprendes ahora, Beltrán, el empeño de Celia en que esa joya sirviese para asegurar el futuro de ese niño?

Beltrán asintió, pensativo y sonriente, mientras daba un trago, largo y reconfortante, a su copa de brandy. Desde luego, la hermosa Celia Quirós era una caja de agradables sorpresas, casi tan agradables como resultaba mirarla.

CAPÍTULO 19

Hacía un par de semanas que Celeste había vuelto a casa con su hijo, pues el mismo día que Celia acudió con Beltrán a prestar declaración, fue puesta en libertad.
Una vez más, Celia intentó convencer a Celeste para que aceptase el anillo que, en conciencia, pertenecía a su hijo más que a nadie. Pero la chiquilla, con todo el dolor de su corazón, lo rechazó: estaba convencida de que la joya sólo le había traído la desgracia. Y, casualidad o no, a los pocos días de desprenderse del malhadado anillo, un benefactor anónimo había movido los hilos para que la contratasen como limpiadora en la sede de la Real Compañía Asturiana de Minas, conocida como *La Casona de Arnao*, un trabajo cercano a su casa y bastante mejor remunerado que el de nodriza.
A pesar del elevado poder de contagio de la tos ferina, la niña a la que Celeste amamantaba no contrajo la enfermedad, lo cual fue otro indudable golpe de suerte que le evitó a la nodriza el enfrentamiento con unos padres que, sin duda, le hubiesen pedido responsabilidades.
Atormentada por la posesión de la que ya consideraba una joya maldita, Celia se prometió pensar en la manera de devolvérsela a Jaime Solís, no quería tenerla cerca. Barajó la posibilidad de acudir a su casa y dársela a su madre, pero no se atrevía, segura como estaba del desaire al que, sin duda, la someterían. Silvia quizás accediese a acompañarla, pero era poco adecuado hacerla pasar por semejante situación y provocar una situación incómoda entre ambas familias lo cual, sin duda, enfurecería a Beltrán.
Por más que pensó, no encontraba una salida, aunque tenía muy claro que no quería tener el anillo en su poder.
Nada más comer, salió a dar el paseo en solitario que le ayudaría a aclarar sus ideas, aún no había perdido la fe en el poder benefactor de esa costumbre.
Con una capa de lana encima, dejó que sus pies la llevasen libremente. Agradeció el frescor del aire en su rostro y contempló, agradecida, el espectáculo de las nubes que, sobre su cabeza, correteaban por el cielo grisáceo, arrastradas por el viento.
A las afueras de Villalegre se alzaba un viejo caserón que sería demolido en breve para levantar, en el solar que ocupaba, la casa de un indiano, otra opulenta construcción, semejante en lujo, dimensiones y eclecticismo arquitectónico a las muchas que salpicaban ya el paisaje de la zona, tomada al asalto por los que regresaban del otro lado del mar, cargando con el baúl repleto de sueños hechos realidad.
A pesar del temor que le inspiraba el edificio, del que se contaban historias de aparecidos que combinaban relatos contemporáneos con leyendas locales, Celia se sintió irremediablemente atraída por él. Sería una pena que lo demoliesen sin pasear antes entre sus muros, cargados a buen seguro, con las emociones de quienes lo habitaron a lo largo de los años. Así que traspasó las verjas de la propiedad y se adentró en el jardín, un terreno descuidado, colonizado por la vegetación que crecía, libre y agreste, rodeando el perímetro de la vivienda. Caminó alrededor, sintiendo bajo los pies el mullido de la hojarasca, escudriñando los huecos oscuros de las ventanas, como ojos al acecho. Algunos de los peldaños de la escalinata de acceso presentaban grietas por las que asomaban hierbajos que, pese al terreno disponible, habían decidido asentarse en el mísero espacio de la fisura. Celia subió dubitativa, pero a la vez empujada por el

magnetismo de la puerta que la invitaba a entrar. La cerradura estaba inservible, y una de las hojas cedió de inmediato al pequeño empujón que le propinó, aunque la humedad había recrecido la madera y la dilatación impidió que la puerta se abriese del todo. Era suficiente para que el cuerpo delgado de Celia pasase, y ella, con una mezcla de estremecimiento y fascinación, se adentró en el recibidor. La escena la atrajo de inmediato, pues la decadencia convivía, en perfecta armonía, con los vestigios del pasado: las lámparas de cristal en las paredes, con las bujías ahumadas esperando a ser encendidas de nuevo, un sillón desvencijado con la crin asomando por entre el terciopelo rasgado, un cuadro, torcido y lleno de telarañas, que mostraba aquellas tierras hacía años, cuando los indianos aún no habían colonizado Villalegre y no era más que un terruño de suaves ondulaciones verdes, salpicado por humildes casitas que en nada se parecían a las mansiones levantadas en el presente siglo.

Las escaleras aún permanecían en pie, pues la recia madera de roble, observó Celia, no había sido atacada por la carcoma. Posó una mano temblorosa en el balaustre y subió despacio, sin poder evitar un nerviosismo que le hizo volver la cabeza, como si quisiese asegurarse de que las sombras del pasado no la seguían. En la planta superior, los rayos del sol otoñal penetraban hasta el rellano a través de las ventanas de las habitaciones, inundando el vestíbulo con una luz melancólica y suave, que invitaba a cerrar los ojos e imaginar la vida allí, años atrás. Apenas quedaban muebles, y los que había, eran testigos de su época: pesados armarios, alguna mesita de noche, un par de sillas de piel repujada.

Celia detuvo la vista sobre una cama de madera de castaño, y lo primero que imaginó fue a una pareja amándose allí, compenetrados con la complicidad especial que sólo conocen los amantes. Sonrió con una añoranza sin sentido, ella aún no había conocido el amor, pero…

De pronto, un ruido le hizo volverse y, aterrada, chilló: delante de ella, retador y sonriente, estaba el último hombre con el que hubiese deseado encontrarse allí.

— ¡Beltrán! ¡Me ha dado un susto de muerte!

—Perdóneme, Celia, pero el susto me lo he llevado yo. ¿Qué hace usted aquí?

— ¿Y usted? ¿Acaso me seguía?—preguntó a su vez ella, recuperada en apariencia del sobresalto, aunque la sangre le golpeaba con violencia las sienes.

Él se echó a reír, despectivamente según la apreciación de Celia, aunque Beltrán lo hizo sorprendido por el desparpajo de ella, incapaz de achantarse ni siquiera cuando acababa de recibir un susto importante.

—Estoy en mi propiedad. Y me ha distraído usted de mis obligaciones, que lo sepa —como la joven le miró interrogante, él se explicó—Porque según venía, he visto a alguien colándose en la casa, por eso he desmontado y he entrado para averiguar quién era el intruso. Esta casa también es un legado familiar, y no sería de mi agrado que cualquier día alguien entre a resguardarse, prenda un fuego, y salga ardiendo.

— ¿Y qué más le da? Tengo entendido que van a demolerla.

Beltrán la miraba con una insistencia que a Celia le estaba poniendo nerviosa. ¿Acaso tenía miedo de él, aislada en la vieja casa solitaria? Lo miró, y la imponencia de su figura le hizo estremecerse.

—No es tan simple, Celia. ¿Y si se desata un incendio que afecta a otras casas? ¿Y si quien está dentro muere quemado, o asfixiado por el humo?

Celia, ahora sí, imaginó la escena y el pavor se apoderó de ella. Casi pudo escuchar los aullidos de terror causados por la imposibilidad de escapar del juego, y tuvo mucho miedo. Le pareció, incluso, ver la sombra de un espectro atravesando la pared. Dispuesta a huir, se puso delante del marqués.

—He de irme— dijo, sin querer dar a entender que estaba muerta de miedo. Pero Beltrán no se movió. La miraba, sonriente, desde su imponente altura.
— ¿A dónde cree que va?
Celia palideció. Le pareció ver un brillo malicioso en sus ojos profundos, y paralizada por el terror, fue incapaz de reaccionar cuando la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Sintió sus fuertes brazos rodeándola, el aroma de su cuerpo envolviéndola y, sin darle tiempo siquiera a procesar cuanto estaba ocurriendo, los labios de Beltrán se posaron sobre los suyos, acariciándolos con infinita dulzura. Entonces su lengua avanzó, haciéndose paso con un delicioso roce hasta inundar su boda de pasión. Ella no se movió, sólo le dejó hacer, dejándose llevar por la deliciosa sensación, evadida de la vieja casona, el tiempo detenido como si hubiese dejado de transcurrir. Aspiró embelesada su olor y, sin ser consciente de ello, respondió con inexperta indecisión a esa lengua que penetraba en su boca con pasión, como si quisiese poseerla entera, como una promesa de placeres aún desconocidos.

Ninguno de los dos sabría decir cuántos minutos permanecieron fundidos el uno en el otro, pero como en los mejores cuentos de hadas, el hechizo se rompió de pronto:
—Perdóname —dijo Beltrán, retirándose cabizbajo, sin atreverse a mirarla—. No sé por qué lo he hecho, yo…me he comportado indignamente, Celia, te pido disculpas.
Ella no dijo nada, sólo le miró un instante y descendió las escaleras a toda velocidad, mientras Beltrán, sin ánimos para detenerla, se estremecía al verla desaparecer entre las crecientes sombras, temeroso de que tropezase y cayese, pues con la pregunta formulada minutos antes de dejarse llevar por el incontrolable deseo de sentirla entre sus brazos, sólo pretendía impedir que bajase sola. Aún permaneció allí un buen rato, contemplando cómo la luz del atardecer languidecía hasta apagarse, convencido de que su temeridad había acabado con cualquier esperanza de conquistar el corazón de Celia.
Mientras, ella había salido de la propiedad y enfilaba el camino de vuelta a casa con la sensación de que, después de lo sucedido, ya no era la misma. Lo que había experimentado era algo único, pues por mucho que le hubiesen dicho, nunca hubiese imaginado una sensación tan placentera. Caminaba ligera, y todo a su alrededor se había transformado. Apenas quedaba luz, pero esa tarde ni siquiera el miedo era capaz de eclipsar las sensaciones. Eso que la envolvía como una deliciosa fragancia era la felicidad, ahora lo sabía. Se pasó los dedos por los labios y sonrió, temblorosa, exultante, emocionada. Aquel instante, en brazos de Beltrán, había entrado en el Paraíso.

CAPÍTULO 20

Desde la noche de la ópera, Sofía no era la misma. Su enamoramiento infantil por el hijo de los Balmori había dado paso a un amor juvenil en el que Carlos era el objeto, día y noche, de todos sus pensamientos. Todo giraba en torno a él, por lo que era habitual que su nombre apareciese en todas sus conversaciones con Celia y con tía Marta.

—Tía Marta—le comentó en una ocasión—, sé que papá y Enrique tiene pésimas relaciones, lo sé desde que era una niña, una advierte esas cosas. Pero yo adoro a Carlos, no puedo evitarlo. Y eso me provoca una preocupación que, a veces, incluso me impide conciliar el sueño. ¿Tú podrías ayudarme?

Marta, siempre dispuesta, la miró con ternura:

—Tú dirás, cariño, si está en mi mano…

—Me gustaría saber qué es eso tan terrible que ha causado su enemistad.

Su tía, que se imaginaba la pregunta antes de que Sofía la hubiese formulado, sonrió con tristeza:

—Mira, querida niña, ese es un asunto en el que yo no puedo intervenir. Tu padre, por la razón que sea, prefiere manteneros ignorantes del mismo, y no puedo desvelártelo sin su consentimiento.

—Pero, ¿tan grave es?

— ¿Quieres que te diga lo que pienso? No, no es tan grave, en mi opinión, una rabieta de niños con una fea insinuación de por medio, que no ha ido más allá. Tu padre y Balmori se conocieron de jovencitos, y siempre fueron rivales, esa es la idea que tengo. Luego, sucedieron ciertos… llamémoslo malentendidos, que acabaron de rematar la mala relación que siempre han tenido.

— ¿Tú qué crees que diría papá si se entera de que pienso casarme con Carlos Balmori?

—Bueno, aún eres joven y puede que encuentres otro hombre que…

Sofía la interrumpió, mirándola fijamente, para hacerla comprender que hablaba muy en serio:

—Tía Marta, si no me caso con él, me quedaré soltera. Es él y no otro, por muchos hombres que conozca, sé que es así.

Marta la miró, pero decidió no ser del todo sincera, a veces, con las personas que uno ama, la sinceridad debe pasar a un segundo plano para no anticipar un sufrimiento que quizás nunca se produzca:

—Bueno, tu padre te quiere muchísimo y pienso que, llegado el momento, tomará la mejor decisión, siempre lo hace.

Sofía la abrazó, a pesar de que la respuesta de tía Marta no le había aclarado nada. Marta, por su parte, lamentó haber servido de tan poca ayuda a su sobrina enamorada, pero si hubiese podido sincerarse, la respuesta hubiese sido muy diferente. Su cuñado Álvaro era un buen hombre, amante de su esposa y de sus hijos, pero también era testarudo como una mula e inamovible en sus convicciones. Una de ellas era la pésima opinión que tenía de Enrique Balmori, la cual, conociéndole, haría extensiva también a su hijo Carlos, pues *de tal palo, tal astilla*, bien se sabe. Y no habría fuerza en el mundo que le hiciese reconsiderar esta opinión. Lo lamentó por Sofía, pobre criatura, enamorada de un imposible.

Pero el amor juvenil de Sofía seguía su curso imparable, por eso decidió, por su cuenta y riesgo, concertar una cita con Carlos. Para ello, llamó por teléfono a casa de los Balmori, imaginando

que, al igual que en la suya, el aparato lo atendería el servicio. Se quedó de piedra al oír, al otro lado de la línea, la voz potente, grave e imperativa de don Enrique. Sofía colgó, terriblemente asustada. ¿Y si el señor Balmori descubría que la llamada había partido de casa de los Quirós? ¿Y si ello conducía a una nueva desavenencia entre su padre y don Enrique? Pasó la tarde torturándose ante tal posibilidad.

Pero no hay fuerza ni circunstancia que detenga un amor como el que Sofía sentía por Carlos, así que, pasados unos días y olvidado el susto, la joven Quirós decidió intentarlo de nuevo, pero esta vez no correría el riesgo de llamar desde su casa. En cuanto supo que Celia iría a ver a Silvia, puso en marcha su plan:

—Celia, me gustaría acompañarte, siempre tenéis algo interesante que hacer, y estoy tan aburrida.

—Pues vente conmigo, Sofía, Silvia estará encantada de vernos a las dos.

Una vez en casa de los Villanueva, en cuanto las dos amigas entraron en materia con una de sus apasionadas conversaciones, Sofía buscó a Rosita:

— ¿Le importaría que hiciese una llamada a casa? Se me ha olvidado advertir de mi salida, y puede imaginarse cómo están los ánimos últimamente, entre la desaparición de Aurora y las ausencias de Celia.

La mujer no pudo negarse:

—El aparato está en el despacho del señor, pero no creo que a él le importe.

Así que Rosita la llevó hasta allí y salió, dejando la puerta entornada. En cuanto Sofía constató que el aya había desaparecido por el pasillo, descolgó el aparato, solicitando a la operadora la comunicación con el abonado correspondiente a don Enrique Balmori. Tuvo suerte, pues al no tratarse de una comunicación de larga distancia, enseguida estuvo disponible la llamada. Afortunadamente, respondió una criada, Sofía preguntó por el señorito Carlos y al cabo de unos segundos, el joven Balmori atendía el aparato, muy sorprendido ante el hecho insólito de recibir una llamada telefónica:

— ¿Quién es? —oyó Sofía, al otro lado de la línea, la voz grave del muchacho.

—Soy Sofía, Carlos—susurró ella para no ser oída—.Me preguntaba si te apetecería que nos viésemos.

La joven no pudo ver la reacción de Carlos Balmori, pero de haberlo hecho, se hubiese sentido muy satisfecha, porque el chico apenas podía hablar, de tan emocionado como estaba. Al cabo de unos segundos, que a Sofía se le hicieron eternos, él respondió:

—Estaría encantado, Sofía. Llevo varios días pensando en comunicarme contigo, pero no encontraba la manera. ¡Menos mal que eres más lista que yo! ¿Dónde y cuándo podemos vemos?

— ¿Te parece bien mañana? Te espero a las cinco, en la verja de entrada a nuestra propiedad.

Al otro lado del hilo telefónico se hizo un silencio denso. Cuando Carlos habló, en su voz se advertía un tono serio:

—No, Sofía, no es conveniente correr ese riesgo. Debemos vernos en un terreno neutral, ni tu casa, ni la mía.

Por eso quedaron a la salida de Villalegre dirección Avilés, a las cinco de la tarde del día siguiente.

El sobresalto de Sofía fue mayúsculo cuando, después de colgar el aparato, ya se volvía para salir del despacho cuando vio a Beltrán Villanueva delante de ella, con los brazos cruzados y una sonrisa en su agraciado rostro que no supo cómo interpretar:

— ¿Le parece bien tomar mi despacho al asalto, señorita?

Sofía, muy avergonzada, comenzó a balbucear, pero el marqués de Ribadeo sonrió con ternura:

—No se preocupe, Sofía, sólo era una broma. No tengo nada que ocultar, no para usted, la considero una persona de confianza.
—Además no entendería ni una sola palabra de ese lenguaje tan enrevesado con el que se manejan los abogados — añadió Sofía sonriente, a quien ya se le había olvidado el apuro de los segundos precedentes—. Discúlpeme, pero tenía que hacer esa llamada.
Beltrán la miró, dubitativo, porque la relación que tenía con la joven carecía de la confianza necesaria para decirle lo que le diría a continuación. Aun así, decidió prescindir de lo adecuado para hacer lo que creyó conveniente:
—Sofía—carraspeó, un poco incómodo—no he podido evitar oír la última parte de su conversación telefónica, y quizás me meto donde no debiera, pero, ¿va usted a acudir a una cita, sola, con un joven?
Esta vez Sofía sí se ruborizó de verdad, tanto, que el marqués de Ribadeo temió que a la chiquilla le diese algo. Tomó un vasito y una jarra de agua que había sobre una bandeja plateada y se lo ofreció:
—Beltrán, por favor, no diga nada de esto. Mis intenciones son buenas, pero debo verme a escondidas con Carlos, porque mi padre y el suyo se llevan fatal. Pese a ello, nosotros dos somos buenos amigos, nos tenemos un sincero aprecio.
—Por esa razón, señorita, me hace usted cómplice de una ocultación que podría tener graves consecuencias—Beltrán sólo pensaba en las consecuencias que tendría si Celia se enteraba— y esta es una postura muy incómoda para mí.
— ¡Se lo pido por favor! —suplicó Sofía—no diga nada. Mire, si se queda más tranquilo, vuelvo a llamar a Carlos para anular nuestra cita.
Beltrán lo pensó:
—Si yo la comprendo, Sofía, el amor es el amor, nada tan delicioso ni tan loco como él, que nos impulsa a todo tipo de desmanes —la joven le miraba, preguntándose de quien estaría tan enamorado para hablar así— pero compréndame, sólo hay una posible salida a esto…
Sofía le miró, con los ojos muy abiertos, aterrada ante la posibilidad de que Beltrán Villanueva, cumpliendo con su deber, informase a Álvaro de lo sucedido:
—La única posibilidad es que me prometa que va a ser usted digna hija de su padre, que se va a comportar en todo momento como lo que es usted, una joven honrada y respetable, y que va a regresar a su casa en media hora, eso es lo que debe durar su cita. Sólo si hace esta promesa, mantendré en secreto la conversación oída. Confío en usted, sé que no me defraudará.
Sofía le miró con los ojos entornados, pero enseguida sonrió:
—Se lo prometo, Beltrán. Le doy mi palabra de honor, la palabra de un Quirós es sagrada, no se arrepentirá, se lo aseguro.
Ahora fue Beltrán quien sonrió divertido, sin imaginar las consecuencias que llegaría a tener ese pacto:
—Pues páselo bien con don Carlos Balmori, y no haga que me arrepienta de haber confiado en usted.
—Se lo prometo.
En ese momento, Celia y Silvia se acercaban por el pasillo. Podían oírse sus risas desenfadadas.
— ¿Qué hacéis aquí? —se extrañó Silvia, al verlos salir del despacho.
—Nada, la señorita Sofía se confundió de puerta, sólo eso—dijo Beltrán cerrando tras de sí y dirigiéndole a Celia una mirada que, en realidad, era una súplica, pero que ella interpretó como una nueva provocación. Porque él suplicaba que se apartase de su vista, le dolía constatar su belleza, recordar la suavidad de sus labios y el tacto de su delicado cuerpo cuando la tomó,

durante unos segundos, entre sus brazos. A veces fantaseaba con una idea loca, la de que, cuando la besó, ella le correspondió sin oponerse. ¿Era cierto, o sólo se trataba de una ensoñación que, de tanto evocarla, ahora le parecía tan real?

Celia se quedó hipnotizada mirando esos labios que, días atrás, se atrevieron a besarla, y un inmenso placer recorrió su cuerpo, muy en contra de su voluntad. No quería sentir nada por Beltrán Villanueva, pero cuanto más se oponía, mas parecía reaccionar ante su imponente presencia, tanto, que se sorprendía pensando en él a cada instante del día.

La voz de Silvia rompió el encantamiento:

—Pues no te pierdas por las estancias de esta casa, Sofía: como en las más nobles mansiones británicas, aquí también tenemos fantasmas, o al menos, eso dicen las habladurías.

Beltrán la miró sorprendido, y todos sonrieron ante la ocurrencia.

Tal y como Sofía le hizo prometer Beltrán Villanueva, la cita con Carlos Balmori tan sólo duró media hora. Pero fue suficiente para que ambos comprendiesen dos cosas: la primera, que estaban enamorados el uno del otro, y la segunda, que su relación tendría que luchar contra el muro de la incomprensión de dos hombres, sus respectivos padres, que permanecerían insensibles ante sus sentimientos con tal de no ceder a la inquina que se profesaban. Porque si Sofía había recurrido a su tía Marta para intentar averiguar lo sucedido entre Álvaro Quirós y Enrique Balmori, Carlos, por su parte, había intentado sonsacar a su madre, sin resultados. Eso hizo comprender a ambos jóvenes que, fuese lo que fuese, lo que separaba a los dos hombres era algo que, a pesar del tiempo transcurrido, levantaba tantas ampollas como para decretar, en torno a ello, un silencio impenetrable.

Quedaron en verse de nuevo, a la misma hora y en el mismo lugar, a la semana siguiente. Los encuentros se realizaban en una pequeña cabaña abandonada en el bosque, a poca distancia del camino. Tras las breves citas, a Carlos le hubiese gustado acompañar a su prometida a casa, como haría cualquier otro pretendiente, pero temía demasiado al genio endiablado de su padre, y sabía que le llevarían los demonios si se enteraba de que le habían visto rondando por la casa de los Quirós, incapaz de comprender que no deseaba otra cosa que pasar el resto de su vida junto a la hija de su enemigo acérrimo, Álvaro.

CAPÍTULO 21

El baile de los Quirós era el acontecimiento de la temporada. Aún quedaban unas semanas para Navidad, pero la celebración ofrecida por la familia se anticipaba, cada año, a la alegría de las fiestas venideras.

Villalegre se había convertido en la ubicación predilecta de los indianos acaudalados, hasta el punto de que el barrio era conocido como *La pequeña Habana*. Los socios de Álvaro en la sociedad minera y otras familias destacadas de la sociedad avilesina y alrededores acudían gustosos a la celebración en *Villa Beatriz*. Por tradición, y a pesar de las diferencias que separaban a los patriarcas de ambas familias, los Balmori también hacían acto de presencia. Este año, por razones obvias, la familia Solís no acudiría, a pesar de que, después de mucho pensarlo, Álvaro y Beatriz habían decidido enviarles la invitación, como gesto de buena voluntad. Pero la ausencia de los Solís se vería compensada por la presencia de Silvia Villanueva, probablemente acompañada por Rosita, pues Beltrán no era aficionado a tales reuniones, y bastante esfuerzo había hecho ya acudiendo al estreno de la temporada de ópera, le dijo a su afligida hermana.

Pero a pocos días de la señalada fecha, Beltrán sorprendió a Silvia con una noticia inesperada:

—Silvia, he cambiado de opinión, iré al baile contigo.

Ella le miró, extrañada:

— ¿Y a qué se debe semejante sacrificio, hermano? ¿Acaso estás haciendo méritos para ganarte el cielo?

Beltrán se removió, inquieto:

—He pensado que es mi responsabilidad acompañarte, quedaría poco elegante que, estando aquí, te dejase ir sola, ¿no te parece?

— ¡Claro que me parece, por supuesto! Nada me hace más ilusión que ir acompañada por mi hermano. Pero, ¿estás seguro de que vienes de buen grado? Quiero decir, ¿no te mostrarás en exceso huraño y malhumorado? ¡Es una de esas reuniones que tanto odias!

—No te preocupes, Silvia, que no te dejaré en evidencia. Aunque me aburra como una ostra, te prometo que simularé que me encantan los bailes de sociedad.

Beltrán se levantó y se alejó de allí tras dedicarle una sonrisa cómplice a su hermana. Deseó ardientemente que ella no atase cabos para llegar a la conclusión de que era la posibilidad de ver a Celia Quirós lo que le animaba a acudir a semejante *bodrio social*, que era como denominaba a esa reuniones frecuentadas por mujeres cursis y remilgadas, cuyos aburridos esposos dedicaban la velada a beber champán como si se fuese a acabar el mundo y a inspeccionar escotes ajenos sin ningún disimulo. El joven marqués, consciente del paso que acababa de dar, se preguntó una vez más qué tenía Celia Quirós para doblegar su voluntad de tal manera.

El día del baile, *Villa Beatriz* estaba tan engalanada como sus bellas habitantes. El camino que se adentraba en la propiedad hasta la puerta principal estaba flanqueado por decenas de antorchas que resaltaban la blancura de la grava del camino. En las ventanas de la fachada principal habían colocado delicadas lazadas de terciopelo rojo, y a ambos laterales de las escalinatas de acceso, varios jarrones de piedra lucían ramos florecidos de acebo, cuyas hojas enceradas brillaban, destacando el rojo intenso de los frutos. Al fondo, el invernadero donde Beatriz Cruz-Stuart mimaba sus orquídeas, estaba iluminado interiormente, y desde el exterior la imagen era la de

una fantástica selva de verdor, salpicada por el colorido intenso de las flores que allí se cultivaban.
En el estanque, los nenúfares compartían la superficie del agua con multitud de velas que flotaban ligeras, movidas por brisa de la noche, mientras las hojas dela palmeras bailaban una danza suave, dando la bienvenida a los asistentes.
Y contrastando con la ornamentación del paisaje exterior, el interior del casa ofrecía un espectáculo inolvidable: cientos de flores adornaban todos los rincones del enorme hall, cuya lámpara de araña brillaba con indudable protagonismo, mientras un espejo de proporciones acorde s a la magnificencia del recibidor multiplicaba la luz, dibujando reflejos arcoíris en las paredes, techo y suelo. Y en las balaustradas, guirnaldas vegetales y camelias blancas ascendían acompañando la pendiente de la escalera.

Tanto la sala principal como las adyacentes habían sido habilitadas para el baile, retirando el mobiliario y dejando únicamente sofás, sillones y sillas donde las damas pudiesen acomodarse y descansar. En el lugar de los muebles habituales, se había dispuesto un largo mostrador, tras el cual varios camareros uniformados esperaban la orden para descorchar las docenas de champán francés que mantenían frescas en pequeños depósitos llenos de hielo picado, ocultos tras el mismo. Y sobre el pulido mármol, relucientes bandejas de plata ofrecían a los invitados los manjares más variados y exclusivos de un catering que el restaurante Lhardy había enviado, ese mismo día, desde Madrid.
Según iban llegando, los asistentes eran recibidos por el matrimonio Quirós, sus tres hijos mayores y Marta Cruz-Stuart, en tanto que la pequeña Aurora, vigilada de cerca por miss Hughes, se conformaba con contemplar la escena desde lo alto de la escalera, a la espera de cumplir la edad para poder participar, ella también, en el baile más esperado del año.
Las cuatro mujeres de la casa estaban deslumbrantes, Beatriz ataviada con el modelo que su modista de Oviedo había confeccionado para la ocasión, un favorecedor vestido de corte Imperio en seda granate que resaltaba el color azul verdoso de sus ojos. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo, y por tocado, una diadema de zafiros que entonaban a la perfección con la seda del traje. Como remate a tanta sofisticación, se había puesto unos guantes altos, en color blanco, que evocaban la elegancia clásica inglesa, de la que tanto Marta como ella eran acreditadas representantes. Marta, a su vez, lucía un vestido de terciopelo azul, con un corte más atrevido que ele de su hermana, pues dejaba al descubierto sus hombros y la parte alta de la espalda. Iba ligeramente fruncido a su delicada cintura, adornada por una cinta de seda, en cuyo lateral, una flor de la misma tela le daba un toque de calidez a la sobria elegancia del diseño.
Pero la mirada de Beltrán, en cuanto traspasó la puerta, fue en exclusiva para Celia. Si le preguntasen al respecto, sería incapaz de decir siquiera el color de su vestido, porque era tal la armonía del conjunto que Celia no era una joven vestida de gala, sino una sensación. «Destila belleza», pensó Beltrán, abrumado por la fuerza de su presencia. Tal era su atolondramiento, que no oyó el saludo amable que Marta le dedicó. Sólo la cara de Celia le sacó de su arrobamiento:
— ¡Señor, mi tía Marta le está hablando! —le devolvió a la realidad la joven, con evidente disgusto.
—Señorita Cruz-Stuart— saludó Beltrán Villanueva a Marta con exquisita entrega, compensando con creces su despiste—. Le ruego que me disculpe, pero, ¿ha oído el testimonio del escritor Marie-Henri Beyle, conocido por su seudónimo de Stendhal, acerca de su viaje a Florencia? Pues eso me ha sucedido al verlas, he sufrido una sobredosis de belleza, sin duda.
Marta, a quien tanto le gustaba viajar y, en efecto, había oído hablar del escritor francés y su

trastorno, sonrió halagada, el joven marqués era encantador. Cuando Beltrán se retiró, y antes de saludar a los siguientes invitados, que ya se aproximaban, la tía tuvo tiempo de decirle a su sobrina: «Ese hombre está loquito por ti». Celia se ruborizó, mucho, tanto que notaba el calor en sus mejillas como una incómoda molestia que la ponía en evidencia.
—Tía Marta, me odia. Y no te dejes engatusar por él: es un adulador y un falso.
—A mí no me lo ha parecido—comentó Marta, extrañada, antes de recibir con impecable cortesía a la esposa del marqués de Parque Florido, uno de los principales accionistas de la sociedad minera.
Ismael se retiró con discreción del corrillo que constituía el comité de bienvenida familiar, y Silvia, Beltrán y él disfrutaban en esos momentos de una copa de champán y una animada charla, mientras Celia seguía saludando a señoras peripuestas y a sus esposos, la mayoría de los cuales la miraban como si fuese el pastel de un escaparate. Se sentía muy incómoda haciendo de anfitriona, sabiendo que esos invitados que le sonreían no habrían olvidado el escándalo de la cancelación de su boda. La mayoría de ellos, pensó, todavía lo utilizarían de divertimento en las aburridas tardes otoñales, y muchos, aun conociendo sus motivos, serían de la opinión de la familia de Jaime, tachándola de jovencita veleidosa y antojadiza por haber renunciado a un matrimonio tan ventajoso para ambos por *el asunto* sin importancia de una criada. Y mientras intentaba cumplir con su papel, haciendo de tripas corazón, advirtió con desagrado que el marqués de Ribadeo no le quitaba ojo. Quiso advertir en sus miradas una cierta provocación, quizás debida a lo sucedido en la casa abandonada hacía unos días. Se culpó de inmediato por no haberle parado los pies cuando él, con tanto descaro, la besó, y el recuerdo de lo sucedido le hizo volar a aquella tarde, rememorar la luz decadente que iluminaba el silencio de la vieja casa, el contacto cálido, suave, excitante de los labios de Beltrán, de sus manos rodeando su cintura.
— ¿Te encuentras bien, hermana? —le preguntó Sofía, al ver su turbación.
—No —respondió Celia con rotundidad, pero sin perder la compostura—, Beltrán Villanueva me está poniendo de muy mal humor.
— ¿Por qué dices eso? —se extrañó Sofía.
—No hace más que provocarme con sus miradas.
Sofía la miró como si se hubiese vuelto loca:
—Pues qué suerte tienes, porque… ¡Es encantador!
—Sí, de serpientes. Por lo que veo, os ha engañado a todas, pero no olvidéis que os lo he advertido—remató Celia sus palabras, enarcando sus cejas y retirándose de allí. Todos los invitados, al fin, habían llegado, y a los pocos rezagados, ya se encargaría Beatriz de recibirlos con su inigualable don de gentes.
Enseguida, Silvia se acercó a buscar a su amiga:
—Ven con nosotros, los canapés están deliciosos —dijo al tiempo que cogía a Celia del brazo para llevarla al lugar donde Beltrán e Ismael hablaban de leyes. Aunque acababan de conocerse, Beltrán tuvo la impresión de que el joven Quirós, a pesar de estudiar para ello, no era un apasionado del derecho. También intuyó, con acierto, que su hermana sentía algo más que cariño por él.
—Señorita Quirós—saludó de nuevo el marqués de Ribadeo a Celia—, qué suerte la nuestra, poder contar con su presencia es un privilegio, parece usted muy solicitada.
Ismael rió:
—Mi hermana trae de cabeza a la totalidad de los jóvenes casaderos de Asturias. Y de donde vaya, diría yo, porque es maravillosa.
Beltrán le miró divertido, frunciendo el ceño, por lo que Ismael, sonriente, le preguntó:

— ¿Acaso lo duda, Beltrán?
El aludido respondió sin demora:
—No, claro que no, Ismael. Mi reacción se debe al hecho de que, a veces, pienso que soy poco objetivo con mi propia hermana, la considero la mujer perfecta y me daría de puñetazos con quien la hiciese sufrir —aclaró el joven marqués con segundas intenciones— pero veo que no soy el único hermano con tal falta de imparcialidad, lógica por otro lado, su hermana es un compendio de virtudes.
Las dos jóvenes los miraban, divertidas ante esta improvisada y competida demostración de amor filial, cuando una joven despampanante se acercó al grupo.
— ¡Beltrán! ¡Qué afortunado encuentro!
La recién llegada era una mujer rubia y alta, llamativamente vestida, pues para el gusto de Celia, seguía demasiado al pie de la letra los dictámenes de la moda, algo que siempre va en detrimento de la elegancia natural. Y no sólo su aspecto era provocativo, también sus modales lo eran, irrumpiendo en la conversación del grupo sin miramientos. Beltrán sonrió al verla, daba la impresión de que se conocían bien.
— ¡Mercedes! — la saludó él, depositando en su mejilla un casto beso que, a pesar de serlo, sorprendió a los presentes. Sin tardanza, el marqués de Ribadeo se apresuró a hacer las presentaciones:
—Doña Mercedes Ribera —dijo tomándola del brazo — Celia e Ismael Quirós, hijos de nuestros inigualables anfitriones, y mi hermana, Silvia Villanueva.
Todos la saludaron con cortesía, Ismael deteniéndose, quizás más de lo recomendable, en ciertas partes de la anatomía de la joven desarrolladas con afortunada generosidad.
—Lo que no entiendo—prosiguió Beltrán, sonriente — es lo que haces tú por aquí.
—Tengo una amiga por estos lares, Verónica, la hija de don Salustiano Benavides e invitado habitual a este baile, que no ha querido que me pierda la ocasión. Paso unos días con ellos, pero he de confesar que fue la feliz posibilidad de encontrarte aquí lo que me animó a este viaje, pues de otro modo no hubiese renunciado a la vida social de la capital, muy activa en estos meses, más que en pleno verano, ya sabes que entonces Madrid queda desierto.
En ese momento, Beatriz Cruz-Stuart, desde un rincón de la sala, hizo tintinear su copa de champán, golpeándola con un tenedor. A su alrededor se hizo un pequeño silencio, que se extendió como una ola de calma, hasta llegar al último rincón de la sala.
—Queridos amigos— comenzó Beatriz, encantadora y bellísima— un año más, la familia Quirós tenemos la dicha de reuniros en este baile tan especial, con el cual queremos, ya lo sabéis, desearos, un poco anticipadamente, toda la felicidad para las próximas fiestas y para el año que llegará en poco más de un mes. Hay quien dice que es de mal augurio anticiparse a su llegada, pero en esta casa no somos supersticiosos, me consta que tampoco vosotros. Por eso os pido que brindéis para que tengamos unas estupendas fiestas navideñas y para que, el año que viene, podamos de nuevo anticiparnos a dar la bienvenida a otro más. ¡Por todos nosotros!
En ese momento, Beatriz elevó su copa, al tiempo que otras muchas se alzaban también. La música comenzó a sonar y el baile dio comienzo, un año más.
En ese instante, Mercedes, la rubia amiga de Beltrán, que no se había separado de su lado, le cogió de la mano. Él, sonriente, aferró su cintura con cierto descaro, y comenzaron a bailar al ritmo del vals, era la primera pieza, en deferencia a la mayoría de los invitados, de la vieja escuela y defensores a ultranza del baile elegante, europeo y tradicional.
—Silvia, ¿me concederías este baile? —Ismael, sonriente, tomó la mano de ella y en un momento formaban parte del maremágnum de pies danzantes envueltos entre las telas brillantes

de los vestidos de gala. Silvia miraba embelesada al joven Quirós mientras él no paraba de hablar, siempre tenía temas de conversación que estaba deseando compartir con ella.
Aprovechando que Celia se había quedado sola, tres jóvenes se aproximaron con timidez. El primero en pedírselo fue el afortunado que bailó con la señorita Celia Quirós quien, en realidad, sólo deseaba huir de allí, subir a su dormitorio, meterse en la cama y conciliar un sueño profundo donde poder olvidarse de Beltrán Villanueva. Cuando la pieza terminó, Silvia e Ismael se reunieron con ella, no así Beltrán, que había desaparecido en compañía de la joven Mercedes Ribera.
— ¿Dónde está tu hermano, Silvia? —preguntó Celia con la máxima indiferencia que pudo aparentar.
—No lo sé…Pero espero que no esté en compañía de esa Mercedes, me ha caído fatal.
— ¿No la conocías? — insistió su amiga sin mirarla, revolviendo el ponche que aún quedaba en su copa.
— ¡Qué va! Nunca la había visto.
—Pues tu hermano y ella parecen viejos amigos, pensé que quizás vuestras respectivas familias se conocen de hace tiempo.
— Pues no es así—contestó Silvia con naturalidad, sin percatarse de la intención oculta tras las palabras de su amiga, deseosa de averiguar más—. Beltrán la habrá conocido en Madrid, ya has oído que debe de ser asidua a todas las fiestas. Ahora que lo pienso… ¿No habrán sido…?— Silvia rió.
— ¿Amantes? —Completó Celia la frase—. Puede que no te equivoques, veo demasiada complicidad entre ellos.
—Pues no me gustaría estar en lo cierto, porque no me cae nada bien.
—Pero de ser así, nada puedes hacer, en el corazón de tu hermano no puedes mandar, querida amiga, qué más quisiéramos que poder manejar a nuestro antojo los corazones ajenos, las penas de amor dejarían de existir—ambas rieron—. Y ahora, te dejo un momento, voy a subir al dormitorio, creo que….bueno, ya sabes, cosas de mujeres. En fin, enseguida regreso.
Celia no soportaba la mentira, pero evitar aguarle la fiesta a su buena amiga Silvia Villanueva no era mentir. Porque no estaría bien preocuparla confesándole que lo único que deseaba era salir de allí y llorar. Abandonó del salón y se adentró en el hall, donde pudo ver a Beltrán y a la tal Mercedes, que se empeñaba en pegarse a él como una lapa, entre un grupo de jóvenes. Atravesó la estancia a toda velocidad, intentando contener las lágrimas un poco más, deseando pasar desapercibida.
Una vez en lo alto de las escaleras, cruzó el pasillo como una exhalación, entró en su dormitorio y, tras cerrar la puerta, cayó sobre la cama, hundiendo la cara en la almohada y llorando desconsolada por la terrible fatalidad de haberse enamorado de Beltrán Villanueva. Sintió un cierto consuelo por haber sido capaz, al menos, de ponerle nombre a esa congoja, desasosiego e inquietud que la rondaba desde el mismo día en que conoció al joven marqués. Había dejado de engañarse y ya tenía una explicación, absurda por cierto, pues nunca hubiese pensado que el sentimiento del amor pudiese surgir del revoltijo de emociones encontradas que sentía por Beltrán.
Una vez se hubo desahogado, se incorporó, atusó su vestido, se retocó el cabello y salió a enfrentarse de nuevo al mundo, a pesar de sus ojos enrojecidos. Bajó las escaleras adornada con una dignidad nueva, de mujer enamorada de un imposible, sintiéndose como la despechada protagonista de una novela del romanticismo.
Mientras, Sofía y Carlos Balmori no desaprovecharon la ocasión. Con mucho tiento para no

levantar las sospechas de sus respectivos padres, bailaron un par de piezas distanciadas por un cauteloso intervalo, y después se ausentaron discretamente del salón para estar unos minutos a solas.
—Qué triste es esto, Carlos. Nunca pensé que el obstáculo a nuestro amor pudiese ser la familia.
—Me siento como un delincuente, escondiéndome de mi padre, como si fuese un delito amar a la mujer más maravillosa del mundo —Sofía sonrió y se besaron con dulzura.
—Ya sabes que yo me siento igual, Carlos: ocultándole a papá que me veo contigo, que te amo. Es injusto.
—Creo que deberíamos hacer algo, Sofía. Lo he estado pensado, y quizás debamos dar la cara, imponernos, con nuestro amor, a sus continuas desavenencias.
—Yo también lo he pensado, pero algo me dice que no es el momento. Creo que, si papá se entera de lo nuestro, estaría encantado de separarme de ti, para demostrarle a Enrique quien es el que manda.
—Tienes razón, mi padre haría lo mismo, me intentaría apartar de ti para que Álvaro comprendiese que su hija no es la mujer adecuada para su primogénito, sin saber que eres la única que me hará feliz—respondió Carlos Balmori, mirándola con pesadumbre.
— ¡Estamos metidos en un buen lío, entonces!
—No te preocupes, amor, que tarde o temprano, algo se nos ocurrirá, pero hasta entonces, ten por seguro que no habrá fuerza en el mundo que me aparte de ti. Pero ahora regresemos, no es conveniente que nos echen en falta.

Tras muchas botellas descorchadas y varias horas de diversión, el baile aún continuaba. Los aperitivos servidos, a juzgar por las bandejas casi vacías, habían sido del agrado de los invitados y, aunque parte de los de mayor edad habían ido retirándose poco a poco, aún quedaban grupos de incondicionales de la fiesta, dispuestos a alargar la noche. Los camareros no bajaban la guardia y pasaban entre los invitados, ofreciendo ahora fuentes repletas de dulces asombrosamente decorados. Tampoco se habían retirado las criadas de la casa, repartidas aquí y allá para atender las necesidades de los asistentes, aunque llevaban levantadas desde muy temprano y sólo deseaban que, a toda esa gente, se le acabasen las ganas de bailar y divertirse.
Verónica Benavides se acercó al grupo donde su amiga Mercedes, que no se había separado en toda la noche de Beltrán Villanueva, apuraba una copa de champán.
—Mercedes, mis padres ya se han retirado hace un rato, pero han dejado a nuestra disposición un carruaje. ¿Nos vamos ya? ¡Estoy cansadísima!
Mercedes Ribera miró de soslayo a Beltrán:
—Me gustaría quedarme un rato más, este baile es magnífico y carecéis de eventos como este por la zona, querida.
Verónica pasó por alto el comentario y la actitud de Mercedes, quien quizás había bebido ya más champán de lo que aconsejaba la sensatez. Se encogió de hombros y respondió:
—Como desees. En tal caso, dejaré a alguien del servicio de guardia, para cuando regreses. Que lo pases bien.
—No te preocupes por mí, el marqués de Ribadeo tendrá la amabilidad de acercarme a tu casa. ¿No es así, Beltrán? —preguntó Mercedes, zalamera, arrastrando ligeramente las palabras
Beltrán carraspeó, incómodo:
—Bueno, no tengo inconveniente, por supuesto, pero no me quedaré mucho más.
En ese momento, su hermana Silvia se acercó, y Beltrán le hizo un gesto que ella interpretó a la perfección, así que comenzó a dar improvisada conversación a la señorita Ribera, momento que él aprovechó para ausentarse, después de pronunciar un precipitado “Disculpadme un momento”.

Se apresuró a alejarse de la mujer que lo había tenido prisionero toda la noche, mientras él, a la desesperada, vigilaba cada movimiento de Celia. La veía bailar con los numerosos jóvenes —y no tan jóvenes— que la solicitaban al comienzo de cada pieza musical, y era evidente su desgana. Beltrán advirtió cierta tristeza en su mirada habitualmente llena de vida, y se apresuró a acercarse antes de que otro se le adelantase.

— ¿Me concede este baile, señorita Quirós?

Por un momento, Beltrán creyó ver que se le iluminaban los ojos, pero sólo fue un espejismo, porque inmediatamente, esa apatía, desconocida en ella, regresó a su mirada. Sin esperar respuesta, Beltrán tomó su cintura, agarró su mano y comenzaron a moverse al ritmo de la música.

—Quisiera hablar con usted, Celia—dijo el marqués, evidentemente nervioso—. He querido hacerlo a lo largo de la noche, porque necesito aclarar las cosas.

Celia cayó en la cuenta que, después de tutearla en su encuentro en la casa abandonada, había vuelto a tratarla con la debida formalidad, lo cual le provocó una absurda decepción, otra más para sumarse a las muchas que acumulaba el marqués en su contra.

—Dígame qué se le ofrece—respondió Celia, con una frialdad que le heló los ánimos.

—Aún no sé si ha perdonado mi inadecuado comportamiento del otro día.

Celia lo miró, y el brillo volvió a ellos, o eso le pareció a Beltrán:

—Por supuesto que le he perdonado—dijo ella, hipnotizada por la visión de su rostro y por el tacto de la poderosa mano de él sobre su cintura—. Un penoso incidente que es preciso olvidar.

Ahora fue Beltrán quien, desazonado, la miró con ojos suplicantes:

—De acuerdo, señorita Quirós. No sabe cuánto le agradezco que pase por alto mi indigno proceder de aquel día, no comprendo cómo pude…

Ella le cortó con cara de aburrimiento:

—No le dé más vueltas, al fin y al cabo, fue un beso sin importancia. No me considere tan mojigata, Beltrán, recuerde que, a estas alturas, yo debería ser una mujer casada.

« ¿Un beso sin importancia?» pensó, apenado, el marqués de Ribadeo. ¿Por qué hacía con Celia Quirós lo que nunca había hecho, darse por vencido, como un pusilánime, cuando no lo había sido nunca? En ese instante, apretó la mano de Celia con decisión, para decirla, sin que a ella le quedase ninguna duda, que para él no había sido un beso sin importancia, sino el beso más auténtico, placentero y definitivo que había dado en toda su vida. Pero Silvia y Mercedes aparecieron al tiempo que la música cambiaba de ritmo para dar paso a una nueva pieza. A Beltrán no le quedó más remedio que soltar a Celia, mientras la rubia Mercedes Ribera reclamaba a quien ya creía suyo:

—Beltrán, ¿bailamos otro?

Silvia y Celia se retiraron, negando a su paso las peticiones de baile, ya estaban un poco cansadas.

— ¿Te puedes creer que Beltrán se ha ofrecido a llevarla a casa? ¡Tendremos que desviarnos hasta la otra punta para hacerlo!

—Él sabrá…—dijo Celia, pensativa. Y Silvia comprendió de pronto algo que, a pesar de tenerlo delante, hasta ese momento no había comprendido.

CAPÍTULO 22

Después del baile, Ismael decidió prolongar por unos días su estancia en casa, pues le atraían bastante más las divertidas conversaciones de Silvia Villanueva que las clases de Derecho Romano. Cada día estaba más convencido de que la hermana del marqués de Ribadeo era una mujer excepcional: culta, inteligente y sensible, además de haber sido agraciada con un físico envidiable, de armoniosas formas y rostro perfecto. Pensaba a menudo en ella, calibrando la posibilidad de iniciar algo más que la amistad que ya disfrutaban. Le atraía mucho, era una belleza, pero, ¿qué le hacía dudar tanto, entonces?

Le resultaba muy fácil compartir tiempo y andanzas con Silvia y su hermana Celia, pues Beatriz Cruz-Stuart, muy preocupada por la reputación y el futuro de su hija mayor, no bajaba la guardia y le impedía salir si no lo hacía en compañía de alguien adecuado, como lo era, desde luego, Ismael. Y puesto que las dos jóvenes siempre tenían salidas previstas, él solía hacerse un hueco como acompañante.

—Y bien, señoritas, ¿a dónde nos dirigimos hoy? —preguntó Ismael, tomando las riendas del coche de un tiro, en el que solían viajar los tres.

—Vamos a Avilés, Ismael—le dijo Silvia, mirándole con esos ojos tiernos con los que solía mirarlo siempre—, a unas escuelas. Quiero presentar a Celia a alguien muy especial.

— ¿Y yo? ¿Quedo fuera de la ecuación, o qué?

Silvia sonrió ante la expresión utilizada, el amor de Ismael por las matemáticas se evidenciaba incluso en su forma de hablar.

—Ya sabes que no te discriminamos, pero no sé si el asunto te interesará demasiado, es cosa de niñas, nunca mejor dicho— Y para aclarar todas sus dudas, Silvia le explicó que iban a visitar a una maestra, llena de interesantes proyectos, a la que querían prestar su apoyo.

La escuela en cuestión estaba situada en una barriada de las afueras de Avilés. Era un edificio humilde, acorde a los cánones constructivos de los edificios funcionales de la zona. Entraron los tres, Silvia delante, Ismael el último, un poco distraído, pues quizás Silvia tenía razón y el asunto no iba del todo con él.

Después de adentrarse en un pequeño zaguán con dos puertas, lo hicieron en una de las dos únicas aulas, una habitación grande, de techos altos y ventanas generosas que dejaban entrar la luz. Una estufita de carbón, situada en la parte trasera, templaba el ambiente, y los numerosos cuadros que adornaban las paredes pintadas de luminoso azul, un par de ramos de crisantemos sobre las poyatas de las ventanas y los pupitres de madera, le daban a la sala un aire inusualmente acogedor.

Al fondo, una mujer sentada tras una mesa de escritorio, leía algo con sumo interés. Al oír a los recién llegados, se quitó las gafas que llevaba puestas y salió a recibirlos:

—Querida Silvia, qué alegría verte.

—Alma, quiero presentarte a mis amigos, Silvia e Ismael Quirós. Han venido a conocerte, les he hablado mucho de ti.

Ismael contempló, mudo por la sorpresa, a la maestra. Había imaginado a una mujer madura, más bien entrada en años, sobriamente vestida y con el gesto, si no adusto, poco dado a la sonrisa, es decir, el equivalente escolar de sus rígidos profesores de universidad. En su lugar se

encontró a una mujer joven —no llegaba a los treinta años— que lucía una cabellera rojiza cuyos rizos caían en cascada sobre su espalda. Iba ataviada con un llamativo traje de chaqueta a cuadros, muy a la moda, y bajo la falda, que apenas le cubría los tobillos, asomaban unos coquetos borceguís de tacón. El precioso rostro, salpicado por discretas pecas que le daban un aire travieso e infantil, se iluminaba con una sonrisa alegre, y tan luminosa que todo a su alrededor se volvía luz.

—Bienvenidos, hermanos Quirós—dijo, sorprendentemente desenfadada, mientras Celia e Ismael, contagiados por su potente energía, sonreían sin apenas ser conscientes de ello—. Esta es la escuelita, lo que veis. Hay otra aula simétrica a esta, y eso es todo. Si os parece, podríamos sentarnos en un café y charlar con tranquilidad.

—Buen idea, Alma—asintió enseguida Silvia, al tiempo que Celia lo hacía con la cabeza. Ismael, que aún no se había recuperado de la sorpresa, tan sólo la miraba, con una sonrisa bobalicona a la que era totalmente ajeno.

—Pues vayamos al Imperial, si os parece bien —sugirió la mujer, encaminándose hacia el perchero donde había dejado su abrigo.

Salieron los cuatro y fueron caminando, Celia al lado de la maestra, interesándose por su proyecto, del que lo sabía casi todo gracias a Silvia, la cual iba detrás, charlando con Ismael, al que notó inusualmente distraído. Y es que el joven Quirós no podía apartar los ojos de la profesora, que se movía con inusual desparpajo, dotando a sus femeninas caderas de un delicioso bamboleo.

Cuando entraron, el joven se apresuró a oficiar de galante caballero, retirando la silla para que la señorita se sentase. Ella le miró con aire divertido, mientras Celia y Silvia se acomodaban en el banco corrido. Enseguida, cuatro cafés humeaban sobre el mármol de la mesa.

—Queridos amigos—comenzó Alma, con el mismo desenfado que si los conociese de toda la vida— ya tenéis una idea más o menos clara de lo que pretendo hacer, así que admito sugerencias, cuantas más, mejor.

Ismael no estaba al tanto, pero aun así, permaneció callado sin pedir explicaciones, pues lo más interesante de aquella tarde era la peculiar mujer pelirroja, sentada a su lado en el café Imperial, tan cerca, que podía aspirar su olor, ligeramente cítrico y muy fresco, un olor a vida y a energía desbordante. De cuando en cuando se giraba a mirarlo, y él quedaba, sin quererlo, atrapado en la magia de su sonrisa, en el brillo de sus ojos verdes, en el delicioso rizo que caía sobre su rostro, salpicado por las diminutas pecas con una gracia inusual.

—Si no me equivoco—comenzó Celia— y he entendido tu propuesta, deseas que las niñas continúen en la escuela mucho más tiempo del que lo hacen.

—Y los niños, Celia, y los niños—matizó Alma—. Pero siendo realistas, centrarse en las niñas va a ser más eficaz, al menos para comenzar. No sé si sabréis que los niños de las familias más humildes, llegados a la corta edad de doce o trece años, algunos incluso menos— ya son reclutados como mano de obra por sus propias familias, propiciando el abandono escolar. Yo no culpo a esos padres, a quienes les resulta imposible alimentar tantas bocas con tan reducidos ingresos, pero eso no les justifica, no del todo.

—Es muy triste—continuó Celia—tenemos una hermanita de diez años, y no me la imagino abandonando las clases con su institutriz para ponerse a servir en una casa.

Alma sonrió con una condescendencia que a ninguno de los tres les pasó desapercibida:

—Pues esa es la realidad de muchos niños y niñas, aunque os parezca cosa de otro mundo, tan alejado del vuestro.

—Podríamos hablar con papá—dijo Celia, mirando a Ismael— y pedirle que colabore. Quizás, si

se hace un donativo mensual a esas familias para que su sustento no dependa del trabajo de esos niños…
Alma la cortó:
—No funciona así, Celia. Para empezar, la gente, por muy humilde que sea, tiene su orgullo. Es decir, las limosnas—Celia fue a protestar por el término empleado por Alma, pero ella lo corrigió — o lo que considerarían como tal, no es la solución. Por supuesto, siempre hay quien pone la mano, por aquello del refrán, *tírame pan y llámame perro*, pero no es lo habitual. Creedme: ese tipo de intervenciones a base de donativos no lo llevan bien.
— ¿Y entonces? —se aventuró Ismael.
—Lo más adecuado sería instaurar un sistema de recompensas, algo así como premiar a las familias cuyos hijos permanezcan más tiempo en la escuela. Es una de las ideas que se me han ocurrido, pero hay que estudiarla bien, tiene demasiados inconvenientes.
— ¿Cómo cuál? —quiso saber Silvia— en principio, me parece una idea estupenda.
—Bueno, pues que nadie nos garantiza que, una vez obtenida esa gratificación, no abandonen el proyecto. Además, no me vale con la mera presencia de los niños en el aula, quiero que progresen, académicamente hablando. Ello implica realizar las tareas escolares en casa, lo cual está muy claro, no van a hacer: cuando una niña debe ayudar en la labores del hogar, cuidar de sus hermanos más pequeños o ir a lavar la ropa, no va a tener demasiado tiempo para hacer sumas, restas o estudiar gramática. Tengamos en cuenta, además, que no dejan de ser niños, tienen que jugar, y respetar las debidas horas de sueño, las últimas investigaciones aseguran que para propiciar su crecimiento físico y mental, el sueño es imprescindible en los más pequeños, al menos eso aconsejan las modernas corrientes higienistas.
Los tres la miraban sin parpadear, maravillados por la cantidad de información que había logrado reunir para elaborar su proyecto de una forma metódica, casi científica.
—El primer paso sería elaborar estadísticas a partir de los censos. Sólo partiendo de datos reales, recogidos entre la población, podemos estimar el alcance del problema, en este caso, el abandono escolar. Pero tengo una clara limitación: no sé manejar los datos, estadísticamente hablando.
Aquí Ismael vio los cielos abiertos:
—Alma, por eso no debes preocuparte: tienes ante ti a la persona adecuada.
Celia y Silvia le miraron, sorprendidas:
—Ya sabéis que me entusiasman los números, no sé qué os sorprende tanto. Y en la biblioteca de la facultad hay tomos demasiados interesantes para que yo pase de largo.
Celia pensó que, o estaba muy equivocada, o en la biblioteca de la facultad, habría libros de leyes. Pero lo dejó pasar. Mientras, Alma le miraba con la mayor expresión de entusiasmo que cabe en un solo rostro:
— ¡No me lo puedo creer! ¿Sabes estadística?
Ismael asintió, tan orgulloso como hacía tiempo que no se sentía, y agradeciendo la bendita circunstancia de que las matemáticas fuesen su gran afición:
—Los números son mi particular patio de recreo.
—Pues si decides hacerte voluntario de mi causa, me gustaría que pudieses transmitir ese entusiasmo a los niños, las matemáticas se les atragantan a casi todos.
—Lo haría encantado, Alma.
Ahora fue Silvia, sorprendentemente, quien puntualizó:
—El problema de Ismael es que, a pesar de su buena disposición, pasa la mayor parte del año en Oviedo, estudia derecho allí.
Todos vieron la sorpresa dibujada en el rostro de la profesora:

— ¿Estudias derecho? ¿Y eso por qué, dada tu afición por las ciencias exactas?
—Es muy sencillo: papá quiere un abogado en casa—resumió Celia en pocas palabras, al tiempo que Ismael asentía, sin poder desprenderse de la sonrisa bobalicona que se afincaba en su gesto cada vez que Alma se dirigía a él.
Así transcurrió parte de la tarde, y cuando el pintoresco grupo salió del café Imperial, ya comenzaba a oscurecer, los días eran demasiado cortos en esa época del año.
Se despidieron, con la promesa de volverse a reunir, al menos ellas tres, puntualizó Silvia, pues Ismael, volvió a recalcar lo que ya había quedado claro, regresaría en unos días a Oviedo.
En el trayecto de regreso el entusiasmo era general, propiciado por la envergadura del proyecto y por el impacto positivo que, a la larga, tendría sobre las vidas de muchos niños. Pero en Ismael, la mayor parte del mismo era debido al hecho de haber tenido la oportunidad de conocer a Alma, una mujer impactante, en todos los sentidos. El joven apenas participó de la conversación, en apariencia centrado en conducir el carruaje, pero interiormente fascinado por la joven maestra, la cual había roto todos sus esquemas.
—Ismael, mañana merendamos en mi casa, se lo prometí a Aurora. Rosita ha preparado un bizcocho de nata sólo por ella. ¿Vienes tú también?
—No lo creo—respondió Ismael— tengo que estudiar.
— ¿Y quién os llevará entonces, Celia? —Insistió Silvia, pretendiendo tentar a Ismael y hacer que cambiase de opinión, para ella su presencia era el principal aliciente.
—No hay problema, Silvia: Mateo nos acercará. Y como ahora tenéis teléfono, llamaremos a casa para nos recoja cuando terminemos —Silvia miró de reojo al joven, buscando algún gesto que indicase un cambio de opinión, pero él no se inmutó—.No creo que Ismael esté en condiciones de atrasar más sus estudios—dijo Celia, sin intuir los verdaderos motivos de su hermano.
El resto del trayecto fue Silvia quien permaneció en silencio, mirando, con cierta melancolía, ese paisaje ya conocido. La llevaron hasta casa, y se despidió de Celia con la intención de merendar juntas al día siguiente, tal y como habían acordado. Antes de que bajase del coche, Ismael la miró sonriente. Pero Silvia creyó ver en su gesto una indiferencia nueva, y una ilusión nueva también.

CAPÍTULO 23

La mina de Arnao había sufrido otra importante inundación, debido en parte a la falta del necesario mantenimiento, propiciada por las huelgas y revueltas mineras. Los socios que se oponían a la continuidad de la explotación alegaban, además de los inconvenientes que ocasionaban las frecuentes invasiones del mar, una baja calidad del carbón. Todo ello propició que el principal socio belga, el señor Meyer, reuniese a los accionistas mayoritarios con la intención de proceder al cierre de una mina que ocasionaba tantos gastos como quebraderos de cabeza a quienes habían invertido parte de sus fortunas para la extracción del mineral.

La noticia llegó a oídos de don Enrique Solís y su hijo Jaime, quien aquel año había prescindido de pasar la temporada invernal en Madrid, como tenía por costumbre. Aquella tarde paseaba como una fiera enjaulada de un lado a otro del despacho, incapaz de aceptar el cierre de la explotación que les servía de tapadera para un negocio mucho más lucrativo que el del carbón.

A última hora sonó el teléfono. Era Marcelo, un administrativo de la sociedad que, a cambio de un sueldo adicional pagado por Jaime Solís, se encargaba de filtrar las resoluciones tomadas en las juntas de accionistas y de enterarse de todo cuanto sucedía dentro y fuera del edificio que pudiese ser de utilidad para los manejos a los que tan aficionados eran los Solís.

—Don Jaime, parece que la decisión de cerrar la mina es irrevocable. Aún no han firmado, pero es cuestión de días que lo hagan.

— ¿Quiénes acudieron a la reunión?

—Meyer, por supuesto. También el marqués de Parque Florido, don Emeterio Valdés y un par de belgas a los que he visto por vez primera. ¡Ah, y don Álvaro Quirós, cómo no! Que por cierto, señor, se ha opuesto a la decisión tomada por mayoría.

Al otro lado de la línea, Jaime Solís frunció el ceño:

— ¿Ha dicho por qué?

—Ya conoce a ese hombre, tiene tanto dinero que antepone el bienestar del pueblo a sus inversiones: habló de los mineros que perderán su trabajo.

Álvaro Quirós era decisivo en la negociación, pues la decisión de Meyer tenía peso sólo apoyada por el resto de accionistas menores. Sin Meyer de por medio, la propuesta de Álvaro sería la ganadora, al ostentar mayoría de acciones frente al resto.

—El bueno de don Álvaro—dijo Jaime con una sonrisa capaz de helar la sangre a cualquiera, pero que su interlocutor no pudo ver. Se le acababa de ocurrir algo para matar dos pájaros de un tiro, es decir, librarse de la parte de la mercancía cuya tenencia, en las condiciones actuales, era un riesgo, y de paso vengarse de Álvaro Quirós. Era esta última posibilidad la que más le excitaba, tanto, que sonrió al pensar en la bella Celia Quirós llorando, desconsolada, por su padre. Cuando acabase con él, no habría dinero en el mundo que lo librase de la pena capital. Entonces, quizás, arruinada la familia y desesperada ella, caería en sus brazos. Y él la trataría como se merecía, como una prostituta.

Encendió un cigarrillo y se acomodó el sillón con las piernas estiradas y el gesto relajado. La columna de humo ascendía mientras Jaime Solís se entregaba a la placentera sensación de anticiparse al inigualable sabor de la venganza.

—Marcelo, tengo un par de encargos para ti y te aseguro que tu silencio será muy bien

recompensado. El primero, has de hacerlo ya: acércate al puerto y contacta con uno de los nuestros, el que más confianza te dé, si es que alguno de esos rufianes la merece. Esta vez han de cargar la mercancía en el *Compay*.

— ¿En el *Compay*, señor? ¿El barco de la flota de don Álvaro? Pero señor…

Jaime Solís dio un puñetazo sobre la mesa, audible a través de la línea telefónica, que hizo que Marcelo tragase saliva:

— ¡No discutas nunca una orden mía! ¿Te queda claro? Tú obedece y mantén la boca cerrada, que para eso te pago. Que lo carguen en el *Compay* y no pienses, eso ya lo hago yo por ti.

Marcelo asintió con apenas un susurro, era la clase de personas que aguantaban bien las humillaciones a cambio de dinero, y el señor Solís pagaba bien los encargos.

— ¿Desea algo más, don Jaime?

Al otro lado de la línea, Jaime Solís le dio nuevas instrucciones con oscuros propósitos, los cuales, ya estaba claro, no le incumbían, él estaba allí para cumplir órdenes y callar.

CAPÍTULO 24

Ismael acababa de levantarse. Se había dormido de madrugada, intentando ponerse al día en el aburridísimo Derecho Romano sin conseguirlo, porque al rato de comenzar con el *Corpus Iuris* de Justiniano, le había entrado un sopor que amenazaba con hacerle desistir de sus buenas intenciones. Por ello, para alejar la tentación de echar una cabezadita, abrió su libro preferido de matemáticas para despejarse con la fascinante sucesión de Fibonacci, su mágica conexión con el número aúreo y la espiral, que aparece recreada con elegante perfección en la naturaleza misma. Cuando cerró el libro, su cabeza aún bullía con la extraordinaria constatación del orden matemático escondido en cuanto nos rodea, pero el tomo de Derecho Romano seguía abierto donde comenzó.

Después de asearse con agua bien fría, bajó al comedor, deseoso de tomar un café recién hecho y saborear uno de los exquisitos bollos suizos que horneaba Paulina cuando él estaba en casa, conocedora de cuánto le gustaban.

Llevaba un rato sentado, cuando oyó voces femeninas y risas en la salita. Sonrió él también, contagiado por esa energía y vivacidad de sus hermanas, tan contagiosa. Se limpió con la servilleta los posibles restos del desayuno, se aseguró que no quedaban migas en su ropa, sacudiéndose con excesivo celo, y se dirigió a la sala con la esperanza de que Silvia estuviese también allí, deseaba hablar con ella de la mágica espiral, y la joven era la única que parecía escucharlo sin exteriorizar el mortal aburrimiento que solían mostrar los demás.

Cuando entró, pudo constatar la presencia en su casa de Silvia Villanueva, pero su rostro se trasformó ver que Alma también estaba allí. Las dos tomaban té mientras mantenían una relajada conversación con Celia, a la que acababa de unirse Sofía.

—Ismael, buenos días, dormilón—bromeó Celia.

—Buenos días, señoritas— Silvia no apartaba sus ojos soñadores del apuesto joven, al tiempo que Alma lo miraba con una enigmática sonrisa, que podría deberse tanto al afectuoso y burlón saludo de su hermana como a los sentimientos que el joven despertaba en ella—.Celia, estas damas van a pensar que soy un holgazán, pero lo cierto es que estuve estudiando hasta tarde, es lo que puedo alegar en mi defensa.

Todos sonrieron relajadamente, y su hermana le puso al tanto de los motivos de la reunión:

— ¿Te acuerdas de la conversación que mantuvimos hace unos días con la señorita Reguera, o sea, Alma? —«Cómo no acordarme», pensó Ismael consciente de que el corazón se le había desbocado al verla allí—.Pues bien, estamos sentando las bases de la colaboración con Alma. Es muy interesante todo cuanto se le ha ocurrido al respecto.

—Ismael, qué placer verle de nuevo. ¿Sigue en pie su ofrecimiento para unirse a nuestra causa? Porque he pensado en algo para usted.

Al joven le brillaron los ojos con una intensidad de la que sólo Silvia fue consciente.

— ¡Claro que sigue en pie, sería muy grato poder colaborar! Y ahora, lo que siempre suelo decir en estas circunstancias: ¿Podemos dejarnos de remilgos y tratarnos de tú a tú?

Todas rieron:

—Por mí no hay problema. ¡Qué alivio, Ismael!

—Pues vayamos al grano. ¿Qué se te ofrece, Alma?

La mujer comenzó a desgranar, con un entusiasmo contagioso, los detalles del plan de actuación gracias al cual tenía previsto reducir el absentismo escolar a un porcentaje que, según se fuese implementando el programa, disminuiría hasta mínimos aceptables, porque el ideal de hacerlo desaparecer era una utopía, Alma lo tenía claro.

—Es una locura, creedme, la de niños y niñas que, de un día para otro, abandonan definitivamente el aula. En ocasiones, dejan de acudir uno o varios días, pero regresan. En otras, desaparecen para siempre, dejando en su pupitre la pizarrilla con las cuentas inconclusas o el dictado lleno de errores gramaticales que nunca corregirán, porque en ese momento, su alfabetización queda detenida para siempre. Son muy pocos los que voluntariamente deciden seguir con el aprendizaje de lo elemental en sus casas, y casi todos ellos son varones, quizás alentados por sus madres. De las niñas, por desgracia, no suelen preocuparse, ellas lo tienen mucho más fácil: si se casan bien, no tendrán problemas. Y no sabéis la sensación que me producen esas pizarritas abandonadas, día tras día, sobre el pupitre. Son como una llamada de auxilio a la que debo escuchar. Por eso estamos aquí. Y soy muy feliz de poder contar con vuestra desinteresada ayuda.

Llegada a este punto, Alma se emoción sin poder evitarlo. Pero se recompuso de inmediato, pidiendo disculpas por ello.

—No debes disculparte, Alma, porque tu emoción es el reflejo de la importancia que concedes a tu proyecto, la medida de cuánto te importan todos esos niños. Y no dudes que te ayudaremos en lo que podamos.

En ese momento, Silvia intervino:

—Ismael no siempre podrá estar presente, como ya te dijimos, pero Celia y yo estaremos de continuo para lo que necesites.

Alma Reguera aclaró:

—Una lástima, porque necesitaba la aportación de Ismael a una causa que requiere, inexcusablemente, de su presencia. Sólo él, en persona, puede transmitir su entusiasmo por las matemáticas a unos niños tan poco motivados. Cualquiera puede ver en su rostro—él la miraba, la sonrisa bobalicona instaurada en su rostro como un rasgo permanente en presencia de la maestra— la pasión que lo domina cuando habla de números.

Silvia disimuló a la perfección su contrariedad, tanto que nadie se percató de ella, tampoco de los celos que la ahogaban cuando el joven Quirós opinó al respecto:

—Bueno, Alma, siempre existe la opción de aprovechar al máximo mis estancias. Puedo darles nociones matemáticas a los niños fuera del horario escolar, en vacaciones, por ejemplo.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero hay un problema—prosiguió Alma—. Ya tenéis claro que las familias están detrás de la mayoría de los casos de absentismo escolar. Quiero de cir que va a ser muy difícil convencer a esos padres para que den tiempo libre a sus hijos fuera del horario oficial, cuando ni siquiera le dan importancia a las horas reglamentarias.

Ismael se mesó la barbilla, pensativo:

— ¿y si organizas una reunión con las familias?

—Lo había pensado, desde luego. Pero tendría que reunir a cada familia por separado. ¿Por qué os digo esto? Pues porque si me reúno con todas las madres al tiempo —son las madres las que acudirían, lo doy por descontado — se apoyarían unas en otras para reforzar sus sinrazones. Sin embargo, en privado escucharían mis alegatos, estudiados para tocar la fibra más sensible de su instinto maternal.

—Lo tienes todo pensado, Alma—dijo Celia sonriente, y todos asintieron.

—Tiene que ser así, Celia. Si pensando hasta en el más mínimo detalle, mis probabilidades son

escasas, imagínate si me lanzo a esta aventura sin los cabos bien atados. Y aquí es donde he pensado en vosotras, queridas—dijo, dirigiéndose a las tres jóvenes—. Podéis hablarles a esas madres desde otro punto de vista, desde el de una clase social a la que no pertenecen, pero a la que sus hijos podrían aspirar.
Como las chicas no parecían tenerlo claro del todo, Alma continuó con su explicación:
—Celia, Sofía: sois de sobra conocidas, vuestro padre es lo que se llama por aquí un indiano, el ejemplo de tesón e inteligencia para forjar un imperio desde los más humildes orígenes. Podéis utilizar vuestra posición y el ejemplo de don Álvaro para hacerles comprender que, para salir adelante, se necesita formación. El señor Quirós no hubiese llegado tan lejos si no se hubiese espabilado a aprender las reglas básicas y todo cuanto ha necesitado aprender a lo largo de su camino, porque, por muchos asesores que lo respalden, estoy segura de que tiene una formación financiera más que sólida.
Desde luego, los argumentos de alma eran muy sensatos. Como no la interrumpieron, y quien calla otorga, ella prosiguió con sus razonamientos:
—El caso de Silvia es diferente: sus padres pertenecían a la nobleza, con lo cual, el patrimonio de la familia, imagino, es heredado. Pero en este caso, la lección de vida es la de que nada permanece, y que sin el esfuerzo de su hermano, el patrimonio familiar no podría mantenerse. Él ha estudiado para ser hombre de leyes y llevar, nadie mejor, los asuntos familiares. Es el claro ejemplo de que su formación académica le ayuda a mantener su estatus. Lo mismo sucede, supongo, con Ismael: su padre considera que su licenciatura en leyes será un puntal importante para el mantenimiento del imperio por él forjado.
Volvieron a asentir, sin encontrar ni un resquicio a estos razonamientos, que hasta un niño podría comprender.
—Sois la evidencia palpable—concluyó Alma— de que, para poder salir adelante, el mayor poder lo otorga el conocimiento. Y éste comienza en la escuela.
Todos asintieron, embelesados por el certero discurso de Alma.
—Por cierto, Ismael, ha sido una suerte coincidir contigo. Al margen de todo esto, tengo una alumna que, con tan sólo tiene diez años, demuestra unas habilidades numéricas que me han dejado asombrada. Creo que nadie mejor que tú para evaluar hasta dónde llegan sus capacidades, pues he de ser sincera y admitir que mis conocimientos al respecto son los obligados por mi condición de maestra, y reconozco que esta niña los supera con creces.
Ismael abrió mucho los ojos:
— ¡Qué maravilla! ¡Quiero conocerla cuanto antes!
—Estupendo. Si quieres vamos a su casa y la conoces. Es huérfana de padre. Su madre es una buena mujer que trabaja para poder sacar adelante a su pequeña sin que ésta tenga necesidad de ponerse a servir con doce años. Es un caso admirable de madre interesada en que la niña progrese en la vida sin verse obligada a casarse para lograrlo.
— ¿Cuándo quedamos, Alma? Podría ser hoy mismo, porque he de regresar en breve a Oviedo.
—Pues si quieres vamos esta tarde.
A Ismael se le iluminaron los ojos. No concebía mejor plan que una cita con Alma y las matemáticas.
—Si queréis os acompaño—dijo entonces Silvia, con timidez.
Alma vaciló unos instantes:
—Agradezco tu ofrecimiento, querida Silvia, pero la niña es de carácter apocado y, si ve demasiada gente, quizás se sienta muy cohibida. Es preferible que venga Ismael solo.
Silvia Villanueva asintió, su correcta educación le impidió manifestar su contrariedad, pero si

hubiese carecido de modales, le hubiese arrancado el moño a Alma Reguera. Comenzaba a sentir una irracional antipatía por esa mujer.
— ¿A qué hora quedamos? —preguntó el joven Quirós, obnubilado por su discurso poderoso y, por qué no, por el brillo de los ojos de Alma, por el gracejo de sus movimientos desinhibidos y por esa melena que le recordaba, no sabía por qué, a las crines sedosas de una yegua salvaje.
—Pásate por la escuela a eso de las cuatro, iremos juntos.
Iremos juntos». Las palabras de Alma resonaron en Silvia como una amenaza. Se sintió una mujer insignificante al lado de la perspicaz maestra. Se le vino a la mente la imagen de un estanque de aguas mansas, y la belleza de una playa de arena dorada arrastrada por las olas, suaves, pero juguetonas e imparables. Eso era ella, un plácido estanque frente a la bravura de Alma, toda ella energía y sensualidad.

A las cuatro en punto, Ismael aparcaba el carruaje en el mismo lugar donde, días antes, lo había aparcado en compañía de Silvia y de su hermana.
Entró en la escuela. Dentro, todo era silencio. Se dirigió al aula donde la vez anterior vio por primera vez a Alma. Ella estaba en el mismo lugar y la misma posición, agachada sobre un libro cuyo contenido le arrancaba una sonrisa. Él se la quedó mirando unos instantes, disfrutando del reflejo de la luz sobre su cabello, aspirando el olor fresco de la maestra, que impregnaba el aire de la estancia, marcando su territorio.
— ¿Ismael? —dijo ella levantando la vista— ¡Qué puntual eres!
Cierto. Porque el joven Quirós apenas había hecho otra cosa, en toda la mañana, que esperar con impaciencia la hora de encontrarse con ella.
Alma se levantó y fue hacia él tendiéndole la mano, que él tomó con delicadeza, a modo de saludo.
—Vámonos, iremos caminado, está muy cerca.
Ismael apenas escuchaba, poseído por el embrujo de la maestra. Miraba de reojo su pelo ondulado y rojizo mientras imaginaba sus dedos rozando las deliciosas pecas que se dibujaban sobre su nariz, algo respingona. Se sintió confuso, arrastrado por sensaciones y deseos que superaban su voluntad, consciente de que le estaba sucediendo algo que se escapaba a su control. Pero la voz sedosa de la maestra volvió a embrujarlo, dejando de lado sus recelos:
—Es aquí—dijo Alma, al tiempo que se detenían ante la puerta de una casita humilde de una sola planta. Llamaron y enseguida una niña acudió a abrir. Tenía a la mirada huidiza, estaba muy pálida y unas marcadas ojeras rodeaban sus ojitos infantiles y vivaces.
— ¡Mamá! ¡Es la señorita Alma!
Una mujer gruesa, en cuyo rostro resaltaban unos ojos grandes que sonreían al mirar, les saludó con afecto, al tiempo que les invitaba a pasar.
La vivienda era muy humilde, pero Ismael se sintió acogido por el calorcillo de una cocina económica, cuya placa irradiaba calor a la pequeña estancia. Todo estaba limpio y ordenado, amueblado con sencillez. El aire, cargado de un entrañable olor a azúcar tostado, que retrotrajo a Ismael a su más tierna infancia, al evocar el cuento de La Casita de Caramelo, en una curiosa asociación.
—Acabo de hacer almendras garrapiñadas, llegan ustedes a tiempo.
La mujer sacó un platillo de loza en el que había depositado un montoncito de almendras, de las cuales ya sólo era visible la costra de caramelo que las cubría.
—Muchas gracias, Luisa —dijo Alma, echando mano a una, al tiempo que Ismael la imitaba.
Ambos alabaron sinceramente el dulce antes de abordar el tema que los había llevado hasta allí:
—Luisa—comenzó Alma—ya te he hablado en otra ocasión de las dotes que Nieves posee para

los números.
La madre de la niña asintió con orgullo. Su actitud era infrecuente, pues las mujeres como ella, preocupadas por la supervivencia diaria, solían desestimar habilidades tan poco prácticas como la que demostraba tener su hija. En su lugar, eran preferidos dones como una bella cara y un cuerpo bien formado, con los que poder encandilar, en un futuro, al mejor pretendiente que se pusiese a tiro.
—Ismael Quirós—continuó la maestra—ha venido a hablar con ella, para ver cuánto sabe de números. Si sus conocimientos son más avanzados que los del resto de niños, tendremos que adaptarnos a su nivel, no podemos dejar que se aburra con contenidos que ya ha superado. ¿Comprendes a lo que me refiero?
Luisa asintió con la cabeza:
—Me parece bien, señorita Alma. Haré todo lo que esté en mi mano para que la niña avance.
—Las clases no se las daré yo, sino el señor Quirós, cuando pueda, pues él estudia abogacía en Oviedo.
—Pero señorita—dijo la madre, claramente consternada—, no sé si podré pagar los honorarios del señor.
— ¡Oh! —Exclamó Alma, con cara de satisfacción—por eso no te preocupes, don Ismael lo hace de manera totalmente desinteresada. ¿Y sabes por qué? Porque le apasionan las matemáticas, y para él es una satisfacción poder compartir sus conocimientos con alguien como Nieves, a quien también le gustan tanto.
La mujer suspiró aliviada y le dio las gracias al joven Quirós. Mientras, la niña aguardaba paciente su turno.
—Ven aquí, bonita—le dijo Alma—. Bueno, pues ya lo has oído. Nieves, ¿A ti te gustaría estudiar matemáticas? — La niña asintió con timidez—. Pues ahora te pondremos unas cuentas, e Ismael verá lo bien que las haces.
En efecto, Nieves resolvió sin pestañear varias sumas y restas. Al ver que carecían de dificultad para ella, Ismael le preguntó:
— ¿Sabes multiplicar?
Nieves volvió a asentir moviendo la cabeza, al tiempo que Alma lo confirmaba. Ismael procedió a ponerle a la niña unas multiplicaciones simples, que ella resolvió, para sorpresa de todos, sin tocar ni el lápiz, ni el papel.
—Perfecto, Nieves. Quiero preguntarte algo, ¿tú sabes qué es multiplicar?
Luisa miraba confusa, pues si le hubiesen preguntado a ella, no hubiese sabido ni interpretar la pregunta. Pero su hija respondió, dejando a Ismael con la boca abierta:
—Multiplicar sólo es sumar un número todas las veces que nos dice el otro número de la cuenta, es decir: veinte por tres, es sumar veinte más veinte más veinte, que es lo mismo que sumar tres más tres más tres…así hasta sumarlo veinte veces.
—Muy bien, Nieves, así es—Y a continuación se dirigió a Alma y a la madre—. No sólo tiene facilidad para el cálculo matemático, sino que además, entiende el concepto, que es lo más importante, ahí radica su verdadero don.
La niña los miraba ya más tranquila, estaba cogiendo confianza y lo de hablar de matemáticas era algo que le hacía mucha ilusión.
—Nieves, ¿Y tú, lo de dividir, lo entiendes? —Esta vez la niña asintió con una tímida sonrisa— ¿Nos lo puedes explicar?
—Claro. Dividir es coger un número, el grande, y hacerlo montoncitos, tantos como nos dice el otro número más pequeño. Si los dos números son de los que aparecen en las tablas de

multiplicar, no sobra nada del reparto en montoncitos. Y cuando sobra y se sigue dividiendo, es cuando ponemos la coma.
Ismael sonrió abiertamente:
— ¡Muy bien, Nieves! Creo que me lo voy a pasar de maravilla estudiando matemáticas contigo. Verás, vamos a jugar a algo que a mí, de pequeño, me encantaba, bueno, y me sigue gustando mucho: te voy a escribir en un papel cuatro números, y tienes que decirme cuál es el que debería continuar. ¿Lo has entendido?
Nieves asintió, entusiasmada, e Ismael puso en un papel los números uno, cinco, diecisiete y cincuenta y tres. Le preguntó a la niña:
— ¿Cuál debería ir a continuación, Nieves?
Era un juego tan divertido, que la niña se apresuró a contestar:
— ¡Ciento veinticinco!
Ismael asintió, encantado. La madre la miraba orgullosa y Alma, impresionada.
— ¿Cómo lo has sabido, Nieves?
La pequeña se encogió de hombros y contestó con sencillez:
—Es fácil: me he puesto a jugar el mismo juego que los números. Verás, el uno ha dado paso al siguiente, que es el dos. Entonces, el dos ha decidido sumarse a sí mismo, y luego ha llamado al uno y se han sumado entre ellos, y eso dado cinco. El cinco, ha decidido jugar a lo mismo que el uno, y así lo han hecho también el diecisiete y el cincuenta y tres. Yo he hecho lo mismo. Los números pueden seguir jugando a este juego, y se acabarían todos los papeles del mundo y aun así, no habrían terminado nunca de jugar.
«Tiene una idea intuitiva de las series infinitas. Es fantástico», pensó Ismael. Y a continuación, le preguntó:
—Nieves, ¿Te parece bien que, de vez en cuando, venga a tu casa y te cuente cosas de matemáticas que aún desconoces?
Nieves, para sorpresa de todos, se acercó a él y le dio un sentido abrazo. Al separarse, su vocecita de niña de diez años sólo pronunció una palabra: gracias.
Cuando salieron de la casa. Ismael aún flotaba en una nube de entusiasmo, contagioso, por cierto, porque Alma sonreía con el mismo empeño que él:
— ¡Es fantástico, Alma! Estoy seguro de que Nieves puede llegar muy lejos, tiene el lenguaje matemático incrustado en su cerebro como, por ejemplo, mi tía Marta tiene incrustada la lengua francesa. Una vez hablé con ella al respecto, y me dijo que la magia se produce cuando piensas en francés. Lo comprendí perfectamente, pues a mí me pasa algo parecido con las matemáticas, cuando eres capaz de pensar con la mente matemática, se produce la magia.
Alma lo miró. ¡Era tan guapo! ¡Y tan entusiasta!
—Para celebrarlo, ¿Te apetece tomar un café?
—Por supuesto. ¿Vamos al Imperial?
—Se me ocurre algo mejor, ¿por qué no lo tomamos en mi casa? Hago un café de puchero que está riquísimo.
— ¿A tu casa? —preguntó Ismael, con una inocencia que conmovió a la profesora.
—Eso he dicho.
—Pero, ¿tú no vives sola?
Ella asintió sin dejar de sonreír a Ismael que, cada vez más confuso, preguntó:
—Pero si yo soy un hombre y tú estás sola, ¿qué pasará con tu reputación?
Ella, acercándose a su oído le dijo:
—Mi reputación es sólo mía, deja que yo me ocupe de ella.

Alma vivía en una casita que el ayuntamiento facilitaba a los maestros. Su predecesor, un hombre llamado Salustiano, había compartido la vivienda con su esposa, la cual apareció muerta, una mañana, al lado de la lumbre. Como suele suceder en estos casos, la defunción de la mujer estuvo rodeada de un funesto halo de leyenda, al no advertirse causa aparente de tan fatal desenlace. La más cruenta de las versiones apuntaba a un envenenamiento voluntario con matarratas, al estar la esposa del maestro enamorada de un joven por el que no era correspondida. Cuando Alma conoció esta circunstancia, no pudo evitar que su lado supersticioso le regalase varias noches de insomnio, en las cuales creía escuchar los lamentos ahogados de la mujer. Ahora, mientras ponía el agua a calentar en la lumbre, hacía partícipe a Ismael de la leyenda y de los temores que, inicialmente, habían perturbado su estancia en la casa.

— ¿Ya no tienes miedo? —preguntó él, mirándola con fijeza.

Ella denegó con la cabeza:

—El miedo, ahora, me lo provocan otras cosas: las penalidades que pasan muchos niños de mi escuela, la incomprensión de sus padres, la gente del pueblo, que no ven mi presencia aquí con buenos ojos, cegados por la tradición y la costumbre. No fui bienvenida, esperaban un maestro, un hombre que enderece a sus hijos con una vara de avellano, no con suaves palabras. Además, tú lo has dicho, soy joven, soltera, vivo sola y voy a la escuela en bicicleta. Todo ello, un despropósito para sus mentes cuadriculadas.

Ismael asintió, comprensivo:

—Entonces, ¿por qué me has dejado entrar? ¿No te preocupa que esto perjudique aún más el concepto que tienen de ti?

Ella le miró, en sus ojos había sinceridad:

—Ya no. Seguramente, hay más de una cara pegada al visillo de la ventana, registrando la hora de tu entrada y la de la salida, controlando si hay luz en la cocina o si ésta se apaga y se enciende la de la alcoba. Pero me tiene sin cuidado. ¿Y sabes por qué? Porque no puedo condicionar mi vida a las mentes retorcidas de toda esa gente. Sé que, aunque haga lo correcto, o sea, aunque me comporte de acuerdo a sus dogmas, siempre habrá algo por lo que criticarme, con lo que intentar atosigarme, avergonzarme, algo que recriminar. Por eso, he decidido relajarme y vivir, simplemente vivir. Y traerte aquí, y disfrutar de un café en tu compañía, es lo que me apetece hacer.

A continuación, Alma se le acercó, le miro con intensidad y tomó entre sus manos la cara de Ismael, la cual atrajo hasta posar sus labios en los del muchacho, quien, desposeído de voluntad, se dejó hacer. Alma acarició con su lengua su boca, abierta por la sorpresa, y estuvieron largo rato regalándose caricias de labios y lenguas enredadas, sintiendo el calor se sus cuerpos pegados. El agua hervía a borbotones, cayendo sobre la placa metálica y evaporándose allí.

—Ya está el agua, enseguida tomamos café— fue lo único que dijo la maestra al separarse del abrazo entregado del joven Quirós.

Alama echó el café, que ya había molido previamente, lo revolvió y, tras esperar unos instantes, lo echó en una jarrita en la que había puesto un trocito de tela de algodón a modo de filtro.

Enseguida sirvió dos tazas humeantes y se sentaron a tomarlas en una mesita camilla pegada a la ventana. Ismael no hablaba, tan sólo vivía el momento con un increíble distanciamiento de la realidad, como si estuviese inmerso en un sueño. Alma era la mujer más sensual que había conocido. Tenía algo capaz de despertar sus sentidos de una forma que ninguna otra había logrado y, en ese momento, comprendió que estaba enamorado de ella, y pudo ver con claridad que sus sentimientos por Silvia en nada se parecían al torbellino que Alma provocaba en él sólo con mirarle. Sintió un tremendo alivio al pensar en el terrible error que hubiese cometido al

declararle a Silvia sus sentimientos, reales y muy profundos, pero sin ser los de un hombre enamorado.
—Alma, yo—comenzó el joven—. A continuación, se levantó y se acercó a ella, la tomó del brazo, obligándola a ponerse de pie, y esta vez fue él quien tomó sus labios con ansia, casi con desesperación, mordisqueándolos, penetrando en su boca, desbordado de pasión. Sin apartarse de ella, la fue conduciendo poco a poco hasta la estrecha escalera que llevaba, sin duda, a la alcoba de piso superior. De pronto, Alma se separó de él con brusquedad:
— ¡Un momento, joven! ¿Por qué clase de mujer me has tomado? —la cara de perplejidad de Ismael la hizo sonreír:
—No hablaba en serio, Ismael, he sido yo quien te ha dado pie, desde luego. El cinismo no es lo mío.
—Perdona, Alma, yo…me he dejado llevar, porque lo cierto es que me vuelves loco.
—Pues vamos a tranquilizarnos los dos.
Ismael asintió, dejando caer los brazos, en actitud derrotada.
—Mira, Ismael, mi reacción de antes…yo…me gustas mucho—dijo de corrido la maestra. Pero es una locura. ¿Quién comprendería que yo, una humilde maestra, me haya enamorado de un hombre ocho años más joven , heredero de un imperio como el de los Quirós? ¿Tú crees que tus padres lo aceptarían?
Ismael sólo había oído unas palabras del alegato:
— ¿Te has enamorado de mí, Alma?
Ella sonrió:
—Sí, Ismael, como una chiquilla de quince años, igual, a pesar de ser una mujer de treinta. Desde que te vi. Es absurdo, lo sé, ni yo misma lo entiendo. Bueno, a tu favor he de decir que eres guapo, inteligente, tienes buen corazón y mucha pasión dentro.
Él sonrió, mirándola con tanto amor, que Alma no pudo resistirse. Lo besó de nuevo. Cuando separó sus labios, le preguntó:
— ¿Has oído algo de lo que te he dicho?
—Sí, claro, algo he oído, pero nada que no pueda solucionarse.
— ¿No te preocupa lo que piensen tus padres? ¿Qué dirían si se enteraran de que ahora estás aquí, en mi casa, besándome? ¡Un escándalo garantizado!
—No te comprendo, Alma. Según llegamos, me dijiste que has decidido esquivar las opiniones ajenas para vivir tu vida, y eso es lo que yo pretendo, porque lo único que me consta es que me tienes loco. —Él hizo amago de acercarse de nuevo, pero la maestra lo impidió, interponiendo su mano con delicadeza:
—Ismael, debemos controlar lo que sentimos, o se pondrá en nuestra contra. No quisiera que, por mi culpa, tuvieses un encontronazo con tu familia. A la vecina, que te puedo garantizar que no ha hecho otra cosa que vigilarnos, le faltará tiempo para contar que he estado en casa con un señorito. Comenzarán a atar cabos y no les costará nada averiguar quien eres.
— ¡Alma, por favor! ¡No soy un crío!
—No digo que lo seas, pero vives con tus padres y les debes un respeto, no deberías ser la causa de que anden en boca de desocupados y maledicentes. Además, hay otra cosa: está Silvia Villanueva.
Al oír su nombre en boca de Alma, a Ismael le dio un vuelco el corazón:
— ¿Qué quieres decir?
— ¡No me digas que no te has dado cuenta! —suspiró la maestra, mientras pensaba que, sin duda, los años que le sacaba a Ismael Quirós le daban una soberana ventaja, en cuanto a

perspicacia, sobre él— ¡Esa joven está enamoradísima de ti!
Ismael agachó la cabeza:
—Lo sé—se sinceró—. Durante un tiempo, creí estar enamorado yo también de ella, pero cuando te conocía, me di cuenta de que no es así.
Alma se acercó a él, tomo su cara entre sus manos y le miró fijamente:
—Ismael, a veces la vida se complica de una forma…—sus ojos brillaron en exceso, como si las lágrimas quisiesen anunciar su inoportuna presencia—. Ahora debes irte ya, por favor, será lo mejor.
Ismael salió de allí con sentimientos encontrados: era el hombre más feliz del mundo, pero atormentado por un montón de ridículas e incómodas consideraciones. Además, se daba la penosa circunstancia de que su amor por Alma rompería el corazón de una bellísima persona, Silvia Villanueva.

Silvia pasó la tarde, como casi todas las de los últimos meses, pensando en Ismael. A las ocho llamó por teléfono a casa de los Quirós, preguntando por Celia.
—Hola, Celia. Estaba practicando al piano, pero ya estoy cansada., sin darme cuenta he estado aquí sentada casi toda la tarde.
—Cuanto me alegro, Silvia. Eres una pianista excelente, estoy deseando oír la pieza en la que estás trabajando.
—Vente ahora, si quieres. Pasaremos un rato juntas.
—Me temo que es demasiado tarde, Silvia, y mi madre se opondrá a que salga a estas horas.
— ¿Y no puede acompañarte Ismael? —preguntó la joven, satisfecha de haber dirigido la conversación a donde quería.
—Creo que él aún no ha regresado—dijo Celia, intentando imprimir a su voz un tono natural, sin conseguirlo.
—Bueno, lo dejaremos para mañana entonces. Adiós, Celia.
Cuando su amiga colgó, Celia Quirós se propuso esperar la llegada de Ismael. Si permanecía en la sala, lo oiría llegar sin que se le escapase. Necesitaba tener una larga charla con él.
Al poco rato, oyó la voz enérgica de su hermano y las risas de Aurora. Les imaginó en el recibidor, las manos de ambos entrelazadas, los brazos estirados, girando hasta que Aurora no podía más y se soltaba, tambaleante, soltando risotadas que podían oírse por toda la casa. Celia salió a su encuentro:
—Ismael, veo que acabas de llegar. ¿Qué tal te ha ido? —A la joven le pareció notar un apenas perceptible gesto de turbación en el rostro de su hermano.
—Muy bien, Celia. La niña se llama Nieves, tiene más o menos la edad de Aurora, y es un portento para las matemáticas, tendrías que verlo.
— ¿Y Alma? — preguntó Celia, a sabiendas de lo que hacía. Ismael se revolvió un poco, carraspeó ligerísimamente y desvió un poquito la mirada, gestos que hubiesen pasado desapercibidos para quien no los buscase o no supiese interpretarlos. Celia sí supo.
—Bien, bien, es encantadora.
—Ha llamado Silvia —dijo entonces su hermana, atenta más que nunca al lenguaje corporal de Ismael—.Quería que me hubieses acompañado a su casa, está practicando una pieza al piano que quiere que oigamos.
—Una lástima, debo regresar a Oviedo ya mismo.
—Ismael, ¿podemos hablar un momento?
Ambos hermanos sabían por dónde discurriría la conversación, pero aun así, él aceptó. Necesitaba desahogarse con alguien, y quién mejor que Celia.

—Pues tú dirás— comenzó él, con timidez.
—Ismael, ¿a ti te gusta Silvia?
Él elevó los ojos al cielo, y su cara reflejaba una angustia que hizo que su hermana se compadeciese de él:
—Silvia es una mujer adorable: guapa, inteligente, sencilla, dulce…Tiene todos los atributos maravillosos que alguien puede tener. Hasta hace bien poco, pensé que estaba enamorado de ella, pero ahora sé que no es así.
Celia asintió, y para facilitarle las cosas, prefirió evitar los rodeos:
—Y Alma, ¿tiene algo que ver en esta nueva certeza tuya?
Ismael bajó la cabeza y asintió:
—Lo que siento por ella es…indescriptible. Cuando la veo, me recorre una corriente de algo extraño y, si en ese momento ella me mira, el mundo desaparece a mí alrededor. Su presencia, su olor, la forma de moverse, de caminar, su voz…Todo, en ella, irradia una energía que me atrapa. Me pasaría la vida contemplándola.
Celia calló, sabía exactamente de lo que hablaba Ismael, quien intervino de nuevo:
—Celia, querida hermana, sé que me comprendes. Te conozco bien, y no hubieses renunciado a Jaime Solís de haberlo amado de verdad. Él no despertaba en ti la pasión que despierta otra persona—Celia le miró con cara de sorpresa o, quizás, alarmada al ver expuestos sus sentimientos—, no me mires así, hay cosas que no pueden esconderse, lo sabes muy bien.
Un silencio plácido se instauró entre ellos, y fue Celia la primera en romperlo:
—Ella es mi amiga, Ismael, y se ha hecho ilusiones contigo. Aunque le rompas el corazón, tienes que decírselo, cuanto antes. Pero, ¿estás seguro de que la maestra, Alma, te conviene? Para empezar, es unos años mayor que tú, no creo que papá y mamá…
Ismael la interrumpió, mirándola con fijeza:
— ¡No me puedo creer lo que estoy oyendo, Celia! ¿Acaso no has defendido siempre los sentimientos ante las imposiciones? ¿Acaso no has renunciado a un pretendiente que, según los demás, era el que te convenía, porque descubriste que no lo amabas? ¿Cómo puedes hablarme ahora de diferencias de edad y de lo que vayan a opinar nuestros padres?
Celia comprendió que sus palabras habían sido un completo despropósito en esa conversación sincera y despojada de artificio. Se arrepintió al instante:
—Tienes razón, Ismael. No sé por qué te he dicho esto, creo que porque eres mi hermano, y te quiero, y hay en mí una tendencia aprendida a preservar a los seres queridos del dolor y del infortunio, y cuando el amor llega cargado con mucho lastre, el sufrimiento suele estar garantizado.
Ismael sonrió, comprensivo:
—Celia, querida, tú deberías saber que determinados lastres son sólo artificios que nos impone la sociedad. ¿Y qué problema supone que Alma sea unos años mayor que yo? ¿Y qué importa que no pertenezca a nuestro mundo? Si llegamos a estar juntos algún día, uno de los dos ha de salir de su paisaje para integrarse en el del otro, pero es la propia vida quien acaba colocándonos donde debemos estar.
Celia le miró, y rió con sinceridad:
— ¡Tienes razón, Ismael! Estas hecho un auténtico pensador—él rió con ella, más relajado—. Todo cuanto has dicho es cierto, y no soy yo quién para llevarte la contraria. Sin embargo, volviendo al principio de nuestra conversación, insisto en que Silvia me preocupa, y lo mejor para todos es que hables con ella cuanto antes.
—Cierto, pero por favor: dame un tiempo, deja que me vaya a Oviedo, distanciarse es la mejor

forma de verlo todo con más claridad. A mi regreso, hablaré con ella, sabiendo lo que he de decirle, ahora estoy confuso y, por qué no, un poco atemorizado ante la idea de decepcionarla. Pensándolo con frialdad, no ha habido ninguna declaración por mi parte, tampoco ella me ha expresado abiertamente sus sentimientos, pero aun así, hay cosas que son tan evidentes que no es necesario hablarlas.

Celia asintió, mientras pensaba, angustiada, en la enorme decepción que le esperaba a su querida amiga.

CAPÍTULO 25

Cuando aquella mañana Celia se dirigía a casa de Silvia Villanueva, no podía dejar de pensar en cómo afrontaría su amiga la decepción que sufriría al enterarse de que Ismael, del que estaba tan enamorada, no la correspondía. Antes de dormirse, le había estado dando vueltas a la conversación mantenida con su hermano, para llegar a la conclusión de que hablaría con Silvia antes de que él lo hiciera.
Desde que se conocieron, ambas habían congeniado a la perfección y, en cuanto la confianza se hizo un hueco entre ellas, habían desnudado sus sentimientos y hablado de muchos aspectos de sus vidas que nunca habían tratado con otras personas. Pero ninguna le había confesado a la otra estar enamorada, Celia porque lo que sentía por Beltrán Villanueva era confuso e indescriptible, Silvia porque daba por evidente la especial relación que la unía a Ismael, sin atreverse a verbalizarla.
Ahora Celia, de camino a casa de los Villanueva, se había propuesto tener una conversación sincera, porque poner las cartas sobre la mesa, o lo que es lo mismo, destapar los sentimientos amorosos de su amiga, sería la forma de ayudarla a afrontar la decepción y superarla.

Silvia la esperaba en la sala de música, donde sonaban los últimos acordes de la pieza que llevaba días practicando, el *Liebestraum* número tres de Franz Liszt. Celia se adentró con la delicadeza etérea de una brisa primaveral, deseando ser incorpórea para no interrumpir, con su presencia, la romántica sucesión de notas. Cuando los dedos de la joven dejaron de deslizarse por las teclas y ella, emocionada, levantó la cabeza para dejar la mirada perdida en un punto indefinido de la estancia, sólo entonces Celia se atrevió a anunciar su llegada:
—Es magnífico, Silvia, querida…
—Sí, es la belleza hecha música. ¿Sabes lo que significa *Liebestraum*? — Al negar Celia con la cabeza, la voz de su amiga resonó apenas— Sueño de amor, eso es *Liebestraum*.
Ambas permanecieron en silencio, exaltados los sentimientos por la profundidad de la música, tan bella, tan nostálgica y evocadora. Fue la joven Villanueva quien rompió la magia:
—Es maravilloso tocar el piano, porque él es quien mejor acompaña mis estados de ánimo.
—Pues esta música que acabas de tocar es un poco tristona. No sé si tristona es la palabra exacta, pero para ser un sueño de amor, parece de esos que nunca se cumplen, de los que dejan un sabor agridulce y nostálgico al despertar y se evaporan, dejando un poso de melancolía, la añoranza de lo que pudo ser y no fue.
Silvia la miró, sumamente interesada:
—Somos amigas, Celia, amigas que han hecho un acuerdo tácito para no hablar del amor. ¿Y sabes por qué? Porque ambas somos en exceso sensibles, y los sentimientos más profundos preferimos tenerlos a buen recaudo, para que no salgan a la luz y nos pongan en un aprieto. Pero, ¿sabes qué? Las palabras que has pronunciado sólo salen de una boca enamorada.
Celia calló, desconcertada ante la coincidencia, pues venía dispuesta a tratar el tema con Silvia y había sido esta quien, sin saberlo, lo había sacado a relucir. Desvió la atención de su persona para aprovechar la oportunidad y afrontar una conversación difícil:
— Y tú, Silvia querida, tú estás enamorada, ¿verdad?

Silvia bajó la cabeza:
—Ya lo sabes, sabes que sí, sabes que lo estoy, de un imposible.
Celia sintió una enorme ternura, a la vez que mucha lástima por su amiga, por sus sentimientos lastimados:
— ¿Por qué dices eso? —preguntó, aun sabiendo la respuesta.
—Sabes que amo a Ismael, pero el amor tiene estas cosas, es así de juguetón. Cuando es correspondido, se sabe, porque algo fluye entre los amantes que sólo pertenece a ellos, nadie más puede sentirlo, sólo ellos dos. Pero cuando no lo es, la presencia del ser amado despierta una ternura que se vuelve amarga, una emoción que rebota y regresa vacía, mientras el otro, objeto de deseo, continúa respirando, ajeno al dolor que provoca.
—Silvia, una vez te dije que no podías mandar en el corazón de tu hermano, el día del baile, ¿te acuerdas? Pues eso sucede siempre con el amor. Sabes que me gustaría decirte que Ismael siente por ti lo mismo que tú por él, pero no estoy segura de ello—Celia no quiso hablarle a su amiga de los sentimientos confesos de su hermano por Alma —.
—No te preocupes, Celia, lo sé. Te lo repito: esas cosas se notan. Al poco de conocerle me hice ilusiones: hablábamos mucho, nos entusiasmábamos con conversaciones que sólo disfrutábamos el uno con el otro, porque lo cierto es que somos muy compatibles. Pero el amor no se nutre de compatibilidades, es algo más, algo inexplicable, capaz de unir, con la fuerza de un huracán, a dos seres que, aparentemente, se repelen.
Ninguna de las dos supo que, cuando pasaba por allí y oyó la voz de Celia, Beltrán Villanueva hizo intención de entrar, pero se detuvo ante la puerta entornada al advertir el tono de la conversación.
—Hubiese sido tan bonito, Silvia…dos de mis personas preferidas… no quiero que te pongas triste, por favor—en ese momento, unas lágrimas discretas rodaron por el bello rostro de la joven y Celia, empatizando con el dolor de su amiga, se abrazó a ella y lloró también en silencio.
Silvia se recompuso, secó sus lágrimas con un pañuelito y continuó con aquella conversación que nunca antes las dos amigas habían tenido:
—Verás, Celia…a propósito de esto, he de decirte que yo también creí que tú estabas enamorada de Beltrán—detrás de a puerta, el aludido tensó su cuerpo y afinó el oído—.Si es así, mucho me temo que él, tal y como sospechamos, ha sido y quizás aún lo sea, amante de Mercedes Ribera, ¿la recuerdas? —«Cómo no recordarla», pensó la joven Quirós, al tiempo que asentía—. Quiero que sepas que, el día del baile, no fue a dormir a casa de los Benavides, donde se alojaba, sino que durmió aquí.
Beltrán estuvo a punto de irrumpir, pero se controló, y siguió escuchando a su hermana:
—Verónica Benavides dijo que ya estaba cansada de bailar y se fue. Por indicación de la propia Mercedes, Beltrán y yo, debíamos llevarla a la casa de los Benavides, donde se alojaba como invitada de la familia. Montamos en el carruaje, pero en vez de llevarla a ella primero, se empeñó en que antes me dejasen a mí. Yo estaba muy cansada y lo único que quería era acostarme, así que acepté de buen grado que me trajesen aquí, en lugar de tener que desviarnos para llevarla a ella. Ya me había acostado, cuando afuera oí el ruido del carruaje. Pensé que era Beltrán y me di media vuelta, dispuesta a dormirme, cuando las risas de una mujer por la escalera me alertaron. Me bastó con mirar por el ojo de la cerradura para verla, agarrada a Beltrán, juguetona, irreverente. Entraron juntos en el dormitorio de él, y no sé más.
Celia palideció y su rostro se transmutó en una máscara de sorpresa y angustia. Silvia la miraba consternada, comprendiendo en el abatimiento de su amiga la confesión implícita de un amor que negaba a los ojos del mundo. Sintió tanta lástima por Celia como la que acababa de sentir

por ella misma minutos antes porque, si de verdad estaba enamorada de Beltrán, conocía el sufrimiento por el que estaba pasando. Mientras, Beltrán continuaba tras la puerta entornada, escuchando sin poder intervenir, deseando desfogar su frustración en forma de puñetazo sobre la madera, lo cual acabaría por delatarle como un hombre sin escrúpulos ni educación, que escuchaba conversaciones ajenas a escondidas. Pensó en irrumpir de pronto y defenderse, el amor que sentía por Celia era más importante que cualquier otra consideración, pero las palabras de la joven Quirós le detuvieron, a punto ya de dar la cara:

—No estoy enamorada de Beltrán, Silvia. Sólo ha sido un espejismo. Por desgracia, las cosas comenzaron mal con tu hermano, y así continúan.

— ¿Por qué dices eso, Celia? Es cierto que, desde el comienzo, las batallas dialécticas entre vosotros no han cesado, pero eso no significa nada, ya sabes que lo que se dice, *amores reñidos son los más queridos*…

Pero Celia negó con la cabeza:

—Discúlpame, Silvia, no quisiera que mis palabras te duelan, pero tu hermano…no le soporto. Así que hace bien en meter a esa Mercedes en su cama, porque en la mía nunca tendrá un hueco, te lo aseguro.

Silvia la miró sin comprender del todo, porque estaba segura de que la rabia que detectaba en las palabras de su amiga eran los celos de una mujer enamorada.

Beltrán se separó de la puerta y continuó su camino, pesaroso, hundido. «No le soporto», había dicho Celia de él. Aquellas palabras fueron como una sentencia de muerte para el joven abogado.

Aquella noche, la preocupación impidió a Beltrán conciliar el sueño hasta la madrugada. Cuando al fin logró cerrar los ojos y dormir un poco, eran ya las cinco de la mañana. Pero el desvelo había merecido la pena, pues al menos había aclarado sus ideas: aunque Celia Quirós le detestase, debía saber que Mercedes Ribera no significaba nada para él.

A las siete en punto estaba de nuevo despierto, y antes de desayunar, decidió dar un paseo con Goliat. El aire frío de la mañana le sentaría bien, pues tenía por delante un intenso día de trabajo y necesitaba estar muy despejado.

Caminó por los prados, hundiendo sus pies en la hierba cubierta de escarcha, admirando la belleza del cielo matutino, en el que las nubes se pintaban de un intenso anaranjado mientras el sol asomaba, poco a poco, por entre las onduladas colinas. Goliat reclamaba su atención, así que estuvo un buen rato lanzándole ramas que el animal le devolvía con la intención de seguir jugando. Cuando el frescor de la mañana alivió su cansancio, haciéndole olvidar por un momento su desánimo, regresó a casa dispuesto a desayunar en compañía de Silvia, pues necesitaba mantener una conversación con ella.

Mientras se aseaba y se cambiaba de ropa, Silvia bajó al comedor, así que cuando él lo hizo, la encontró ya sentada a la mesa, esperando la llegada de Engracia con el café.

—Buenos días, Silvia

—Hola, Beltrán. ¿Acabas de levantarte? —preguntó un poco extrañada, pues su hermano solía madrugar más que ella.

—No, he dormido fatal, así que me levanté y salí a dar un paseo con Goliat.

En ese momento, apareció la criada con una bandeja, dejando tras de sí el aroma reconfortante de la bollería recién hecha. En cuanto se sirvieron, Beltrán comenzó a hablar. Las horas de desvelo le habían permitido hilvanar a la perfección cuanto quería decir:

—Hacía tiempo que no pasaba una noche tan desvelado, desde el baile de los Quirós.

Silvia levantó de inmediato la cabeza, evidenciando sin darse cuenta el interés que le suscitaba el giro que había dado la conversación de su hermano. El continuó:

—Tú no te enteraste de nada, pero…
Imprevisiblemente, Silvia le interrumpió:
—Beltrán, estaba despierta, y sé lo que pasó aquella noche. Es un tema delicado, que no veo conveniente hablar entre hermanos, ¿no te parece?
Beltrán la miró, haciéndose el sorprendido:
— ¿Qué es eso tan tremendo, que no puedes hablar conmigo?
—Sé que Mercedes Ribera pasó la noche en tu dormitorio. Así que dejemos el tema, me parece incómodo.
En ese momento, Beltrán comprendió que tenía la oportunidad de explicarle a su hermana lo sucedido, y sonrió ampliamente:
—Silvia, querida, nada de lo que estás pensando ocurrió. Si llegas a preguntarme, te hubiese explicado lo sucedido con esa insoportable mujer, pero te lo explico ahora, aprovechando que ha salido el tema. Ya sabes que se empeñó en que la llevase a casa de los Benavides, pero antes quería que te dejase a ti en casa. Observarías durante el trayecto que estaba bastante bebida. Pues bien, en cuanto bajaste del carruaje, me sorprendió sacando una pequeña petaca de su bolso. Por si no había bebido ya bastante, se lió a darle tragos, y llegando a casa de sus anfitriones, estaba en un estado tan lamentable que me sentí incapaz de dejarla allí. La subí de nuevo al carruaje, me la traje a casa y la metí en mi dormitorio por no despertar al servicio para que preparasen una habitación a esas horas. Como era de esperar, estuvo insufrible hasta que el sopor del alcohol y el cansancio de la noche la vencieron. Eso es todo. Bueno, no, no lo es: me pasé la noche en el suelo, sobre la alfombra, con la cabeza apoyada a ratos en el lomo de Goliat. En cuanto pegó una cabezadita y se serenó un poco, la obligué a levantarse y me la llevé a casa de los Benavides. Por suerte para ella, la familia aún no se había levantado, con lo cual sólo el servicio se enteró de que había llegado a la casa de madrugada, en compañía de un hombre.
—Entonces, ¿ella no te interesa, Beltrán?
Beltrán la miró, y Silvia pudo ver en sus ojos esa melancolía del desengaño:
—Qué va, ni pizca. Mercedes Ribera es sólo una cursi insoportable que me puso en un apuro tremendo, imagínate lo que pensarán los Benavides de mí si ha llegado a sus oídos que la llevé a casa a esas horas. ¡No quiero verla ni en pintura!
Silvia asintió. Conocía bien a Beltrán, y sabía que todo debió suceder tal y como acababa de relatar. Entonces un pensamiento la fulminó: le había hecho creer a Celia que Beltrán había pasado la noche en compañía de Mercedes, y cometería una injusticia con su propio hermano si no le aclaraba a su amiga, cuanto antes, el malentendido. Así que se apresuró a apurar el desayuno y, con evidente premura, se levantó de la mesa. Pero antes de salir dijo lo que Beltrán, sin ella saberlo, esperaba que dijese:
—Te dejo que desayunes tranquilamente, yo voy a llamar a Celia, necesito verla por un asuntillo que tenemos pendiente. ¿Comerás aquí?
Beltrán asintió, con la sensación de haberse quitado un peso de encima. Seguiría luchando por Celia hasta que ella misma le dijese, cara a cara, que no le amaba.
En ese momento, lejos estaba de sospechar que los acontecimientos venideros darían un vuelco catastrófico a la vida de los Quirós, y que él tendría un papel decisivo en ese nuevo escenario.

CAPÍTULO 26

Álvaro Quirós recibió esa misma tarde una llamada. Marcelo, un administrativo de la Real Sociedad Asturiana de Minas, le llamaba para trasmitirle, en nombre de Meyer, la necesidad de una reunión urgente, al día siguiente. A la pregunta de Álvaro, el empleado dijo desconocer el propósito de la reunión, alegando no haber sido informado del mismo, pero Quirós supuso que el socio belga querría hablar con él, a solas, para intentar convencerle de la conveniencia del cierre de la mina de Arnao. Decidió acudir, quizás llegasen a un acuerdo favorable para todos. « A las seis en punto estaré allí», dijo, antes de colgar.

La casona estaba muy cerca del barrio residencial de Villalegre, por lo que Álvaro vio la ocasión perfecta para conducir él mismo su flamante Hispano-Suiza, a pesar de la oposición del chófer quien, sin motivo para ello, se torturaba imaginado que si el señor le cogía el gustillo a eso de conducir, acabaría prescindiendo de sus servicios.
La llegada de Álvaro no pasó desapercibida, pues el automóvil hacía girar la cabeza de cuantos se cruzaban con él. Aparcó el vehículo delante de la puerta principal, por lo que el portero pudo salir a contemplar, sin prisa y como hacía siempre, el impresionante artefacto.
Álvaro subió hasta el despacho de Meyer, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con un espectáculo del todo inesperado: la secretaria del hombre, desnuda de cintura para arriba, estaba sentada a horcajadas sobre el belga, cuyos pantalones caían arrebujados sobre sus tobillos. El hombre, aposentado en el sofá, mordisqueaba el pecho de la joven en el momento en que Álvaro irrumpía con una sonrisa que se heló en su cara.
La secretaria dio un grito ahogado, abandonó su posición entre las caderas del hombre e intentó, sin éxito, cubrirse el torso desnudo. Salió de allí aguantado las lágrimas a duras penas y se encerró en su oficina, comunicada con la de su jefe por una puerta que cerró a toda prisa.
—Señor Meyer, yo…—Álvaro no sabía qué decir, ¿acaso el belga no recordaba que tenían una cita?
—Señor Quirós, debería haber solicitado reunirse conmigo, hubiese sido menos embarazoso para todos.
Álvaro Quirós se extrañó:
—Señor Meyer, ayer me han llamado desde este edificio, solicitándome, a petición suya, que me reuniese con usted a las seis. Y aquí estoy.
El belga, que se había subido los pantalones aprovechando el evidente desconcierto del señor Quirós, se levantó del sofá de la lujuria mesándose el cabello, revuelto durante la refriega amorosa.
—Yo no le he mandado venir, señor Quirós.
La música que ambientaba el encuentro amoroso, muy adecuada para sofocar los gemidos del placer, continuaba sonando de fondo. Los dos hombres se miraron, desconcertados.
—Se me ocurre que hay una mano negra de por medio, señor Meyer —Álvaro, de pronto, lo vio muy claro—. Quizás alguien deseaba que yo fuese espectador de este desafortunado espectáculo, con una finalidad que desconozco.

— Pues le pido disculpas por el inconveniente de hacerle venir hasta aquí pero, sobre todo, por haberle hecho partícipe de la desafortunada escena. Confío en su discreción como hombre, creo que podrá comprenderme, ambos estamos casados, y a nadie beneficiaría que se proclamase a los cuatro vientos este adulterio, mucho me temo que el esposo de mi secretaría la mataría.
—No se preocupe, señor. Los asuntos ajenos nunca me han interesado, allá usted con sus líos, por mí quédese tranquilo, no deseo airear nada de lo sucedido, no es mi estilo.
El belga bajó la cabeza, avergonzado, y le tendió la mano:
—Gracias, don Álvaro, es usted todo un caballero.
—Cuídese, señor Meyer: a ciertas edades, las emociones excesivas pueden traer fatales consecuencias para el corazón.
En cuanto Álvaro salió, la secretaria se levantó y entró de nuevo en el despacho de su jefe, seguramente para lamentarse con él por haber sido pillados in fraganti.
Álvaro bajaba tan contrariado que no vio al portero, sentado tras el mostrador. El hombre le siguió con la vista, pero no abrió la boca. Le pareció que el señor Quirós tenía prisa por abandonar el edificio. Imaginó que, a juzgar por su cara, lo que había ido a hacer allí no había salido como esperaba.

CAPÍTULO 27

Aquel era un día como otro cualquiera, y la familia Quirós estaba lejos de sospechar que, en pocas horas, sus vidas darían un vuelco impensable y dramático.
Era muy temprano cuando Álvaro y Marta se reunieron en el comedor para desayunar antes de partir
Las maletas aguardaban en el hall de *Villa Beatriz*, y el chófer terminaba de dar un último repaso al Hispano Suiza, pues su jefe había decidido en ir en coche hasta Irún. Desde allí, continuarían viaje en tren hasta París, donde los franceses que los visitaron hacía unas semanas le esperaban para firmar, por fin, un acuerdo comercial de lo más ventajoso.
Beatriz bajó a despedirles envuelta en un vaporoso salto de cama. Entró en el comedor, dispuesta a tomar un café con ellos.
—Marta, querida, no te olvides de mi encargo. —Fue lo primero que le dijo a su hermana, nada más sentarse a la mesa.
—Beatriz, ¿Por qué no te vienes con nosotros y compras tú misma el perfume? ¡Por favor! Lo pasaríamos tan bien las dos juntas.
—Sabes que me encantaría—Álvaro Quirós no las escuchaba, estaba absorto en sus pensamientos, un poco nervioso por la trascendencia de aquel viaje— pero ahora no puedo, queda poco para Navidad, y sabes lo importantes que son las celebraciones navideñas en esta casa, tengo mucho que organizar—Beatriz alargó su mano y tomó con cariño la de su hermana—¿Has cogido el abrigo de piel? ¡Nunca he pasado tanto frío como el que pasé en París!
Marta sonrió:
—Claro, una década de tu vida al sol del Caribe te ha hecho intolerante al frío.
Beatriz miró a su esposo, que parecía en exceso ausente.
—Cuídamelo—le susurró a su hermana con una sonrisa.
—Sabes que siempre lo hago. Y él de mí. Formamos un buen equipo, nos cuidamos mutuamente, por la cuenta que nos trae.
—Me quedo más tranquila sabiéndole a tu lado —susurró Beatriz, para que su esposo no pudiese oírla—. Gracias, Marta, por estar en nuestras vidas.
—No me las des, hermana, para mí este trabajo al lado de Álvaro es un sueño: conozco mundo, que es lo que me gusta, y también mucha gente interesante. Y estar con vosotros es lo mejor que me ha pasado.
—Pero no descarto que, cualquier día, regreses de uno de estos viajes con la noticia de que has conocido a alguien muy especial—le guiñó un ojo Beatriz.
—No insistas, hermana, sabes que soy un alma libre, todo cuanto necesito está aquí—y Marta miró a su alrededor, feliz y agradecida.
En ese momento, Crispina entró en el comedor:
—Don Álvaro, llaman por teléfono preguntando por usted.
Álvaro refunfuñó, aquella mañana no estaba para nadie, pues en breve partiría hacia el viaje empresarial más importante del año, y todo lo demás era secundario.
— ¿Sabe quién es? —preguntó el hombre , contrariado.
—No, señor, pero quien sea, ha dicho que es importante.

Álvaro Quirós dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó con el gesto crispado, mientras las hermanas Cruz-Stuart, que daban por finalizado el desayuno, se acercaban a la chimenea por indicación de Beatriz, cuyo salto de cama era demasiado ligero para protegerla del frío de la mañana.
Al cabo de unos minutos, Álvaro entró de nuevo en el comedor. Por su gesto, supusieron que algo muy grave había sucedido. Las dos se acercaron a él de inmediato, alarmadas por su repentina indisposición y deseosas de saber:
— ¿Malas noticias, querido? —preguntó Beatriz.
Su esposo se dejó caer en el sillón más cercano, como si estuviese muy cansado:
—Terribles—dijo con la voz quebrada—. Han encontrado muerto a August Meyer.
Las dos mujeres se llevaron la mano a la boca, impresionadas.
—Pero, ¿qué ha pasado? —Preguntó Marta — ¿Un ataque al corazón, quizás?
—No, Marta—dijo Álvaro, mirándola con la gravedad de la noticia aún suspendida en su mirada — Al parecer, ha sido asesinado.
Las hermanas Cruz- Stuart tomaron asiento al unísono, conmocionadas por las palabras de Álvaro.
— ¿Cómo es posible?—preguntó Beatriz, muy alarmada.
—No me han más dado detalles. ¡Dios mío, es horrible! —dijo Álvaro antes de llevarse ambas manos a la cara y frotarse, nervioso, los ojos. ¡Y pensar que le he visto ayer por la tarde!
Beatriz, impresionada, se acercó a él y le puso una mano en el hombro:
—Es una noticia espantosa, desde luego. Y me imagino que tendrá implicaciones respecto a lo de la mina de Arnao.
Álvaro asintió, y se levantó con desgana.
—Bueno, nuestros planes deben seguir adelante, no podemos permitirnos salir con demasiado retraso, o perderemos el tren. Marta, ¿estás preparada?
—Cuando quieras, Álvaro.
—Ordena que carguen las maletas, por favor. Quisiera despedirme de mi esposa…a solas.
Marta sonrió con complicidad y salió, cerrando la puerta tras ella.
—Beatriz, pensaré en ti todos los días, sobre todo, cuando me meta en una cama solitaria y fría. Echaré de menos el calor de tu cuerpo y la dulzura de tu voz en la oscuridad—.A continuación, besó los labios de su esposa con la pasión de un adolescente, y ella le rodeó la cintura con los brazos.
— ¿Me traerás algo? —le preguntó Beatriz sonriente, pues sólo ellos comprendían el alcance de la pregunta, que ya se había instaurado como una tradición. Ella, que lo tenía casi todo, esperaba, con la ilusión de una niña, el regalo que Álvaro siempre se acordaba de traerle.
Volvieron a besarse, pero fue Beatriz quien rompió la magia:
—Vete. Cuanto antes te vayas, antes te tendré de nuevo a mi lado. Y no olvides que te espero ansiosa.
Álvaro Quirós la miró sonriente y cómplice antes de separase de ella. Salieron juntos hacia el hall, donde Marta ya esperaba.
—Adiós, Beatriz, y no te preocupes por nosotros, estaremos bien—se dieron un beso y la esposa de Álvaro Quirós los vio salir hacia el coche, que ya esperaba al pie de la escalinata. Cerró la puerta y enfiló las escaleras, rumbo al dormitorio. Era demasiado temprano, pero estaba segura de que no volvería a conciliar el sueño, así que decidió vestirse y bajar a desayunar, pues sólo había tomado un par de sorbos de café.
Aún no había llegado a la habitación, cuando Adela subió las escaleras y la llamó, con evidente

nerviosismo en su voz.
—Señora, el teléfono.
— ¿Y quién es ahora?
—No lo he entendido, señora, sólo sé que preguntan por don Álvaro.
Beatriz, a pesar de que estaba helada de frío, descendió de nuevo para atender la llamada en nombre de su esposo. Adela la vio sentada en el banquito del teléfono, hablando con quien quiera que estuviese al otro lado del aparato. Cuando la criada volvió a salir, Beatriz ya no estaba, pero le sorprendió ver el auricular fuera de su sitio, colgando del cable como si la señora hubiese abandonado la cabina precipitadamente. Y al pasar y ver la puerta principal abierta, comprendió que algo estaba sucediendo.
Al asomarse, vio a Beatriz al pie de la escalinata, ataviada únicamente con su ligera ropa de cama, mirando hacia el fondo del camino. La señora se volvió, parecía inmune al frío intenso de las primeras horas de la mañana.
—Adela, llame al mozo de caballerías, que ensille rápidamente un caballo e intente alcanzar el coche del señor, con el cual ha de regresar de inmediato. ¡Rápido, por favor, es muy importante! —apremió antes de meterse de nuevo en la casa y subir, casi de dos en dos, las escaleras.

Álvaro iba pensando en sus cosas, y Marta se había acurrucado en el asiento trasero del vehículo, deseosa de echarse una cabezada. Por eso fue el chófer quien les advirtió:
—Señor, creo que detrás de nosotros viene Pascual.
En efecto, el caballerizo había buscado un atajo a través de los prados y se había incorporado al camino al divisar el coche. Mateo, anticipándose a la orden de don Álvaro, disminuyó la velocidad y se hizo a un lado. Enseguida el jinete llegó a su altura, y descendió con agilidad de la montura. Se acercó a la ventanilla del coche, sujetando de las riendas al caballo, que relinchaba inquieto:
— ¿Qué sucede, Pascual? —preguntó Álvaro, contrariado por la interrupción del viaje.
—La señora me ha mandado alcanzarles, ha de regresar usted de inmediato.
—Pero, ¿qué demonios sucede? — Álvaro no podía disimular su enfado.
—Álvaro…—Marta, desde la parte trasera del coche, le tocó el hombro suavemente— ha debido de suceder algo de suma importancia, lo más sensato será que volvamos.
Su cuñado consultó el reloj y asintió sin demasiado convencimiento, aunque comprendió que aún tenía un margen considerable antes de la hora de salida del tren hacia París. Mateo dio la vuelta y enseguida adelantó a Pascual, quien ahora, por el bien del caballo, regresaba al paso por los prados colindantes a la carretera.
Cuando el coche se detuvo ante la fachada principal de la villa, Beatriz esperaba el regreso de su esposo en la puerta principal. Era evidente que estaba muy nerviosa, pues la forma de jugar con sus manos así lo evidenciaba. Su gesto tampoco auguraba buenas noticias:
— ¡Álvaro, ha llamado un inspector de policía preguntando por ti!
El gesto de sorpresa del hombre la animó a continuar con las explicaciones, una vez dentro de la casa:
—Le dije que acababas de salir de viaje, y entonces él me preguntó que cuánto tiempo hacía de eso. Cuando le dije que hacía sólo unos minutos, me dio las gracias y colgó.
— ¿Y por eso me has hecho regresar, Beatriz? –Álvaro, nervioso, se dio un toque en la frente, mientras caminaba inquieto de un lado a otro —. No sé lo que querrá, seguramente pedirme un favor, una cuestación para las viudas de militares o algo por el estilo. ¡Por Dios, me ha costado demasiado este contrato, no voy a perderlo ahora! Sea lo que sea, puede esperar. ¡Marta, vámonos! Adiós, querida.

Estaba Álvaro despidiéndose de nuevo de su esposa cuando Adela, que salía del comedor, llamó su atención:
—Señor, asómese por la ventana, es Pascual—dijo con voz insegura.
Álvaro, y detrás de él su esposa y su cuñada, obedecieron en silencio el consejo de la criada, y detrás de los cristales observaron estupefactos la llegada de Pascual, escoltado por varios guardias también a caballo. Beatriz ahogó un grito de sorpresa:
— ¿Pero qué diantres pasa? —maldijo Álvaro malhumorado, pues las circunstancias de aquella mañana parecían haberse aliado en su contra. Como cabeza de familia, salió al hall, dispuesto a enterarse de por qué su empleado llegaba escoltado por la guardia civil, como un delincuente común.
—Buenos días, don Álvaro —saludó el hombre al mando.
—Buenos días tenga usted. ¿Puedo saber qué está pasando? ¿Por qué escoltan a mi empleado?
—Bueno, señor, en realidad, usted es nuestro objetivo. Hemos salido a buscarle al camino y nos hemos encontrado con este hombre a caballo. Al preguntarle, nos ha dicho que trabaja para su casa, y es quien nos ha informado de su regreso, por eso estamos aquí.
—No entiendo nada, pero le advierto que tengo previsto un viaje de suma importancia, así que sea breve, por favor. ¿Qué desean?
El hombre le miró consternado. Don Álvaro Quirós era muy conocido, y eran de dominio público sus numerosas aportaciones para contribuir a las mejoras de la comunidad, tanto en Villalegre como en Avilés. Pero su faceta de benefactor no garantizaba que fuese inocente, y órdenes eran órdenes. Así que, sin dilatar más el momento de cumplir con su cometido, fue directo a la cuestión:
—Debe acompañarme a las dependencias policiales, don Álvaro Quirós. Allí será debidamente informado—dijo el guardia, mirando de reojo las dos mujeres, que presenciaban la escena alarmadas.
— ¡No! —se negó Álvaro, dejando a todos sorprendidos—.Le acabo de decir que salgo de viaje, y es muy importante que pueda llegar a tiempo de tomar el tren. ¡Dígame de una vez qué sucede!
El oficial hizo un gesto a sus subordinados, pues ante la resistencia de Álvaro, no les quedaba más remedio que llevarle por la fuerza. Le rodearon mientras él miraba confundido, sin comprender los extraños acontecimientos de esa mañana absurda, que tanto se estaba complicando. Por un momento, le pareció estar inmerso en uno de esos sueños donde todo se ralentiza y nada avanza. Pero las palabras del hombre acabaron de confirmarle que, en efecto, estaba viviendo una pesadilla:
—Deben interrogarle acerca del asesinato del ciudadano belga August Meyer.
En ese momento, se hizo el silencio. Beatriz y Marta, cogidas del brazo, miraban a los recién llegados sin comprender, al igual que Álvaro, quien entendió que era absurdo resistirse. Imaginó que su presencia en el despacho de Meyer el día anterior era motivo suficiente para que lo interrogasen como parte de la investigación que ya estaría en marcha, así que decidió acompañar a los guardias, aclarar las cosas cuanto antes y rezar para llegar a Irún a tiempo de tomar el tren. Pidió acudir a la comisaría en su coche, conducido por Mateo, y le fue concedido ese pequeño favor, en reconocimiento a su condición de ciudadano ejemplar, al menos hasta la fecha.
Una vez en las dependencias policiales, le esperaban un inspector y su subordinado, los cuales le recibieron sin excesiva amabilidad, pero con impecable cortesía.
Comenzaron con un interrogatorio que logró que las ideas de Álvaro se aclarasen un poco.
—Buenos días, señor Quirós. Imagino que ya ha sido informado del motivo por el cual debe ser interrogado.

—Sí, inspector, pero estoy muy sorprendido. ¿Qué tengo yo que ver con este asunto?
— ¿Conocía a August Meyer? —dijo el inspector, haciendo caso omiso de la pregunta del interrogado.
— ¡Por supuesto! Era uno de los socios de la compañía.
— ¿Cómo se ha enterado de la noticia de su muerte? ¿Quién le ha informado?
—Esta mañana, antes de salir de viaje, recibí un llamada telefónica de otro socio, don Emeterio Valdés.
— ¿Y qué le dijo, exactamente?
—Me dio la lamentable noticia de que el señor Meyer ha sido, al parecer, asesinado. Pero conteste a mi pregunta, por favor, ¿qué tengo yo que ver con este asunto?
—Espere, si es tan amable, todo se andará. Y dígame, ¿Cuándo vio usted por última vez al finado?
—Ayer, ayer por la tarde, a las seis en punto.
El subinspector se retorció la punta del bigote.
— ¿Por qué recuerda la hora con tanta exactitud?
—Porque sucedió algo muy curioso—respondió Quirós—. Alguien de las oficinas me llamó para darme el recado de que el señor Meyer deseaba reunirse conmigo a las seis de la tarde, por lo cual y según mi costumbre, acudí puntual a una cita que no era tal, porque August Meyer no me esperaba.
— ¿Le dijo que no le esperaba?
—En efecto, me dijo que había sido una equivocación. Y era evidente que lo era, porque le pillé en una actitud un poco…comprometida.
— ¿Y qué actitud era esa, don Álvaro?
—Bueno, me considero un caballero, y como no tiene la menor importancia, prefiero dejarle a usted con la intriga.
—Usted verá, don Álvaro, pero quizás deba decirlo todo ahora, puede que la cosa se complique.
— ¿A qué se refiere, inspector?
—Verá, la razón por la que está aquí es porque hay testigos de que fue usted la última persona que lo vio con vida. Fue después de su visita cuando una secretaria dio la voz de alarma, al encontrarse con el cadáver del señor Meyer.
— ¡Eso es absurdo! — Dijo Álvaro Quirós, con vehemencia—. Hay alguien que puede asegurarle que, cuando yo salí del despacho, el hombre estaba vivo.
— ¿Quién es ese testigo, señor?
— ¡La propia secretaria!
El inspector movió la cabeza, apesadumbrado:
—Fue ella quien encontró el cadáver de su jefe, y dice que el último que pisó el despacho fue usted.
— ¡Eso no es cierto, hubo alguien después de mí, por Dios!
—Tenemos otros testimonios que lo corroboran. Al parecer, el portero del edificio le vio salir con excesiva prisa, y tan alterado, que ni siquiera reparó en su presencia.
— ¡Claro que salí como alma que lleva el diablo! Ya le explicaré por qué, si no me queda más remedio. Pero dígame, ¿Cómo fue asesinado el belga?
El hombre dudó un segundo, pero contestó:
—Con un arma, una pequeña pistola.
—No tengo armas de ningún tipo en mi casa, inspector, cualquiera puede decírselo. Ni siquiera de caza, deporte éste que aborrezco.

— ¿En su casa, dice? ¿Y fuera de su casa? Señor, por desgracia, nos han dado un chivatazo anónimo, gracias al cual hemos registrado uno de sus buques carboneros, el *Compay*. Y creo que no tengo que explicarle lo que hemos encontrado en él.
¿Aquello era una pesadilla, o una broma pesada?, se preguntó Álvaro Quirós, cada vez más confuso. Elevó los ojos al cielo, porque, pese a la gravedad de la situación, parecía una tomadura de pelo:
— ¿Qué han encontrado? —preguntó con hastío.
—Armas, señor, armas de contrabando, cuyo destino ha de aclarar.
Para sorpresa de todos, el señor Quirós soltó una sonora carcajada:
— ¡Pero bueno! ¡No me libro de una!...Asesino, traficante de armas… ¿queda algo más de lo que me puedan acusar, señor inspector?
El hombre le miró con inusitada seriedad:
—Yo de usted no me lo tomaría a broma, señor. Los hombres poderosos tienen la sensación de ser impunes, pero es una falsa sensación que le puede costar muy cara. Si me admite un consejo, colabore, es lo único que puedo decirle.
— ¿Pero no se da cuenta de que esto es una trampa? —dijo Álvaro, con los ojos muy abiertos, furioso al comprender que esos hombres no se molestaban en ver las evidencias de lo que, para él, estaba demasiado claro.
—Podría ser, señor—respondió el inspector, con la intención de calmarlo.
— ¿Podría ser? —Dijo Álvaro, al tiempo que daba un manotazo sobre la mesa, que hizo que el subinspector se pusiese en pie de un salto, preparado para reducir al sospechoso, llegado el caso —. Mire, por lo poco que sé, para cometer un crimen, hay que tener un móvil, pues sólo el monstruo ese de Londres, el tal Jack el Destripador, mata por matar. O para quedarnos con un ejemplo patrio, el tal Romasanta, que dicen que padecía licantropía, sin otro ánimo para matar que su delirio mental. Dígame, ¿qué móvil tendría yo para acabar con la vida de August Meyer?
—Ha llegado a nuestros oídos que el señor Meyer deseaba cerrar la mina de Arnao, pero usted se opone. Sabe que ambos son las fuerzas determinantes, los accionistas mayoritarios.
Álvaro Quirós volvió a elevar los ojos al cielo:
—Y dígame, ¿qué gano yo con mantener abierta una mina que comienza a ser deficitaria? ¡Yo sólo abogué por mantenerla abierta un poco más, pensando en los trabajadores y sus familias!
—De acuerdo, señor Quirós, todo eso está muy bien si no hubiésemos descubierto el cargamento del *Compay*, pues ahí tiene el móvil del crimen: si su socio hubiese conseguido los apoyos de accionistas menores para hacer efectivo el cierre de la mina, usted se hubiese quedado sin la tapadera para el tráfico de armamento, porque, ¿quién hubiese sospechado que sus barcos, cargados de carbón, llevaban también armas de contrabando?
Álvaro Quirós se tapó la cara con las manos, estaba desesperado. Cuando se recuperó, miró al inspector y con voz calmada, le dijo:
— Llegados a este punto, he de hacer unas llamadas. ¿Me concede su permiso, o estoy detenido bajo arresto en régimen de aislamiento? — preguntó Álvaro, con evidente ironía.
El inspector asintió con la cabeza, e hizo un gesto al subinspector para que le tendiese el teléfono, un aparato que, paradojas del destino, había llegado a las dependencias policiales, y a otros muchos organismos oficiales, gracias a las generosas aportaciones de Álvaro Quirós.

La primera llamada, por supuesto, fue para su querida esposa, Beatriz. En todos los años que llevaban casados, ya más de veinte, nunca había tenido que afrontar una conversación tan dolorosa con ella.

— ¿Beatriz?

— ¡Álvaro! —gritó ella al otro lado de la línea— Pero, ¿qué está pasando? ¡Vais a perder el tren!

«Ojalá ese fuese mi mayor problema», pensó Álvaro, antes de responderle:

—Verás, mi vida, esto es una pesadilla, debes hablar de inmediato con Ismael, hazle venir urgentemente de Oviedo.

— ¿Por qué? ¿Qué sucede, Álvaro?

Se hizo un corto silencio, doloroso, tenso, hasta que Álvaro Quirós le dijo a su mujer las palabras que nunca pensó que le diría:

—Me acusan del asesinato de August Meyer.

Beatriz sufrió un repentino desvanecimiento, al tiempo que Marta, que permanecía a su lado, pero no había oído la conversación, fue lo bastante rápida como para sujetarla y evitar que cayese al suelo. Tomó el auricular mientras sujetaba a su hermana, apoyada contra la pared de la cabina.

— ¡Álvaro! ¿Pero qué sucede? Beatriz se ha indispuesto a causa de la impresión, ¿qué le has dicho?

Álvaro, como un autómata, repitió a su cuñada las mismas palabras que le había dicho a su esposa segundos antes. Marta se quedó perpleja pero, por suerte, mantuvo la integridad.

—Así es, no sé lo que sucede, creo que me han tendido una trampa, desconozco quien lo ha hecho y por qué, pero debéis avisar a Ismael, nadie mejor que mi propio hijo para llevar mi defensa.

Sin discutir la orden, Marta se dispuso a acatarla, así que se despidió de Álvaro y colgó. Pero primero tendría que dedicar unos instantes a Beatriz, pues su hermana estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

CAPÍTULO 28

Ismael Quirós estaba muy preocupado. Desde que el ujier irrumpió en la clase de Derecho Penal para comunicarle que debía atender una llamada urgente, su mañana, demasiado aburrida, se había vuelto en exceso agitada. Desconocía los detalles, tía Marta no había querido explicárselos por teléfono, pero sabía que algo muy grave había sucedido en su casa. «¿Papá y mamá están bien? ¿Y mis hermanas?», había preguntado el joven, asustado. «Tranquilo, sanos y salvos, pero debes venir enseguida, es otro asunto el que nos aflige». Así que Ismael había tomado un coche de alquiler y, apenas dos horas después de la llamada, entraba por la puerta principal de *Villa Beatriz*.

— ¡Tía Marta! —vociferó el primogénito varón de Álvaro nada más entrar. Se quitó el abrigo, que dejó descuidadamente en manos de Llara y siguió llamando a gritos a su tía, y también a Beatriz. Ambas estaban en la sala, sentadas al lado de la chimenea, Marta consolando a su hermana.

Besó a su madre en la mejilla, hizo lo mismo con su tía y preguntó, lleno de angustia:

— ¿Pero qué ha pasado?

Las palabras que, a continuación hicieron sentarse a Ismael en el sillón más cercano fueron pronunciadas por Beatriz, quien con un hilo de voz y los ojos anegados en lágrimas, sólo acertó a decir:

—Han detenido a papá, por el asesinato del señor Meyer.

A continuación fue Marta quien, haciendo gala de una entereza admirable, relató lo sucedido a su sobrino. Al finalizar, los pensamientos de Ismael eran una embrollada madeja de suposiciones, temores y confusión.

—Te hemos hecho venir con tal urgencia porque Álvaro quiere que tú le asistas, como letrado.

— ¿Y sus abogados, los que llevan todos sus asuntos?

Beatriz negó con la cabeza:

—Esos abogados están especializados en finanzas, no servirían. Nadie pude defender a tu padre mejor que tú, Ismael.

Ismael abrió mucho los ojos. Las lágrimas estuvieron a punto de brotar, pero la situación era demasiado grave como para malgastar energía en lamentaciones:

— Este es un asunto muy serio, en el cual ha de intervenir un abogado penalista con una experiencia de la que carezco. Además… os he mentido.

Beatriz levantó la cabeza y miró a su hijo con la expresión abatida, al tiempo que un nuevo temor cruzaba por su mente. Calló, dispuesta a escuchar, ya nada podía ser peor que lo que había sucedido aquella mañana.

—No estoy terminando mis estudios de derecho, tal y como os dije. Lo detesto, mamá, no he nacido para ser abogado, y no os he dicho nada por temor a defraudar a papá. Siento que la verdad haya salido en estas circunstancias, pero aún estoy en segundo curso, por lo que no podré ayudarle, ni mucho menos, defenderle.

Marta le miró apenada, Beatriz apenas reaccionó, sólo sacudió la cabeza y, a continuación, la recostó sobre el respaldo del sillón, como si buscase descansar de tanto despropósito. Celia y Sofía, que acababan de bajar a saludar a su hermano, fueron testigos de su confesión. Ismael se

sintió inútil y le invadió una aterradora sensación al pensar en la indefensión de su padre. Pero activado por la emergencia de la situación, sus pensamientos, de pronto, se aclararon:
—Pero hay alguien mejor que yo, que estaría encantado de defender a papá. Y en la facultad de Derecho hablan de él como uno de los mejores abogados penalistas, formado en las aulas de Oviedo, lo cual apostillan los catedráticos con tanto orgullo como cuando recuerdan al egresado más ilustre, don Leopoldo Alas, *Clarín* —Ismael terminó un discurso con el que intentaba resultar convincente, mientras las cuatro mujeres lo miraban, Marta, Celia y Sofía esperanzadas, Beatriz indiferente, como si hubiese dejado de creer en esa suerte de la que tanto se jactaba hasta ese momento—. Ese abogado lo tenemos a pocos kilómetros y, además, me consta que querrá ayudarnos. Me refiero a Beltrán Villanueva.
— ¡Beltrán! —dijo Beatriz, sorprendida y ligeramente esperanzada.
— ¡Cierto! —replicó Marta, aliviada.
— ¡Ni hablar! —dijo Celia, acaparando las miradas de todos los presentes—.No creo que él quiera hacerlo.
— ¿Por qué no? —Preguntó a su vez Marta, con los brazos en jarras—. Además de ser una bellísima persona, lo cual ha demostrado en diversas ocasiones, mantenemos relaciones cordiales con la familia, no creo que se niegue a asistir a Álvaro.
Aquella mañana era la de los secretos, estaba claro. Ismael había confesado su pequeña mentira, pero Celia no tenía pensado abrir la boca.
— ¿Por qué te opones, Celia? —Insistió Marta, intrigada—.No encuentro ningún sentido a tu oposición, sabiendo que es la mejor posibilidad para la defensa de tu padre.
—Porque no creo que sea el adecuado, y la razón es, precisamente, el trato que, como vecinos, tenemos con él—improvisó la joven para no explicar sus verdaderos motivos—. Quizás no se sienta cómodo al defender a una persona con cuya familia se va a cruzar con frecuencia. No creo que sea agradable para nadie si las cosas no salen bien, creo que sabéis a qué me refiero.
—No es argumento de peso, Celia—dijo Ismael con la cabeza baja, pues no se consideraba con derecho a opinar, después de su confesión—. Lo primordial es salvar a papá. Yo se lo diré, y colaboraré con él en lo que necesite, pues aunque de poco, de algo sí me han servido estos años en la facultad. Mamá, tía Marta, si os parece, voy a verle de inmediato.
Beatriz asintió, pero antes de salir, Ismael se acercó a ella, que permanecía sentada en el sofá. El joven tomó sus manos entre las suyas y las besó:
—Perdóname, mamá —. La madre asintió emocionada, pero se guardó de decirle que, en esos momentos, lo de sus estudios inconclusos era la menor de sus preocupaciones.
— ¡Espera, Ismael! —le dijo Celia cuando se disponía a salir—.Llama antes por teléfono, quizás no esté, últimamente viaja mucho a Oviedo.
—Aun así me acercaré hasta casa de los Villanueva, necesito salir y despejar mis ideas. Y de paso, veré a Silvia, ella será mi paño de lágrimas, siempre encuentra las palabras adecuadas.
—Pues te acompaño—dijo Celia—, si no tienes inconveniente.
— ¿Cómo habría de tenerlo, hermana? Además, debo soltar lastre, y sé que tú no me juzgarás.
—No te equivocas, Ismael. ¡Cuánto me conoces!

Cuando llegaron a casa de los Villanueva, fue Silvia quien salió a recibirlos, agradablemente sorprendida por la visita de Ismael, a quien creía en Oviedo. Pero las caras de los hermanos le hicieron comprender enseguida que aquella no era una simple visita de cortesía y que algo grave pasaba.
—Silvia, ¿Está tu hermano en casa? —preguntó Ismael.
—Creo que sí. Pero, ¿sucede algo?

Su amiga la miró, y en sus ojos Silvia pudo ver una angustia nueva, profunda, cercana a la desesperación:
—Han detenido a papá.
Silvia los miró, terriblemente asustada:
— ¿A vuestro padre? ¿Por qué?
—Por asesinato—respondió Celia, con unos ojos muy abiertos, por los que dejaba escapar una parte ínfima de la angustia que sentía.
En ese momento Beltrán, para quien la voz de Celia era un reclamo al que acudía sin tardanza, entró en la sala:
—Buenos días, Celia, Ismael. ¿Sucede algo?
Los tres callaron, como si materializar con palabras lo sucedido aquella mañana otorgase a los acontecimientos el estatus de extraña realidad que aún no habían asimilado del todo. Ismael tomó al fin la palabra, repitiendo lo que acababan de decirle a Silvia. También Beltrán se quedó desconcertado y, al igual que su hermana, quiso saber.
—Apenas tenemos información, Beltrán. Sólo sabemos que esta mañana partía de viaje hacia París, cuando la policía se presentó en casa y le detuvo. Han asesinado a August Meyer, uno de los socios mayoritarios de la Sociedad de Minas y, no sabemos por qué, pero quieren implicar a mi padre en ello.
—Vamos—dijo de pronto Beltrán, saliendo de la sala nada más dar la orden—. Cogió el abrigo y el sombrero y llamó a Rosita a voces. Ella apareció, jadeante por la premura:
— ¿Pero qué pasa, Beltrán, hijo?
—Rosita, no me esperes a comer, estaré fuera, un complicado asunto de trabajo. ¡Vamos, Ismael, no hay tiempo que perder!
Al ver la cara de desconcierto del aya, Silvia la rodeó cariñosamente el hombro con su brazo:
—Ahora te lo explico, Rosita.
Antes de que saliesen por la puerta, Celia detuvo a Beltrán con timidez:
—Entonces, ¿acepta el caso?
Beltrán Villanueva fijó en ella la mirada más pura, hermosa y entregada con la que la habían mirado jamás, antes de responder:
—No lo he dudado ni un instante.
Se despidieron apresurados, la perplejidad reflejada en el joven rostro de Ismael, atormentado por lo que pudiera sucederle a su padre pero, al mismo tiempo, bastante aliviado por el hecho de que alguien tan capacitado como Beltrán tomase el control de una situación extraña, angustiosa, y con inquietantes pinceladas de pesadilla hecha realidad.
Gracias a la presencia de Beltrán Villanueva, en su condición de abogado del acusado, pudieron ver a Álvaro. Lo tenían encerrado, pero le llevaron a una pequeña sala donde podría hablar con su defensor.
—Ismael, hijo mío—Álvaro Quirós se desmoronó al ver allí a su primogénito y, por primera vez en ese inolvidable día, lloró sobre el hombro de su abatido hijo.
—Papá, he traído a Beltrán porque es el mejor—. Ismael consideró que no era el momento de disgustarlo con la desagradable confesión de su verdadera trayectoria académica. Y Álvaro vio normal que, dada la inexperiencia de su hijo, fuese necesario el apoyo de un letrado con tablas, y quién mejor que el mejor de todos, Beltrán Villanueva. Fue éste quien tomó el mando del interrogatorio:
—Señor, enseguida dispondré del informe policial de su detención y de las declaraciones de los principales testigos del caso. Ahora ha de referirme con detalle todo cuanto recuerde. No sé de

cuánto tiempo dispondremos hasta que vuelvan a llevárselo, así que procure centrarse en lo más importante.
Y así fue como Álvaro Quirós comenzó a relatar someramente lo acontecido a lo largo de esa mañana, para centrarse en lo sucedido el día anterior. Cuando terminó estaba agotado, como si materializar los hechos en palabras le afianzase en la realidad de su calamitosa situación. Los nervios vividos y el estado de intranquilidad en que se hallaba habían dejado huella en su aspecto, lozano y enérgico horas antes, abatido y marchito después de que los acontecimientos de aquel día maldito le pasasen por encima como una roca de una tonelada.
—Señor, todo esto tiene visos de ser una trampa, en efecto. Pero si permanece encerrado, es porque tienen pruebas sólidas contra usted. Como abogados de la defensa —Beltrán miró de refilón a Ismael, y este bajó la cabeza— tienen obligación de facilitarnos esa información, que estudiaremos con detenimiento. Le haré un montón de preguntas, don Álvaro, y seguro que, en alguna de ellas, vemos un cabo del que comenzar a tirar para esclarecer todo este asunto. Y ahora, espero que no se lo tome a mal, es mi obligación preguntarle, ¿ha matado usted al señor August Meyer?
Álvaro Quirós le miró con curiosidad. Esa era una pregunta de las que, años atrás, hubiesen sido motivo de un duelo a muerte, pues la duda, en sí misma, es una ofensa.
—No, señor Villanueva—respondió con aplomo—. No soy un asesino.
— Eso quería oír, señor, discúlpeme. Y ahora, escúcheme con atención, le voy a encomendar una tarea: no hay ninguna ley que le prohíba disponer de pluma y papel en su encierro, así que se lo voy a facilitar. Ha de escribir cuanto recuerde de la tarde de ayer, y también ha de anotar sucesos de días atrás que puedan estar relacionados, por nimios que le parezcan. Recuerde, recuerde y recuerde. Y anótelo todo. Además, tiene que intentar responder a una serie de preguntas que le voy a hacer, vaya tomando nota mental: ¿a quién beneficia, además de a usted, la muerte del señor Meyer? ¿Quién cree que saldría beneficiado implicándole a usted en este asesinato? ¿Tiene algún enemigo de tanto peso, como para organizar este montaje en su contra? Y por último, pero no menos importante, ¿Cuántas personas exactamente conocían el resultado de esa reunión, en la que se decidía el cierre de la mina de Arnao? Es importante que lo registre todo por escrito, porque el rastro de la memoria se va distorsionando, diluyendo y contaminando hasta hacerse una interpretación de lo sucedido, no lo sucedido en realidad. Y esto último es lo que necesitamos saber con exactitud para poder hallar pruebas y testigos.
Álvaro Quirós asintió. Por desgracia, los días venideros tendría demasiado tiempo libre para anotar sus respuestas.
—Señor Quirós— dijo Beltrán para terminar— voy a intentar sacarle de aquí lo antes posible, pero no desespere, es de suma importancia que se mantenga optimista, sólo así será un colaborador eficaz en su propia defensa.
Antes de separarse, padre e hijo se dieron un abrazo emocionado. Cuando salieron, la luz de las farolas se reflejaba en los charcos e iluminaba las gotitas de lluvia fina que humedecían sus rostros. Ismael no pudo evitarlo y lloró: aquella iba a ser la noche más triste de su joven existencia.
Cuando montaron en el coche, el joven Quirós le confesó a Beltrán el fracaso de sus estudios de abogacía, no le conocía demasiado, pero algo le decía que podía confiar a ciegas en él. Para su asombro, el marqués de Ribadeo no se inmutó:
—No me extraña nada lo que me acabas de confesar, Ismael. Cuando te conocí, comprendí que el derecho no te remueve por dentro, no tienes madera de abogado. No te culpes por ello, porque la vocación es algo con lo que se nace. ¿Quieres un consejo? Dedica tu vida a luchar por aquello

que realmente te conmueve.
—Las matemáticas.
Beltrán apartó la vista del camino para mirarlo:
—Lo que de verdad quiero es estudiar matemáticas —repitió el joven, con la mirada perdida.
—Pues cuando esta pesadilla termine, retoma el camino, has cogido el equivocado, pero veo que sabes bien cuál es el tuyo.
Las palabras de Beltrán fueron como un bálsamo, capaz de calmar el dolor de una herida que llevaba abierta desde que, hacía ya cuatro años, Ismael comenzase sus estudios de derecho, en contra de su voluntad y tan sólo para satisfacer el deseo de su padre. El trayecto restante lo hicieron en silencio, ambos con la sensación de que la lluvia que caía esa tarde, ya anochecida, entristecía el paisaje más de lo habitual.

Al día siguiente, muy temprano, Beltrán e Ismael acudieron de nuevo a las dependencias donde tenían retenido a Álvaro Quirós, quien a lo largo de la noche anterior, aquejado de un comprensible insomnio, había escrito seis hojas con anotaciones de cuanto recordaba, las cuales entregó a Beltrán, quien las leyó una y otra vez, hasta estar seguro de haberse metido en la cabeza de su cliente.
El abogado ya tenía en su poder los informes policiales referentes a las circunstancias en las que fue hallado el cuerpo, así como la hora estimada de la muerte, el arma utilizada, la posición en la que fue hallado el cadáver, y los testimonios del resto de interrogados en el caso. La policía no puso trabas a ninguno de sus requerimientos, como si supiesen, a pesar de los indicios que apuntaban lo contrario, que Álvaro Quirós no era un asesino.
—Ismael—le dijo Beltrán a la salida—, aunque creo que tu destino no es dedicarte a este oficio, si por alguna circunstancia decides continuar, has de saber que la colaboración con la policía es esencial. Tener un trato cordial con los inspectores y subinspectores de una comisaría es una ventaja, porque así te mantendrán correctamente informado y no pasarás nada por alto. En este caso, como no he trabajado en los juzgados de la zona, no tengo conocidos, así que debemos hacer un exhaustivo trabajo de investigación por nuestra cuenta. Y, por si acaso, he llamado aun investigador privado, el mejor, del que dispondremos para averiguar cuanto vaya surgiendo. Y ahora, comencemos a indagar.

A primera hora de la tarde acudieron fue a la Casona de Arnao, con la intención de entrevistar al portero, a la secretaria y a quienes se encontraban en el edificio de oficinas el día del crimen.
El portero no resultó de mucha utilidad, pues repitió, sin quitar ni añadir nada nuevo, la misma versión dada a la policía. Añadió también el curioso detalle de que salió al exterior a admirar el magnífico automóvil del acusado.
— ¿Lleva usted un control de las personas que entran y salen del edificio? —preguntó el abogado.
—Sí señor, para eso estoy aquí, para ver quién entra y quién sale.
— Entonces podrá decirme quien se encontraba en el edificio a la hora del crimen.
El portero palideció ligeramente, al constatar que acababa de confesar una dejación importante de sus quehaceres, pues mientras contemplaba al automóvil de Álvaro Quirós, y se imaginaba al volante de ese portento de la ingeniería moderna, alguien pudo entrar en el edificio sin ser visto. Confió en que el abogado hubiese pasado por alto sus palabras, pero por si acaso, decidió ser exhaustivo en sus respuestas y demostrar así su competencia:
—Entró don Álvaro, eso ya se sabe. Dentro ya estaban el señor Meyer y su secretaria, el fogonero en la sala de calderas y una muchacha de la limpieza. Lo tengo anotado, espere un

momento. ¡Ah, casi se me olvida! También estaba Marcelo, que llegó al poco.
— ¿Quién es ese Marcelo? —preguntó Beltrán muy interesado, pues ese nombre era mencionado, casi de refilón, en los informes policiales, y debía ser el mismo que, según le dijo Álvaro, había concertado su cita con August Meyer el día del asesinato.
—Es un administrativo más. Eso sí, no hay quien le tosa.
— ¿Está aquí? necesito hablar con él.
—No suele venir por la tardes, así que no creo.
«No suele venir, pero se presentó aquí al poco de producirse el crimen. Curioso», pensó Beltrán.
— ¿No se le pasa nadie más por alto?
El portero le miró con el ceño fruncido:
—No, señor, es mi trabajo registrarlo todo —respondió con cierta altivez.
—No se ofenda usted —dijo Beltrán—, pero sabiendo que descuidó la puerta de entrada para admirar el Hispano Suiza, tenía que asegurarme.
El portero calló al ver que al abogado no se le pasaba una. Parecía uno de esos tipos con los que es mejor llevarse bien.
—Respecto a la muchacha de la limpieza, ¿lleva un registro de los turnos? ¿Quién estaba aquella tarde?
El hombre cogió un cuaderno de encima de su mostrador y lo abrió.
—Ese día estaba Celeste, ella siempre viene en ese horario.
— ¿Celeste, dice usted que se llama?
El portero asintió, sin advertir la sorpresa en el rostro de Beltrán.
— Esta de suerte, señor, si quiere hablar con ella, búsquela por el edificio, su jornada aún no ha concluido.
—Gracias, pero lo primero es hablar con la mujer que encontró el cuerpo sin vida del señor Meyer—pidió Beltrán.
—Suba usted a la primera planta, la encontrará en…—el hombre no terminó la frase—les acompaño a ustedes, que acabamos antes.
El portero subió delante de ellos, dejando a su paso la estela de humo que despedía el cigarrillo pegado a sus labios.
—Es aquí—dijo, antes de saludarlos con una inclinación de cabeza y retomar el camino inverso, hacia la escalera. Beltrán miró a su alrededor y, detrás de una puerta a medio entornar, cuyos cristales rugosos dejaban pasar la luz distorsionando las imágenes del otro lado, pudo ver el comienzo de unas escaleras secundarias. Iba a preguntarle al portero, pero el hombre ya había desaparecido por donde acababan de subir.
Beltrán llamó con los nudillos y abrió. Detrás de una mesa de escritorio, una mujer joven, morena e indudablemente atractiva, levantó la vista de la máquina de escribir en la que tecleaba.
—Buenas tardes, señorita. Me presento: soy Beltrán Villanueva, abogado del señor Álvaro Quirós, y necesito hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.
La mujer, a ojos de Beltrán, reveló enseguida su personalidad: decidida, segura de sí misma y difícil de amedrentar, una mujer con las ideas claras, una superviviente a costa de lo que fuese. Por eso no le extrañó su actitud:
—Discúlpeme, señor Villanueva estoy trabajando, y la policía ya me ha tomado declaración, no tengo nada más que añadir.
Beltrán no había llegado a ser un excelente abogado rindiéndose ante la menor contrariedad, ese no era su estilo. Así que, una vez analizada la mujer, adoptó el papel que solía funcionar con perfiles como el que la suponía. Se mesó el bonito cabello ondulado y dejó caer el sombrero

sobre el escritorio, dando a entender con el gesto que no pensaba moverse de allí. Su aspecto era impecable, ataviado con un terno de lana en un otoñal tono marrón, unos impolutos botines de tafilete de excelente calidad y una camisa blanca, en cuyo cuello llevaba anudada una elegante corbata de seda. Se sentó frente a ella sin solicitar permiso, tan sólo avalado por su arrebatador aspecto. Ismael, carente de su experiencia, permaneció observando en un discreto segundo plano.

—Mire, señorita, creo que no nos hemos entendido: no quiero que me cuente usted lo mismo que le ha contado a la policía, quiero saber más. Es usted una mujer lista, eso se nota, por lo que, sabiendo que represento al señor Quirós, podrá imaginar que estoy al tanto de algo, sucedido la tarde del asesinato de su jefe… No me haga ser más explícito, por favor, nunca me he sentido cómodo hablando de temas íntimos con damas a las que no conozco, carnalmente hablando.

Ismael permanecía callado, admirando el innegable arte de Beltrán, que parecía transformado. Era evidente que dominaba la situación, porque la mujer cambió enseguida de actitud, abandonando esa seguridad a la defensiva y mostrando una faceta, si no más amable, menos desabrida. Estaba claro que había captado a la perfección la indirecta del abogado, lo que provocó también un ligero rubor en sus mejillas.

—Pregunte y le responderé—dijo apoyando los codos sobre la mesa y juntando sus manos.

—Usted ha declarado a la policía—perdone un momento, por favor—el abogado abrió un lustroso maletín de cuero marrón oscuro, del que extrajo un papel con las anotaciones policiales — que don Álvaro estuvo en el despacho con el señor Meyer, que cuando él llegó, usted se metió en la oficina adyacente para dejarlos a solas y que cerró la puerta, como suele hacer. Dice que continuó oyendo voces en el despacho, las de su jefe y el señor Quirós, aclara. Y que pasado un tiempo, unos minutos que no es capaz de precisar, volvió a entrar para consultar con su jefe los detalles de un documento que debía mecanografiar, y fue entonces cuando encontró el cadáver de August Meyer.

—Así es—asintió, muy seria.

—Pues lamento decirle, señorita, que ha incurrido usted en una grave contradicción—ella se tensó, lo cual fue para Beltrán un indicio de que esa versión era inventada, al menos en parte —.Usted ha declarado a la policía que continuó oyendo las voces de don Álvaro y su jefe, en contra de la versión de mi defendido, quien dice que salió de inmediato del despacho, pues el propio Meyer le aclaró que él no le había citado. ¿Por qué le digo que su versión no encaja? Pues porque don Álvaro ha declarado que, cuando entró en el despacho de August Meyer, usted lo sabe bien, sonaba la música de una ópera, concretamente el preludio del acto tercero de *Las Valquirias*, de Wagner, conocido popularmente como *La cabalgata de las Valquirias*. El señor Meyer no paró el gramófono, eso se sabe porque la policía comprobó que el disco había llegado al final. Todo esto me lleva pensar que miente al decir lo de las voces, es imposible que las oyera mientras sonaba de fondo esa pieza musical, de una potencia arrolladora. Y aún hay algo más significativo: ¿Oyó las voces de dos personas hablando, pero no oyó el disparo? Usted miente, y le aseguro que averiguaré por qué.

La mujer se tensó, era evidente que había perdido todo el aplomo del que hacía gala cuando entraron. El abogado se levantó, pues ya tenía un hilo del que tirar. Cogió su sombrero, pero antes de salir, le dirigió unas palabras a la secretaria, en cuyos ojos podía leerse el miedo:

—Piénselo bien, tan sólo ha incurrido en falso testimonio, pero corre un riesgo real de ser acusada de cómplice de un asesinato.

Las palabras de Beltrán surgieron efecto en la mujer, que perdió las últimas reservas de entereza, transformando su seguridad en un miedo casi palpable. El abogado, atento a la más mínima señal de debilidad, fue consciente del cambio.

En cuanto salieron de la oficina, Ismael se dirigió a Beltrán:
— ¿Y lo del disco? No tengo constancia de que ese detalle quedase reflejado en el informe policial.
Beltrán Villanueva le sonrió con astucia:
—Y yo tampoco, Ismael, pero en este oficio hay que sacar la verdad como sea, y el farol es una de las técnicas. A veces sale mal, pero en esta ocasión, he logrado mi propósito. Sabiendo que miente, pues su declaración contradice la de tu padre, creo que he logrado convencerla de que hay demasiados cabos sueltos que escapan a su control y pueden volverse en su contra. Miente, Ismael, y tiene una razón para hacerlo, que es la que debemos averiguar. Quizás ahí esté la clave de todo. Por cierto, o mucho me equivoco, o esa mujer, tarde o temprano, acabará diciendo la verdad.
Ismael ya se dirigía a las escaleras por las que había subido, pero Beltrán le llamó, se había detenido ante la puerta cristalera:
—Espera, Ismael, aquí hay otras escaleras, bajemos por ellas.
Comenzaban a descender, cuando una chiquilla que cargaba con un cubo se apartó para dejarles paso. Beltrán la miró un instante, que fue suficiente para darse cuenta de que conocía esa cara.
— ¿Celeste? —dijo Beltrán a modo de saludo, al que ella respondió sonriendo con timidez:
—Buenas tardes, señor marqués— e inclinó ligeramente la cabeza —señorito…dijo saludando a Ismael, al que no conocía. Se dispuso a continuar subiendo, pero Beltrán la detuvo:
—Celeste, ¿qué tal te va en el trabajo?
—Muy bien, señor. Le estoy tan agradecida, que no tengo palabras bastantes.
Beltrán sonrió:
—Ya veo que no se puede guardar un secreto— como Ismael no comprendía, Beltrán le explicó a grandes rasgos que Celeste era una conocida de su hermana Celia y de Silvia, a la que él había colocado de limpiadora en las oficinas de La Casona, sin que estas supiesen que había sido él quien lo había propiciado—. Precisamente, quería hablar contigo, me han dicho que estabas trabajando la tarde del asesinato del señor Meyer.
La chica abrió mucho los ojos, e Ismael se percató de que las manos le temblaban. Bajó la vista para responder con voz queda:
—Sí, señor. Fue algo horrible.
— ¿Recuerdas lo sucedido?
Celeste sacudió la cabeza a un lado y a otro, negando.
—No sé si sabrás, Celeste, que esto es de suma importancia, porque han acusado al padre de la señorita Celia del asesinato. Yo soy su abogado, voy a defenderlo, pero necesito encontrar algo que lo exculpe.
La chiquilla temblaba aún más que antes.
—La señorita Celia es buena, muy buena, no quiero imaginar por lo que estará pasando…
—Por eso, Celeste, toda ayuda para esclarecer lo ocurrido es poca. Por cierto, ¿tú sabes quién es Marcelo?
La muchacha asintió:
—Es un oficinista.
— ¿Suele venir por las tardes?
—Casi nunca. Yo no le conocía de antes, pero sé que se llama sí porque discutió con la secretaria del señor Meyer y ese fue el nombre que ella empleó.
— ¿Discutieron? ¿Esa tarde? ¿Tú los viste?
—Sí, señor. Ellos no se dieron cuenta de que yo estaba en el pasillo, había mucho revuelo, la

policía andaba por aquí. Ellos dos se metieron en una oficina pero sólo entornaron la puerta, así que se oía todo. Sé que está mal escuchar las conversaciones ajenas, pero un policía me había ordenado que no me moviese del sitio.
Beltrán asintió, agradeciendo que la muchacha hubiese tomado al pie de la letra la orden del policía.
— ¿Recuerdas algo de lo que dijeron en la discusión, Celeste? —La muchacha miró nerviosa a todos lados, pero Beltrán la tranquilizó, insistiendo en que estaban solos en la escalera.
— Recuerdo que él estaba muy enfadado porque ella no hacía caso de lo que tenía que decir.
— ¿De lo que tenía que decir? —repitió Beltrán.
—Sí, él decía: «Sólo cuenta eso», y ella lloraba un poco, y decía que no, que aquel era un lío muy gordo.
Beltrán miró a Ismael, estaban encontrando más de un hilo suelto, y ardía en deseos de conocer a ese Marcelo. Según los informes policiales, se había presentado en La Casona poco después de la muerte del señor Meyer. ¿Casualidad? El portero corroboró su versión, pues le vio entrar.
Celeste le mantuvo la mirada. Era evidente que tenía miedo. Pasaron así unos segundos, hasta que la chiquilla, por fin, se decidió a hablar. Lo hizo en voz baja, después de asegurarse, estirando el cuello cuanto pudo, de que no había nadie más en la escalera de servicio:
—Señor marqués, aquella tarde vi a alguien más —la voz le temblaba tanto como las manos, estaba a punto de echarse a llorar—, pero no me van a creer.

CAPÍTULO 29

En *Villa Beatriz*, un silencio lúgubre se extendía por toda la casa, llenando de oscuridad hasta el último rincón de esas estancias siempre alegres, luminosas, llenas de vida.
Beatriz Cruz-Stuart, mortalmente pálida, estaba sentada en uno de los sofás de la sala, al lado de su hermana Marta, ojerosa y con evidentes signos de cansancio.
— ¿Qué va a ser de nosotros? —le preguntó Beatriz, mientras tomaba con sus manos frías las de su hermana.
—Tranquilízate, Beatriz, verás como todo sale bien—respondió ella.
—No lo sé, he dejado de confiar en ese destino que siempre me ha tenido entre algodones, manteniéndome a salvo de los golpes de la vida y que, de pronto, me deja caer al vacío más absoluto. ¿Por qué, Marta?
—Beatriz, hemos sido personas privilegiadas, eso no lo dudes. A nuestro alrededor, la gente malvive y muere, y entre medias, sufren montones de calamidades. Esto es la vida misma, aunque a nosotras pueda parecernos una locura. Hasta el momento, hemos vivido casi en un sueño, pero quizás nos ha llegado el momento de despertar.
Su hermana asintió, con la mirada perdida en el cielo grisáceo que se atisbaba tras los amplios ventanales.
—Aquel día amaneció como otro cualquiera, me despedí de él con la esperanza de tenerlo muy pronto de nuevo a mi lado, mientras pensaba en decorar la casa y tenerlo todo dispuesto para celebrar las fiestas navideñas en familia, a vuestro regreso. Pero de golpe, todo se ha desmoronado…Dios mío, ¡no lo entiendo!
—Mira, Beatriz, si quieres que te dé mi opinión, este es un asunto muy raro, nuestro querido Álvaro es una persona íntegra, por lo que es evidente que está sucediendo algo que se nos escapa, algo sórdido y muy turbio.
— ¿Crees que ajusticiarán a mi esposo? Sería un dramático saldo final para tantos años de bonanza.
Marta la miró, aterrada:
— ¡No vuelvas a decir eso, Beatriz! —le recriminó, con un ligero tono de disgusto.
— ¡Ya no sé ni qué pensar!—entonces Beatriz Cruz-Stuart se echó a llorar sobre el hombro de su hermana. Cuando se recuperó, habló con extraña calma:
—Si él no vuelve a mi lado, mi vida se habrá terminado también, porque moriré de pena. No sólo por perderle, sino por mis hijos, que quedarían desvalidos, cargando para siempre con la deshonra de un padre ajusticiado. Sus corazones estarían heridos de muerte para siempre.
—Te tendrían a ti, su único salvavidas, el madero al que se aferrarían para no hundirse y sobrevivir a la tempestad.
—Un madero podrido, que se desharía en pedazos antes de poder mantenerlos a flote.
—No digas eso, querida— le recriminó Marta, esta vez con dulzura, acariciando su pelo—.Eres una buena madre, Beatriz, y estoy segura de que si llegase el caso, sacarías fuerzas de donde no crees tenerlas, para arropar a tus hijos y amortiguar el golpe.
Beatriz la miró. Sus bellos ojos estaban poseídos por una frialdad nueva, la de la desesperanza más profunda:

—No me creas tan fuerte, Marta, nunca lo he sido.
Marta se acercó más a ella, y la abrazó con fuerza:
—No sabes de lo que eres capaz. Además, yo estoy a tu lado, juntas somos más fuertes. Y ahora, vamos a dedicar toda nuestra energía a apoyar a esas criaturas que tanto nos necesitan, y a implorar por que se haga justicia, sabes que nuestro querido Álvaro es un buen hombre, incapaz de cometer semejante barbaridad.
Beatriz asintió sin demasiado convencimiento. A continuación, su nueva y extraña mirada se clavó en la de su hermana:
—He de ir a verlo, pero no soy capaz.
—Beatriz, querida, vamos a hablar con Beltrán, él lo arreglará todo para que puedas verlo cuanto antes, e irás a darle tu apoyo. Este es el momento de demostrarle que le amas por encima de todo.
—No sé si me atreveré a mirarle a la cara.
— ¡Por favor, Beatriz! ¿Por qué dices eso? ¡Es Álvaro, por Dios, tu amado esposo! Lo último que necesitamos es que te comportes como una niña. ¡Él te necesita, y te va a tener a su lado!
Beatriz comenzó a llorar sin emitir sonido. Sólo sus lágrimas, resbalando silenciosas, evidenciaban el llanto.
—Lo sé, Marta, y sabes que le amo más que a mi vida. Sin embargo, no sé lo que me está pasando: siento como una rabia sorda contra él, por no haber sido capaz de sortear este escollo, por verse envuelto en este drama que tanto nos perjudica. Es difícil de explicar, es como si estuviese enfadada con él por haber permitido que le suceda todo esto tan terrible.
—Creo que te entiendo, y también creo saber a qué puede deberse: estas pasando por una situación tan crítica, que necesitas buscar un culpable con el que desahogar tu angustia. Y has elegido al menos adecuado, porque tu esposo no es culpable de nada, le conozco casi tan bien como tú y pondría la mano en el fuego por él sin dudarlo.
Beatriz asintió cabizbaja, quizás avergonzada por su debilidad.
Mientras, Aurora, que pasaba por allí, se había detenido a escuchar. La presencia de miss Hughes al fondo del pasillo y su impertinente tono de voz la sacaron de la concentración con la que había escuchado las últimas frases. Sólo eran retazos de una conversación, que imposibilitaban reconstruir la verdad de lo que estaba sucediendo en su casa, en su familia. Aun así, las lágrimas resbalaron por sus tiernas mejillas. Se limpió la humedad del rostro antes de que la institutriz se percatase de ello y, sumisa como nunca, se dispuso a encerrarse en la sala de estudio y aguantar otra soporífera clase con la inglesa. No sabía lo que había pasado con su papá, pero una pena muy honda, que le apretaba el pecho como cuando tenía muchas ganas de llorar y no lo hacía, se había aposentado dentro de ella como una indeseable invitada.

CAPÍTULO 30

«No me van a creer», fueron las palabras de Celeste antes de revelar el nombre de la persona que estuvo, la tarde del crimen, en La Casona de Arnao. Pero Beltrán sí la creyó, no tenía motivos para dudar de su palabra. La chiquilla era demasiado ingenua como para idear una implicación de Jaime Solís sin que esta fuese cierta, aunque no le faltasen los motivos para conspirar contra él.

—Has hecho lo correcto, Celeste, tu aportación es muy importante para el caso. No te preocupes, pues de momento tu testimonio quedará entre nosotros—la chiquilla asintió, más tranquila después de haberse quitado semejante peso de encima—. Pero, ¿no le dijiste nada a la policía?

Celeste negó con la cabeza, las lágrimas a punto de aflorar de sus ojos grandes y asustados:

—Tuve mucho miedo, señor, porque temo a don Jaime. Me preguntaron si había visto a alguien más en el edificio, y dije que no.

Beltrán asintió. El que Celeste hubiese ocultado la presencia de Jaime Solís a la policía era un inconveniente, pues en caso de que necesitasen su testimonio, seguramente quedaría desestimado.

—No te apures, Celeste, quédate tranquila, pero no hables con nadie de esto.

—Como mande, señor marqués.

Cuando salieron de *la Casona*, Ismael tenía un montón de preguntas para Beltrán:

—¿Por qué la limpiadora pensaba que no la creeríamos?¿Y por qué teme tanto a Jaime Solís como dice?¿Tú lo sabes? — ambos jóvenes ya se tuteaban, pues habían pasado tanto tiempo juntos los últimos días que prescindían de formalismos innecesarios, dada la confianza adquirida.

El marqués asintió con la cabeza, antes de responderle:

—Imagino que estás al tanto del motivo por el que tu hermana Celia rompió su compromiso con Jaime, ¿verdad? —ante la afirmación de Ismael, Beltrán continuó— Yo sé todo esto por mi hermana Silvia, tuve que ayudarles a ella y a Celia en un asunto relacionado con esta chiquilla, Celeste. Gracias a eso, me enteré de que ella es la criada de los Solís a quien Jaime sedujo, dejándola encinta y abandonándola a su suerte. Está claro que, sin conocerla, nadie la creería, pensarían que sólo quiere perjudicar a quien tanto daño le ha causado. Pero ella no es de esas personas, no tiene malicia, así que su testimonio es totalmente creíble.

—Entonces, ¿ya la conocías?

— Yo fui quien le consiguió este trabajo de limpiadora y, mira por donde, aquí tenemos el hilo más fuerte del que tirar.

—Vale, pero aunque creamos en su palabra, nadie más va a hacerlo, es un testimonio que no se considerará válido.

—Pero no importa, Ismael, porque ahora sabemos algo muy importante, que Jaime Solís estuvo allí el día del crimen, a la hora del crimen, y que la secretaria no dice la verdad. Si pensamos un poco, los motivos de esa mujer para mentir en la declaración policial apuntan a ese tal Marcelo que, según oyó Celeste, fue quien le indicó lo que debía decirle a la policía. Yo veo muy claro que el testimonio de Jacinta está amañado para implicar a tu padre, y es muy probable que Marcelo sea el esbirro del verdadero asesino, alguien con el poder suficiente para comprar el

silencio de sus colaboradores. ¿Jaime Solís, quizás?
Ismael suspiró, elevando los ojos al cielo:
—Pero, por desgracia, Jaime Solís no tiene un móvil para cometer el crimen. Los Solís son suficientemente ricos, no matarían por unos cuantos barcos de carbón. El cierre de la mina de Arnao, del que Meyer era partidario, no supondría una mella importante en las finanzas de los Solís.
—Tienes razón—respondió Beltrán—, pero hay algo más: tu padre se opone al cierre inminente de la mina para dar tiempo a los trabajadores a buscar trabajo y rehacer sus vidas. Pero, según la policía, eso es sólo una tapadera, porque el motivo de peso es…
Ismael no le dejó terminar, pues exclamó, emocionado:
—¡El tráfico de armas! ¡Quien asesinó a Meyer es el verdadero traficante, ese es el móvil de su crimen!
—Exacto—respondió Beltrán, sonriente—. Ahora debemos tener los ojos y los oídos bien abiertos. El investigador que he contratado se infiltrará en el puerto y, aunque es difícil que lo consiga, porque ese tipo de delincuentes suelen estar muy curtidos, quizás alguien se vaya de la lengua.
—Bueno, al menos ya tenemos algo más.
—No me gustaría que te hicieses falsas ilusiones, pero tenemos bastante más de lo que te imaginas, Ismael —dijo Beltrán, luciendo una amplia sonrisa—. Ahora, debemos centrarnos en la secretaria, el motivo de su falso testimonio es la llave de este misterio.

CAPÍTULO 31

Era la primera vez que una dama de alcurnia como Beatriz Cruz-Stuart cruzaba esos pasillos sórdidos, pintados de oscuridad por el moho y la mugre centenaria. Avanzó conteniendo la respiración, consciente de la peligrosidad de aspirar ese aire viciado. Pensó de inmediato en su esposo, y una urgencia desesperada por sacarlo de allí le generó una ansiedad que contuvo a duras penas, razonando que, para mantener elevada la moral de Álvaro, tendría que predicar con el ejemplo. Se recompuso, respiró hondo a pesar del hedor y se preparó para enfrentar la mirada de ese hombre amado.

Álvaro se levantó del camastro en cuanto el perfume de Beatriz, a unos metros de la celda, invadió el aire, penetrando en sus fosas nasales como una corriente de sensaciones amables y cálidas, tan lejanas como si perteneciesen a otra vida. Se agarró a los barrotes y esperó los segundos que aún le separaban de ella. Beatriz se precipitó a hacia esas manos que se aferraban a la frialdad del hierro mientras él, con desesperación, intentaba besarla, pero la estrechez del hueco se lo impidió.

—Amor mío—sollozó desesperado, con lo que Beatriz no pudo evitar desmoronarse, desatendiendo a esa parte racional que le aconsejaba mostrarse optimista, por el bien de él.

— ¡Dios mío, Álvaro! ¿Qué está pasando?

El la miró enternecido, consciente de los círculos oscuros que la falta de sueño había dejado alrededor de sus bellos ojos. No podía responder a esa pregunta, porque desconocía la respuesta.

—Beatriz, amor mío, yo…

Ella le interrumpió, sus ojos reflejando el más genuino terror:

—Álvaro, tú no…

Él se desasió de los barrotes y, descolocado, se separó poco a poco, caminando hacia atrás, sumergiéndose en la negrura del cuchitril donde lo tenían recluido. Sollozó con las manos sobre el rostro, mientras ella le miraba como si no le reconociese. Fue Álvaro quien se recompuso, tomando el control de una situación extraña y adversa como nunca hubieran imaginado:

—Amor mío, perdono tus palabras porque comprendo que estás desbordada, han sido unas emociones excesivas para todos, sobre todo para ti, querida Beatriz. No, no soy un asesino, soy Álvaro, el hombre que te ama con todo su corazón, el padre de cuatro milagros, nuestros hijos.

Beatriz Cruz-Stuart salió del shock en el que se encontraba, y comenzó a llorar, con tal desesperación que las fuerzas la abandonaron. Tuvo que sostenerse en la pared, pues las piernas le flaqueaban. Álvaro tendió una mano hacia ella, intentando sujetarla, pero no llegaba a alcanzarla. Cuando las lágrimas dejaron de fluir, Beatriz se recompuso, nunca antes se había comportado así, desatando en un lugar público sus emociones, rendida a ellas. Pensó que no le importaba, ahora su prioridad no era mantener intacta su dignidad. Sacudió en un gesto inconsciente —e inútil— el vestido que había restregado contra la pared y se acercó a su esposo, olvidándose por completo del guardia que vigilaba la escena. Le habló tras esbozar una sonrisa débil:

—Perdóname, amor mío. Me propuse ser fuerte, por ti, pero te he fallado. Ya sé quién eres, el hombre al que amo, el corazón no engaña. Ha sido el cansancio, Álvaro, estoy confusa, y aterrada.

Él tomó sus manos y las besó:
—Ahora tienes que descansar, reponerte, y tomar el mando, nuestros hijos te necesitan fuerte.
—Lo sé, querido. Te vamos a sacar de aquí, Álvaro, te lo juro.
—No lo dudo, Beatriz. Nuestro hijo moverá cielo y tierra. El amor por su padre hará de él un abogado imbatible.
Beatriz calló, no era el momento de confesarle a su esposo que Ismael estaba muy lejos de licenciarse en derecho, si es que llegaba a hacerlo algún día. Pensó entonces en cómo un acontecimiento inesperado puede agitar una vida tranquila y apacible, trastornando el orden de las cosas y dejando en segundo plano lo que, hacía sólo unos días, hubiese sido motivo de enorme disgusto.
El guardia carraspeó:
—Señora, debe despedirse de su marido, no puede permanecer aquí por más tiempo.
Estas palabras tuvieron un efecto demoledor, pues ambos las interpretaron de la misma manera, como un presagio funesto de lo que sucedería si no encontraban al verdadero culpable. Álvaro sintió un estremecimiento al pensar en el garrote, mientras a Beatriz acudió la terrorífica visión de su esposo caminado hacia el patíbulo. Se aferró a sus manos con fuerza, como si el contacto real con la piel amada pudiese conjurar los peores augurios.
—Te amo, Álvaro.
—Te amo, Beatriz—susurró él, ahogando un sollozo mientras besaba con desesperación la delicada piel de su esposa.
Beatriz recorrió los escasos metros de pasillo con la horrible sensación de abandonar a su hombre en la oscuridad, a pesar de ser muy consciente de que no tenía más remedio que hacerlo.
La luz del día la ofendió, como si a causa de su tristeza, el resto del mundo tuviese la obligación de vivir en la noche, en la misma oscuridad en la que ella llevaba sumergida desde que su esposo abandonó *Villa Beatriz*, escoltado por la policía.

CAPÍTULO 32

Enrique Balmori ojeaba el diario sin demasiadas ganas.
—No pone nada de la detención de Álvaro—dijo de pronto, haciendo que su hijo Carlos, que ya salía de la sala, se detuviese—. No sé en qué andará metido ese indiano, pero no le creo capaz, desde luego, de asesinar a nadie.
Carlos asintió con la cabeza gacha:
—Salgo un momento, papá. Hasta luego.
— ¡Espera hijo, no te vayas aún! Estoy esperando a Jaime Solís, él quiere que estés presente. Necesito que revises el proyecto de la fábrica de explosivos, no me fío del todo de ese ingeniero que he contratado. ¡A ver si te licencias de una vez!
—Pero papá, ¿sigues con eso? Pensé que ya lo habías abandonado, es improbable que te concedan el permiso —Carlos, al igual que Sofía, sabía que ese tema abría una nueva brecha en las relaciones entre sus respectivos padres.
—Tú por eso no te preocupes, ya sabes que pocas cosas se me ponen por delante.
—Papá, no estarás pensando en…
— ¿En sobornos? —Enrique Balmori rió—. No, hijo, no. Esto no es Méjico, no desearía sentar precedentes, aquí las cosas hay que hacerlas legales, aunque haya quien siga pensando que soy corrupto hasta la médula. La envidia, hijo, es el deporte nacional, si lo hiciesen olímpico, ganaríamos todas las medallas.
— ¿Y qué pinta en este asunto Jaime Solís, si puede saberse? —preguntó el joven, preocupado.
—Carlos, Carlitos…—dijo su padre en tono conciliador, mientras encendía un habano— has de grabarte a fuego el dicho: *los enemigos de mis enemigos, son mis amigos*. Me consta que los Solís le tienen a Álvaro tanta antipatía o más que yo, por lo que, a buen seguro y aunque no sea más que por fastidiar, se aliarán conmigo en este asunto. Por otra parte, son gente respetable, y las negociaciones no despertarán sospechas.
—Pero papá, en la condiciones de don Álvaro, ¿Te parece justo atacar cuando más indefenso está?
—Hijo, en los negocios todo vale, y si hay que aprovechar la debilidad del contrario, se aprovecha.
—Tú mismo acabas de decir que no crees que Álvaro Quirós sea un asesino.
Su padre le miró con una sonrisa:
—Claro que no, Carlos, pero mientras lo tengan detenido, podré mover los hilos de este asunto sin que él me ponga palos en las ruedas, ¿comprendes? Aprovechar la ocasión, se le llama, y es una de las claves de un buen negociante.
—Está bien, revisaré ese proyecto, pero en cuanto llegue, le explicaré someramente mis impresiones y me iré — dijo Carlos—. Jaime Solís no es un buen tipo, y las alianzas con gente sin escrúpulos nunca acaban bien.
Su padre le miró entrecerrando los ojos, como cuando algo le rondaba por la cabeza:
— ¿Y tú qué sabes si Solís es buen tipo o no? ¡No te habrás dejado influenciar por los chismorreos de los Quirós! —Carlos Balmori tuvo que disimular su sobresalto ante la posibilidad de que su padre sospechase del motivo de su manifiesta inquina hacia Jaime.

—Le persiguen ciertos escándalos.
— ¡Bah! ¡Tonterías de la cursi de Celia Quirós!
—Yo no lo veo así, padre, la cosa es mucho más seria.
— ¡Qué sabrás tú de *dimes y diretes*, hijo! Anda, anda, no te creas todo lo que oigas por ahí o te volverás loco. De momento, con independencia de los chismes que circulen sobre su persona, yo soy hombre de negocios, y Jaime Solís es ahora mi mejor aliado.
Carlos no tuvo más remedio que callar, porque cuando Enrique Balmori sacaba a relucir su faceta empresarial, nadie podría convencerlo de que lo único que intentaban los Solís era perjudicar a Álvaro Quirós. Y no era justo.
—Tengo que salir, papá—protestó ligeramente Carlos —, espero que Solís sea puntual.
—Esperaremos a Jaime revisando juntos el proyecto, me ha pedido que estés presente. No tardará, y entonces podrás irte.

Eran la cinco de la tarde, la hora de su cita semanal. Sofía esperaba dentro de la desvencijada caseta, moviendo inquieta un pie, estaba muy nerviosa y necesitaba ver a Carlos cuanto antes. Quería quitarse de encima una duda terrible, y estaba segura de que él le ayudaría a hacerlo, sabía que sería sincera con ella cuando le preguntase si quizás su padre, Enrique Balmori, había tenido algo que ver con la detención de Álvaro Quirós.
Poco sospechaba Sofía que días atrás alguien, casualmente, había sido testigo de cómo Carlos y ella salían del camino para adentrase en el bosque, y que esa misma persona, intrigada, había logrado establecer la pauta semanal de sus encuentros. Ahora, entre las sombras, observaba con maliciosa sonrisa el nerviosismo de Sofía. Aún esperaría unos segundos antes de irrumpir, deseaba prolongar esos instantes de placer, en los que su imaginación se anticipaba a la sorpresa de la chica cuando, en lugar de su enamorado, fuese él quien entrase en la cabaña del bosque, una cabaña discreta y alejada donde nadie acudiría en su auxilio.

CAPÍTULO 33

En casa de los Balmori, padre e hijo revisaban el proyecto de la fábrica de explosivos mientras aguardaban la inminente llegada de Jaime Solís. Pero afuera, los ladridos insistentes de Athos despertaron la curiosidad de Carlos, quien se volvió hacia el jardín.
— ¡Carlos, hijo! —Llamó su atención Enrique— ¡No te distraigas, por favor!
El joven regresó a los planos desplegados, donde el ingeniero había plasmado su caótica concepción de una industria de semejante calado. Pero a los pocos segundos, los gemidos lastimeros del animal le hicieron apartarse de nuevo del proyecto.
—A este perro le pasa algo, papá.
Enrique, poco amigo de las contemplaciones, refunfuñó:
— ¡Venga, que no nos queda nada!
—Por eso mismo, papá—se impuso Carlos—, conozco a Athos, y sé que algo le sucede.
Sin reparar en las protestas de Enrique, el joven se dispuso a salir, pero nada más abrir la puerta, el fiel animal, un hermoso boyero de Berna, se abalanzó sobre él, y se diría que lloraba.
— ¿Qué tienes, Athos? ¿Te has herido?
Pero el perro enganchó con suavidad la pernera de su pantalón y, mirándole con una cualidad más humana que animal, tiró de él.
—Quieto, Athos, no es momento de jugar. Luego pasearemos un rato, amigo. —Y más bajito, para que nadie le oyera, le dijo: « ¿Vendrás conmigo a ver a Sofía?»
En ese momento, los aullidos del perro se agudizaron, volvió a engancharle del pantalón y tiraba de él, sin soltarlo a pesar de las protestas de su dueño. Y entonces, Carlos comprendió que intentaba decirle algo. Confiaba por completo en la inteligencia y el instinto del animal, así que desoyendo las insistentes llamadas de su padre, y dispuesto a soportar estoicamente el enfado monumental con el que le recibiría a su vuelta, palmeó el lomo de Athos y se dispuso a seguirle, donde quiera que fuese:
—Vamos, amigo, sé que no te equivocas.
Athos avanzaba por el camino ya conocido a unos metros de Carlos, quien comprendió que, por la razón que fuese, debía aligerar el paso. Una idea atravesó su mente: el perro acostumbraba a seguirle cuando, un día a la semana, enfilaba esa misma senda para reunirse con Sofía, hasta que él le ordenaba que regresase a casa. El animal obedecía con las orejas gachas, aunque en alguna ocasión había esperado pacientemente a la entrada del bosque. ¿Y si Athos le estaba recordando su cita semanal? Carlos se detuvo y le llamó. El perro se paró, le miró y regresó, enganchando de nuevo la pernera de su pantalón y gimiendo tan lastimeramente que Carlos comprendió que su actitud no respondía al simple afán de pasear con él. El perro tiró de él para obligarle a moverse, así que el joven Balmori suspiró y reanudó la marcha.

Sofía se puso en pie, sonriente. Pero la sonrisa se congeló en su rostro al ver quién se adentraba en el hueco sin puerta de la vieja cabaña. Un escalofrío la recorrió, porque era tan disparatada la presencia allí de Jaime Solís, que intuyó de inmediato que sólo podría traerle problemas.
—Sofía, querida, ¿cómo tú por aquí? —dijo el hombre con incuestionable sorna, pero la joven no contestó.

— ¡Vaya! No me digas que no vas a saludar a tu cuñado.
Ahora sí, Sofía se envalentonó:
—No eres mi cuñado, Jaime, mi hermana se zafó a tiempo de unirse a ti en matrimonio, de lo cual me alegro.
Jaime no se inmutó, no iba a ofenderse por las palabras de una niñata. Decidió ir al grano:
—Sé lo que haces aquí todas las semanas. Cuando tu padre se entere de que te ves a escondidas con Balmori, probablemente le meta un tiro entre ceja y ceja, no olvidemos que es un asesino.
Sofía enrojeció de ira:
— ¡Eso no es cierto, mi padre no es un asesino!
La reacción de Jaime Solís la dejó desconcertada:
— Quizás no lo sea, pero lo parece. Y ahora, puesto que no pude disfrutar de tu hermana como hombre, lo haré contigo, las Quirós tenéis algo especial, algo que me enciende.
A pesar de que confiaba en que Carlos apareciese de un momento a otro, Sofía palideció, estaba aterrada. Intentó disuadir a ese energúmeno de sus intenciones:
—Carlos Balmori llegará de un momento a otro, no te saldrás con la tuya.
Entonces, una sonrisa perversa iluminó el rostro apático de Jaime:
—No lo creas, ya me he asegurado de que permanezca ocupado un buen rato, hasta que tú y yo…en fin, ya sabes a lo que me refiero, porque mucho me temo que estos encuentros a solas con tu amante habrán acabado con tu virtud, así que ya sabes lo que quiero de ti, ya no eres una jovencita inocente.
— ¡No seas obsceno, Jaime! Te equivocas de pleno, Carlos me ha respetado.
—Bueno, eso es lo que tú dices, yo no estoy tan seguro. Y antes de nada quiero advertirte que, si dices una sola palabra de lo que suceda aquí, todo Villalegre se enterará de tus amoríos con Balmori y llevarás las de perder, porque nadie dará credibilidad a la palabra de una jovencita que ha entregado su virtud en una cabaña del bosque, como una vulgar ramera.
—No te atreverás—dijo Sofía temblando, mientras caminaba de espaldas para compensar el avance de Jaime. Pero el espacio se acabó, y el hombre se abalanzó sobre ella, sujetando sus brazos y aprisionándola contra la pared. Quiso chillar, aún consciente de que nadie la oiría, pero una fuerte bofetada la dejó momentáneamente aturdida. Jaime Solís comenzó a desabrochar su abrigo y, ante la imposibilidad de hacerlo, debido a la resistencia que ella oponía, arrancó los botones con furia. No deseaba dejar huellas visibles de la agresión, así que, aún deseoso de rasgar el vestido para dejar al descubierto los pechos de la joven, se contuvo. En su lugar, le levantó las faldas, mientras ella intentaba patearlo sin logarlo, pues las rodillas del agresor aprisionaban las suyas contra la pared de madera de la cabaña. Jaime, presa de la lujuria, susurró a su oído:
—No te resistas, verás cómo te gusta lo que viene ahora. —Y entonces su mano blanquecina subió rozando los muslos de Sofía hasta detenerse en esa parte de la anatomía de ella tan delicada, aún intacta.
Sofía lloraba, con un llanto desgarrador, desesperado, aun sabiendo que nadie podría oírla. Otra bofetada fue suficiente para dejarla aturdida unos segundos, los que tardó Jaime en desabrocharse el pantalón…
Pero en ese preciso instante, Athos saltó sobre él. Cuando el agresor se volvió, sin comprender aún lo que pasaba, el perro se alzó de patas, amenazador.
— ¡Athos, vigila! —dijo Carlos Balmori mientras se acercaba a Sofía, quien, apoyada la espalda en la cabaña de la pared, contemplaba la escena con ojos aterrados.
— ¡Maldito hijo de puta! —gritó Carlos cuando vio la cara enrojecida de la joven. Sin pensarlo y

llevado por una furia incontenible, soltó un puñetazo en pleno rostro de Jaime, quien cayó al suelo con la nariz sangrando y el labio roto, mientras el animal movía la cola, atento, dejando claro que estaba dispuesto a salir en defensa de su dueño a la menor complicación.
Jaime se incorporó sonriendo. La sangre le resbalaba por el labio superior, manchando su malévola sonrisa. Trastabilló un poco antes de enderezarse para encararse al joven Balmori:
— ¿Sabes cuál es tu desgracia? —Bisbiseó Jaime Solís, emitiendo pequeñas salpicaduras rojas que caían sobre su barbilla— Tu desgracia es que la he probado antes que tú.
Entonces Carlos volvió a abalanzarse sobre él y esta vez no fue uno, sino dos puñetazos cargados de furia los que impactaron sobre la cabeza de Solís, quien intentaba protegerse de los golpes interponiendo ambos brazos.
— ¡Basta, Carlos, no es cierto! ¡Por favor, lo vas a matar!
Las súplicas de Sofía, quien intentaba apartarlo de Jaime aún a riesgo de recibir un golpe, le hicieron reaccionar al fin. Miró a su amada y se acercó a ella, abrazándola con fuerza.
— ¿Estás bien, amor mío? —Ella asintió, aunque sus ojos asustados dijesen lo contrario.
— ¡Vámonos, no compliquemos más las cosas, no ha pasado nada! —dijo Sofía, deseosa de abandonar cuanto antes ese lugar que, hasta entonces, había sido el escenario de momentos felices, pero que a partir de ahora, pasaría a ser el de sus pesadillas, porque la diabólica sonrisa de Jaime Solís se le presentaría en sueños, consumando una agresión que no había llegado a producirse.
Antes de salir, Carlos apartó a Jaime con una patada despectiva. Él comenzó a ponerse en pie, y antes de que se alejasen, les advirtió:
—Si decís una sola palabra de esto, todo el mundo sabrá lo que hacéis aquí cada semana.
Carlos se giró para encararse de nuevo con él, pero Sofía se lo impidió sujetándole con fuerza. Estaba muy alterada, y su mirada suplicante le hizo comprender que no era el momento. Ya tendría ocasión de que ese malnacido pagase por lo que había hecho, pero Carlos Balmori se juró que Jaime Solís no saldría impune de semejante delito.
Se alejaron los tres, Sofía, maltrecha, apoyándose en Carlos, y Athos detrás, cubriéndoles la retaguardia y volviéndose de cuando en cuando, como si quisiera asegurarse de que ni siquiera la sombra de ese canalla los seguía.
Antes de entrar en casa, Sofía quiso comprobar que no había nadie que la viese llegar en tales circunstancias. Se asomó por las ventanas de la zona de servicio, la cocina estaba desierta, así que entró por allí y subió, tan deprisa como pudo, las escaleras traseras hasta desembocar en el pasillo de la zona de la casa donde se ubicaba el dormitorio del matrimonio Quirós. Caminó con sigilo, por si Beatriz estuviese dentro y avanzó a toda prisa hasta llegar al ala donde ella y sus hermanos tenían sus dormitorios Al llegar ante la puerta del suyo se creyó a salvo, pero la voz de Marta, que en ese momento acababa de subir, la detuvo:
— ¡Sofía! — la joven se volvió instintivamente, por lo que Marta pudo ver, horrorizada, el aspecto de su sobrina. A toda prisa, Sofía se metió en su cuarto, deseaba recomponer su aspecto y tranquilizarse mientras inventaba un relato creíble, pero no pudo evitar que su tía, entrase tras ella. Con firmeza, Marta la agarró por los hombros y la miró de frente. Comprendió que algo le había sucedido, así que echó la llave para evitar interrupciones. Sofía la miraba, tan asustada que su tía apenas la reconocía, ¿dónde estaba la fortaleza de carácter de su indomable sobrina?, pensó, intuyendo lo peor.
—Cariño, déjame ayudarte—intervino, dando por sentado que algo muy grave le había pasado a la joven. En ese momento, Sofía se echó a sus brazos y lloró hasta que su cuerpo espasmódico dejó de temblar. Marta acariciaba su cabello despeinado, intentando tranquilizarla, mientras en su

cabeza se acumulaban los pensamientos más catastróficos, propiciados por la botonadura rota del abrigo y los golpes que presentaba en la cara.
Al cabo de un rato, llamaron a la puerta, era Celia.
—Espera un momento, Celia—gritó Marta —Sofía y yo estamos hablando.
Celia se extrañó mucho, pues detectó cierto nerviosismo en la voz calmada de su tía Marta, y un mal presagio la recorrió a modo de escalofrío. Imploró por que no hubiese surgido un nuevo problema, pues ya tenían bastantes.
En cuanto oyeron los pasos de Celia en retirada, Sofía, más tranquila, intentó darle a Marta una escueta explicación, cuanto podía contar sin comprometerse demasiado:
—Tía, alguien ha estado a punto de agredirme, ya sabes…—la joven bajó los ojos, por lo que no pudo ver la mirada de espanto de Marta—pero no te preocupes, no me ha hecho nada, sólo tengo par de golpes en la cara.
Marta miró con preocupación la mejilla enrojecida y el ojo derecho de Sofía, algo hinchado, que al día siguiente aparecería amoratado.
—Tenemos que ir a la policía, cariño, ese salvaje, suelto por ahí, es un peligro. Pero, ¿Dónde ha sido? ¿Cómo has logrado zafarte?
La primera pregunta, muy comprometedora, quedó en el aire. La segunda sí fue respondida:
—Carlos Balmori y su perro Athos llegaron a tiempo y me salvaron.
Al mencionar al hijo de Balmori, Marta comprendió que su presencia no había sido casual, y supuso que su sobrina y él se habían citado, lo que evitó que el agresor consumase su crimen.
—Tía Marta, por favor, que no se entere mamá. Ya tenemos bastante, y no quiero ser otra preocupación para ella. Todo ha quedado en un susto, nada más.
Marta asintió conforme, pues de momento, no convenía sobrecargar a Beatriz con una nueva pesadumbre.
—Pero dime, Sofía, ¿quién ha sido? ¿Le conoces?
Sofía guardó silencio unos instantes, sabía que se jugaba mucho si hablaba, pero sentía tanto odio y tanta rabia contra Jaime por lo que había intentado hacerle, que ambos sentimientos fueron superiores a la prudencia:
—Ha sido Jaime Solís.
Marta tuvo que sentarse en la cama para evitar desplomarse ante la repentina flojera de sus piernas. Tardó unos segundos en reaccionar:
— ¡Dios mío, Sofía, esto es terrible!
—Ya lo sé, tía. Y lo peor de todo es que Carlos le ha golpeado de mala manera, tuve que sujetarlo, pensé que lo mataba…—Sofía comenzó a llorar de nuevo—Lo peor, digo, es que no me fio de lo que pueda pasar, me aterra que Carlos haga justicia por su cuenta, le conozco muy bien y sé que algo planeará.
Marta no sabía qué decir. Estaba claro que Sofía y él estaban enamorados, y por ello su sobrina estaba en lo cierto, porque, ¿qué argumento se le puede dar a un joven, para que desista de castigar al culpable de una agresión contra la mujer a la que ama?
—No pienses ahora en eso, si ha sido capaz de controlar la furia del momento, creo que ya no tienes nada que temer. Parece un chico inteligente, recapacitará acerca de los problemas que le traería actuar de juez y de verdugo.
—Se contuvo porque yo se lo pedí, se lo supliqué, más bien. Pero te repito que le conozco, y esa calma aparente que mostraba cuando nos hemos separado esconde un huracán. Por favor, tía, por lo que pueda pasar, no digas a nadie que ha sido Jaime Solís, por favor, prométemelo.
Marta la miró sin poder ocultar una preocupación creciente, que intentaba disimular:

—Tranquila, no saldrá de mi boca, al menos por ahora. Y de la tuya tampoco. Estamos en una situación muy delicada con el problema de la detención de tu padre, y no nos conviene enturbiar más el asunto sacando a relucir el nombre de los Solís, porque estoy segura de que aprovecharían este momento de debilidad para caer sobre nosotros como hienas hambrientas. No, no es momento de buscar pleitos con esa gente, pero te aseguro, Sofía, que esto no quedará así.

Cuando Carlos Balmori regresó su casa, Enrique estaba de un humor de perros.
— ¿Pero dónde te has metido? Jaime tampoco ha venido aún, qué falta de consideración…
Su hijo no le dejó terminar:
—No me hables de ese malnacido—dijo con sequedad, antes de enfilar las escaleras para retirarse a su habitación. Y Enrique Balmori, que nunca había visto así a su hijo, le dejó ir sin pedir explicaciones, era un hombre inteligente, y sabía cuándo era mejor callar.

Sofía se lavó la cara con abundante agua fría, lo que contribuyó evitar, en parte, que se le hinchase. Las marcas de los dedos, inicialmente visibles, eran ahora un enrojecimiento difuso, donde no se podía adivinar el motivo del mismo, que bien podría haber sido un golpe, razonó Marta, y eso mismo le dirían a Beatriz.
Se había quitado el abrigo, al que le faltaban tres botones. Uno de los ojales estaba ligeramente rasgado:
—De momento, guarda este abrigo, pero antes quitaremos uno de los botones y se lo daré a la modista, seguro que tiene más. Y hora, péinate, cámbiate de ropa y, sobre todo, tranquilízate: si mantenemos la calma, nadie se enterará.
Marta pensó que no era el momento de interrogar a su sobrina, pero en cuanto estuviese más tranquila, Sofía tendría que dar muchas explicaciones.
En ese momento, Celia volvió a llamar con los nudillos:
— ¡Tía, mamá pregunta por ti!
Marta abrió la puerta que había cerrado por dentro, detalle que no le pasó desapercibido a su sobrina mayor.
—Ya voy —dijo Marta. Y adelantándose a las posibles preguntas que Celia se haría en cuanto viese a su hermana, comenzó con las explicaciones que deberían alejar toda sospecha—: tu hermana se ha caído y se ha dado un buen golpe, estaba tranquilizándola, porque se ha puesto muy nerviosa pensando en el susto que se llevará Beatriz.
Celia entró en la habitación donde Sofía, a pesar de estar recién peinada, con la cara lavada y ropa limpia, tenía el aspecto frágil y los ojos asustadizos de quien acaba de pasar por una experiencia dura.
— ¡Tu cara, Sofi! —Se asustó Celia— ¿cómo ha sido?
Aquello era muy raro, pues su hermana tenía ambas mejillas golpeadas. Tendría que haberse dado de frente con algo, en cuyo caso, se hubiese lesionado también la nariz, incluso la frente. No, el aspecto de su cara hablaba de dos golpes, dos lesiones distintas, como cuando alguien te abofetea con furia. Celia se llevó las manos a la boca, en un gesto instintivo para ahogar el grito que emitió al percatarse de su terrible sospecha.
—Sofía, ¿Quién te ha hecho esto? —A continuación, se volvió hacia Marta— ¡Tía, por favor, no creas lo que te ha dicho Sofía! ¡Alguien le ha pegado!
Marta volvió a cerrar la puerta, nerviosa. Tenía que calmar a Celia:
—Ya veo que no te puedo engañar. Y, en consecuencia, a Beatriz tampoco. Sofía, te quedarás aquí, diremos que te duele la cabeza, la tripa, o lo que sea. Luego te subiré la cena yo misma.

Celia, quédate con ella, que te cuente lo que deba contarte, así te tranquilizas. Créeme, tu hermana está bien, podría haber sido muchísimo peor. ¿De acuerdo, cariño? Y ahora, voy a ver qué quiere vuestra madre.
Marta salió dejando a las dos hermanas solas.
— ¿Qué ha sucedido, Sofía? —preguntó Celia tomando entre sus manos temblorosas las de su hermana.
—Alguien ha intentado agredirme.
— ¿Pero quién, por qué, dónde? —Celia estaba muy asustada.
Sofía comprendió que no le quedaba más remedio que contarle a su hermana parte de la verdad:
—Una vez por semana, Carlos Balmori y yo nos vemos en la cabaña del bosque. Alguien me siguió e intentó atacarme, pero por suerte, Carlos y Athos llegaron a tiempo de evitar lo peor, sólo he recibido un par de golpes.
Celia sollozó, abandonándose, quedando a merced de las emociones acumuladas tras tantos sucesos terribles. Parecía que el infortunio estaba al acecho, buscando la ocasión para saltar sobre ellos, sobre la familia Quirós.
«El anillo», pensó Celia de pronto, buscando en el pensamiento mágico una explicación a tanta adversidad. Y a pesar de su habitual raciocinio a la hora de afrontar los problemas, en esta ocasión se dejó vencer por la irracionalidad de su idea. Y creer conocer la causa, fue suficiente para que la sensación de estar perdida dejase de asfixiarla. Logró tranquilizarse, al menos lo suficiente para preguntarle a Sofía:
— ¿En la cabaña del bosque? ¡Espero que no hayas hecho nada inconveniente, Sofía, por Dios!
Celia se revolvió inquieta ante la posibilidad de que su hermana y Carlos Balmori hubiesen mantenido relaciones carnales. Al parecer, los problemas habían decidido no darles tregua. Sofía la miró con los ojos muy abiertos:
— ¡No, claro que no, Celia! ¡Te lo prometo! —dijo con una vehemencia que apenas dejaba lugar para la duda. Aun así, Celia insistió:
— ¿Me estás diciendo la verdad, Sofi? Mira que es muy grave, si lo has hecho, podrías haber quedado encinta, y puedes imaginarte lo que eso…
Sofía la interrumpió:
— ¡Te lo juro, Celia! ¡No lo he hecho, cumplo con mi palabra!
— ¿Con tu palabra?
Sofía comprendió que no le quedaba más remedio que explicarse, y quizás Celia se quedase más tranquila al saber que esas citas suyas estaban tuteladas—moralmente hablando—por la promesa que le hizo al marqués de Ribadeo. Así que le contó a su hermana que había llamado a casa de los Balmori desde el palacete de los Villanueva, que Beltrán había oído lo de la cita con Carlos, y que la había hecho prometer que no diría nada si cumplía unas condiciones.
—Le di mi palabra a Beltrán Villanueva, y la palabra de un Quirós, le dije, es de fiar.
— ¡Lo que le faltaba! —Dijo Celia elevando los ojos al cielo— ¡También hace de alcahuete y casamentero! ¿Qué más sorpresas terribles nos deparará ese hombre?
«Beltrán Villanueva», pensó ahora Celia. Sus desgracias se debían al anillo de Jaime Solís, pero también a la repentina presencia de Beltrán Villanueva. «No, Celia, eso no es cierto — le dijo entonces una vocecita interior—él nos devolvió a Aurora cuando se perdió, y te ayudó cuando el niño de Celeste enfermó, evitando el lío que se podría haber organizado si no te llega a traer a casa a tiempo». Pero Celia desoyó la vocecita interior, porque la rabia de saberle implicado en el secreto de su hermana Sofía la hacía arder por dentro.
—Por favor, Celia—interrumpió Sofía sus pensamientos— ahora que sabes que nuestros

encuentros son del todo sensatos, ¿me guardarás el secreto?
—No lo sé, Sofía, es una responsabilidad demasiado grande, comprende que también debo cierta lealtad a papá y a mamá, y guardarte el secreto me pone en una situación muy comprometida. Más aún después de lo sucedido.
— ¡Te lo pido por favor! —suplicó su hermana, mientras las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.
— ¡Ya veremos, pero tranquilízate, por favor! Necesitamos mantener la calma, Sofía. Y ahora dime, ¿Quién ha sido el monstruo que ha intentado forzarte? ¿Lo conoces?
Muy a su pesar, Sofía negó con la cabeza. No podía decirle a su hermana que el monstruo era su ex prometido ni que, a juzgar por las horribles cosas que le dijo, la agresión era la forma de vengarse de ella, de toda la familia Quirós. No podía decírselo, tenía que callar.
—Deberíamos denunciarlo, es pavoroso pensar que anda por ahí suelto.
—No, Celia, por favor. No es el momento de tener que dar explicaciones, mi honra quedaría en entredicho, porque siempre circularía la falsa versión de que el agresor consumó el ultraje, y no deseo estar en boca de nadie, menos aún por semejante motivo. Ahora—dijo Sofía, desviando la atención de tema— lo prioritario es que se esclarezca todo y papá salga en libertad.
— ¡Pero Sofía, yo tengo miedo! ¿Y si nos espera, escondido, y nos sigue? ¿Y si logra entrar en el jardín y secuestra a Aurora?
Ahora fue Sofía quien, a pesar de lo vivido y recompuesta del susto, sacó a relucir su fortaleza de carácter:
—Pues debemos estar con los ojos muy abiertos y extremar las precauciones. Pero no creo que debas preocuparte por eso ahora, Celia, aquí estamos seguras.
—No sé, Sofía, todo cuanto está pasando es tan terrible…Me quedaré aquí contigo, si te parece bien.
—Es lo que más deseo, gracias, hermana.
Se tumbaron sobre la cama, la una al lado de la otra, cada una absorta en sus pensamientos, todos ellos girando en torno a la detención de Álvaro Quirós que, pese a los demás infortunios, era la peor de sus pesadillas.

CAPÍTULO 34

A la mañana siguiente, Sofía se levantó más animada. La inflamación de su rosto apenas era ya visible, y sólo tenía un pequeño hematoma en la zona alta de la mejilla derecha. Estaba en el comedor, desayunando, cuando Adela entró para decir que la llamaban por teléfono. Ella supo enseguida quien era.

— ¡Carlos! ¡Amor mío! —susurró en cuanto oyó la voz del joven.

—Sofía, no me queda más remedio que reanudar mis clases, he de irme unos días, no quiero que mi padre sospeche nada. Pero te ruego que no salgas sola, bajo ningún concepto. ¿Me lo juras?

—Te lo juro, Carlos.

—Esto no quedará así, mi amor, te lo aseguro.

— ¡Por favor, Carlos! No quiero que te metas en un lío—sollozó ella— Ya tengo bastante con la detención de papá.

—No llores, Sofía— le pidió él, conmovido—. Cuídate, no olvides que te amo.

Cuando colgaron, ella se secó las lágrimas antes de regresar al comedor. Y se anticipó a la pregunta de Beatriz con una mentira piadosa:

—Era Silvia, Adela se ha debido de confundir al llamarme a mí —se dirigió a su hermana—, Celia, dice tu amiga que habíais quedado hoy, pero que está indispuesta, tiene resfriado.

Celia, que había captado la intención de su hermana y sabía que no era Silvia quien llamaba, sino Carlos, vio los cielos abiertos:

—Luego iré a verla, desde luego. Mamá, ¿te importa que me lleve Mateo? Será sólo un momento, una visita de cortesía.

—Diré a Mateo que prepare el coche—respondió Beatriz.

Celia asintió. Con el agresor de Sofía suelto por ahí, sus relajantes paseos hasta casa de su amiga se habían terminado, al menos de momento. Pensó, con desagrado, que estaba adquiriendo la fea costumbre de mentir, pues ni Silvia estaba enferma ni ella iba a visitarla, sus intenciones eran otras muy distintas. Pero se consoló pensando que, en aquellos momentos en que sus vidas tranquilas parecían a punto de descarrilar, lo de menos eran esas mentirijillas piadosas que no tenían más intención que ahorrarle a Beatriz sufrimientos añadidos.

Nada más desayunar, Celia se puso el abrigo y salió a la puerta principal, donde Mateo ya esperaba, sentado al volante del Hispano Suiza. A los pocos minutos, paraban a la entrada del palacete de los Villanueva.

Celia traspasó las verjas de la propiedad, cada vez más exaltada, cada vez más furiosa.

Cuando llamó, fue Rosita quien salió a recibirla:

—Señorita Celia—saludó con su característica y amable sonrisa de bienvenida—, enseguida aviso a Silvia.

—No, Rosita, la veré después. Ahora, por favor, avise al señor marqués, que es con quien deseo hablar.

—Enseguida le digo que está usted aquí. Vaya a la salita, que está la chimenea encendida.

—Le esperaré aquí, gracias.

—Como quiera.

El aya se perdió por el largo pasillo sin darle importancia a la actitud de Celia, algo normal

teniendo en cuenta las terribles circunstancias por las que estaba pasando su familia. Mientras, Celia intentaba calmarse, pues estaba tan indignada que, a la mínima provocación, le sacaría los ojos al marqués de Ribadeo, el abogado que tenía en sus manos la libertad de su padre.
No había transcurrido ni un minuto cuando apareció Beltrán, ataviado con ropa de andar por casa, una camisa de algodón blanca bajo una chaqueta ligera. Celia no pudo apartar los ojos, hipnotizada por la musculatura del pecho que se adivinaba bajo la camisa, ligeramente abierta. Al advertir la mirada insistente de la recién llegada, Beltrán bajó la vista y corrigió de inmediato su desaliño, cerrando la blusa con una sonrisa avergonzada. Sin duda, se mostraba alegre y entusiasmado por la presencia de la joven allí.
— ¡Celia, qué sorpresa! Si desea hablar conmigo, pasemos a mi despacho, por favor.
Celia le siguió. Dos de las criadas se afanaban en barrer a dúo una hermosa alfombra persa de grandes dimensiones que cubría parte del suelo de la suntuosa estancia, que el abogado utilizaba como bufete. Se retiraron en silencio cuando ambos entraron.
— ¿Cerramos la puerta, o prefiere que la dejemos abierta? —preguntó Beltrán sin malicia, con la única intención de evitar que Celia se sintiese incómoda, encerrada a solas con él. Pero como era habitual en ella, la joven interpretó sus palabras como una nueva provocación, y respondió en consecuencia:
—No le tengo ningún miedo, señor, aunque a juzgar por las confianzas que se toma usted con las féminas, debería tenerlo —Celia aún no había olvidado el encuentro, el día del baile, de Beltrán y esa joven rubia, Mercedes Ribera—. No obstante, prefiero que nuestra conversación sea privada, no me gustaría que mi amiga Silvia fuese testigo de la misma, es un alma cándida que no debe verse mezclada en estos asuntos.
Beltrán, perplejo ante la displicencia de la joven Quirós, hizo un gesto y ambos se acomodaron, él en su sillón, detrás de la mesa, Celia enfrente. Por las palabras que acababa de dirigirle, intuyó que estaba molesta por algo que él había dicho o hecho, pero no le extrañó, por desgracia, su relación con ella se había visto perjudicada, desde el principio, por una desafortunada sucesión de malentendidos. Pero a continuación, comprendería que esta vez la cosa era mucho más seria. Por eso, no pudo ocultar un gesto de genuina sorpresa cuando habló:
—Mire, Beltrán, lamento decirle que el asunto que me trae hasta aquí es el colmo de su desvergüenza —como él callaba, Celia prosiguió—.Ayer, mi hermana Sofía ha sufrido un grave percance, del cual le hago a usted responsable.
El joven marqués se levantó de un salto:
— ¿Sofía? ¿Ella está bien? —preguntó, sinceramente preocupado.
—Sí, sí, está bien, pero no gracias a usted, desde luego —Beltrán había vuelto a sentarse, pero todo su cuerpo estaba en tensión—. Debido a lo sucedido, he podido saber que mi hermana se ve a escondidas con el joven Carlos Balmori, y que es usted conocedor de ello. Lejos de impedirlo, lo ha alentado y respaldado con su cínico silencio, lo cual dice muy poco a favor de su honradez. Hacer de alcahuete de los amoríos de una jovencita inocente es una indecencia. ¡Por Dios, Beltrán! ¡Es mi hermana, es el honor de los Quirós lo que está en juego! ¿Cómo ha podido hacernos esto?
Celia, muy a su pesar, estaba llorando. Beltrán permanecía muy quieto, paralizado por la sorpresa, impactado por las palabras y por el llanto de Celia. Siguió callado mientras ordenaba sus pensamientos y elaboraba una defensa porque, desde luego, tenía que defenderse de las injustas acusaciones de Celia. Mientras, ella prosiguió, desahogando toda la rabia acumulada contra él, utilizando argumentos erróneos que disgustaron profundamente a Beltrán:
—Señor marqués, me apena que tenga tan poco respeto por nosotras y por nuestra familia. No

me cabe duda de que nos ha tratado como a unas golfas, favoreciendo la perdición de Sofía e intentando quebrantar mi virtud en aquel desafortunado encuentro entre usted y yo. Sepa que le hago responsable de lo que ayer le sucedió a Sofía.
Estas palabras sacaron a Beltrán de su dolido estupor:
— ¿Pero qué le ha sucedido a Sofía? —dijo él, mientras su rostro reflejaba una angustia sincera, imposible de fingir:
—Mi hermana fue agredida en la cabaña del bosque.
— ¡Dios santo! —balbuceó Beltrán, mesándose el cabello, nervioso, mientras asimilaba tan terrible noticia. Celia, al verle tan afectado, suavizó un poco sus formas:
—Por suerte, Carlos Balmori y su perro Athos llegaron a tiempo, no le sucedió nada, el agresor tan sólo le dio un golpe en la cara. Pero imagine lo que podría haber pasado.
— ¿Seguro que está bien? —Insistió Beltrán. Celia advirtió la súbita palidez de su rostro, en el que ahora sus ojos se hundían bajo repentinas y pronunciadas ojeras.
—Sí, por suerte, está bien.
— ¿Quién ha sido?
—Ella dice que un desconocido. Pero la intuición me dice que sabe quién es, y que calla por miedo.
—Celia, por favor—el tono de Beltrán era suplicante, de una entrega sin reservas, a la desesperada, el tono de quien ya no tiene nada que perder y debe apostarlo todo a una carta— tengo que explicarle que está equivocada respecto a mis intenciones, porque le voy a aclarar cómo sucedieron las cosas: hace unas semanas, oí casualmente una conversación telefónica entre su hermana y Carlos Balmori —Sofía hizo la llamada desde mi despacho— en la que ambos concertaban una cita. Le puse al tanto de que había sido testigo involuntario de esa conversación, y me pidió que le guardase el secreto. Le dije que eso me ponía en un terrible compromiso, pero están tan enamorados — eso es evidente — que sentí lástima por ellos. Así que le hice prometerme que, si acudía a esa cita, se comportaría con la dignidad que siempre ha caracterizado a su familia, que se haría respetar. Confié también en la correcta intención del joven Balmori que, según dicen, es un buen muchacho. Y todo esto lo hice porque, al igual que usted, su hermana me parece una mujer íntegra e inteligente, en cuyo buen criterio confío. Eso es todo, señorita Quirós. Ahora, puede creer en mi palabra o no hacerlo, eso ya es decisión suya. Lamento lo sucedido, he pecado de ingenuo al desestimar otras posibles consecuencias para Sofía, pero puedo jurarle que mis intenciones han sido honestas.
Celia permaneció callada. Estaba muy pálida, se notaba que llevaba días sin descansar adecuadamente. Tenía la cabeza baja y posaba la vista sobre su regazo, en una actitud que ponía de manifiesto su gran indefensión. Por unos instantes, todo era silencio en ese despacho centenario de altos techos donde sólo se oía el crepitar del fuego, que seguía ardiendo ajeno a la fría corriente de desesperanza y dolor que circulaba entre Celia y Beltrán. Al fin, ella habló:
—No sé lo que pasa con usted, Beltrán: así como conocer a su hermana Silvia ha sido una verdadera suerte para mí, su presencia, en cambio, no me ha traído más que calamidades. Deseo que se aleje de mí y de mi familia. A partir de ahora, le pediré a Silvia que sea ella quien venga a visitarme, pues no deseo cruzarme nunca más con usted. Y le pediría, como un último favor, que no le diga a su hermana nada de esto, la quiero mucho, Beltrán, es una persona adorable y una buena amiga, aunque dudo que sea usted capaz de comprender el alcance de este sentimiento.
Beltrán, excelente abogado, era incapaz de elaborar su propia defensa ante tan duras palabras. Continuó callado, incapaz de encontrar argumentos capaces de rebatir a Celia, sin saber que ella aún no había terminado de mortificarlo:

—Respecto a la defensa de mi padre, señor Villanueva, he perdido la confianza en usted. No puedo estar segura de que hará lo imposible por ayudarle, no me fio de sus intenciones respecto a esta familia.

Entonces sí, Beltrán reaccionó: ahora Celia no estaba hablando de sentimientos, terreno en el cual ella lo dejaba desarmado, sino de su trabajo, donde él era, si no el mejor, de los mejores. Y tenía que defender a Álvaro Quirós porque sólo él sabía que pondría el alma en hacerlo:

—No, Celia, no juegue con eso. Puede considerarme lo que quiera, puede desestimar mis disculpas y desatender mis explicaciones, pero el tema de la defensa de don Álvaro, no lo toque. Nos jugamos demasiado.

Celia le miró. Parecía sincero, una vez más. ¿Qué maléfico poder tenía sobre ella Beltrán Villanueva, capaz de anular su voluntad? Se levantó del sillón con calma, estaba muy cansada, comenzaba a dolerle la cabeza. Tuvo ganas de llorar de nuevo, pero se contuvo, no quería que él la viese llorando otra vez.

—Gracias por atenderme, señor.

— ¡Espere, por favor! —Beltrán salió de detrás de la mesa y se acercó a ella, impetuoso. Parecía tan frágil, tan desprotegida, que sintió un irrefrenable deseo de tomarla entre sus brazos y estrecharla, hacerla sentir que él estaba ahí, para protegerla de todo mal—. Celia, yo…

No pudo evitarlo, y tomó su cara entre las manos, hipnotizándola con la intensidad de su mirada para, a continuación, cercarla con sus brazos poderosos, aislándola del mundo y sus problemas, sólo ellos dos. La estrechó con un abrazo decidido, protector, liberando todo el amor que sentía hacia la joven. Ella, tras unos segundos de desconcierto, se soltó:

—Es usted incorregible, un canalla de pies a cabeza.

Sin mirar atrás, la joven Quirós abrió la puerta, enfiló el pasillo y, como ya conocía la salida, llegó hasta la puerta y abandonó la casa, agradeciendo no haberse cruzado con Rosita, a la que no hubiese sabido cómo explicar su rápida visita a Beltrán, prescindiendo de saludar a su amiga Silvia quien, por suerte, tampoco se había percatado de su visita. Cuando montó en el automóvil, tuvo que hacer otro esfuerzo para contener el llanto, a pesar de que Mateo iba concentrado en esquivar los baches y no hubiese reparado en su disgusto.

Beltrán aún tardó unos instantes en deshacer su quietud pétrea, incapaz de respirar siquiera, porque después de las palabras de Celia, ni el aire entraba en sus pulmones. Cuando, como un autómata, se sentó de nuevo tras su escritorio, las lágrimas amenazaron con desbordarse. Pero no podía permitirse la autocompasión: había un hombre injustamente acusado de asesinato, y tenía que luchar por él.

CAPÍTULO 35

Desde la detención de Álvaro, la vida parecía haberse detenido en *Villa Beatriz*. El único que mostraba un cierto entusiasmo era Ismael, inmerso en la defensa de su padre como colaborador de Beltrán Villanueva. Por indicación de éste, no hablaba de los avances en la investigación, para evitar que el resto de la familia se hiciese ilusiones, las que él ya se había hecho, a pesar de las advertencias que Beltrán le hizo al respecto. Sin embargo, era inevitable que tanto sus hermanas, como su tía Marta y Beatriz le preguntasen de continuo.

Habían procurado evitar que la pequeña Aurora se enterase del verdadero motivo de la ausencia de su padre, pero era una niña muy espabilada, y el ánimo luctuoso que se respiraba en la casa no ayudaba a tranquilizarla. Por eso, una de aquellas mañanas en las que Ismael aguardaba la llegada de Beltrán, la niña le abordó en la biblioteca:

—Ismael, ¿tú me dirás la verdad, o me engañarás como hacen los demás?

Su hermano se hizo el sorprendido:

— ¿A qué te refieres, Aurorita? —que su hermano utilizase el diminutivo era una señal evidente de que se disponía a tratarla como a una niña, por eso Aurora se rebeló:

—Tengo diez años, pero eso no significa que no vea lo que sucede. Estáis todos tristes y preocupados, y tú has regresado de Oviedo y te pasas el día con Beltrán, que sé a lo que se dedica.

— ¿Y a qué se dedica? —le preguntó su hermano, con cara de sorpresa.

—Es abogado, se dedica a que los buenos no vayan a la cárcel y a asegurarse de encerrar en ella a los malos, que es lo que tú también harás cuando termines tus estudios.

—Bueno, Aurora, para que veas que no te trato como a una niña pequeña, he de sincerarme también contigo, ya lo he hecho con el resto. Verás, no creo que termine mis estudios de derecho, lo que a mí me gusta de verdad son las matemáticas.

—Ya, ya lo sé. Por eso fuiste el otro día a casa de una niña a la que vas a enseñar matemáticas, ¿verdad?

Ismael asintió. Era increíble, pero a Aurora no se le escapaba ni un detalle.

—También sé que el día que se marchó papá de viaje, dejando a tía Marta aquí, hubo llamadas de teléfono y más cosas. Dime la verdad, Ismael, por favor—Ismael se sintió acorralado por esa hermana suya de sólo diez años—, ¿papá y tía Marta se han enfadado, y él no volverá más?

La ingenuidad del comentario de la niña a punto estuvo de arrancar una sonrisa a Ismael. Se contuvo a tiempo, porque la angustia que reflejaba el rostro de la pequeña no era para tomarse la cosa a broma, así que la respondió sin perder la compostura:

—No, Aurora, no sé de donde te has sacado eso, pero no es cierto, papá y tía Marta no han discutido, se adoran, papá no podría prescindir de Marta cuando sale al extranjero.

—Entonces, ¿por qué no han ido juntos? —preguntó Aurora, sin darse por vencida.

—Pues porque papá, que en principio iba a París —improvisó Ismael— tuvo que cambiar el viaje por una urgencia, y no era necesaria la presencia de tía Marta.

—Ah, vale, eso me convence más—respondió Aurora. Y entonces, ¿a dónde ha viajado papá?

—Aurora, eres demasiado insistente y preguntas más de la cuenta—. ¿No te ha enseñado mamá que las niñas no deben preguntar tanto?

—No te enfades, Ismael, por favor —dijo ella, enterneciéndolo con su actitud desvalida.
—No me enfado, Aurora, tienes derecho a preguntar, desde luego, pero no debes desconfiar de las respuestas que recibas.
— ¿Eso quiere decir que tengo que creerte?
Ismael asintió con la cabeza:
—Yo no te engañaría, salvo para defenderte de algo— le dijo su hermano.
— ¿Defenderme? ¿Cómo Beltrán a los buenos?
— ¡Qué obsesión tienes con Beltrán, Aurora!
En ese momento, a Celia, que pasaba por allí, le sorprendió tanto la conversación, que decidió entrar. Aurora, desestimando su presencia, continuó con sus reflexiones:
—No creo que eso sea obsesión, aunque no sé del todo lo que significa esa palabra. Y si te hablo de Beltrán es porque él es un héroe, además de ser muy guapo, por eso me gusta hablar de él, creo que estoy enamorada— esta vez sus hermanos mayores no pudieron evitar una sonrisa divertida—.Si pudiera crecer a toda velocidad, lo haría para poder casarme con él.
La mueca en el rostro de Celia les pasó inadvertida a ambos. Ismael vio la oportunidad de darle un giro a la conversación que mantenía con su hermana pequeña, y ahora era él quien interrogaba, siguiéndole la corriente:
—Aurora, de momento eres demasiado joven para pensar en amoríos, por muy enamorada que creas estar—miró a Celia y ella sonrió imperceptiblemente—. ¿Y por qué crees que Beltrán es un héroe?
—Por lo que te dije antes, ayuda a los buenos para que no los metan en la cárcel. Y además, a mí me salvó. Si no llega a ser por él, los lobos me hubiesen devorado en el bosque.
—Pues mirado así…
—Aurora—intervino Celia—debes aprender cuanto antes que las personas, a veces, no son lo que parecen.
Ahora la sorpresa fue visible en el rostro de Ismael, quien intentaba apaciguar la angustia de Aurora, pero Celia parecía haberla desatado de nuevo. Así que le hizo un gesto para que dulcificase el tono de la conversación. Celia asintió en silencio, arrepentida por su actitud, al comprender que su hermana pequeña, además de sufrir como los demás la ausencia de su padre, vivía con la angustia añadida de intuir que le ocultaban algo importante, pues a veces, el desconocimiento de los hechos crea una indefensión mayor que enfrentarse a la verdad. A pesar de ello, nadie en esa casa le diría a la niña que su padre estaba detenido como presunto culpable de asesinato.
— ¿Te refieres a que Beltrán no es tan bueno como parece? —preguntó Aurora como consecuencia de las desafortunadas palabras de Celia, a quien Ismael dirigió una mirada de reproche antes de intervenir:
—No, Aurora, Celia no se refería a Beltrán, él es un buen amigo de esta familia, algún día comprenderás que, además de evitar que los lobos te devorasen, él ha sido una persona importante. Y ahora, deja de preguntar, tranquilízate y céntrate en tus estudios, mira, ahí viene miss Hughes, es la hora de tu clase.
Ismael respiró hondo, pues las preguntas de Aurora lograban desarmarlo. En cuanto la niña salió por la puerta, Ismael se encerró en la estancia con su hermana Celia:
— ¿Se pude saber qué te pasa con Beltrán? ¿A qué es debida esa inquina?
—A mí no me pasa nada con el marqués, Ismael.
Ismael la contempló en silencio, sus ojos se humedecieron:
—Querida Celia, todo lo que nos está pasando es muy duro. Y necesitamos ser fuertes para poder

afrontarlo. Si tienes algo que te atormente, sabes que puedes contar conmigo, como siempre, soy tu hermano mayor. Por favor, habla, desahógate. Beltrán es una bellísima persona, cero que le conozco mejor que tú, hemos pasado muchas horas juntos, y puedo asegurarte que es honesto, simpático, sensible…No sé qué puedes haber visto en él para estar continuamente a la defensiva.
—No importa, Ismael, de verdad. Con Beltrán Villanueva comencé con mal pie desde que él puso los suyos en esta casa.
El juego de palabras arrancó una ligera sonrisa a Ismael:
—Conociste a Beltrán el día que trajo a Aurora de regreso a casa, ¿verdad?
Celia asintió con la cabeza, cómo olvidar ese momento, pensó. Respondió a su hermano, tratando de buscar una justificación a sus sentimientos por el joven marqués:
—Ese mismo día, Beltrán me demostró que es un prepotente. Salió respirando hondo porque al fin podía irse a casa, parece que lo reteníamos contra su voluntad, pues dijo que éramos unas pesadas, cargantes, quizás. Después…después han venido otras cosas que…bueno, es mejor que queden para mí.
—Yo no creo que Beltrán piense que las mujeres de esta casa son unas pesadas. ¿Tú le oíste decirlo?
—No, pero lo oyó una de las criadas.
—Y si tan importante es para ti, ¿no te has molestado en aclararlo?
—No, no me parece adecuado ir preguntándole a la criada en cuestión si el marqués dijo esto o lo otro.
—Pues pregúntale a él directamente. Si es tan prepotente y altanero como crees, no tendrá inconveniente en hacerte saber que te considera una muchacha cargante, porque es una persona que dice lo que piensa.
—Quizás tengas razón. Pero ya no merece la pena.
— ¿Por qué? ¡No lo entiendo!
—Han pasado más cosas, Ismael. Ya no merece la pena aclarar nada, créeme. Ahora, lo que más me preocupa es saber si confías en él. ¿Crees que podemos dejar la defensa de papá en sus manos?
Ismael la miró, indignado:
— ¡Pues claro que sí, Celia! ¿No crees que te estás pasando?
—Ismael, no hace falta que te alteres. Simplemente, te lo pregunto.
— ¡Por supuesto que podemos, y debemos! Mira, Celia, Beltrán Villanueva es muy buen abogado. Muy a mi pesar, algo conozco del mundillo de la abogacía, y él, pese a su juventud y por mucho que a ti te pese, es de los mejores. Papá está en buenas manos, y Beltrán se está desviviendo por ayudarnos. Tus dudas, Celia, son infundadas. Y muy injustas, por cierto.
Celia bajó la cabeza. ¿Estaban todos equivocados respecto a Beltrán Villanueva, o era ella la que lo enjuiciaba erróneamente? Salió de la biblioteca dejando a Ismael pensativo y triste, mientras ella, incapaz de ver con claridad, sentía que todo se desmoronaba a su alrededor.

CAPÍTULO 36

Enrique Balmori, pendiente del regreso a casa de su hijo Carlos, lo llamó a gritos desde su despacho en cuanto oyó el timbre y el saludo afectuoso de la criada. Nadie se inmutó ante las voces, acostumbrados como estaban a la energía imparable y arrolladora del patriarca de la familia.

—Ya te he oído, papá, estoy recién llegado, ¡no me has dado tiempo ni a quitarme el abrigo!—respondió Carlos a su llamada.

—Hijo, necesito que des un repaso al proyecto. Jaime Solís vendrá a discutir los pormenores del mismo, y si quiero que me apoye en esta empresa, no ha de quedarle ninguna duda respecto a su viabilidad.

Carlos palideció sin que su padre se percatase de ello. Por un momento, estuvo a punto de decir que Jaime Solís no pondría un pie en esa casa, pero se lo pensó mejor, pues de hacerlo, se vería obligado a dar unas explicaciones que les comprometerían, especialmente a Sofía.

—¿Y no te dejará plantado como la última vez?—inquirió Carlos, tembloroso, al recordar la aciaga tarde en la que ese malhechor agredió a Sofía—¿Ya te ha explicado a qué se debió su desconsiderada ausencia?

—Bueno, cosas que pasan, al parecer tuvo un desafortunado accidente, se cayó y se lesionó.

—¿A qué hora vendrá? —preguntó con fingida indiferencia el joven, mientras pensaba si sería capaz de tenerle delante sin abalanzarse sobre él y descargar sobre su despreciable persona toda la furia que aún tenía atrapada dentro, y que corría el riesgo de estallar como un absceso lleno de pus.

—Sobre las cinco, como la vez anterior. Esperemos que, en esta ocasión, nada le retenga.

Carlos asintió en silencio, pensativo, pues su cabeza no paraba de pensar en las implicaciones de aquella visita. Subió a la primera planta, y después de saludar a su madre, se encerró en su habitación. En su cabeza bullía una sola idea: la venganza es un plato que se sirve frío. Y no pensaba dejar pasar esa oportunidad.

Al cabo de un rato, salió a toda velocidad:

—Mamá, necesito ir a Avilés, enseguida regreso.

Carlos Balmori fue a las caballerizas y preparó él mismo un carruaje ligero. A los pocos minutos, se alejaba de su casa a buena velocidad, pues estaba impaciente por comprobar si la perversa idea que se le había ocurrido sería factible.

Entró en la botica. En ese momento había sólo una dama, pero las campanillas de la puerta tintinearon y entró una anciana que saludó, circunspecta, a los presentes. Una vez atendida la primera clienta, era el turno de Carlos.

—Atienda a la señora—dijo, al tiempo que hacía un caballeroso gesto, que la anciana recibió con una sonrisa, sin saber que al joven no le impulsaba tanto la caballerosidad como el deseo de evitar testigos de su conversación con el boticario.

Por suerte, cuando la mujer salió y le llegó el turno de nuevo, el establecimiento estaba vacío.

—Tengo un problema un poco incómodo, señor —comenzó.

—Usted dirá, joven—respondió el hombre con una sonrisa que pretendía minar las reticencias de Carlos a hablar de su trastorno.

—Hace varios días que yo no…bueno, ya me entiende…
El farmacéutico le miraba a través de unas lentes redondeadas sin comprender del todo, pues podía ser muchas las causas de que ese joven hiciese muchos días que no…
—¿Qué no qué? Si no va al grano, no podré ayudarle—intervino el hombre, acostumbrado a tales requiebros por parte de la clientela, pues determinados asuntos corporales solían ir acompañados de un infranqueable muro de pudor.
—Que no voy al baño, señor. Es imposible seguir así.
—Vaya, que no hace usted de cuerpo—Carlos asintió sin mirarle a la cara— ¿Y se puede saber cuántos días lleva usted en esa incómoda situación?
El joven Balmori decidió exagerar, necesitaba un remedio potente:
—Quince días, señor.
El boticario le miró con curiosidad:
—¿Tiene usted dolores fuertes en el vientre, o algo que pueda alertar de un problema asociado?
—No, señor—respondió Carlos—, estoy bien, salvo por la evidente incomodidad asociada.
—Está bien, joven, paso a la rebotica y le prepararé unos polvos que han de hacer su efecto. Si no es así, deber acudir de inmediato al galeno, ¿me ha comprendido?
—Sí, señor. Pero espero que este remedio me alivie…
—Suele funcionar. Pero dada la magnificencia de su…problema —utilizó el boticario un eufemismo— lo que le voy a preparar es muy fuerte, capaz de desatascar a un paquidermo—Carlos creyó ver cierto sarcasmo en las palabras del hombre—así que no debe usted pasarse, bajo ningún concepto, de la dosis que le voy a recetar.
«Perfecto», pensó Carlos Balmori mientras asentía, aparentando cierto desvalimiento. En su mirada, el boticario creyó ver el alivio de quien atisba la luz al final de un largo túnel, sin sospechar, cómo iba a hacerlo, que el gesto del joven obedecía, en realidad, a la macabra satisfacción de recrearse en su venganza.
A las cinco en punto, el vehículo a motor de Jaime Solís se detuvo ante la puerta de entrada de la casa. De él descendió su propietario, arrogante, seguro de sí mismo, deseoso de que esa reunión con Enrique Balmori le asestase un golpe adicional a Álvaro Quirós. Haría lo imposible por que así fuese, aunque le costase dinero.
Enrique y su hijo Carlos esperaban en el despacho, con los planos abiertos sobre la mesa. El recién llegado estrechó la mano de don Enrique, y cuando hizo lo propio con Carlos, pudo notar la laxitud en el gesto del joven Balmori. Esperaba ver el odio reflejado en sus ojos, y le sorprendió esa mirada que no supo interpretar y que, por ello, le dejó más desconcertado que si le hubiese escupido en plena cara. Por su parte, Carlos comprobó, satisfecho, que la posibilidad de arrastrar por los suelos la fingida dignidad de ese malnacido con su inocente—o no tanto—ocurrencia, bastaba para que sus ansias de partirle la cara allí mismo se calmasen. Interiormente regocijado, se dispuso a disfrutar de los acontecimientos.
—Tomemos un coñac—dijo Enrique. Era un hombre que afirmaba, no preguntaba—.¿Quizás prefiere güisqui, Jaime?
—Un coñac estará bien, don Enrique.
Carlos esperaba el gesto de su padre, el cual se produjo en segundos: una mirada le indicó que sirviese las copas. Con inusitada parsimonia, el joven se dirigió a la mesa donde, sobre una bandeja, reposaban las botellas de licor y dos copas. Con fingida torpeza, logró que una de ellas se le resbalase de la mano, estrellándose contra el suelo.
—¡Carlos, hijo, ten más cuidado! Avisaré a Cándida.
—Déjalo, papá, yo iré a por otras dos copas, me apetece un trago. Mientras, le echáis una ojeada

al proyecto, a ver qué opina don Jaime, puesto que la vez anterior nos dio plantón.
—¡Carlos! —le reprendió ligeramente su padre, sorprendido por el descaro de su hijo, mientras Jaime Solís se regodeaba con una sonrisa malévola, satisfecho al constatar el daño que la agresión contra Sofía Quirós había causado en el joven Balmori.
—No se preocupe, don Enrique, ya se sabe que los jóvenes de hoy son algo lenguaraces, cosas de la edad y de la época que nos ha tocado vivir—respondió Jaime, mirando con segundas intenciones a Carlos quien, después de mirarle también, salió del despacho con la copa rota en la mano.
El joven se dirigió a la cocina, donde Cándida le dio otras dos, entre aspavientos y protestas ante la ocurrencia del señorito de hacer labores propias de las criadas.
—Cándida, no te molestes, ya estoy aquí y no me cuesta nada llevarlas yo mismo—dijo, impaciente, temiendo que la insistencia de la criada frustrase sus planes.
De regreso, se detuvo un instante, sacó del bolsillo un paquetito de papel y vertió una buena cantidad de los polvos que éste contenía en una de las copas, desatendiendo claramente el consejo del boticario respecto a la dosis. Por suerte, el preparado no coloreaba el coñac, ya había hecho una pequeña prueba para comprobarlo.
Entró de nuevo en el despacho con las dos copas en la mano. Su padre y Jaime Solís no levantaron la vista, enfrascados como estaban en el proyecto. De espaldas a ellos, vertió el coñac en la copa destinada a Jaime Solís y la removió, asegurándose de que el contenido se disolvía por completo.
—Don Jaime…—le tendió el coñac, que Solís aceptó de buen grado, nunca se negaba a una copa de buen licor. Y en casa de los Balmori, era excelente.
A continuación, Carlos llenó las otras dos copas y, según se acercaba a su padre, dio un sorbo a la suya, anticipando la celebración de su esperada venganza, un pequeño aperitivo para saciar su dolor, sus ansias de justicia, hasta que ésta pudiese caer con toda la fuerza de la ley sobre ese canalla. Creyó ver un gesto de extrañeza cuando Jaime Solís dio el primer trago, y pudo ver cómo olía discretamente la copa. Pero volvió a beber, quizás convencido de que sólo eran imaginaciones suyas, porque el coñac, en casa de Enrique Balmori, era de indudable calidad.
—Bueno, vayamos al grano. He de decir que estoy bastante decidido a apoyarle en este proyecto, sobre todo, para fastidiar a Álvaro Quirós quien, por cierto, ya tiene bastante castigo. Bien merecido, por supuesto, por haber criado a esa…
—Yo no creo que don Álvaro tenga nada que temer, él no es un asesino, le han tendido una trampa —intervino el joven, antes de que Solís terminase la frase.
—¿Y tú como lo sabes? —A Jaime le alertaron sus palabras, pero vio en ellas la oportunidad de ponerle en un compromiso— Tenía entendido que esta familia no tiene trato con los Quirós.
—¡Por supuesto que no, don Jaime! —intervino Enrique Balmori, con su habitual vehemencia— ¡En esta casa, ni él ni sus descendientes serán nunca bienvenidos! Por cierto, ¿Tú cómo estás tan informado, si puede saberse? — le preguntó a su hijo, entrecerrando los ojos, en un gesto inconsciente que solía hacer cuando algo no le cuadraba.
—No me hagan caso, sólo son habladurías—respondió Carlos sonriente, a la expectativa de lo que habría, sin duda, de llegar. Y no tardó demasiado en hacerlo, porque el intestino de Jaime Solís emitió, de pronto, señales audibles de una motilidad imprevista e intensa.
El hombre, sorprendido y algo avergonzado, apuró su copa. En ese momento, su rostro se congestionó en una mueca de dolor. Enrique lo miró extrañado, pero Solís le quitó importancia, sonriendo estúpidamente.
No había transcurrido ni medio minuto, cuando el activo intestino de Jaime emitió nuevos

sonidos, que esta vez auguraban, por su intensidad, una imperiosa necesidad de ser atendidos sin demora. El rubicundo rostro de Solís adquirió un tono grana, mientras los ojos parecían a punto de saltársele de las órbitas.
—¿No le habrá sentado mal el coñac? —preguntó Carlos, mirándole con sorna.
—¡Hijo, qué cosas tienes! Este coñac no puede sentarle mal a nadie, todo lo contrario.
—¿Pueden indicarme dónde hay un baño? —preguntó Solís entre dientes, con ambas manos en el estómago, como si el gesto pudiese evitar lo irremediable.
—Claro, claro, vaya usted, Jaime—en ese momento Enrique, fiel a su costumbre, vociferó el nombre de la criada.
—No, señor, creo que no…—Jaime apenas podía hablar, pues sentía tanto dolor como si unos duendecillos malvados estuviesen retorciéndole las tripas por dentro. Con indignos andares, forzados por la necesidad de apretar al máximo el esfínter, se dirigió a la puerta, mientras Carlos lo miraba, regocijándose al máximo con la escena.
—¡Carlos, hijo, muévete y acompáñalo! Parece una urgencia—dijo Enrique, contrariado por la imprevista e incómoda situación.
Carlos, encantado de ser testigo de lo que vendría a continuación, se apresuró a salir. Tenía pensado demorar al máximo la llegada al aseo.
—En efecto, esto parece una urgencia así que avisaré para que llamen al doctor— le dijo el joven Balmori, una vez fuera del despacho. Y acto seguido, comenzó a llamar a gritos a su madre y a su hermana, necesitaba público para el denigrante espectáculo.
Doña Águeda y su hija, alertadas por las voces, bajaron la escalera justo a tiempo de contemplar la humillante escena: entre terribles retortijones, la incontinencia más absoluta dio paso a la catástrofe, que se abrió paso hasta empapar los pantalones de Solís, envolviéndolo en un nauseabundo olor a excrementos. La cara de terror del hombre se sumó al gesto de repugnancia que se dibujó en el de las mujeres, a las que se unió Cándida, que acababa de aparecer. La criada, indecisa y sin saber cómo actuar, se acercó a Jaime, pero se apartó enseguida tapándose la nariz mientras mostraba, claramente, su repugnancia.
Solís, rodeado por un incómodo silencio, tan sólo roto por su descompuesto intestino, decidió abandonar la casa, ya estaba todo perdido. Sin mediar palabra, ante las miradas asqueadas las tres mujeres y el visible regocijo en el rostro de Carlos, se dirigió hacia la puerta, caminando como si lo hiciese sobre una cuerda floja. El joven Balmori se le adelantó, para decirle cuando salía, en voz baja:
—Así aprenderás a dejar tranquilas a las chicas indefensas.
Un odio terrorífico transformó las facciones de Solís, quien sacó fuerza de donde no la tenía para responderle:
—Esto no quedará así.
Carlos, triunfal, le contestó:
—Por supuesto que no quedará así, no lo dudes: esto es sólo un aperitivo de lo que te espera.
Carlos cerró la puerta, y desde la ventana del despacho contempló, con enorme satisfacción cómo antes de alcanzar el vehículo, una nueva oleada de retortijones culminaban en otra explosión intestinal que resultó aún más catastrófica—a nivel estético— que la anterior. El chófer, por imperativo del señor, arrancó a toda velocidad y desaparecieron por el camino, perdiéndose en la distancia. Carlos Balmori no podía parar de reír, y a su regocijo se unió su hermana. Ni siquiera las miradas reprobadoras de su padre lograron calmar el ataque de risa de ambos. Deseó que el efecto del fármaco se prolongarse unas cuantas horas más, causándole a Jaime terribles dolores. En ningún momento temió haberse pasado con la dosis, tan sólo lo

lamnetó por los criados de los Solís, quienes se verían obligados a limpiar los asientos del coche, impregnados de la inmundicia del abyecto hombre para el que trabajaban.
—¡Vaya espectáculo!—comentó Enrique Balmori en cuanto regresó la calma—. ¡Abran las ventanas, por Dios!
—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Águeda, con cara de asco, mientras su hija sonreía, a punto de estallar de nuevo en carcajadas.
—No lo sé, señora, pero hemos tenido la suerte de que se haya largado sin dejarnos esto perdido —comentó Cándida, meneando la cabeza de un lado a otro.
—¡Bueno, basta ya de escatologías! — refunfuñó Enrique, contrariado por lo sucedido, pues además de dejarle un olor nauseabundo en casa, le había frustrado sus planes de hacer un frente común contra Álvaro Quirós.
Carlos, satisfecho, se retiró a su habitación. Estaba deseando contárselo a Sofía, aunque no sabía cómo hacerlo: era un tema tan desagradable, que tendría que encontrar la forma de relatarlo con la delicadeza que la joven merecía.

A los dos días Carlos reanudó sus clases, pero antes de irse, logró concertar una pequeña cita con Sofía, en la que le relató lo ocurrido. Las carcajadas de la joven fueron tan contagiosas, que ambos acabaron llorando de risa.
—Gracias, Carlos, es lo mejor que alguien ha hecho por mí— y estas palabras causaron un nuevo estallido de risas cómplices.
—No me las des, Sofía: la fiesta no ha hecho más que comenzar. Te aseguro que ese malnacido va a pagar muy caro lo que te hizo, te lo aseguro.
—Cuando hablas así, me asustas, Carlos. No soportaría que te buscases un problema grave a consecuencia de esto.
—No te preocupes: no seré yo quien me manche las manos.
Sofía, más tranquila al ver que esta pequeña venganza había calmado un poco los ánimos de Carlos, lamentó no poder compartirlo con Celia, pues hubiese disfrutado mucho relatándole a su hermana la humillación sufrida por ese hombre aborrecido por ambas, Jaime Solís. Pero, de momento, lo más conveniente era callar.

CAPÍTULO 37

El teléfono sonó aquella mañana en *Villa Beatriz* y, como era frecuente en los últimos días, la llamada era de Beltrán Villanueva. Ismael se limpió la boca con la servilleta, dando por concluido el desayuno y se dirigió, veloz, a atender la llamada.

Al poco rato, ensilló su caballo y partió sin pérdida de tiempo al palacio de los Villanueva. El marqués de Ribadeo lo esperaba en su despacho.

—Ismael, hemos de ir a Avilés, es hora de actuar. Pero antes hemos de trazar un plan que no pueda fallar. Por otro lado, tengo información del investigador privado, y aunque no prueba nada, nos confirma en nuestra teoría de que a tu padre le tendieron una trampa.

—Cuéntame, Beltrán, ¿qué ha podido averiguar?

—Nuestro hombre se infitró en el puerto. A base de paciencia y de ganarse la confianza de los estibadores, se ha enterado de que en algunos barcos se carga algo más que carbón.

—Pero eso no exculpa a mi padre, Beltrán.

—Por supuesto que no, pero nos aclara mucho las cosas. Según el investigador, el destino final de los barcos cargados con contrabando es siempre el mismo: la costa de Dalmacia. En el viaje de regreso viene como tripulante un marinero croata, que regresa con el siguiente cargamento. ¿No te parece esclarecedor?

Ismael le miraba como si acabase de tener la revelación más importante de su vida:

—¡Armamento para alguna de las facciones rebeldes de los Balcanes!

Ismael asintió sonriente, y continuó con su exposición:

—Cualquiera podría estar suministrando armas, pero nuestras sospechas se dirigen hacia los Solís. Si queremos implicarlos en esta trama, es necesario averiguar qué beneficio podrían sacar del tráfico de armamento, además del económico. De momento, hemos de conformarnos con saber que ni uno sólo de los barcos de tu padre ha hecho jamás un viaje a la costa de Dalmacia, menos aún el Compay, donde fue descubierto el armamento. Esto nos indica claramente que a don Álvaro le han tendido una trampa, algo que sospechábamos, pero que ahora sabemos a ciencia cierta.

—Es un alivio ir encontrando los cabos sueltos que el asesino—o asesinos—han ido dejando. Aun así, es todo tan circunstancial, que no demuestra nada.

—Por eso, Ismael, hemos de centrarnos en lo que te he dicho antes, elaborar un plan que no pueda fallar, un plan con el que hagamos confesar la verdad a la secretaria. Una vez derribada esa primera piedra, el resto del muro irá cayendo también. Y al otro lado del mismo, está la verdad.

—Tus metáforas so sumamente ilustrativas, Beltrán, pero, ¿qué se te ocurre?

—Pensemos, Ismael, somos dos a hacerlo, y estamos muy motivados.

Cuando al cabo de un par de horas salieron el palacete de los Villanueva, los dos jóvenes habían preparado su siguiente paso con tal minuciosidad, que era casi imposible que fallase.

CAPÍTULO 38

Después de tener muy claro cómo debían actuar, Beltrán e Ismael se dirigieron a La Casona de Arnao sin pérdida de tiempo, ilusionados ante la posibilidad de que su plan culminase con el éxito esperado. El portero, que los reconoció de inmediato, respondió a su pregunta con un gesto de cabeza, afirmando que la señorita Jacinta Torres se encontraba en el edificio, y extendiendo su brazo para indicarles que subiesen al primer piso.

Llamaron con suavidad a la puerta y abrieron a continuación. La secretaria levantó la vista de su trabajo y, un poco sorprendida ante la inesperada aparición, les invitó a tomar asiento, con evidente displicencia. Beltrán interpretó su gesto concluyendo que su presencia allí la ponía muy nerviosa, lo cual jugaba a su favor. La contempló unos instantes, sonriente, con la finalidad de aumentar su incomodidad. Era bella, no cabía duda, y no le extrañaba nada que su jefe, el señor Meyer, acabase sucumbiendo a sus numerosos atractivos. Los motivos de la aceptación por parte de la mujer estaban bastante claros, pues Beltrán se resistía a creer que fuesen los encantos del finado, un hombre mayor de carnes fláccidas, prominente papada, rostro congestionado y avanzada calvicie, los que la hubiesen impulsado al adulterio.

— ¿Qué se les ofrece? —preguntó Jacinta, sin disimular su impaciencia.

—No la molestaremos demasiado, señorita. He de decirla que me ha extrañado verla aquí, pensé que su trabajo en esta empresa habría concluido.

—Al señor Meyer lo sustituirá su hijo, heredero de la bolsa de acciones que su padre tenía en la sociedad. Ya ha manifestado su intención de prorrogar mi contrato. ¿Se les ofrece algo más?

En ese momento, Beltrán carraspeó, incómodo, mientras miraba a Ismael de reojo, en una sucesión de gestos, muy elocuentes y previamente pactados, que surgieron el efecto deseado, propiciando el creciente nerviosismo de la mujer.

—Díselo, Beltrán, merece saberlo —dijo de pronto Ismael.

Beltrán le miró, fingiendo un enorme disgusto ante la incontinencia verbal del joven Quirós:

— ¡Ismael! ¿Cómo se te ocurre?

Jacinta no salía de su asombro. Beltrán, atento al más mínimo gesto, vio que se removía, inquieta, en la silla.

— ¡Hemos de decírselo, Beltrán! ¡Sólo es una mujer indefensa!

—No le haga caso, Jacinta, mi socio desvaría a veces.

Ismael lo miró con teatral intensidad, simulando indignación:

—Si no se lo dices tú, lo haré yo.

— ¡Basta ya, señores! ¿Decirme el qué? —explotó la secretaria.

—Señora, tan sólo veníamos a preguntarle por un detalle del día de autos del que, sin duda, usted podría informarnos —intervino Beltrán—pero mi compañero no ha podido mantener la boca cerrada. Disculpe, no debe tener en cuenta sus palabras.

— ¿Cómo quiere que las ignore? —Respondió Jacinta, cada vez más preocupada— ¡Si hay alguna amenaza sobre mi persona, como él acaba de decir, estoy en mi derecho de saberlo!

—No es asunto nuestro—Beltrán se giró hacia Ismael, y le miró furibundo, exagerando la expresión para que no quedase ninguna duda de que, al salir de allí, le reconvendría con severidad—. Ya le dirá la policía cuanto tenga que decirle, ese no es nuestro cometido.

— ¿La policía? —Preguntó Jacinta, cuya fingida entereza acababa de desmoronarse, dejando al descubierto una mujer aterrada— ¿qué tiene que decirme la policía?
Ahora fue Ismael quien intervino, simulando una imperiosa necesidad de hablar antes de que su socio le mandase callar:
— ¡Lo de la carta!
Beltrán le cortó con un gesto de su mano, dando a entender que sería él quien hablase a continuación:
—En fin, señorita, esto es información confidencial, pero puesto que mi socio ya se ha ido de la lengua, se lo diré: encontraron una carta de despido en el cajón de su jefe. Al parecer, August Meyer quería deshacerse de usted.
La mujer palideció:
—Lo desconocía.
—Eso es lo que debe decirle a la policía, si acepta mi consejo como abogado. Porque esa carta, de puño y letra de su jefe asesinado, le pone a usted en una situación muy comprometida.
— ¿Por qué? —preguntó la mujer, a punto de saltársele las lágrimas.
—Pues porque ya tienen un móvil para inculparla en el asesinato del señor Meyer. La teoría que manejan es que usted, dolida por el despecho de su amante, cometió un crimen pasional. Además de las atenciones de un hombre tan poderoso como Meyer, con ese despido usted perdía también su trabajo.
Jacinta Torres se quedó sin habla. Beltrán apenas le concedió unos segundos para asimilar la información, y prosiguió con un nuevo argumento con el que afianzar, aún más, los temores de la secretaria:
—Como comprenderá, don Álvaro Quirós es un prominente ciudadano, un benefactor, un mecenas para la comarca. Resulta incómodo acusarlo de asesinato cuando hay una pobre infeliz, usted, que tiene el móvil perfecto para haber cometido el crimen. Además, la policía sabe que dio una versión incierta de lo sucedido, cuando relató que oyó voces cuando, en realidad, no pudo oírlas.
— ¿Me está diciendo que creen que yo mate a August?
—Le recomiendo, antes que nada, que no vuelva a tener un lapsus semejante: llamar a su jefe por su nombre de pila, como acaba de hacer, reafirmará a la policía en su teoría del crimen pasional. En efecto, creen que usted lo hizo. Tuvo la ocasión perfecta: citó al señor Quirós en el despacho y, en cuanto él salió por la puerta, usted cometió el crimen, sabiendo que había testigos de la presencia de don Álvaro en el edificio a la hora del asesinato. Usted era testigo clave para declarar que, cuando dejó a su jefe a solas con don Álvaro, Meyer seguía vivo. Todo era perfecto, pero no contó con esa carta, la de su despido, la cual aclara muchas cosas.
La mujer se tapó el rostro con ambas manos, momento que Beltrán e Ismael aprovecharon para mirarse esperanzados. Ella comenzó a sollozar. Aguantó un rato así, pero finalmente sus defensas cayeron. Se secó las lágrimas y, mirándoles con fijeza, comenzó a hablar:
—Voy a decir la verdad, y eso mismo declararé ante la policía. Diré la verdad, a partir de ahí, serán ellos quienes deban investigar. No soy una asesina, y no voy a hacer de chivo expiatorio del verdadero culpable.
—Antes de continuar, señora, tenga en cuenta que soy el abogado de don Álvaro, y que cuanto diga, podrá ser utilizado contra usted —advirtió Beltrán.
—La verdad siempre triunfa, señor, y no la temo. Me dan más miedo los engaños y subterfugios que emplea la mala gente.
—Le escuchamos, hable, por favor.

Jacinta comenzó a relatar, con voz pausada, los hechos:
—Marcelo entró días antes en mi oficina. Me propuso un negocio el cual, me dijo, no podría rechazar: debía "entretener" al jefe de la forma que yo, y sólo yo, recalcó, sabía hacerlo. Si me negaba, alguien le entregaría a mi esposo una carta anónima, en la que le hablarían de la especial relación que mantengo con el jefe. Mi marido es un energúmeno que siempre se opuso a que yo trabaje en las oficinas de la mina, porque es de los que piensan que la mujer debe estar en su casa, pendiente del esposo, de los hijos no, porque no tenemos. Me costó lo mío convencerle de que una mujer como yo, a quien Dios ha negado el privilegio de ser madre, tenía que llenar el vacío de esta frustración con algún quehacer que le diese sentido a mis días. Siempre había querido ser mecanógrafa, me había preparado para ello, y cuando me contrataron en La Casona, me sentí realizada, después de años de creerme inservible. Pero las cosas se complicaron, porque el señor Meyer comenzó a interesarse por mí de una forma especial: me había convertido en una obsesión para él. Yo era su aliciente para desconectar del intenso trabajo que su puesto exigía, su válvula de escape. Comenzó a hacerme regalos: flores en mi oficina, una caja de bombones, un perfume de importación. Lo acepté, cegada por aquellos presentes que venían del otro lado, de un mundo, el de los ricos, al que yo miraba desde el muro de separación entre ambos, el de aquellos que lo tienen todo y el de los que contemplan, con la boca abierta, lo que nunca estará a su alcance. Así me pervertí, vendiéndome sin reticencias, a cambio, primero, de obsequios que para mí eran impensables y para él, sólo insignificantes baratijas. Después, cuando me acostumbré a lo que antes me deslumbraba, quise más. Vi que estaba a punto de tocar el cielo con mis dedos sólo dejándome hacer. Y así fue como comencé a entregarle todo cuanto una mujer puede entregar a un hombre. Soy una prostituta, vendí mi cuerpo al señor Meyer a cambio de la vana ilusión de pasar al otro lado, a un mundo que no me correspondía, convencida como estaba que él derrocaría a su esposa para ser yo quien reinase en su vida. Cuando me di cuenta del error, ya era demasiado tarde, no había vuelta atrás, porque Marcelo se había enterado de lo que sucedía entre Meyer y yo. Marcelo no es buena gente, debí andarme con más ojo, sabiendo que —todo se sabe — es capaz de vender su alma al diablo por una buena propina, mire por dónde, me parezco más de lo que quisiera a ese miserable, en el fondo, no somos tan distintos.
Como le digo, no me quedó más remedio que hacer lo que me dijo, así que, de acuerdo con sus instrucciones, aquella tarde y a la hora que me indicaron, entré en el despacho de mi jefe. Por las tardes, el ritmo de trabajo baja considerablemente, así que lo encontré relajado, bebiendo una copa de coñac, como era su costumbre. Me acerqué al gramófono, puse el disco que solíamos poner para evitar que se oyese lo que en verdad sucedía en el despacho y llegué hasta él, acercándome despacio, seductora, irresistible. Me senté sobre sus rodillas, él sonrió con lujuria y, lo demás, ya lo saben, lo ha declarado don Álvaro Quirós, pues desgraciadamente, cuando él entró en el despacho, convencido de que el señor Meyer le había citado, yo estaba en indigna postura, haciendo las delicias de ese sátiro sin escrúpulos. ¡Quién me iba a decir que iba a ser la encargada de alegrarle sus últimos instantes de vida! Salí de allí muerta de vergüenza, sintiéndome despreciable, un objeto de divertimento de ese hombre poderoso, expuesta a la mirada de don Álvaro. No me afectó tanto que viera mis pechos desnudos, como la conmiseración que reflejó su rostro, la cual me hizo sentirme insignificante, digna de lástima. Me metí en mi oficina, contigua como ya saben a la de Meyer, y lloré, lloré de rabia, enfadada conmigo misma, con mi debilidad. Me recoloqué la ropa apresuradamente y me senté a terminar unos documentos que tenía pendientes, con la esperanza de que, centrada en el trabajo, lograría evadirme de la vergüenza que me provocaba pensar en el bochornoso espectáculo que presenció el señor Quirós al abrir la puerta.

Cuando supe que don Álvaro se había ido, porque oí la puerta al cerrarse y me aseguré pegando la oreja a la que comunica con el despacho de mi jefe, entré con la única intención de hacerme una idea del talante de Meyer tras el comprometido percance, pues supuse que no sería de su agrado que uno de los mayores accionista de la sociedad, don Álvaro Quirós, le hubiese pillado con los pantalones en los tobillos. Como bien supuse, el jefe estaba de un humor de perros y, como también imaginé, pagaría conmigo su empecinamiento por satisfacer sus fantasías en el despacho. Me echó de allí con cajas destempladas, sin ninguna consideración, sin reparar en que la incómoda situación lo era, aún más, para mí. Este es el último recuerdo que guardo de August Meyer: la desagradable sensación de que nunca fui para él más que un divertimento. En resumidas cuentas: él estaba vivo cuando don Álvaro salió del edificio. Y, en efecto, el disco continuaba girando mientras Meyer apuraba su copa intentando, quizás, calmar sus ánimos, empapándolos en el magnífico coñac—doy fe de ello— que aún le quedaba.

Beltrán asintió satisfecho pues, por el momento, la versión encajaba con su teoría y con lo relatado por su cliente, Álvaro Quirós.

— ¿Por qué discutió usted con Marcelo? Hay una testigo que oyó dicha discusión, como bien sabe.

La secretaría asintió con la cabeza, y continuó hablando:

—Al poco de encontrar el cuerpo sin vida del señor Meyer, se presentó Marcelo. Me advirtió que mantuviese la boca cerrada, y me obligó a dar a la policía la versión que figura en mi primera declaración. Discutimos porque, al ver que habían asesinado a mi jefe, me asusté mucho, tanto, que sólo quería contar la verdad y quedar libre de sospechas respecto a la muerte de Meyer.

— ¿Y por qué no lo hizo?

—Marcelo insistió: si daba esa versión, ninguna sospecha recaería sobre mí, y él mantendría la boca cerrada, mi esposo no se enteraría de mis escarceos. Hacerlo así eran todo ventajas para mí, me recalcó. Yo estaba muy nerviosa en ese momento, era incapaz de pensar, de comprender que nunca es buena idea aliarse con alguien como él y, mucho menos, mentir a la policía.

— ¿No la interrogaron de inmediato?

—Tardaron unos minutos, mientras analizaban la escena y llegaba el inspector jefe, al que ya habían avisado. Marcelo se había presentado de inmediato, como si supiese, antes que nadie, lo que había sucedido. Por eso le dio tiempo a encerrarse conmigo y darme las instrucciones de lo que debía decir.

—De acuerdo, Jacinta, pero como abogado, esa versión no la exculpa a usted del asesinato de su jefe.

—Es que hay algo más, tengo un testigo: el portero del edificio. Estuve con él después de hablar con Meyer, porque bajé a pedirle tabaco, fumar me calma los nervios y él, fumador empedernido, nunca me niega un cigarrillo. Según llegaba al mostrador, pude oír el motor del potente vehículo de don Álvaro y, en un gesto instintivo, miré al camino desde la puerta de entrada, justo a tiempo de ver la brillante carrocería alejándose. Al ver que me asomaba, el portero hizo un comentario acerca del automóvil, yo le pedí el cigarrillo y subí a toda prisa. Por cierto, según bajaba, en las escaleras me crucé con Marcelo, me sorprendió un poco verle por allí a esas horas, pensé que quizás tenía trabajo atrasado e iba a ponerse al día. Él me sonrió con malicia, yo le hice una mueca despectiva, y eso fue todo.

—Pero eso tampoco prueba nada, usted pudo haber matado a su jefe antes de bajar a por el cigarrillo.

—Tiene razón, pero hay un pequeño detalle que el portero puede corroborar: en la garita han instalado un cuadro con timbres eléctricos, una modernidad que debemos, precisamente, al belga.

De ese modo, cuando en uno de los despachos necesitaban algo, lo hacían sonar y entonces el conserje acudía a la llamada. Estaba él haciendo el comentario acerca del automóvil del señor Quirós, cuando el timbre del despacho de Meyer sonó. Fue sólo un timbrazo seco y corto, como si hubiese dado por error al timbre que tenía sobre la mesa del despacho, a veces sucedía. Como la llamada no se repitió con la habitual impaciencia con la que solía solicitar Meyer los servicios del portero, éste continuó como si nada. Posteriormente, al acordarme de ese timbrazo, pensé que quizás August—el señor Meyer— quiso avisar cuando comprendió que, quien fuese que irrumpió en su despacho, lo hacía con la intención de matarle.
Regresé a mi oficina, y ya había apagado el cigarrillo, cuando me surgió una duda respecto a uno de los documentos en los que trabajaba. Entré en el despacho de mi jefe y fue cuando lo encontré muerto. Comencé a chillar como una loca, lo cual hizo que acudiesen allí quienes se encontraban en el edificio. El resto, es lo que ya conocen.
Beltrán asintió sonriente, mientras Ismael, desbordado por la emoción, contenía su euforia a duras penas.
— ¿Sabe que ha ocultado demasiada información a la policía, una información de máxima importancia?
—Soy consciente, pero no pensé. Obedecí ciegamente las órdenes de Marcelo, haciéndolo tal y como él me dijo, pues no imaginé que pudiesen llegar a sospechar de mí, y él me garantizó que, si seguía sus instrucciones, estaría a salvo.
— ¿Se da cuenta de que un hombre inocente está entre rejas por culpa de su falsedad testimonial, y que ese hombre es mi padre? —intervino Ismael, ahora enfurecido—.Ella bajó la mirada, sin duda avergonzada:
—Me doy cuenta, pero el asunto era tan turbio que preferí no implicarme y quedar a salvo. Allá se las apañasen, pensé, esos caballeros todopoderosos con sus intrigas.
— ¿Por qué piensa que este es un asunto de intrigas entre hombres con poder y dinero?
—Porque Marcelo está metido en el ajo, y ese sólo baila al son de los billetes. Estoy segura de que detrás de sus manejos hay un hombre adinerado que lo mueve como a una marioneta.
Beltrán asintió, satisfecho.
—Solo una duda: ¿El portero tampoco ha dicho toda la verdad? ¿Por qué el también ocultó todo esto?
—Sin duda, por la misma razón que yo: estoy convencida de que Marcelo también tenía algo con lo que chantajearlo y controlar su declaración. Seguramente, cuando me crucé con él en las escaleras, venía de leerle la cartilla, y se dirigía a hacer lo mismo conmigo.
—Luego usted piensa que Marcelo ya sabía, antes de que usted descubriese el cuerpo, que habían asesinado a Meyer… ¿Puede que sea el asesino?
—Es sólo una suposición, no lo tome al pie de la letra—replicó la mujer.
—Pero ha declarado que se cruzó con él cuando bajaba. Quizás empleó ese tiempo en cometer el crimen.
—Él no podía saber que yo bajaría a la garita del portero. Además, no le pudo dar tiempo, tarde muy poco en volver a subir. El asesino estaría escondido, esperando la oportunidad.
Beltrán e Ismael se miraron, pensativos. Fue Beltrán quien especuló:
—El asesino tampoco podía predecir que usted bajaría a por un cigarrillo, fue una casualidad. Pero si ya estaba dentro del edificio, con la finalidad de cometer el crimen, habría planeado algo para alejarla a usted del despacho. Lo único que se me ocurre entonces es que, cuando se cruzó con Marcelo en las escaleras, iba a buscarla a usted, con la intención de sacarla de allí con cualquier excusa, acatando las órdenes del verdadero asesino.

Jacinta respiró hondo mientras asentía con la cabeza. Parecía haber mermado de tamaño y ahora, sentada tras la mesa, se la veía tan desvalida que se hacía difícil creer que fuese la misma mujer que mintió sin vacilar en su primera declaración, engañándolos a todos.
— ¿Está usted dispuesta a declarar ante la policía todo cuanto nos ha dicho? —preguntó Beltrán.
—Si lo hago, será con una condición: tienen que protegerme.
Beltrán e Ismael se miraron, a pesar de que sabían lo que Jacinta diría a continuación:
—La policía tiene que protegerme de Marcelo y de quien quiera que esté detrás de él.
—Por eso no se preocupe, a la policía le interesará tenerla vigilada de cerca. Y ahora vámonos, cuanto antes lo haga, antes dejarán de recaer las sospechas sobre su persona, hay que encontrar al asesino, y el tiempo siempre juega a favor del criminal.
Jacinta cogió su abrigo de un perchero de pie colocado en una de las esquinas de la habitación, y salió delante de ellos, caminando con pesadez, como si llevase a cuestas una enorme carga que estuviese deseando soltar. Beltrán e Ismael, detrás, se miraban de cuando en cuando, deseosos de quedarse a solas para celebrar el éxito de su plan.

CAPÍTULO 39

La declaración de Jacinta Torres fue decisiva para que Álvaro Quirós fuese puesto en libertad, su abogado se aseguró de que la orden se tramitase sin demora. Aún quedaba pendiente el asunto de las armas encontradas en la bodegas del *Compay*, pero las cartas de navegación, donde quedaban registradas las rutas del barco, demostraban que el destino de mismo era invariable: un puerto del mar del Norte, pasando por el canal de la Mancha, una ruta menos propicia al contrabando de armas que las que navegaban, con sospechosa frecuencia, los barcos de los Solís rumbo al epicentro de la agitación nacionalista, la costa de Dalmacia.

Como buen abogado, Beltrán logró que esta acusación, que hubiese sido más grave de haberse tratado de un delito contra la seguridad exterior del Estado, quedase momentáneamente archivada, por tratarse, con mucha probabilidad, de otra trampa dentro del complot que alguien había urdido contra su cliente, Álvaro Quirós.

Ismael y Beltrán solicitaron comunicar en persona la buena nueva al acusado, y juntos se dirigieron hasta la puerta del calabozo donde Álvaro Quirós llevaba varios días encerrado. Al verles entrar juntos, se temió lo peor:

—Ismael, hijo mío—los ojos se le humedecieron tras las rejas que lo separaban del mundo conocido y de su querido hijo varón, Ismael. Pero al ver la sonrisa en los rostros triunfales de los recién llegados, su cara evidenció la sorpresa, mezclada con una dosis ínfima de esperanza.

—Papá —Beltrán dejó que fuese su hijo quien le diese la noticia, mientras él contemplaba la escena, emocionado y sonriente— estás libre, todo se ha aclarado. ¡Te vienes a casa por Navidad!

Ante su inminente liberación, Álvaro Quirós, hombre curtido en mil batallas, se echó a llorar. En cuanto se recuperó, su primer pensamiento fue para Beatriz:

—Aún no le digas nada a tu madre, quiero presentarme y darle una sorpresa, también a mis niñas, y a Marta. Las he echado tanto de menos…Ismael, tráeme ropa limpia, y si es posible, intentad que me dejen afeitarme y asearme un poco.

—Por eso no se preocupe, señor Quirós: le sacaremos de aquí y se vendrá conmigo a casa, allí se dará un buen baño, se afeitará y vestirá para la ocasión —intervino Beltrán Villanueva.

Álvaro asintió, emocionado, desbordado de alivio, temblando al pensar en todos esos días de encierro e incertidumbre, en los que la posibilidad de ser ajusticiado era tan real como la hermosa sonrisa de su hijo, como su cabello espeso, que ahora alborotaba, eufórico de felicidad.

La orden llegó antes de lo previsto, como una consideración especial hacia un caballero, don Álvaro Quirós, con el cual se había cometido una injusticia, ahora estaba claro. Ismael y Beltrán fueron testigos privilegiados de la emoción del hombre cuando la lluvia fría, arrastrada por el viento, le golpeó el rostro.

— Jamás, hubiese imaginado que me resultaría agradable esta lluvia helada que se clava como pequeños alfileres. ¡Bendita sea!

Sonrieron los tres mientras subían al coche de caballos, que arrancó, veloz, rumbo al palacete de los Villanueva.

Durante el trayecto, Ismael le preguntó a Beltrán por todo lo que habían averiguado y que, de momento, quedaba en el aire:

—Lo más importante es el testimonio de Celeste, porque sitúa a Jaime Solís en la escena del crimen. Pudo haber entrado por la escalera trasera sin ser visto, y asesinar a Meyer, pues aunque la secretaria no hubiese bajado a la garita del portero, no olvidemos que la música estaba puesta, lo cual impediría oír cualquier conversación. Respecto al disparo, hubiese pasado desapercibido entre la algarabía de la ópera, más aun si el arma contaba con un silenciador. Una vez cometido el crimen, lo cual era cuestión de segundos, bajaría de nuevo por la escalera de servicio, que es cuando Celeste lo vio salir con evidente premura. Pero va a ser imposible incriminarle —continuó Beltrán—. El testimonio de la limpiadora caerá en saco roto, pues la policía no querrá más acusaciones infundadas contra hombres poderosos, con la acusación contra tu padre ya han tenido bastante.

— ¿Me estás diciendo que Solís ni siquiera será investigado? —preguntó Ismael, mientras su padre disfrutaba del paisaje ajeno, de momento, a ese asunto que tanto sufrimiento le había causado.

—Ya caerá, los individuos como él, tarde o temprano, acaban cayendo. Nosotros tenemos una información de capital importancia que no podemos utilizar sin que se nos vuelva en contra, porque basar la acusación sólo en el testimonio de Celeste sería un suicidio abogacil, créeme. Debemos mantener los ojos y los oídos bien abiertos para caer sobre él en cuanto cometa un error. Es difícil de asumir, pero no nos queda más remedio que actuar así. No obstante, ahora que la policía ha de empezar de cero con la investigación, el testimonio de Jacinta Torres será el hilo por el que pueden empezar a tirar, un hilo que, sin duda, les conducirá a investigar a Marcelo quien, no me cabe duda, es el esbirro de Jaime Solís.

Ismael asintió en silencio, mientras pensaba que la carrera de leyes no le gustaba nada, pero lo de investigar crímenes era mucho más entretenido, pues para hacer deducciones válidas había que emplear la lógica, como en las matemáticas.

Imbuidos en estas reflexiones, llegaron al viejo palacio de los Villanueva, donde don Álvaro dejaría atrás su aspecto de presidiario para lucir su habitual e impecable apariencia. Mientras él tomaba un reconfortante baño, Ismael regresó a *Villa Beatriz*, de donde sacaría a escondidas la ropa con la que su padre regresaría, impune y triunfal, a ese hogar que con tanto esfuerzo y dedicación había creado.

CAPÍTULO 40

Al día siguiente a la declaración de Jacinta Torres en dependencias policiales. Beltrán recibió un chivatazo: la mujer estaba en el hospital. Cuando Ismael y él llegaron allí, nadie velaba su sueño inquieto. El doctor les permitió hablar con ella, pero sólo si se despertaba y se avenía a hacerlo por voluntad propia.

Cuando entraron en la sala, les recibió un fuerte olor a desinfectante, a cuerpos enfermos y a humedad. Estaban en la zona destinada a la hospitalización de mujeres, por lo que la enfermera, a pesar del permiso concedido por el médico, les llevó de mala gana hasta la cama separada, por un biombo de tela, de una mujer que, a juzgar por los gritos que pegaba, debía de estar padeciendo unos dolores terribles. A pesar del escándalo, Jacinta dormía.

Los dos jóvenes se dispusieron a esperar un rato, plantados allí de pie, observando en silencio a la secretaria de August Meyer, irreconocible. A la hermosa mujer le habían dado una buena paliza y seguramente—pensó Beltrán con tristeza— las marcas y cicatrices dejadas por los golpes habían arruinado para siempre esa belleza que, lejos de ser una bendición, había sido la causa de su infortunio.

Aunque la policía aún no había acudido a interrogarla, Beltrán, curtido en mil batallas, se las había ingeniado para ser el primero en hacerlo. El médico, que estaba demasiado ocupado intentando salvar vidas, asintió a su petición con desgana, porque el asunto le traía sin cuidado.

Al cabo de unos minutos de contemplar en silencio los estertores de la mujer yacente, después de analizar, horrorizados, una y otra vez las heridas que deformaban sus facciones, Ismael necesitó tomar aire: el ambiente sofocante y la visión de la violencia ejercida contra Jacinta acabaron por revolver su estómago, poco habituado a situaciones tan terribles.

Se disponía a salir de allí, cuando la mujer tosió un poco, e intentó abrir los ojos. Apenas lo logró, pues la hinchazón le impedía hacerlo. Sus párpados obedecieron mínimamente, separándose hasta dejar una pequeña abertura por la que Jacinta tan sólo distinguía la luz del día. Al percatarse, Beltrán se inclinó sobre ella, hecho que la sobresaltó, pues comenzó a gemir con una voz cascada y lastimera.

—Jacinta, no se asuste, soy Beltrán Villanueva. No debe temer nada, aquí está a salvo.

Al oír la voz del abogado, Jacinta debió sentirse protegida, porque se tranquilizó. Con un gesto de la mano, indicó la mesilla.

—¿Quiere agua? —interpretó enseguida Beltrán. Ella asintió con la cabeza, debía de estar muy sedienta.

—No sé cómo dársela, Jacinta, pues temo provocarle dolor al incorporarla para que beba.

—Ya nada puede dolerme más—indicó ella con voz ronca como si, de pronto, hubiese vuelto a la vida que hacía unos minutos parecía a punto de abandonar. El siseo que acompañó sus palabras le hizo sospechar al abogado que había perdido un incisivo.

—Vamos allá—dijo Beltrán, con visible inseguridad, poco convencido de querer tomar entre sus brazos el delicado torso de una mujer con fracturas múltiples. Pero confirmando lo que acababa de decir, Jacinta no se quejó cuando Beltrán la incorporó, mientras Ismael se apresuraba a ponerle el vaso en la boca, inclinándolo muy despacio para que el líquido no se derramase, porque la secretaria, debido a la fractura de su mandíbula, tampoco podía abrir la boca.

—Pediremos una cucharilla para que pueda beber—dijo Beltrán. Ismael, por favor, busca una enfermera.
Isamel, deseoso de salir de allí un rato, se apresuró a cumplir con lo que Beltrán le había encomendado.
—Jacinta, mi presencia aquí es extraoficial. Sin embargo, me gustaría saber quién le ha hecho esto. Sin duda, quien la agredió de esta manera no esperaba que sobreviviese.
Jacinta sonrió con amargura, una sonrisa espontánea que le provocó una mueca de dolor. De esos ojos casi cerrados, comenzaron a brotar lágrimas silenciosas. La visión conmocionó tanto a Beltrán, que sus labios temblaron, desbordado él también por la emoción. Permaneció en silencio, pues le pareció una falta de respeto forzar la conversación de Jacinta mientras daba rienda suelta a las emociones contenidas. En un gesto imprevisto y natural, Beltrán tomó la mano de la mujer y se la apretó con suavidad, intentando reconfortarla.
—No me haga caso—dijo Jacinta—. No debería lamentarme, ha sido mi comportamiento lo que ha propiciado que esté como estoy.
Beltrán la miró sin comprender.
—Usted no es culpable de nada, Jacinta—respondió Beltrán casi en un susurro—. Fue libre de seguirle el juego al señor Meyer y lo hizo, pero eso no es un delito.
—Engañar al marido de una sí lo es, abogado.
—Hay cosas peores, como lo que ha hecho ese Marcelo, ese cobarde, capaz de asestar semejante paliza a una mujer. Porque está muy claro: alguien enviado por Marcelo, si no ha sido el desgraciado ése en persona, ha querido ajustarle las cuentas por irse de la lengua,.
En ese momento, Ismael regresó con una cucharilla en la mano, justo a tiempo para darle unas cucharaditas de agua a la secretaria, que había comenzado a toser. Fue al posar la cuchara en sus labios cuando Beltrán constató, horrorizado, que su suposición era correcta, le faltaba un diente. Pensó en la hermosa cara de la secretaria, en su pelo negro y abundante, en su sonrisa —sardónica pero impecable—, en su cuerpo voluptuoso y seductor. Y en cómo reaccionaría cuando se contemplase en el espejo, si es que lograba recuperarse de las lesiones.
—No hable más, Jacinta, le repito que lo sucedido está muy claro, sólo quería una constatación de los hechos. Ahora descanse y no tema: nadie podrá acercarse a usted, se lo prometo. No sé cómo no le pusieron de inmediato la protección policial que solicitamos para usted, como principal testigo del caso, pero no pararé hasta asegurarme de que....
Jacinta insistió en tomar la palabra, por lo que Beltrán se interrumpió para escucharla:
—Quiero hablar abogado, porque está usted muy equivocado.
Los dos jóvenes se miraron, sin comprender:
—Está sacando conclusiones equivocadas, y eso no es bueno.
—¿Qué quiere decir, Jacinta? —preguntó Beltrán, pensando que quizás la mujer deliraba.
—Que está falseando lo sucedido, con una conclusión precipitada.
—No entiendo, ¿Marcelo no..?
La secretaria movió la cabeza de un lado a otro, hizo una pausa en la que sus interlocutores permanecieron a la expectativa y continuó:
—Marcelo no me ha agredido, no le ha hecho falta mancharse las manos, porque lo tenía muy fácil: le contó a mi marido mi aventura con August Meyer.
Ismael y Beltrán, impresionados, guardaron silencio. No hacían falta más explicaciones: había sido el esposo de Jacinta quien, amparado en el adulterio de la mujer, le había propinado la paliza.
—Su marido, Jacinta, es un animal. Y no merece tenerla a su lado.

Jacinta sonrió de nuevo, irónica, sarcástica, despojada de toda esperanza:
—Abogado, usted lo sabe mejor que nadie: iré a prisión por cometer adulterio.
Cuando salieron del hospital, Ismael y Beltrán guardaron silencio. El marido de Jacinta sería castigado, desde luego, por un delito de lesiones corporales que, si ella no quedaba afectada permanentemente por efecto de alguna de ellas, no pasaría de prisión correccional. Sin embargo, el artículo noveno del Título tercero del Código Penal—explicó Beltrán a Ismael algo que él ya debería saber— indicaba, como atenuante de la responsabilidad criminal, "la de obrar por estímulos tan poderosos que naturalmente hayan producido arrebato u obcecación". Cualquier juez disculparía el arrebato de un hombre a quien otro le comunica que tiene pruebas fehacientes de que su mujer ha yacido con su amante: la pobre Jacinta llevaba las de perder. Pagaría muy caro su atrevimiento de intentar cruzar a la otra orilla, a un mundo que no le correspondía, como ella bien dijo. El deseo de lo inalcanzable la embriagó hasta hacerla perder el sentido.

CAPÍTULO 41

Cuando Álvaro Quirós entró por la puerta principal de *Villa Beatriz*, las lágrimas humedecieron sus ojos. Hizo un esfuerzo, no quería que le viesen llorar, ni siquiera de alegría, así que contuvo la emoción mientras vociferaba, desde el arranque de la escalera, el nombre de su amada esposa.
Beatriz, que en ese momento contemplaba el paisaje invernal desde la cama de su dormitorio, donde se había tumbado después de comer, aquejada por una insoportable tristeza, creyó oír, como en un sueño, la voz de su hombre. Se dejó llevar y las lágrimas se desbordaron, mientras una sensación de añoranza le aguijoneaba el pecho. Pero, de pronto, oyó también risas, y el griterío inconfundible de sus hijas. Se incorporó despacio, le dolía un poco la cabeza, y se calzó dispuesta a bajar, porque estaba segura de que esa algarabía respondía a la voz infantil de Aurora. Sonrió melancólica, y un pequeño rescoldo de felicidad calentó su alma helada al comprender que, pese a todo, su pequeña aún era capaz de reír.
Ahora sí, por el pasillo, la voz inconfundible de Álvaro gritó su nombre. Beatriz, sorprendida y confusa, bajó las escaleras con el alma en vilo, no comprendía nada..
Antes de acabar de descender pudo ver, en el hall de esa casa que llevaba su nombre, a su esposo, con la mirada brillante y triunfal, impecablemente vestido, sonriéndola con la complicidad con la que lo hizo aquel día, antes de partir de viaje hacia Paris, mientras la prometía, con los ojos entornados, que estaría de vuelta para Navidad.
Beatriz bajó los peldaños restantes sin ser cosnciente siquiera de uqe lo hacía, mientras veía a Álvaro acercarse a ella. Se dejó caer en sus brazos, creía estar soñando, sólo oía risas y alegres voces juveniles mientras estrechaba el cuerpo de su amado esposo y sentía, a su vez, los brazos de él rodeándola, protectores, como una promesa cumplida.
—Te dije que regresaría para Navidad, y aquí estoy. Pero esta vez, amor mío, no he podido traerte tu regalo.
Ella sonrió con los ojos húmedos de felicidad:
—El mejor regalo, Álvaro, eres tú.
Se abrazaron de nuevo mientras sus cuatro hijos, Marta, Beltrán Villanueva, Olga y parte del servicio contemplaban, emocionados, la tierna escena.
Cuando al fin deshicieron el inolvidable abrazo, entraron en tropel en la sala y, a los pocos minutos, una criada aparecía con las botellas de champán que Ismael, anticipándose a la celebración, había mandado subir de la bodega.
—Éstas son las que aún quedan de ese día, el que hubiese sido el más aciago de tu vida, hija—le dijo su padre a Celia, sonriendo.
—Brindemos entonces, papá, por tu regreso a casa, y también por lo malo que pudo haber sido, pero no sucedió —dijo la joven, mientras elevaba su copa en un brindis que todos secundaron.
—Hay algo que no te puedo perdonar, Álvaro—dijo Marta, de pronto. Todos la miraron expectantes, sin relajar la sonrisa—: que me dejases tirada en aquel viaje a París. ¡Tienes cada ocurrencia!
Todos rieron la broma. Beltrán, por supuesto, se había unido a la celebración, y ahora era el centro de atención, mientras explicaba a la familia los pormenores de la sorpresiva puesta en libertad de Álvaro, en un lenguaje lo bastante enrevesado para que Aurora no pudiese

comprenderlo, pues sabía, por medio de Ismael, que habían intentado ocultar a la niña la acusación contra su padre.
—Entonces, ¿ya no queda ninguna duda? —preguntó Beatriz, incapaz de creerse que esa estrella, la que siempre la acompañaba, hubiese vuelto a su lado.
—Ni la más mínima— replicó Beltrán, sonriente.
—Bueno, pues ahora levantemos las copas por Beltrán, sin cuya pericia no estaríamos celebrando el regreso de nuestro querido Álvaro—dijo Marta.
—Pero no quiero que nos olvidemos de mi ayudante, Ismael, sin cuya inestimable colaboración, no hubiese sido lo mismo—Beltrán pasó el brazo por el hombro del joven Quirós y le apretó contra él, mientras éste sonreía, aturdido.
—¡Qué humilde eres, Beltrán! No lo creáis, yo no he hecho nada, todo el mérito es suyo. Gracias, amigo —e Ismael le abrazó, emocionado.
—Voy a llamar a Silvia—intervino Celia—,me gustaría que compartiese este momento con nosotros.
—Creo que no va ser necesario, Celia—dijo Beltrán, sonriente— Ya estará a punto de llegar.
Como si la hubiesen invocado, Silvia Villanueva llamó a la puerta de *Villa Beatriz* en ese preciso instante. Fue Celia quien le abrió, y ambas se dieron un abrazo cargado de risas y alegría. La recién llegada se unió a la celebración después de felicitar a Álvaro Quirós por su puesta en libertad. Ismael, desde el sillón en el que hablaba con su tía Marta, no la quitaba ojo.
—Si me disculpas, tía, he de hablar un momento con Silvia.
Ismael se acercó a ella:
—¿Podemos hablar en privado, Silvia?
Ella le miró. En sus ojos había tristeza y derrota, pero ni un ápice de esperanza.
Juntos se dirigieorn ala bolbioteca, domde tomaron asiento en uno de los confortables sofás.
—Silvia, quisiera decirte algo: todo cuando ha sucedido estos días me ha hecho madurar años. Y el hombre que ahora soy, ha decidido alejar para siempre la mentira y las medias tintas. He aprendido la dura lección, no quiero ni recordar la decepción en la cara de mi madre cuando le dije que les había mentido, porque estoy muy lejos de ser el abogado del que, sobre todo mi padre, se hubiesen sentido tan orgullosos.
Silvia le miraba, absorta en ese rostro que la fascinaba, en esa boca que desearía besar.
—Por eso, mereces que aclare las cosas también contigo —continuó el joven Quirós—. Te quiero mucho, Silvia, pero como se quiere a una entrañable amiga. Cuando te conocí, pensé que estaba enamorado de ti. Simerpe nos hempos llevado muy bien y disfruto mucho en tu compañía, pero no te amo de esa forma en la que deben amarse un hombre y una mujer.
Silvia asintó con la cabeza gacha.
—Por favor, no te pongas triste, no puedo hacer nada, mis sentimientos son los que son, qué más quisiera yo que poder mandar sobre ellos.
—No te preocupes, te comprendo—dijo entonces ella, tomando su mano—. Y la revelación ha sido Alma, ¿verdad?
—Sí, no voy a mentirte.
—Vaya, y pensar que fui yo quien te la presentó—comentó Silvia.
—Así es la vida a veces, incontrolable.
—Ismael, sólo una cosa, ¿querrías besarme?
Él la miró con dulzura, se acercó a ella, tomó su cara entre las manos y besó sus labios con infinita delicadeza, depositando en ese beso cuanto de verdad sentía por ella.
—Gracias, me llevo lo mejor de ti.

—Ese beso ha sido un beso de amor, Silvia, porque te quiero como mi amiga, para siempre.
Ambos salieron de la biblioteca con la dulce sensación de haber pasado página, Silvia llevándose la dulzura de ese beso en sus labios, Ismael el regalo de saber que, en ella, siempre tendría una buena amiga.
Los hermanos Villanueva compartieron mesa con la familia Quirós, pues el logro de Beltrán como abogado lo convertía en el principal protagonista, junto a Álvaro, de la celebración. Después de comer con ellos, Beltrán vio llegado el momento de retirarse:
—Me alegro mucho de haber podido celebrarlo con todos ustedes, pero ahora debo irme, tengo trabajo por delante.
Aurora le miraba fascinada, y fiel a su espontaneidad, no pudo evitar preguntarle:
—Y ese trabajo, está claro, es meter a los malos en la cárcel.
Todos sonrieron. El marqués de Ribadeo se acercó a ella e inclinándose un poco, la contestó sonriente:
—Por supuesto, Aurora, ésa es mi prioridad.
—Y yo de mayor, ¿crees que podría ser abogada también? ¡Es que me gusta mucho tu trabajo, Beltrán!
—Por supuesto que sí, en ese caso, estoy seguro de que lo lograrás, lo más importante, es que te apasione lo que hagas —dijo él, dirigiéndole una cálida mirada de soslayo a Ismael—. Y ahora debo irme, los malos esperan a ser encerrados.
Todos rieron.
—No se preocupe, Beltrán, continúe con sus asuntos, por supuesto—dijo Álvaro—. Tiene a su disposición nuestro carruaje o, si lo desea, yo mismo le acompañaré en el Hispano Suiza.
—No es necesario, don Álvaro, prefiero que disfrute de la compañía de su familia, a la que tanto ha debido echar de menos. Pero acepto el ofrecimiento del carruaje, parece que está comenzando a llover.
Álvaro asintió:
—Enseguida viene el cochero a buscarle—Álvaro le tendió la mano de nuevo, visiblemente emocionado—.
Todos se despidieron con afceto del marqués de Ribadeo, excepto Celia que, en ese momento, no estaba en la sala. Beltrán la buscaba con la mirada, pues aún fantaseaba con la remota posibilidad de que ella, algún día, pasase por alto todos esos malentendidos, más o menos graves, que los separaban. En su ingenuidad, había creído que sus gestiones como abogado, con la consecuente puesta en libertad de don Álvaro, la ablandarían un poquito, lo suficiente, al menos, como para dirigirle esa palabra que ya le había retirado. Pero Celia había sido la única d el afamilia uqe no se ahbía acercado a saludarle con ese afecto sincero con el que lo había hecho el resto. En un par de ocasiones la sorprendió mirándole, poer él bajó la vista, no deseaba torturarse al constatar el desprecio en e bello rostro de la mujer a la que amaba. Pensó que daría lo que fuese por que ella recapacitase, pero al creerlo imposible, ya no le quedaba más que sufrir en silencio, ella nunca sería suya.
En cuanto el coche de caballos se detuvo ante la puerta principal, Beltrán salió de la casa. Descendió la escalinata y, ya estaba a punto de llegar al carruaje, cuando una voz dulce, una voz que era una caricia en su alma, le detuvo:
—Beltrán, espere un momento, por favor.
Él se dio la vuelta. Celia le contemplaba desde lo alto de la escalinata. Un cúmulo de sensaciones, las que siempre sentía cuando ella estaba cerca, fluyó hacia él con una intensidad paralizante. La joven se le acercó, acortando las distancias, provocando con ello que esa

corriente, como un cosquilleo eléctrico, aumentase. A pesar del frío, Celia sólo llevaba puesto un vestido, pero parecía inmune a la baja temperatura del exterior.

—Quiero decirle que yo—titubeó unos segundos— estaba equivocada respecto a usted—. Y bajó la mirada, demostrando una sumisión que, dado su orgulloso carácter, la honraba. Espero unos instantes angustiosos, en los que la inmovilidad de Beltrán le hizo pensar que sus sentimientos no eran correspondidos, pues cuando Celia volvió a levantar la cabeza, vio que él sólo la miraba. Con la derrota marcada en sus movimientos lentos, comenzó a darse la vuelta.

Pero Beltrán no pudo más: de dos en dos, subió los peldaños que les separaban y, sin mediar palabra, la tomó entre sus brazos y la besó con ansia, sus labios estaban demasiado hambrientos de ella. Celia le rodeó el cuello y, de puntillas, relevó a esos labios de Beltrán cuando parecieron casi apaciguados. Y así permanecieron, acariciados por la lluvia, con el mundo desdibujado a su alrededor, porque no existían más que ellos dos.

—Beltrán, sé que he sido una estúpida, pero te amo, desde el primer día, te amo.

Él sonrió sin poder evitar que los ojos se le humedeciesen. La miró como si no pudiese creer que la tenía allí, tan cerca, tan enamorada. La lluvia salpicaba su rostro con diminutas gotas, que él besó con devoción.

Mientras, en las ventanas de *Villa Beatriz*, varios pares de ojos contemplaban la escena en silencio: Aurora, pensando en cuanto tiempo le quedaba aún para conocer el amor; Sofía e Ismael, que ya lo conocían, alegrándose de la dicha de su hermana Celia mientras Silvia, que sabía lo que era sentirse enamorada, sonreía emocionada al pensar en la felicidad de aquellos dos seres a los que tanto quería; tía Marta, sonriente, reflexionando acerca de lo bonita que puede ser la vida a ratos …Y Álvaro y su esposa, abrazados, pensando en la boda que celebrarían el próximo verano, una boda que no se cancelaría porque, esa sí, sería una boda de verdad.

EPÍLOGO

Celia era la novia más hermosa. Las flores del invernadero inundaban de aromas la casa, y enmarcaban, en forma de corona, el bello rostro de la joven. Para la ocasión, decidió ponerse el fantástico vestido que hubiese llevado al altar ese mismo verano, no era supersticiosa. Pensó que ponérselo sería un recordatorio de la suerte que había tenido al conocer a Beltrán, y su clarividencia al renunciar al matrimonio con Jaime, que tan desgraciada la hubiese hecho. Se sintió en la necesidad de lucirlo, era precioso y el momento más feliz de su vida merecía engalanarse con esa pequeña obra de arte, un dechado de buen gusto. Beltrán estuvo de acuerdo: cambiar la suerte del vestido de novia sería, sin duda, el mejor presagio de una apacible vida juntos. Y además, ese traje de novia era un símbolo de la capacidad de Celia para superar los obstáculos, tomar decisiones difíciles y comenzar de nuevo, esta vez, con una persona a la que amaba con todo su ser.

La boda superó todas las expectativas, ayudada en gran parte por el decorado que la estación invernal quiso regalar a los novios, porque aquella mañana, un manto blanco cubría los prados, los caminos y, como no, los jardines de la villa. Desde los ventanales, y abrazada por el calor de la chimenea, Sofía contempló con ojos enamorados la caída de los copos, añorando para ella un día de boda tan romántico como el que había amanecido.

La nieve, sin embargo, dificultó el uso del Hispano Suiza, reemplazado por la seguridad de los carruajes y sus robustas caballerías. Así llegó la novia al altar, en carruaje cerrado y envuelta en pieles de armiño, como una emperatriz boreal, como una zarina.

Beltrán la esperaba ya, y a la novia le dio un vuelco el corazón cuando lo vio, al pie de la escalinata, sonriente y tan apuesto que creyó imposible que aquel hombre sería, en menos de una hora, su esposo para siempre. Iba vestido con traje de ceremonia, sobre el que llevaba una capa de fieltro que resaltaba, aún más, su imponente aspecto.

Álvaro Quirós fue el encargado de custodiar la entrada de la novia y llevarla del brazo hasta entregársela al hombre que ella había elegido con tanto acierto. Antes de desprenderse de su hija, le guiñó un ojo, cómplice, agradecido a su futuro yerno sin el cual, ese día, no hubiese existido nunca, al menos para él.

El momento de prometerse para siempre fue solemne y emotivo. Beltrán apenas podía contener la emoción, que se manifestaba en los quiebros involuntarios de su voz varonil. Celia lloró sin poderlo evitar, y una vez desahogada, afirmó con rotundidad su intención de pasar el resto de su vida con ese hombre, al que prometió amar y respetar.

Cuando salieron de la iglesia, comenzaba a nevar otra vez. Celia se detuvo y miró a su esposo, recordando aquel día en que la lluvia, cayendo sobre su rostro, fue testigo del comienzo de reconciliación. Beltrán la miró también, y mientras unos copos grandes y suaves se le posaban como plumón sobre el cabello, se dieron un beso largo, envueltos en los aplausos de quienes le rodeaban, sólo las personas más queridas.

Comieron, bebieron y bailaron, celebrando la felicidad de estar vivos y juntos, de ser testigos del comienzo de la vida en común de una pareja elegida por el destino, pues a nadie la cabía duda de que algo mágico fluía entre Celia y Beltrán, algo que sólo unos pocos, aquellos que tienen la dicha de encontrarse cara a cara con el amor de su vida, son capaces de sentir.

Y cayó la noche. Y los recién casados atravesaron la campiña nevada para entrar en el viejo palacete. Silvia se retiró con discreción después de besar a su hermano y a la que ahora también consideraba una hermana. Le dedicó a Celia un apretón de manos y una mirada cómplice, con la certeza de que esa noche sería inolvidable y muy, muy feliz.

Sólo el acogedor fuego de la chimenea iluminaba la estancia donde se entregarían, en cuerpo y alma, por primera vez. Entraron de la mano, Beltrán como un niño ilusionado, tirando levemente de Celia que, tímida y sonriente, se enfrentaba a su noche de bodas.

Todo resultó muy fácil: Beltrán la abrazó y, con suma delicadeza, fue quitándole primero la ropa de abrigo, después, ese vestido de novia que debería haberle quitado otro hombre, uno que no la hubiese merecido. Comenzó a besar el cuello de su esposa para ir bajando, con calma, hasta los senos, pequeños y redondos, que dejó al descubierto, admirado ante la visión. Haciendo un enorme esfuerzo para no precipitarse, continuó besándola, mientras Celia experimentaba tantas sensaciones nuevas, que se sentía mareada. Nunca imaginó que una boca le pudiese proporcionar tanto placer, así que se dejó llevar por los labios de Beltrán sobre los suyos, sobre su cuello, sobre sus pechos.

Sin apenas darse cuenta, estaban tumbados en la cama. El la acarició con tanta pericia, que Celia no pudo evitar la comparación con los manoseos inexpertos y sucios de Jaime Solís. No le importó dedicarle esos segundos de su pensamiento, pues era tan feliz que evocar el rostro de ese miserable mientras contemplaba la varonil belleza de su esposo la excitó aún más.

Cuando llegó el momento, ella le detuvo:

—Tengo miedo, yo no sé…

—No lo tengas, amor mío, estoy aquí, contigo, y lo que va a suceder va a ser maravilloso.

Así que él comenzó a preparar el camino, acariciándola en lo más recóndito, mientras ella respondía, notando esa humedad que era un consentimiento. Al cabo de unos instantes, Celia creyó desmayarse, nunca había imaginado que un cuerpo pudiese sentir tanto placer. Y cuando su esposo vio que arqueaba la espalda, a punto de alcanzar el clímax, se introdujo en ella, con mucho cuidado. Apenas notó resistencia, y avanzó hasta que Celia, superada la barrera de su virginidad, lo envolvió con sus piernas, pidiendo más, deseándolo todo.

Estallaron al tiempo, en un indescriptible orgasmo, y sus gemidos fueron la más bella melodía en la noche nevada. Cuando al fin se separaron, Celia sólo pudo decir:

—Nunca imaginé que algo así existiese. Gracias, amor mío.

—Yo también te doy las gracias, Celia, esposa mía—dijo él, observando sus facciones, fluctuantes a la luz del fuego—por haberme elegido. Eres lo mejor que me ha pasado. Ojalá mi madre te hubiese conocido, y hubiese visto lo feliz que me haces.

—No dudes que ella te ve. Y sonreirá, tranquila y orgullosa, cuando vea el hombre en que te has convertido.

Ambos se pusieron boca arriba y permanecieron unos segundos en silencio, pero enseguida Beltrán se dio la vuelta, y comenzó a acariciarle el pelo.

—Te adoro, Celia Quirós.

—Te amo, Beltrán Villanueva— y besó sus labios. Él la respondió con un beso tranquilo y sosegado, pero ante la imposibilidad de concluirlo, incapaz de separar su boca de la de Celia, la excitación creciente lo atrapó. Su lengua buscó la de ella, quien respondió con tantas ganas y tanto ímpetu, que los dos supieron que sus cuerpos no se separarían hasta que no estuviesen extenuados.

Así les alcanzó la madrugada, agotados, ahítos de placer. Se durmieron cuando ya del fuego de la chimenea no quedaba ni rescoldo, pero el calor de sus cuerpos desnudos, muy pegados, fue

suficiente para sumergirlos en el sueño más plácido y cogedor.

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por leer «Lluvia en tu rostro». Espero que haya sido de tu agrado. Si es así, próximamente saldrá a la luz el siguiente libro de la serie «Indianos de Asturias», en el que continúa la historia de esta saga familiar, los Quirós.

Si te gustan las novelas románticas, con tramas interesantes, ambientas a comienzos del siglo XX, puedes leer otro título de Letizia Balmoral, al que puedes echar un vistazo en el siguiente enlace:
«Entre hilos y algodón»

Y, si te apetece seguirme, te dejo el enlace a mi página de autor de Amazon en este link:
Letizia Balmoral

Es maravilloso saber que estás ahí, disfrutando de esta lectura.
No olvides que escribo para ti.
Hasta pronto.